ANTOLOGÍA DE CUENTOS E HISTORIAS MÍNIMAS

(SIGLOS XIX Y XX)

Edición
Miguel Díez R.



COLECCIÓN AUSTRAL

La imaginación y la fantasía, la curiosidad y la atracción por lo maravilloso y el temor ante el misterio son características propias del hombre, como también la necesidad de distracción, de evasión y de expresar las emociones. De ahí surgen, desde el principio de los tiempos, las narraciones orales y los viejos cuentos. Sin embargo, el cuento como expresión literaria, autónoma y definida, es una de las conquistas más hermosas de un siglo tan importante narrativamente como fue el XIX, y alcanza su máxima expresión en el XX. Esta *Antología*, ofrece treinta y tres cuentos, y cuarenta y dos historias mínimas de los autores más representativos del género en ambos siglos, como Poe, Maupassant, Chéjov, Kipling, Borges, Lovecraft, Valle-Inclán, Cortázar, Carver, Aldecoa o Calvino. Con estilos y temas diferentes, que van desde el fantástico o terrorífico al realista y cotidiano, consiguen provocarnos una emoción intensa y duradera. Miguel Diez R., autor de *Antología del cuento literario* y *Antología de la poesía española del siglo XX*, ha publicado en Austral la edición de *Jardín Umbrío*, de Valle-Inclán, y *La memoria de los cuentos*, en colaboración con Paz Diez Taboada.

AA. VV.

Antología de cuentos e historias mínimas

(Siglos XIX y XX)

ePub r1.0

Titivillus 04.09.2023

Título original: *Antología de cuentos e historias mínimas*
AA. VV., 2003
Editor: Miguel Díez Rodríguez
Colaboradora: Paz Díez Taboada
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1


INTRODUCCIÓN

A María Paz, «porque, resuelto», también
«juega mi amor el triunfo de tu nombre».

1. LOS VIEJOS CUENTOS

Contar historias, sin más, por el puro placer de narrar, es una pasión tan antigua y universal como el goce de oírlas. Y al ser el hombre, por naturaleza, contador y receptor de historias, podemos imaginar que los primeros cuentos nacieron en las largas noches de los tiempos primigenios en que, junto al fuego de una caverna, los primitivos cazadores contaban oral y gestualmente algún suceso real o fantástico: el riesgo de una peligrosa aventura de caza, el espanto sobrecogedor ante la luz del relámpago y el estruendo del trueno o la fascinación ante la inmensidad desconocida del mar. Sin duda, los relatos eran dirigidos a los miembros de su tribu, encandilados oyentes de aquellas historias que amenizaban sus precarias vidas y las medrosas horas de las noches interminables. Por eso una narradora quechua afirmaba que «los cuentos se contaban para dormir el miedo».

La imaginación, la fantasía, la curiosidad, la atracción y el temor por lo maravilloso y misterioso son capacidades propias del hombre en todo tiempo y lugar, como también lo son la necesidad de distracción, de evasión y de expresar las emociones. Pues bien, los relatos orales, los viejos cuentos han servido para dar salida y colmar en parte dichas capacidades y necesidades, de las que surge imperiosamente la facultad de narrar y de escuchar. Todavía hoy, en un mundo tan tecnificado, mediático y unificado, convertido en «aldea global» por las autopistas de la información y adorador de la imagen,

podemos contemplar al narrador de cuentos, sentado en la plaza de un mercado oriental o delante de la choza de un poblado africano, bajo «el árbol de la memoria» en el seno de la selva amazónica, o convertido en «cuentacuentos» en nuestras modernas ciudades, ante personas muy diversas que, con la misma avidez que aquel primitivo público, le miran y escuchan, oyendo atentamente antiguas historias sin fecha o renovadas ficciones.

El cuento popular pertenece al folclore, es decir, al «saber tradicional del pueblo», y en esto es semejante a los usos y costumbres, ceremonias, fiestas, juegos, bailes, etc.; y, en la literatura denominada «popular y tradicional», se sitúa al lado de los mitos, las leyendas, los romances y baladas, las coplas y cantares, etc. Nacen, pues, los cuentos populares en una tradición cultural determinada y se transmiten oralmente, en voz alta, en las plazas públicas o en torno al fuego del hogar.

El cuento popular es anónimo. Por supuesto que tuvo que haber, y hay, un autor inicial, pero cuando la comunidad se reconoce en el relato y lo hace suyo, el autor se olvida y, desde ese momento, el cuento se convierte en un bien mostrenco, patrimonio colectivo de todo un pueblo. Precisamente por dicha anonimia, los cuentos están abiertos en su proceso de creación y recreación, y se actualizan y acomodan continuamente a la diversidad del público y de las circunstancias, incluso en el mismo acto narrativo. Las variantes y modificaciones pueden deberse a la adaptación, a la modernización o la eliminación de elementos arcaicos, a la alteración en el orden de los episodios, a la adición de algún pasaje, a la fusión y contaminación con otros cuentos y, por supuesto, al olvido de ciertos rasgos y detalles.

Además, según pueblos y tradiciones, cada cuento tiene su sello propio, y el narrador mismo le imprime su talante y estilo. Porque el acierto y el éxito de estos relatos de carácter oral y popular no radica sólo en la fábula o historia, en el argumento, sino, especialmente, en el «arte de narrar», tanto más refinado y difícil que el de «saber escribir». Las pausas, la entonación, los énfasis, el gesto y los ademanes enriquecen o empobrecen el cuento y lo desacreditan o refuerzan. Pero, sobre todo, las palabras. Alfonso Reyes evocaba a un narrador popular de su niñez que, cuando se le pedía que contase un cuento, se concentraba y decía «voy a recordar las palabras». El cuento era para él, añadía Reyes, un poema en prosa. Este hombre era el legítimo narrador de historias o «tusitala», como llamaban a Robert L. Stevenson los isleños de Samoa[1].

Lo más sobresaliente de la vida del cuento lo encontramos en su difusión en el espacio; pues, muchas veces y de manera imprevista, un cuento nacido en una determinada comunidad, que frecuentemente nos es desconocida, pasa a otra y luego a otra hasta llegar en la misma forma oral a un lugar muy apartado de su origen. Múltiples versiones recogidas en diversas partes del mundo dan curiosas variantes que enmascaran y confunden la forma original[2].

> Viajeros del tiempo y de las culturas, cambiantes pero fieles en el fondo a su sustancia íntima, los cuentos acompañan al hombre y lo flanquean con una solicitud de viejo perro que comparte sus faenas, sus horas de descanso, sus luchas y sus largas migraciones a través de ríos, cordilleras y desiertos[3].

Se puede afirmar que el cuento es la sustancia primera o nutricia de la literatura narrativa, la narración por excelencia; y, dada su variedad, en el cuento cabe todo: lo real y lo maravilloso, la enseñanza y la diversión, lo trágico y lo cómico, el mundo cotidiano y el sueño misterioso, el mundo infantil y el del adulto, el amor y el odio, la crueldad y la bondad, la venganza y la generosidad. «Todo es cuento en esta vida», ha escrito Rafael Conte, y lo mejor del hombre y en donde mejor se expresa y se comprende es en su capacidad de contar cuentos.

Entre los variados tipos de relatos breves populares, los que se denominaban antiguamente «cuentos de hadas» y hoy «maravillosos» son los propios de todas las culturas y de todos los pueblos. Se trata de cuentos fantásticos por su abundancia en elementos maravillosos, de origen popular y transmisión oral, en los que intervienen seres sobrenaturales que, junto con otros personajes, actúan atemporalmente, como en un mundo de ensueño, y que se caracterizan por su gracia primitiva y por la más ingenua frescura. Son, pues, narraciones generalmente en prosa, puramente imaginativas y fantásticas, sin ninguna pretensión doctrinal o didáctica, sino de pura diversión o entretenimiento para el oyente, que, además, nunca reclamará su credibilidad. La acción se desarrolla en un tiempo ucrónico y en un lugar utópico, y el héroe —el protagonista—, que es esencialmente viajero y errante, se encuentra con sucesivos obstáculos y enemigos a los que al final siempre vence, acabando la narración en un desenlace feliz.

Como muy bien estudió el ruso Vladímir Propp, lo que realmente distingue a gran parte de los cuentos maravillosos de otras narraciones populares es su organización, o sea, su composición interna, pues la sucesión recurrente de episodios y motivos presenta, en palabras de Antonio Rodríguez Almodóvar, «una estructura y otras características bastante estables a lo largo

de los siglos y muy semejantes en todas las culturas en las que se pueden recoger, lo que no ha impedido su aclimatación a cada una de ellas en aspectos, por lo general, no estructurales, y aún con intenso sabor local»[4].

Como ya indicábamos, la acción del cuento se desarrolla en un tiempo irreal e indefinido, con una deliberada vaguedad en los comienzos lo que simboliza el abandono del mundo concreto, de la realidad cotidiana. Todo en ellos hace suponer que vamos a oír cosas de tiempos remotos; son las oscuras cuevas, los viejos castillos, los bosques impenetrables o las habitaciones cerradas en las que está prohibida la entrada, los que nos sugieren que algo oculto va a sernos revelado[5].

De acuerdo con su carácter irrealista, el cuento maravilloso típico carece de descripciones detalladas de ambientes y paisajes, pues, como afirma Tolkien, este tipo de cuentos se refiere a «las aventuras de los hombres en un reino peligroso de límites sombríos». Tanto los personajes como los sucesos, son fantásticos, mágicos e irreales, sucediéndose con la mayor naturalidad prodigios y situaciones extraordinarias, con magos y brujas, gigantes y enanos, animales que hablan y talismanes u objetos mágicos: tan importantes que incluso se ha llegado a afirmar que sin ellos no hay cuento maravilloso.

Los personajes no poseen un carácter definido, sino que son estereotipos carentes de profundidad y desarrollo psicológico, que actúan y se agotan en función de la trama. El héroe encama todo tipo de virtudes: valor, bondad, caballerosidad, generosidad… y, sobre todo, astucia; y sus ayudantes, ya sean animales o seres sobrenaturales, utilizan sus cualidades no humanas para socorrerlo, aunque se comportan como humanos en todo lo demás. Por el contrario, los antagonistas del héroe son malvados, crueles, envidiosos y egoístas. El final es siempre —o casi siempre— feliz, y, por supuesto, los malos, sobre todo las brujas, son cruelmente castigadas.

El cuento maravilloso comienza casi siempre con fórmulas como «érase una vez» o «en un lugar remoto», etc., que aluden a la atemporalidad y vaguedad espacial; y como el cuento se estructura —según se ha indicado— en una serie de episodios en torno a un personaje principal, los obstáculos que él va encontrando y superando podrían multiplicarse indefinidamente, razón por la cual el narrador ha de marcar el final de la historia mediante otras fórmulas que cierren y sellen el cauce narrativo: «y, colorín colorado, este cuento se ha acabado», «y vivieron felices y comieron perdices, y a nosotros nos dieron con los huesos en las narices» —o «y a mí no me dieron porque no quisieron»…—, con las que el narrador indica que las peripecias del héroe

han finalizado y, así, se completa el marco narrativo que comenzaba con la fórmula introductoria.

La sencillez de la lengua empleada —directa, fluida, eficaz, sin ningún tipo de artificios, aunque frecuentemente muy expresiva—, el uso de palabras y giros arcaizantes, el gusto por las onomatopeyas y jitanjáforas —como en el lenguaje infantil—, los refranes y proverbios, las comparaciones, el estilo directo y las reiteraciones (números mágicos, fórmulas, cancioncillas, etc.) son características estilísticas propias de las narraciones populares de transmisión oral.

* * *

Los viejos cuentos son hitos dispersos del imaginario universal, de la memoria colectiva. Florecen en todas las lenguas, se revisten de distintas formas, se relacionan y engarzan misteriosamente e impregnan —sin que nos demos cuenta— el aire que respiramos, las sonidos que oímos, las imágenes que vemos y las vidas que vivimos.

Mantener viva la memoria de los viejos cuentos, conocerlos, leyéndolos o escuchándolos, son modos de integrarnos en la comunidad humana, de zambullirnos en las aguas profundas del mar del mundo y, sobre todo, un medio de vencer el tiempo, porque, como dijo Valle-Inclán, «sólo la memoria alcanza a encender un cirio en las tinieblas del tiempo», especialmente cuando esa memoria es la de las fantasías más hermosas y maravillosas que la mente humana ha creado[6].

2. Las grandes colecciones

Los viejos cuentos que, como hemos dicho, circularon en su origen de forma oral, transmitidos de padres a hijos, de boca en boca, con numerosas variantes y acomodaciones, fueron desde muy pronto recogidos en manuscritos, con la intención de que no se perdieran. Los más antiguos de los que se tiene noticia son los egipcios, conservados en papiros y correspondientes a los siglos XII o XIV a. C. —como el titulado «Los dos hermanos»— e incluso de varios siglos antes, como «El náufrago» o «El príncipe encantado».

Bajo las ruinas de las viejas ciudades del Medio Oriente se encontraron colecciones de cuentos de origen popular, grabados en tablillas de arcilla

cocida, como las destinadas a la famosa biblioteca del rey asirio Asurbanipal, en Nínive, hacia el siglo VII a. C. Pero, tal vez, el fondo de cuentos más rico y que más difusión ha tenido procede de la India.

a) Panchatantra y *Calila e Dimna*

Los apólogos o fábulas fueron muy abundantes en la India y presentan relatos que reaparecen en el folclore de pueblos muy distintos y distantes. Constituyen el punto de partida de un tipo de narración breve que, difundida entre los persas, árabes y hebreos, se conocieron en la Europa medieval; y que, gracias a las traducciones latinas y castellanas, llegaron a las literaturas occidentales.

Existen ricas y muy variadas colecciones de fabularios en prosa, rematados con versos sentenciosos que exponen la moraleja de estos brevísimos relatos encuadrados en un marco general que es el nexo unitario que individualiza las diferentes colecciones. De entre estos fabularios, el más antiguo, el más importante y el de mayor influjo, es el *Panchatantra* («Los cinco libros»). Es un conjunto de fábulas o apólogos, breves cuentos populares que tienen un decidido propósito de enseñar o moralizar. Se trata, pues, de un manual de moral práctica para uso de príncipes y grandes señores.

La versión original del *Panchatantra* fue escrita en sánscrito, la vieja lengua religiosa y literaria de la India, y su origen, si no en su forma definitiva, sí al menos en su concepción general y en su estilo, puede remontarse a varios siglos antes de Cristo.

En el siglo VI d. C., fue adaptado al persa con algunas adiciones, y esta versión la tradujo al árabe Ibn al-Mukaffa, hacia el año 750, con el título de *Kalila wa-Dimna* (Calila y Dimna), tomado del asunto del primer apólogo, en el que figuran, en la corte del rey León, dos hermanos lobos así llamados. Este título fue conservado por quien lo tradujo del árabe al castellano, bajo los auspicios del Alfonso X el Sabio, cuando aún era infante (h. 1251); versión ésta particularmente importante en nuestra literatura española por ser la primera manifestación literaria en prosa del romance castellano.

Las colecciones de fábulas o apólogos orientales más conocidas en Occidente son, en su mayoría, refundiciones o versiones más o menos fieles de este libro; aunque hay que precisar que, tras un proceso tan largo de creación, muchas de sus narraciones provienen de la literatura budista, otras de Occidente —del griego Esopo, principalmente— y sólo algunas son realmente de procedencia hindú.

b) Las mil y una noches (Alf laila wa-laila)

Como afirmaba Italo Calvino, es éste uno de esos libros que se convierten en continente imaginario en el que encontrarán su espacio otras obras literarias. Se trata de una colección de más de doscientos cincuenta cuentos populares en árabe, agrupados en torno a un relato-marco. El rey persa Sahriyar, tras haber castigado a muerte a su esposa infiel, decide pasar cada noche con una mujer distinta a la que siempre manda matar al amanecer. Así sucede hasta que Sherezade, la hija del visir, consigue que el rey vaya aplazando su muerte, intrigado por los cuentos que ella inicia cada noche y que quedan interrumpidos en el punto culminante al comenzar el nuevo día. El monarca va retrasando la ejecución, y así durante mil y una noches, hasta que, curado de su cruel misoginia, convierte a la ingeniosa y atractiva muchacha en su esposa.

En la larga y compleja composición de las *Mil y una noches*, entraron a formar parte cuentos indios, persas, egipcios, árabes e incluso de Grecia y otros países europeos y, tal vez, también del Lejano Oriente. Aunque parece que ya en el siglo X circulaban manuscritos, la colección alcanzó la estructura actual y adoptó su unificador aspecto islámico en una transcripción realizada en Egipto hacia mediados del siglo XV. Fue un arabista francés, Antoine Galland, el que realmente descubrió y dio a conocer las *Mil y una noches*, en una versión francesa —por cierto, muy censurada en sus aspectos más eróticos, aunque, también muy ampliada con narraciones de diversa procedencia—, publicada en doce volúmenes entre 1704 y 1717. Hay que hacer notar que hasta 1835 no se publicó en El Cairo la primera edición árabe.

La gama de cuentos es sumamente variada: apólogos o fábulas de animales, historias de magia y cuentos maravillosos, increíbles relatos de navegantes, de amores idealizados o de la más torpe concupiscencia, etc. En fin, un mundo heterogéneo, fantástico o crudamente realista, apicarado y cortesano, en el que se muestran el esplendor y la fastuosidad oriental, pero también los hábitos y costumbres de las clases medias y bajas del medievo islámico.

Muchos de los relatos de estas impresionantes *Mil y una noches* pertenecen a la memoria colectiva universal por haberse incorporado al tesoro de lecturas que, desde su infancia, poseen los hombres cultos.

c) Las tres principales colecciones de cuentos medievales

En el siglo XIV brillan con luz propia tres colecciones de cuentos de grandes escritores. En España, *El conde Lucanor* (1335) de don Juan Manuel; en Italia, *El Decamerón (De carne roñe,* 1350-1365) de Giovanni Boccaccio, y, en Inglaterra, *Los cuentos de Canterbury (The Canterbury Tales,* 1386) de Geoffrey Chaucer[7].

Estos cuentos medievales pretendían comunicar unos contenidos que fueran de provecho y enseñanza para los lectores, pero, a un tiempo, divirtiéndoles y entreteniéndoles. Quizá su rasgo más característico sea la despreocupación por la originalidad, ya que estos autores no son creadores de historias, en el sentido moderno, sino que parten de cuentos recogidos en repertorios anteriores o de relatos conservados y transmitidos por la tradición popular; pero sí son originales en el libre tratamiento de la materia narrativa y, especialmente, en el arte de contar, en la decidida voluntad de estilo, en la perfección y viveza con que transmiten viejas historias.

> Las grandes colecciones de cuentos escritos característicos de la India, el cercano Oriente, el mundo clásico y la Europa medieval, son casi totalmente tradicionales. Copian y recopian. Un cuento que logre triunfar en una colección es incluido en otras, a veces intacto y, a veces, con cambio de argumento o de caracterización. La historia de tal cuento que pudo haber pasado de la India a Persia, a Arabia, [a España], a Italia, a Francia y finalmente a Inglaterra, copiado y reformado de un manuscrito a otro, es, por lo general, sumamente compleja. Pasa por las manos de narradores expertos o torpes, y se mejora o deforma en casi todo recuento. De cualquier modo, bien o mal, tal cuento puede escribirse; siempre se intenta preservar una tradición, conservar un viejo cuento con la autoridad de lo antiguo para darle interés o importancia[8].

d) Los Cuentos de Perrault, los hermanos Grimm y Andersen

Charles Perrault (1628-1703) fue un destacado personaje que ocupó importantes cargos en la corte francesa de Luis XIV y que perteneció a la Academia Francesa. Ya en edad avanzada, publicó *Cuentos de mi madre la oca. Historias o cuentos del tiempo pasado (Les contes de ma mère L'oye. Histoires ou contes du temps passé).* Es un librito que solo contiene ocho cuentos en los que predomina el carácter maravilloso. La sola enumeración de algunos títulos —«La bella durmiente del bosque», «Caperucita roja», «El gato con botas» o «Pulgarcito»— explica sobradamente la fama de esta obra convertida en clásica de la literatura infantil universal.

Perrault toma los asuntos de sus cuentos de la tradición, pero los reelabora, retoca y estiliza con absoluta libertad, creando así pequeñas obras

maestras, gracias, sobre todo, a la pulida y elegante naturalidad de su estilo que, como se ha afirmado, recuerda a veces la prodigiosa sobriedad de los relatos mitológicos clásicos.

Los hermanos Grimm, Jacob Ludwig (1785-1863) y Wilhelm Karl (1786-1856), eruditos filólogos e historiadores alemanes, publicaron en 1812 la primera versión de *Cuentos de niños y del hogar (Kinder und Haus Märchen)* y la definitiva en 1857. Se trata de una de las más famosas y conocidas colecciones de cuentos populares y es libro-clave o muestra de la sensibilidad romántica. Sólo una parte, aunque importante, de los cuentos fue tomada de boca del pueblo; otros muchos, de informaciones de personas cultas que recordaban las historias que sus nodrizas les habían contado en su infancia. Los hermanos Grimm fundieron en una sola distintas versiones orales, retocaron libremente el estilo y adaptaron algunos cuentos tomados de Perrault, de los países nórdicos o de la Europa oriental.

Como manifestó Wilhelm Karl, en estos cuentos aparecen reyes, príncipes, sirvientes, artesanos, pescadores, molineros, carboneros y pastores. La naturaleza entera se vivifica; el sol, la luna, las estrellas se nos ofrecen y nos hacen regalos, y nos dan talismanes; en las montañas trabajan los gnomos en busca de metales preciosos, duermen las ninfas en las aguas; los pájaros, las plantas y las piedras hablan y saben expresar sus sentimientos. Pero también, añadimos nosotros, hay selvas umbrías, bosques oscuros e impenetrables, madrastras perversas, y envidia, crueldad, venganza…

El danés Hans Christian Andersen (1805-1872) comenzó a publicar en 1835 sus *Cuentos de hadas y narraciones (Eventry og Historier).* Algunos de ellos tienen su origen en cuentos populares daneses que había oído contar siendo niño; en otros, se inspira en relatos tradicionales nórdicos o en diversas leyendas y otras fuentes populares, pero la mayor parte son de su propia invención.

Por su genial fantasía, por el acento maravilloso, poético y melancólico, por la emoción y el sentido del misterio de las fuerzas naturales, los cuentos de Andersen constituyen un mensaje universal y forman parte del patrimonio cultural de los hombres y niños de cualquier tiempo y país. En la memoria colectiva occidental, están aún vivos «La reina de las nieves», «El patito feo», «El soldadito de plomo», «La sirenita», «El traje nuevo del emperador» o «La princesa y el guisante».

3. Los nuevos cuentos

> Género de tan difícil definición, tan huidizo en sus múltiples y antagónicos aspectos, y, en última instancia, tan secreto y replegado en sí mismo, caracol del lenguaje, hermano misterioso de la poesía en otra dimensión del tiempo literario.
>
> JULIO CORTÁZAR

Antes del siglo XIX, no había conciencia plena de la importancia del cuento; era un género literario menor del que ni se sospechaban las posibilidades que su brevedad podía contener. Hubo buenos cuentistas, individualmente considerados, con sello propio, y verdadera fuerza y agudeza narrativa, como hemos visto en el apartado anterior. Pero fueron casos aislados que sorprendían y resaltaban en medio de un panorama monótono y repetitivo. No existía, desde luego, una tradición cuentística plenamente cuajada y suficientemente delimitada. El cuento, como expresión literaria autónoma y definida, es una de las conquistas más hermosas y granadas de un siglo tan importante narrativamente como fue el XIX. Partiendo de los grandes cuentistas de este siglo —el estadounidense Edgar Allan Poe (1809-1848), el francés Guy de Maupassant (1850-1893) y el ruso Antón Chéjov (1860-1904) —, que, personal y autónomamente, crearon pequeños pero intensos mundos narrativos sobre temas muy distintos y con resuelto empeño artístico, denominamos «cuento literario» al relato breve moderno escrito por un autor.

La diferencia con el «cuento popular» es fácil de establecer. Frente a la tradición y transmisión oral, la anonimia, el carácter de «bien de todos», la universalidad, las variantes, la simplicidad, esquematización y uniformidad del «cuento popular», el «cuento literario» se crea, «se pone en pie», con una forma escrita específica e inmutable, ésa y no otra, por un autor real y concreto que intenta mediante esa narración tan breve y, en apariencia, tan frágil, transmitir lo que, con libre imaginación, ha querido fabular; es decir, vivencias, sentimientos, ideas y problemas del complejo mundo que habita. «Un narrador —dice José Jiménez Lozano— es alguien que mira el mundo y a los hombres y carga con toda la memoria de ellos, para que nada del hombre se pierda.»

La originalidad, ampliación y enriquecimiento temático, el sello personal artístico, la diferencia entre el cuento concebido dentro de una «colección» y la posibilidad y pleno sentido del cuento autónomo moderno distancian al nuevo relato de los entrañables cuentos populares y de las viejas historias

medievales y posteriores que se apoyaban en antiguas narraciones o lugares comunes repetidos, aunque, a veces, con excepcional acierto. Además, «el cuento literario» se ha sacudido enérgicamente los viejos propósitos didácticos y moralizantes, críticos y satíricos o de pura diversión desenfadada, para dar paso a la omnímoda libertad creadora del autor moderno.

Es curioso observar cómo el cuento, siendo el género más antiguo, es el que más tardíamente alcanzó consideración literaria, como señaló en su día Juan Valera: «Habiendo sido todo cuento al empezar las literaturas, y empezando el ingenio por componer cuentos, bien puede afirmarse que el cuento fue el último género que vino a escribirse»[9]. Y es porque el cuento apareció en el momento oportuno como género nuevo, nacido para dar forma a una sensibilidad nueva también, refinada, propia del siglo XIX, tan febrilmente entregado a la literatura.

La limitación de este «nuevo» cuento a una extensión corta, la necesidad de que provoque, con esa forma breve, una impresión indivisa sobre el lector, explican y exigen la primera característica de este género: la concentración; lo que supone eliminación, reducción y depuración de todo aquello que no sea rigurosamente necesario. El tema debe estar claramente delimitado y el núcleo argumental bien definido, de tal manera que pueda ser fácilmente «contado». Un relato, por tanto, de una gran economía lingüística, desnudo de descripciones prolijas, de diálogos extensos, de personajes secundarios, digresiones, ideas intermedias, etc. Pero la concentración exige la fijación en un punto muy determinado, porque lo que se pretende es enganchar desde el comienzo al lector y llevarlo irremisiblemente al meollo narrativo, sin escapatoria posible.

Relacionado con lo anteriormente dicho, existe otra característica definitoria de un buen cuento: «la tensión», que consiste en propiciar la imposibilidad de que el lector se sustraiga o desvíe del discurso narrativo, sin concederle tregua ni resquicio para sus propias suposiciones sobre lo narrado, como afirmó Baquero Goyanes: «En la creación de un cuento, sólo hay tensión y no tregua. Ahí radica precisamente el secreto de su poder de atracción sobre el lector»[10]. Y Julio Cortázar escribía al respecto:

> Quizá el rasgo diferencial más penetrante del cuento sea la tensión interna de la trama narrativa. De una manera que ninguna técnica podrá enseñar a proveer, el gran cuento breve condensa la obsesión de la alimaña, es una presencia alucinante que se instala desde las primeras frases para fascinar al lector, hacerle perder contacto con la desvaída realidad que le rodea, arrasarlo a una sumersión más intensa y avasalladora. De un cuento así se sale como de un acto de amor, agotado y fuera del mundo circundante, al que se vuelve poco a poco con una mirada de sorpresa, de lento reconocimiento, muchas veces de alivio y tantas de resignación[11].

Concentración, tensión y también «iluminación» son aspectos propios del relato moderno que lo relacionan, como tantas veces se ha afirmado, con el poema lírico. Si en la poesía se encuentra el grado límite de la expresión, en el cuento se halla el de la narración, y éste, como aquélla, se concibe súbitamente, como en un intenso deslumbramiento; y las emociones y sentimientos que un cuento despierta algunas veces en el lector pueden ser muy parecidos a los de la lectura de ciertos poemas; en palabras de Baquero Goyanes, «un efecto entre deslumbrador y quemante».

El relato corto también se puede relacionar con la novela en aspectos temáticos así como en recursos referidos al tratamiento del narrador, de los personajes, el tiempo o los modos de focalización, etc., que lo convierten en una materia narrativa tan elaborada como aquélla. Sólo queda como rasgo diferenciador entre ambos géneros la mayor extensión de la novela frente al cuento y esa intensidad que le otorga la condensación, que, como acabamos de ver, a veces acerca el relato al poema.

En la estructura narrativa del cuento es muy importante el desenlace, el final al que tiende la historia. Generalmente, de los grandes relatos breves se dice que son «redondos» —Ana María Matute ha afirmado que «redondos y jugosos como una naranja, y hondos y profundos como una navaja»— cuando un final sorprendente corona la breve historia narrada como un resplandor cegador que deja al lector sin resuello, anonadado. El escritor gallego Rafael Dieste, en uno de los «Aforismos», en los que concentra su teoría sobre el cuento, escribe: «O remate é unha imagen que fai estoupalo conto nas verbas derradeiras, dempóis de inzalo poderosamente»[12].

La conocida teoría del efecto único de Edgar Allan Poe completa lo que estamos comentando:

> Un hábil artista literario ha construido un relato. Si es prudente, no habrá elaborado sus pensamientos para ubicar los incidentes, sino que, después de concebir cierto efecto único y singular, inventará los incidentes, combinándolos de la manera que mejor le ayude a lograr el efecto preconcebido. Si su primera frase no tiende ya a la producción de dicho efecto, quiere decir que ha fracasado en el primer paso. No deberá haber una sola palabra en toda la composición cuya tendencia, directa o indirecta, no se aplique al designio preestablecido. Y con estos medios, con este cuidado y habilidad, se logra por fin una pintura que deja en la mente del contemplador un sentimiento de plena satisfacción[13].

Sin embargo, también existen finales que dejan el cuento inconcluso, como una suave línea recta que se interrumpe sin aviso, sin el efecto final inesperado o espectacular, pero que se llena de las posibilidades sugerentes de lo que, a propósito, se deja abierto. El final del relato cerrado sorpresiva y contundentemente queda así sustituido por las muchas posibilidades

interpretativas, que exigen una lectura más comprensiva y profunda por parte del lector y lo convierten en recreador al tener que completar él el texto no acabado.

Pero aún se puede ir más lejos. Horacio Quiroga afirmaba que un relato no tiene que tener necesariamente principio, medio y fin: «Una situación trunca, un incidente, una simple situación sentimental, moral o espiritual, poseen elementos de sobra para realizar con ellos un cuento». En definitiva, lo que todo esto nos sugiere es que el cuento, como cualquier otro género literario, no es algo monolítica y apriorísticamente determinado, sino que evoluciona y se bifurca en formas nuevas y cambiantes, mostrando una rica pluralidad. Por una parte tenemos esos títulos geniales en la historia del género, verdaderamente sobrecogedores, que todo buen lector reconoce y recuerda fácilmente; y, por otra, muchos relatos cortos más distendidos, pequeños trozos de vida corriente en situaciones amables o risueñas, levemente irónicas o tristes y patéticas. Narraciones aparentemente sencillas que no alborotan nuestro interior como una descarga eléctrica, de las que no «salimos agotados», pero sí con una sonrisa apenas esbozada, una sensación de melancolía o un sentimiento agridulce de humanidad compartida.

Pienso, por ejemplo, en el tema de la mayoría de los admirables relatos de Antón Chéjov. ¿Qué hay allí que no sea tristemente cotidiano, mediocre, muchas veces conformista o inútilmente rebelde? Lo que se cuenta en esos relatos es […] la pequeña, insignificante crónica familiar de ambiciones frustradas, de modestos dramas locales, de angustias a la medida de una sala, de un piano, de un té con dulces. Y, sin embargo, los cuentos de Katherine Mansfield, de Chéjov, son significativos, algo estalla en ellos mientras los leemos y nos proponen una especie de ruptura de lo cotidiano que va mucho más allá de la anécdota reseñada[14].

En resumen y de una manera simplificadora, se puede afirmar que, en el cuento literario, desde su nacimiento hasta nuestros días, se distinguen dos líneas fundamentales. Una, muy marcada y llamativa, de cuentos fantásticos, terroríficos o filosóficos y de estructura cerrada, que va desde Poe hasta Borges o Cortázar; y la otra, aparentemente más tenue y mucho menos efectista, formada por cuentos de tema realista y cotidiano que abandonan el final sorpresivo y la estructura cerrada, representada por Chéjov, Mansfield o Raymond Carver.

Pero siempre, de todas maneras, el cuento responde a la innata propensión humana a contar y escuchar historias, para soñar despiertos, para salir de la propia vida y adueñarse de otras que la fantasía crea con absoluta libertad. Por

eso, en su variedad y diversidad, todos los cuentos del mundo vienen a ser formas de un solo gran cuento:

> Los cuentos chinos y persas, los grecolatinos, los árabes de las Mil y una noches, los del Renacimiento italiano, los de Perrault, de Hoffmann, de Poe, de Merimée, de Bret Harte, de Verga, de Chéjov, de Maupassant, de Kipling, todos ellos son una sola y misma cosa en su realización. Pueden diferenciarse unos de otros como el sol y la luna, pero el concepto, el coraje para contar, la intensidad, la brevedad, son los mismos en todos los cuentistas de todas las edades[15].

4. Historias mínimas

> ¡Cuentos largos! ¡Tan largos! ¡De una página! ¡Ay el día en que nos demos cuenta [de] que nada tiene tamaño y que, por tanto, basta lo suficiente!
>
> JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

Todos sabemos que la principal característica del cuento frente a otros géneros narrativos es la brevedad. El cuento puede leerse en unos minutos, en media hora o algo más, «de una sentada». Si la duración de la lectura es mayor podríamos llamarle cuento largo. Pero ¿cuál es la extensión mínima del cuento? Hoy es frecuente un tipo de cuento tan breve como una sola frase, algunas líneas o de media a dos páginas; y, sin embargo, nadie duda de que se trata de cuentos, aunque, desde luego, caracterizados por su extremada brevedad; así, pues, es una modalidad o subgénero del cuento. No se ha llegado al consenso de un término que los denomine, y se les llama «mini» o «microcuentos», «brevísimos», «ultracortos», etc. Permítasenos a nosotros denominarlos «historias mínimas».

Se trata de textos muy breves que siempre narran el desarrollo en el tiempo de una acción constituida por uno o varios sucesos; o sea, una historia. Por supuesto, dicha acción está realizada por un hombre, el protagonista, en relación con su medio y, sobre todo, con otros personajes, tanto explícitos como implícitos en la propia textualidad. Si, además, esa historia contiene tal fuerza evocadora y tal poder de sugerencia que produce en el lector una profunda resonancia emocional o intelectual, tenemos los rasgos principales de una «historia mínima».

El cuento de este tipo muestra tal variedad de formas y estilos que, como afirma Stuart Dybek, «habita con tanta frecuencia esa tierra de nadie que está entre la prosa y la poesía, la narración y la lírica, la historia, la fábula, la broma y la meditación, el fragmento y la totalidad. Una de sus características de identificación ha sido, precisamente, lo proteico de su forma»[16].

A medida que la narración se hace más larga —como, desde luego, en la novela y también en los relatos largos—, la acción se complica con mayor número de episodios, con más personajes y de mayor complejidad psicológica, y, con frecuencia, además, descripciones de ambientes, objetos y personas, y también diálogos. Todos estos elementos y aspectos es imposible que aparezcan en las «historias mínimas» debido a su extremada brevedad.

Por tanto, las características propias de todo buen cuento a las que nos hemos referido antes —concentración, intensidad y deslumbramiento— han de darse, en este caso, de una manera todavía más contundente; y, por esta razón, se requiere del autor un bagaje artístico y literario mucho mayor de lo habitual. La duración de estos brevísimos textos, la lengua empleada, la distribución y organización, y los efectos pretendidos deben estar minuciosamente pensados y controlados.

Se ha dicho de estos textos que son «como fogonazos, como estrellas fugaces que pasan ante nuestros ojos sorprendiéndonos, reconciliándonos con el sentido último de la fantasía. Joyas de origen y destino desconocidos, historias intensas, piezas de aliento corto pero firme latido que, sin embargo, pueden y deben deslumbrar como soles»[17].

Francisca Noguerol explica por menudo los rasgos más sobresalientes de este tipo de relatos: afán de originalidad mediante juegos lingüísticos, aversión a las «frases hechas», utilización de los más variados recursos formales —prosa rítmica, rimas internas, repeticiones fónicas, etc.—; elaboración de una prosa cincelada con un amplio espectro de registros lingüísticos (neologismos, extranjerismos, jitanjáforas, etc.); continuo juego intertextual (parodias de otros géneros, alusiones directas a autores y modalidades literarias, o a figuras mitológicas, bíblicas, históricas o legendarias, etc.); ironía, humor, sátira y final sorpresivo e ingenioso[18].

Las historias mínimas de estas características siempre han existido: antiguas fábulas o apólogos inolvidables, anécdotas, parábolas, alegorías, incluso algunos aforismos, epigramas o las modernas «greguerías» se acercan a ellas; pero es indudable la plena actualidad de este subgénero y, por cierto, con un desarrollo destacado en las literaturas hispánicas.

Aunque en esta antología hay un apartado con numerosas muestras de «historias mínimas», damos aquí unas pocas, muy breves, al objeto de ilustrar lo dicho más arriba.

* * *

Algunas «greguerías» de Ramón Gómez de la Serna (1888-1963), ¿acaso, no podrían ser consideradas como la esencia desnuda del relato mínimo, surrealista, poético, plástico, irónico o humorístico? Veamos unos ejemplos.

> Dejó de fumar, pero reincidió porque le seguían los ceniceros hambrientos.
>
> El Dante iba todos los sábados a la peluquería para que le recortasen la corona de laurel.
>
> Aquella niebla fue tan fuerte que, cuando pasó, había borrado los rótulos de las tiendas.
>
> Era tan moral que perseguía las conjunciones copulativas.
>
> El portero no la vio entrar, pero la vio salir. (Era la Muerte.)

También el catalán Pere Calders (1919-2000) escribió sorprendentes pequeñas historias como éstas:

EL EXPRESO

> Nadie quería decirle a qué hora pasaría el tren. Le veían tan cargado de maletas que les daba pena explicarle que allí no había habido nunca ni vías ni estación.

EL ESPEJO DEL ALMA

> No nos habíamos visto nunca, en ningún sitio, en ninguna ocasión, pero se parecía tanto a un vecino mío que me saludó cordialmente: él también se había confundido[19].



El escritor venezolano José Antonio Marín oyó de boca de su pequeña hija Adriana la historia más corta de la que tenemos noticia —seis palabras—, pero que encierra en sí nada menos que todos los cuentos del mundo: «Había una vez un colorín colorado».

* * *

Fernando Savater cuenta la siguiente historia, inspirada en el escritor inglés Arthur Conan Doyle (1859-1930), «padre» del célebre detective Sherlock Holmes:

> Despierto después del tremendo choque entre los restos retorcidos de mi coche. Sobre mí se inclina Frank, mi amigo de la infancia, tratando de reanimarme.
>
> —Pero, Frank —murmuro débilmente—, si tú estás muerto…

Frank me responde, sonriendo con amable embarazo:
—Y tú también[20].



Es ya un tópico afirmar que el relato breve más famoso de la literatura hispánica es aquel del escritor guatemalteco Augusto Monterroso, que solamente —y nada menos— cuenta esto: «Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí»[21]. Y, parafraseando y actualizando la minihistoria de Monterroso, ha escrito Nuria Barrios: «Cuando el dinosaurio abrió los ojos, Spielberg ya estaba allí»[22].



Luis Mateo Díez es autor de otra pequeña historia no mucho más larga y que igualmente trata de un sueño y un despertar sorpresivo:

EL SUEÑO

Soñé que un niño me comía. Desperté sobresaltado. Mi madre me estaba lamiendo. El rabo todavía me tembló durante un rato[23].



Y para terminar, recordemos, también de Monterroso, esta otra historia metaliteraria sobre *La metamorfosis* de Kafka, que es un intencionado e ingenioso juego de palabras encadenadas:

LA CUCARACHA SOÑADORA

Era una vez una Cucaracha llamada Gregorio Samsa que soñaba que era una Cucaracha llamada Franz Kafka que soñaba que era un escritor que escribía acerca de un empleado llamado Gregorio Samsa que soñaba que era una Cucaracha[24].

5. Nuestra selección

Toda antología es una apuesta por unos textos, en la que, necesariamente y, a veces, excesivamente, se decantan los gustos y preferencias personales del antólogo. Admitido este presupuesto, explicaremos cuáles han sido los motivos y los criterios que nos han guiado en la selección de cuentos que presentamos.

En primer lugar, un doble destinatario: el lector medio, en general, y, particularmente, el público juvenil de los dos últimos cursos de la actual Enseñanza Secundaria y del Bachillerato. Y dos han sido también los criterios de selección. El primero, sin duda, la calidad literaria de los cuentos, su poder de sugestión y el placer estético que puedan proporcionar al lector. El segundo, una amplia variedad que permita y posibilite mostrar las diversas tendencias temáticas y los distintos procedimientos narrativos y recursos literarios patentes en un género tan jugoso y variado como es el del cuento literario.

En cuanto a la organización de nuestra antología, la primera parte está formada por cuatro cuentos del siglo XIX, y, precisamente, de los cuatro autores que Horacio Quiroga citaba en el «primer mandamiento» de su *Decálogo del perfecto cuentista*: «Cree en un maestro —Poe, Maupassant, Kipling, Chéjov— como en Dios mismo». Nadie discute hoy la absoluta maestría de estos autores que, de una u otra manera, iluminaron el camino del relato moderno. La segunda parte, ya en el siglo XX, presenta nueve cuentos de autores españoles, ocho de hispanoamericanos y doce de extranjeros.

Aludíamos antes a la pretendida variedad de la selección. El curioso lector encontrará ejemplos de relatos de temática infantil y juvenil o de ciencia-ficción, historias fantásticas, legendarias y sentimentales; relatos de viajes maravillosos, de terror y de humor, realistas y minimalistas —de situaciones aparentemente insignificantes—. Hay también diversos enfoques y estructuras narrativas, variados «puntos de vista» o perspectivismo y estilos diferentes: directos y fluidos, sobrios o elaborados, y poéticos; cuentos inconclusos o de final abierto, o, por el contrario, cerrados y contundentemente rematados.

Tal vez, en este conjunto heterogéneo predominen las historias amargas y trágicas, el miedo y la tristeza por encima de la felicidad y la alegría. Pero, a este respecto, permítasenos invocar el criterio de autoridad con tres citas:

> La emoción más antigua y más intensa de la humanidad es el miedo, y el más antiguo y más intenso de los miedos es el miedo a lo desconocido.
>
> (H. P. LOVECRAFT, *El horror en la literatura*.)

> Lo fantástico puro, lo fantástico que ha dado los mejores cuentos, está raramente centrado en la alegría, el humor, las cosas positivas. Lo fantástico es negativo, se aproxima siempre a lo horrible, a lo espantoso. […] No he llegado a comprender por qué lo fantástico está centrado en el costado nocturno del hombre y no en su lado diurno.
>
> (JULIO CORTÁZAR, en una entrevista.)

La tristeza es como la alegría: si te detienes a examinar sus causas acabas con ella. ¿Y quién quiere acabar con la tristeza? ¿O deberíamos decir: quién puede acabar con ella? La vida es triste. Si es verdad que en un cuento se concentra toda la vida, y si la vida es triste, un buen cuento será siempre un cuento triste.

(BÁRBARA JACOBS y AUGUSTO MONTERROSO,
Antología del cuento triste.)

Resta una tercera parte de nuestra selección, presentada como un apéndice, con muestras de un subgénero narrativo, «historias mínimas», al que nos hemos referido con anterioridad.

En largas y frecuentes lecturas es normal que, de vez en cuando, cualquier lector interesado se encuentre con breves textos narrativos que, por su belleza mínima y rotunda, le impresionen súbitamente y capten intensamente su atención. Son pequeños hallazgos que permanecen grabados en la memoria durante mucho tiempo después de su primera y, a veces, casual lectura.

Un cuento que no queda más remedio que leer deprisa y luego volver a leerlo, y una vez más, y que, por muchas veces que se lea, nos sigue pareciendo que todavía no se ha terminado[25].

Nosotros presentamos aquí una variada selección de «historias mínimas», como cajón de sastre en el que tienen cabida distintas muestras de este tipo de narraciones: antiguas y modernas, de diversos autores —aunque predominan los hispánicos—, fábulas o apólogos, de corte poético o simbólico, intertextuales o metaliterarias, costumbristas, críticas, intencionadas y humorísticas.

Y, en fin, es nuestro deseo que quienes se adentren por este mosaico, formado de hermosas teselas literarias, gocen en su aventura como nosotros hemos gozado.

MIGUEL DÍEZ RODRÍGUEZ

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA SOBRE EL CUENTO LITERARIO

ANDERSON IMBERT, Enrique: *Teoría y técnica del cuento* (1979), Ariel, Madrid, 1992.

ANDRÉS-SUÁREZ, Irene: «El micro-relato. Intento de caracterización teórica y deslinde de otras formas literarias afines», en *Teoría e interpretación del cuento*, editores Peter Fröhlicher y Georges Günter, Peter Lang, Berna, 1995.

BAQUERO GOYANES, Mariano: *Qué es la novela. Qué es el cuento* (1967), Universidad de Murcia, 1988.

CASTAGNINO, Raúl: *Cuento-artefacto y artificios del cuento*, Nova, Buenos Aires, 1977.

CORTÁZAR, Julio: «Del cuento breve y sus alrededores» (1969) y «Algunos aspectos del cuento» (1963), en *La casilla de los Morelli*, ed. Julio Ortega, Tusquets, Barcelona, 1981, págs. 105-116 y 133-152.

FERNÁNDEZ FERRER, Antonio: *La mano de la hormiga. Los cuentos más breves del mundo y de las literaturas hispánicas*, Fugaz Ediciones, Madrid, 1990.

GONZÁLEZ, José Luis (ed.): *Papeles sobre el cuento español contemporáneo*, Hierbaola, Pamplona, 1992.

—(ed.): *Dos veces cuento. Antología de microrrelatos*, prólogo. Enrique Anderson Imbert, Ediciones Universitarias Internacionales, Madrid, 1998.

LANCELOTTI, Mario A.: *De Poe a Kafka: para una teoría del cuento*. Editorial Universitaria, Buenos Aires 1965.

LOVECRAFT, Howard Phillips: *El horror en la literatura*, Alianza, Madrid, 1992.

MORA, Gabriela: *En torno al cuento: de la teoría general y de su práctica en Hispanoamérica*, Porrúa, Madrid, 1981.

NOGUEROL, Francisca: «Sobre el micro-relato latinoamericano: cuando la brevedad noquea…», en *Lucanor* (Pamplona), núm. 8 (1992), págs. 117-133.

OMIL, Alba, y PIÉROLA, Raúl Alberto: *Claves para el cuento,* Plus Ultra, Buenos Aires, 1981.

PACHECO, Carlos, y BARRERA LINARES, Luis (eds.): *Del cuento y sus alrededores. Aproximación a una teoría del cuento,* Monte Avila Latinoamericana, Caracas, 1993.

PIGLIA, Ricardo: «Tesis sobre el cuento», en *Formas breves,* Anagrama, Barcelona, 2000, págs. 105-111.

SHAPARD, Robert, y THOMAS, James (eds.): *Ficción súbita. Relatos ultracortos norteamericanos,* Anagrama, Barcelona, 1989.

I

CUATRO CUENTOS DEL SIGLO XIX

1. EDGAR ALLAN POE (1809-1849)

Poeta, crítico literario y narrador norteamericano, es una de las figuras cumbres de la literatura no sólo de su país, sino también de la universal. Su corta existencia estuvo marcada por las difíciles y precarias circunstancias familiares, por un temperamento complejo, morboso y soñador, con terribles caídas en «abismos de oscuridad y negrura», agravadas por la irresistible dependencia del alcohol y del opio. Una vida desgraciada, convertida, en fin, en dramática lucha contra el infortunio y contra los propios demonios interiores, que terminó como la de un mísero y desconocido borracho, recogido moribundo una noche en las calles de Baltimore, en medio de un espantoso «delirium tremens».

En poesía hay que anotar los célebres poemas titulados «Las Campanas» («The Bells», 1849) y especialmente «El Cuervo» («The Raven», 1845). Su definición de la poesía como «la creación rítmica de la belleza» fue abundantemente repetida por simbolistas y modernistas.

También escribió la novela trepidante y truculenta, titulada *Las aventuras de Arthur Gordon Pym (The Narrative of Arthur Gordon Pym of Nantucket*, 1838) —«una travesía surcada por un escalofrío de horror»—, pero Poe es particularmente conocido por sus «extraordinarios» cuentos, originariamente publicados en revistas y después reunidos en dos volúmenes: *Narraciones de lo grotesco y arabesco (Tales of the Grotesque and Arabesque,* Filadelfia, 1840) y *Narraciones (Tales,* Nueva York, 1845). Traducidos al francés por el poeta Charles Baudelaire bajo el título de *Histoires Extraordinaires*, pronto se hicieron universalmente famosos.

E. A. Poe estuvo dotado de una imaginación exaltada, desbordante y fecunda y de una sorprendente capacidad de análisis minucioso, especialmente de los estados melancólicos, depresivos, extraños y lúgubres. La presencia envolvente de lo macabro y lo sobrecogedor, la capacidad para crear ambientes angustiosos en los que el lector se ve sumergido sin ninguna posibilidad de evasión, todo ello gracias al cuidado estilístico de su prosa, al perfecto y ajustado dominio del lenguaje con el que consigue una expresión vigorosa, concentrada e intensa, le han convertido en un modelo literario tan imprescindible e indiscutible como permanente. Inventó el relato detectivesco, elevó a categoría artística la narración psicológica en la que se explora el mundo interior, y fue el creador de algunas de las más sorprendentes narraciones de terror de todos los tiempos.

Baudelaire, que lo consideraba uno de sus maestros, lo calificó de «tenebroso y brillante, siniestro y tormentoso, profundo como el cielo y el infierno». Julio Cortázar, de quien siempre nos sentiremos deudores por la insuperable traducción al castellano de los cuentos de Poe, al referirse a él afirmó que «al principio fue el miedo» y otros estudiosos como Alba Omil y Raúl A. Piérola nos avisaron de que «la luz desolada de las pesadillas de Poe iluminará buena parte de la literatura de occidente».

«El tonel de amontillado» es un cuento de horror o terror psicológico en el que se ha conseguido con pleno acierto, como afirmaba Julio Cortázar, una característica propia de todo buen cuento, la *intensidad* del relato, gracias a la eliminación de todo aquello que signifique situaciones intermedias o fases de transición, para meter de lleno al lector, desde el principio, en el mismo corazón del drama y hacerle asistir sobrecogido al cumplimiento implacable de una fría y terrible venganza.

EL TONEL DE AMONTILLADO[26]

Había yo soportado hasta donde me era posible las mil ofensas de que Fortunato me hacía objeto, pero cuando se atrevió a insultarme juré que me vengaría. Vosotros, sin embargo, que conocéis harto bien mi alma, no pensaréis que proferí amenaza alguna. Me vengaría *a la larga*; esto quedaba definitivamente decidido, pero, por lo mismo que era definitivo, excluía toda idea de riesgo. No sólo debía castigar, sino castigar con impunidad. No se repara un agravio cuando el castigo alcanza al reparador, y tampoco es reparado si el vengador no es capaz de mostrarse como tal a quien lo ha ofendido.

Téngase en cuenta que ni mediante hechos ni palabras había yo dado motivo a Fortunato para dudar de mi buena disposición. Tal como me lo había propuesto, seguí sonriente ante él, sin que se diera cuenta de que mi sonrisa procedía, *ahora*, de la idea de su inmolación.

Un punto débil tenía este Fortunato, aunque en otros sentidos era hombre de respetar y aun de temer. Enorgullecíase de ser un *connaisseur*[27] en materia de vinos. Pocos italianos poseen la capacidad del verdadero virtuoso. En su mayor parte, el entusiasmo que fingen se adapta al momento y a la oportunidad, a fin de engañar a los millonarios ingleses y austríacos. En pintura y en alhajas Fortunato era un impostor, como todos sus compatriotas; pero en lo referente a vinos añejos procedía con sinceridad. No era yo diferente de él en este sentido; experto en vendimias italianas, compraba con largueza todos los vinos que podía.

Anochecía ya, una tarde en que la semana de carnaval llegaba a su locura más extrema, cuando encontré a mi amigo. Acercóseme con excesiva cordialidad, pues había estado bebiendo en demasía. Disfrazado de bufón, llevaba un ajustado traje de rayas y lucía en la cabeza el cónico gorro de cascabeles. Me sentí tan contento al verle, que me pareció que no terminaría nunca de estrechar su mano.

—Mi querido Fortunato —le dije—, ¡qué suerte haberte encontrado! ¡Qué buen semblante tienes! Figúrate que acabo de recibir un barril de vino que pasa por amontillado, pero tengo mis dudas.

—¿Cómo? —exclamó Fortunato—. ¿Amontillado? ¿Un barril? ¡Imposible! ¡Y a mitad de carnaval…!

—Tengo mis dudas —insistí—, pero he sido lo bastante tonto como para pagar su precio sin consultarte antes. No pude dar contigo y tenía miedo a echar a perder un buen negocio.

—¡Amontillado!

—Tengo mis dudas.

—¡Amontillado!

—Y quiero salir de ellas.

—¡Amontillado!

—Como estás ocupado, me voy a buscar a Lucresi. Si hay alguien con sentido crítico, es él. Me dirá que…

—Lucresi es incapaz de distinguir entre amontillado y jerez.

—Y sin embargo no faltan tontos que afirman que su gusto es comparable al tuyo.

—¡Ven! ¡Vamos!

—¿Adónde?

—A tu bodega.

—No, amigo mío. No quiero aprovecharme de tu bondad. Noto que estás ocupado, y Lucresi…

—No tengo nada que hacer; vamos.

—No, amigo mío. No se trata de tus ocupaciones, pero veo que tienes un fuerte catarro. Las criptas[28] son terriblemente húmedas y están cubiertas de salitre.

—Vamos lo mismo. Este catarro no es nada. ¡Amontillado! Te has dejado engañar. En cuanto a Lucresi, es incapaz de distinguir entre jerez y amontillado.

Mientras decía esto, Fortunato me tomó del brazo. Yo me puse un antifaz de seda negra y, ciñéndome una *roquelaure*[29], dejé que me llevara apresuradamente a mi *palazzo*[30].

No encontramos sirvientes en mi morada; habíanse escapado para festejar alegremente el carnaval. Como les había dicho que no volvería hasta la mañana siguiente, dándoles órdenes expresas de no moverse de casa, estaba bien seguro de que todos ellos se habían marchado de inmediato apenas les hube vuelto la espalda.

Saqué dos antorchas de sus anillas y, entregando una a Fortunato, le conduje a través de múltiples habitaciones hasta la arcada que daba acceso a las criptas. Descendimos una larga escalera de caracol, mientras yo recomendaba a mi amigo que bajara con precaución. Llegamos por fin al fondo y pisamos juntos el húmedo suelo de las catacumbas de los Montresors.

Mi amigo caminaba tambaleándose, y al moverse tintinearon los cascabeles de su gorro.

—El tonel —dijo.

—Está más adelante —contesté—, pero observa las blancas telarañas que brillan en las paredes de las cavernas.

Se volvió hacia mí y me miró en los ojos con veladas pupilas, que destilaban el flujo de su embriaguez.

—¿Salitre? —preguntó, después de un momento.

—Salitre —repuse—. ¿Desde cuándo tienes esa tos?

El violento acceso impidió a mi pobre amigo contestarme durante varios minutos.

—No es nada —dijo por fin.

—Vamos —declaré con decisión—. Volvámonos; tu salud es preciosa. Eres rico, respetado, admirado, querido; eres feliz como en un tiempo lo fui

yo. Tu desaparición sería lamentada, cosa que no ocurriría en mi caso. Volvamos, pues, de lo contrario te enfermarás, y no quiero tener esa responsabilidad. Además está Lucresi, que…

—¡Basta! —dijo Fortunato—. Esta tos no es nada y no me matará. No voy a morir de un acceso de tos.

—Ciertamente que no —repuse—. No quería alarmarte innecesariamente. Un trago de este Medoc[31] nos protegerá de la humedad.

Rompí el cuello de una botella que había extraído de una larga hilera de la misma clase colocada en el suelo.

—Bebe —agregué, presentándole el vino.

Mirándome de soslayo, alzó la botella hasta sus labios. Detúvose y me hizo un gesto familiar, mientras tintineaban sus cascabeles.

—Brindo —dijo— por los enterrados que reposan en torno de nosotros.

—Y yo brindo por que tengas una larga vida.

Otra vez me tomó del brazo y seguimos adelante.

—Estas criptas son enormes —observó Fortunato.

—Los Montresors —repliqué— fueron una distinguida y numerosa familia.

—He olvidado vuestras armas.

—Un gran pie humano de oro en campo de azur[32]; el pie una serpiente rampante, cuyas garras se hunden en el talón.

—¿Y el lema?

—*Nemo me impune lacessit*[33].

—¡Muy bien! —dijo Fortunato.

Chispeaba el vino en sus ojos y tintineaban los cascabeles. El Medoc había estimulado también mi fantasía. Dejamos atrás largos muros formados por esqueletos apilados, entre los cuales aparecían también toneles y pipas, hasta llegar a la parte más recóndita de las catacumbas. Me detuve otra vez, atreviéndome ahora a tomar del brazo a Fortunato por encima del codo.

—¡Mira cómo el salitre va en aumento! —dije—. Abunda como el moho en las criptas. Estamos debajo del lecho del río. Las gotas de humedad caen entre los huesos… Ven, volvámonos antes de que sea demasiado tarde. La tos…

—No es nada —dijo Fortunato—. Sigamos adelante, pero bebamos antes otro trago de Medoc.

Rompí el cuello de un frasco de De Grave y se lo alcancé. Vaciolo de un trago y sus ojos se llenaron de una luz salvaje. Riéndose, lanzó la botella hacia arriba, gesticulando en una forma que no entendí.

Lo miré, sorprendido. Repitió el movimiento, un movimiento grotesco.

—¿No comprendes?

—No —repuse.

—Entonces no eres de la hermandad.

—¿Cómo?

—No eres un masón.

—¡Oh, sí! —exclamé—. ¡Sí lo soy!

—¿Tú, un masón? ¡Imposible!

—Un masón —insistí.

—Haz un signo —dijo él—. Un signo.

—Mira —repuse, extrayendo de entre los pliegues de mi *roquelaure* una pala de albañil.

—Te estás burlando —exclamó Fortunato, retrocediendo algunos pasos —. Pero vamos a ver ese amontillado.

—Puesto que lo quieres —dije, guardando el utensilio y ofreciendo otra vez mi brazo a Fortunato, que se apoyó pesadamente. Continuamos nuestro camino en busca del amontillado. Pasamos bajo una hilera de arcos muy bajos, descendimos, seguimos adelante y, luego de bajar otra vez, llegamos a una profunda cripta, donde el aire estaba tan viciado que nuestras antorchas dejaron de llamear y apenas alumbraban.

En el extremo más alejado de la cripta se veía otra menos espaciosa. Contra sus paredes se habían apilado restos humanos que subían hasta la bóveda, como puede verse en las grandes catacumbas de París. Tres lados de esa cripta interior aparecían ornamentados de esta manera. En el cuarto, los huesos se habían desplomado y yacían dispersos en el suelo, formando en una parte un amontonamiento bastante grande. Dentro del muro así expuesto por la caída de los huesos, vimos otra cripta o nicho interior, cuya profundidad sería de unos cuatro pies, mientras su ancho era de tres y su alto de seis o siete. Parecía haber sido construida sin ningún propósito especial, ya que sólo constituía el intervalo entre dos de los colosales soportes del techo de las catacumbas, y formaba su parte posterior la pared, de sólido granito, que las limitaba.

Fue inútil que Fortunato, alzando su mortecina antorcha, tratara de ver en lo hondo del nicho. La débil luz no permitía adivinar dónde terminaba.

—Continúa —dije—. Allí está el amontillado. En cuanto a Lucresi…

—Es un ignorante —interrumpió mi amigo, mientras avanzaba tambaleándose y yo le seguía pegado a sus talones. En un instante llegó al fondo del nicho y, al ver que la roca interrumpía su marcha, se detuvo como

atontado. Un segundo más tarde quedaba encadenado al granito. Había en la roca dos argollas de hierro, separadas horizontalmente por unos dos pies. De una de ellas colgaba una cadena corta; de la otra, un candado. Pasándole la cadena alrededor de la cintura, me bastaron apenas unos segundos para aherrojarlo. Demasiado estupefacto estaba para resistirse. Extraje la llave y salí del nicho.

—Pasa tu mano por la pared —dije— y sentirás el salitre. Te aseguro que hay *mucha* humedad. Una vez más, te *imploro* que volvamos. ¿No quieres? Pues entonces, tendré que dejarte. Pero antes he de ofrecerte todos mis servicios.

—¡El amontillado! —exclamó mi amigo, que no había vuelto aún de su estupefacción.

—Es cierto —repliqué—. El amontillado.

Mientras decía esas palabras, fui hasta el montón de huesos de que ya he hablado. Echándolos a un lado, puse en descubierto una cantidad de bloques de piedra y de mortero. Con estos materiales y con ayuda de mi pala de albañil comencé vigorosamente a cerrar la entrada del nicho.

Apenas había colocado la primera hilera de mampostería, advertí que la embriaguez de Fortunato se había disipado en buena parte. La primera indicación nació de un quejido profundo que venía de lo hondo del nicho. *No era* el grito de un borracho. Siguió un largo y obstinado silencio. Puse la segunda hilera, la tercera y la cuarta; entonces oí la furiosa vibración de la cadena. El ruido duró varios minutos, durante los cuales, y para poder escucharlo con más comodidad, interrumpí mi labor y me senté sobre los huesos. Cuando, por fin, cesó el resonar de la cadena, tomé de nuevo mi pala y terminé sin interrupción la quinta, la sexta y la séptima hilera. La pared me llegaba ahora hasta el pecho. Detúveme nuevamente y, alzando la antorcha sobre la mampostería, proyecté sus débiles rayos sobre la figura allí encerrada.

Una sucesión de agudos y penetrantes alaridos, brotando súbitamente de la garganta de aquella forma encadenada, me hicieron retroceder con violencia. Vacilé un instante y temblé. Desenvainando mi espada, me puse a tantear con ella el interior del nicho, pero me bastó una rápida reflexión para tranquilizarme. Apoyé la mano sobre la sólida muralla de la catacumba y me sentí satisfecho. Volví a acercarme al nicho y contesté con mis alaridos a aquel que clamaba. Fui su eco, lo ayudé, lo sobrepujé en volumen y en fuerza. Sí, así lo hice, y sus gritos acabaron por cesar.

Ya era medianoche y mi tarea llegaba a su término. Había completado la octava, la novena, y la décima hilera. Terminé una parte de la undécima y última; sólo quedaba por colocar y fijar una sola piedra. Luché con su peso y la coloqué parcialmente en posición. Pero entonces brotó desde el nicho una risa apagada que hizo erizar mis cabellos. La sucedió una voz lamentable, en la que me costó reconocer la del noble Fortunato.

—¡Ja, ja… ja, ja! ¡Una excelente broma, por cierto… una excelente broma…! ¡Cómo vamos a reírnos en el *palazzo…* ja, ja… mientras bebamos… ja, ja!

—¡El amontillado! —dije.

—¡Ja, ja…! ¡Sí… el amontillado…! Pero… ¿no se está haciendo tarde? ¿No nos estarán esperando en el *palazzo…* mi esposa y los demás? ¡Vámonos!

—Sí —dije—. Vámonos.

—*¡Por el amor de Dios, Montresor!*

—Sí —dije—. Por el amor de Dios.

Esperé en vano la respuesta a mis palabras. Me impacienté y llamé en voz alta:

—¡Fortunato!

Silencio. Llamé otra vez.

—¡Fortunato!

No hubo respuesta. Pasé una antorcha por la abertura y la dejé caer dentro. Sólo me fue devuelto un tintinear de cascabeles. Sentí que una náusea me envolvía; su causa era la humedad de las catacumbas. Me apresuré a terminar mi trabajo. Puse la última piedra en su sitio y la fijé con el mortero. Contra la nueva mampostería volví a alzar la antigua pila de huesos. Durante medio siglo, ningún mortal los ha perturbado. *¡Requiescat in pace!*[34].

2. GUY DE MAUPASSANT (1850-1893)

El escritor francés Henri René Albert Guy de Maupassant, después de la separación de sus padres, vivió confiado al cuidado celoso de su madre en la región de Normandía. Ella le dirigió sus primeras lecturas y le dejó en completa libertad durante aquellos primeros años, los más felices de su vida, con las correrías por los campos, la escarpada costa o por el mar en las barcas de los pescadores. Ya en París, rebosante de salud, alegre y bromista gustó la vida disipada de la capital, pero también trabajó intensamente con G.

Flaubert, muy amigo de su madre, que le orientó en las lecturas y le enseñó a mirar el mundo según las normas de la estética realista, adiestrándole en el arte de la descripción minuciosa y de la precisión de los detalles.

En 1880 inició su carrera literaria con la publicación de la novela corta titulada *Bola de Sebo (Boule de suif)* en el volumen *Las veladas de Médan (Les soirées de Médan)*, en palabras del propio Flaubert, «obra maestra de composición, de comicidad, de observación» y que es una furibunda diatriba contra la cobardía moral y la hipocresía de la burguesía provinciana francesa de la Tercera República y, además, una de las más certeras muestras del relato naturalista.

Desde ese año, 1880, hasta 1890 la actividad literaria fue rebosante: varias novelas —*Una vida* (*Une vie,* 1883), *Bel ami* (1885), *Nuestro corazón (Notre coeur,* 1890)—. Varios libros de viajes, crónicas, numerosos artículos en diarios y revistas y casi trescientos relatos, agrupados en numerosos libros como *La señorita Fifí (Mademoiselle Fifí,* 1882), *Los cuentos de la becada (Les contes de la Bécasse,* 1883), *Las hermanas Rondoli (Les soeurs Rondoli,* 1884), *Cuentos del día y de la noche (Contes du jour et de la nuit,* 1885), etc.

Los principales temas de los cuentos de Guy de Maupassant son la soledad, la incomprensión, los niños abandonados, los amores infelices, la crueldad de la guerra y, especialmente, la amarga y despiadada descripción de la pequeña burguesía de su época. Se caracteriza el escritor francés por un extraordinario poder de observación, un magnífico trazo en el retrato de personajes y ambientes, y un estilo sobrio, conciso y riguroso.

A medida que pasa el tiempo, a Maupassant le va venciendo una forma de angustia rayana en la esquizofrenia, con terribles alucinaciones y desdoblamientos de personalidad. A pesar de ello, lograba dominar esa angustia y podía describir los fenómenos más morbosos con la serenidad del escritor realista, pero adentrándose ya en un mundo fantástico y de terror sobrenatural, como sucede en algunos cuentos tan conocidos como los titulados «El Borla» *(Le Horla)* y «La posada» *(L'auberge)*. La locura acabó con su vida a los cuarenta y tres años, tras dieciocho meses de internamiento en un estado de inconsciencia casi total y de crisis periódicas de extremada violencia.

El cuento titulado «El collar» es una crítica cruel e irónica sobre la mesocracia francesa; pequeños burgueses provincianos, como la señora Loisel, que sueñan con una brillante entrada en los salones de la alta sociedad y todo termina en el más patético ridículo.

EL COLLAR

Era una de esas lindas y encantadoras muchachas nacidas, como por un error del destino, en una familia de empleados.

No tenía dote, ni esperanzas, ni el menor medio de que un hombre rico y distinguido la conociera, la comprendiera, la amara y la llevara al altar; y dejó que la casaran con un empleadillo del ministerio de Instrucción Pública.

Al no poder engalanarse, fue sencilla, pero desgraciada como si hubiera venido a menos; pues las mujeres no tienen casta ni raza, y su belleza, su gracia y su encanto les sirven de nacimiento y de familia. Su natural finura, su instintiva elegancia, su agilidad de espíritu constituyen su única jerarquía, e igualan a las hijas del pueblo con las grandes señoras.

Sufría sin cesar, sintiéndose nacida para todas las delicadezas y todos los lujos. Sufría por la pobreza de su hogar, por la miseria de las paredes, por el desgaste de las sillas, por la fealdad de las telas. Todas esas cosas, en las cuales otra mujer de su casta ni siquiera habría reparado, la torturaban e indignaban. La visión de la joven bretona que la servía de criada despertaba en ella añoranzas desoladas y sueños enloquecidos. Pensaba en antecámaras mudas, acolchadas con colgaduras orientales, iluminadas por grandes hachones de bronce, y en dos altos lacayos de calzón corto durmiendo en los anchos sillones, amodorrados por el pesado calor del calorífero. Pensaba en grandes salones revestidos de viejas sedas, en muebles finos con chucherías inestimables, y en saloncitos coquetos, perfumados, hechos para la charla de las cinco con los amigos más íntimos, los hombres conocidos y buscados cuya atención ambicionan y desean todas las mujeres.

Cuando se sentaba, para cenar, ante la mesa redonda cubierta por un mantel de tres días, frente a su marido que destapaba la sopera, declarando con aspecto arrobado: ¡Ah! ¡Qué buen cocido! No conozco nada mejor…, pensaba en cenas de gala, en servicios de plata resplandeciente, en tapicerías que poblaban las paredes con personajes antiguos y extrañas aves en medio de un bosque de cuento de hadas; pensaba en platos exquisitos servidos en vajillas maravillosas, en galanterías susurradas y escuchadas con sonrisa de esfinge, al tiempo que se paladeaba la carne rosada de una trucha o un alón de faisán.

No tenía hermosos trajes, ni joyas, nada. Y sólo le gustaba eso; se sentía hecha para ello. ¡Habría dado tanto por agradar, ser deseada, ser seductora y asediada!

Tenía una amiga rica, una compañera del colegio de monjas a la que ya no iba a ver, porque sufría mucho al regresar a casa. Y lloraba durante días enteros, de pena, de nostalgia, de desesperación y de angustia.

Ahora bien, una noche su marido volvió a casa con un aire triunfante, y llevando en la mano un ancho sobre.

—Mira, dijo, aquí hay algo para ti.

Ella rasgó vivamente el papel y sacó una tarjeta impresa con estas palabras: «El ministro de Instrucción Pública y la señora de Ramponneau ruegan al señor y la señora Loisel les hagan el honor de pasar la velada del lunes 18 de enero en el hotel del ministerio».

En lugar de estar encantada, como esperaba su marido, tiró con despecho la invitación sobre la mesa, murmurando:

—¿Qué quieres que haga con eso?

—Pero, querida, pensaba que estarías contenta. No sales nunca, y es una ocasión, ¡y estupenda! Me costó mucho trabajo conseguirla. Todo el mundo la quiere; es muy buscada, y no han dado muchas a los empleados. Verás allí a todo el mundo oficial.

Ella lo miraba con ojos irritados, y declaró con impaciencia:

—¿Y qué quieres que me ponga para ir?

Él no lo había pensado; balbuceó:

—¡Pues el traje con el que vas al teatro. Me parece muy bien, por lo menos a mí!…

Se calló, estupefacto, pasmado, al ver que su mujer lloraba. Dos gruesas lágrimas descendían lentamente de la comisura de los ojos hacia las comisuras de la boca; tartamudeó:

—¿Qué tienes? ¿Qué tienes?

Pero ella, con un violento esfuerzo, había domado su pena y respondió con voz tranquila, enjugándose las húmedas mejillas:

—Nada. Sólo que, como no tengo nada que ponerme, no puedo ir a esa fiesta. Dale tu tarjeta a cualquier colega cuya mujer esté mejor trajeada que yo.

Él estaba desolado. Prosiguió:

—Veamos, Mathilde. ¿Cuánto costaría un traje decente, que pudiera servirte en otras ocasiones, una cosa sencillita?

Ella reflexionó unos segundos, echando sus cuentas y pensando también en la suma que podía pedir sin atraerse una negativa inmediata y una pasmada exclamación del ahorrativo empleado.

Por fin, respondió vacilando:

—No sé exactamente, pero me parece que podría arreglarme con cuatrocientos francos.

Él palideció un poco, pues se reservaba exactamente esa suma para comprarse una escopeta y permitirse unas partidas de caza, al verano siguiente, en la llanura de Nanterre, con algunos amigos que salían a tirar a las alondras, por allí, los domingos.

Dijo, sin embargo:

—Está bien. Te doy cuatrocientos francos. Pero trata de conseguir un bonito vestido.

Se acercaba el día de la fiesta, y la señora Loisel parecía triste, inquieta, ansiosa. Sin embargo, su traje estaba preparado. Su marido le dijo una noche:

—¿Qué tienes? Veamos, llevas tres días muy rara.

Y ella respondió:

—Me fastidia no tener una joya, ni la más insignificante piedra, nada que ponerme. Así tendré un aire pobretón. Casi preferiría no ir a esa velada.

Él prosiguió:

—Ponte flores naturales. Esta temporada se llevan mucho. Por diez francos tendrás dos o tres rosas magníficas.

Ella no estaba muy convencida.

—No… no hay nada más humillante que tener pinta de pobre entre mujeres ricas.

Pero su marido exclamó:

—¡Qué tonta eres! Ve a ver a tu amiga, la señora Forestier, y pídele que te preste alguna joya. Tienes bastante amistad con ella para hacerlo.

Ella lanzó un grito de gozo:

—Es cierto… No se me había ocurrido.

Al día siguiente, se dirigió a casa de su amiga y le contó su apuro.

La señora Forestier fue hacia su armario de luna, cogió un gran cofre, lo trajo, lo abrió, y le dijo a la señora Loisel:

—Escoge, querida.

Vio primero brazaletes, después un collar de perlas, luego una cruz veneciana, de oro y pedrería, un admirable trabajo. Se probó los aderezos ante el espejo, vacilaba, no podía decidirse a quitárselos, a devolverlos. Preguntaba siempre:

—¿No tienes nada más?

—Claro que sí, busca. No sé lo que puede agradarte.

De repente descubrió, en una caja de satén negro, un soberbio collar de brillantes; y su corazón empezó a latir con un deseo inmoderado. Sus manos temblaban al cogerlo. Lo sujetó en torno a su garganta, sobre su traje de cuello alto, y se quedó extasiada consigo misma.

Después preguntó, vacilante, llena de angustia:

—¿Puedes prestarme esto, sólo esto?

—Claro que sí, desde luego.

Saltó al cuello de su amiga, la abrazó con arrebato, y después escapó con su tesoro.

Llegó el día de la fiesta. La señora Loisel tuvo un verdadero triunfo. Estaba más linda que ninguna, elegante, graciosa, sonriente y loca de alegría. Todos los hombres la miraban, preguntaban su nombre, pedían que se la presentaran. Todos los directores generales querían bailar con ella. El ministro se fijó en ella.

Bailaba con entusiasmo, con arrebato, embriagada de placer, sin pensar en nada, entre el triunfo de su belleza, entre la gloria de su éxito, entre una especie de nube de felicidad compuesta por todos los homenajes, todas las admiraciones, todos los deseos despertados, por esa victoria tan completa y tan dulce para el corazón de las mujeres.

Se marchó hacia las cuatro de la madrugada. Su marido dormía, desde medianoche, en un saloncito desierto, con otros tres señores cuyas mujeres se divertían mucho.

Él le echó sobre los hombros la prenda que había traído para la salida, modesta prenda de la vida ordinaria, cuya pobreza chocaba con la elegancia del traje de baile. Ella lo notó y quiso escapar, para que no repararan en ella las otras mujeres que se envolvían en ricas pieles.

Loisel la retenía:

—Espera. Vas a coger frío fuera. Voy a llamar un simón.

Pero ella no lo escuchaba y bajaba rápidamente la escalera. Cuando estuvieron en la calle, no encontraron un coche; y empezaron a buscar, gritándoles a los cocheros que veían pasar a lo lejos. Bajaban hacia el Sena, desesperados, tiritando. Por fin encontraron en el muelle uno de esos cupés noctámbulos que sólo se ven en París cuando cae la noche, como si durante el día se avergonzaran de su pobreza.

Los llevó hasta su puerta, en la calle des Martyrs, y subieron tristemente a su casa. Se había acabado, para ella. Y él, por su parte, pensaba en que tendría que estar en el Ministerio a las diez.

Ella se quitó la prenda con que se había cubierto los hombros, delante del espejo, con el fin de verse una vez más en plena gloria. Pero de pronto lanzó un grito. ¡Ya no llevaba el collar en torno al cuello!

Su marido, medio desvestido ya, preguntó:

—¿Qué te pasa?

Se volvió hacia él, enloquecida:

—¡No…, no…, no tengo ya el collar de la señora Forestier!

Él se irguió, sobrecogido:

—¿Qué?… ¿Cómo?… ¡No es posible!

Y buscaron entre los pliegues del traje, entre los pliegues del abrigo, en los bolsillos, por todas partes. No lo encontraron.

Él preguntó:

—¿Estás segura de que aún lo tenías al salir del baile?

—Sí, lo toqué en el vestíbulo del ministerio.

—Pero, si lo hubieras perdido en la calle, lo habríamos oído caer. Debe estar en el simón.

—Sí, es probable. ¿Te quedaste con el número?

—No. Y tú, ¿no te has fijado?

—No.

Se contemplaban aterrados. Por fin Loisel volvió a vestirse.

—Voy a desandar todo el camino que seguimos a pie, dijo, a ver si lo encuentro.

Y salió. Ella se quedó vestida de gala, sin fuerzas para acostarse, caída en una silla, sin fuego, sin ideas.

Su marido regresó hacia las siete. No había encontrado nada.

Se dirigió a la prefectura de Policía, a los periódicos, para prometer una recompensa, a las compañías de coches de alquiler, en fin, a todos los lugares a donde lo empujaba un vislumbre de esperanza.

Ella esperó todo el día, en el mismo estado de pasmo ante aquel horrible desastre.

Loisel regresó por la noche, con el rostro hundido, pálido; no había descubierto nada.

—Hay que escribirle a tu amiga, dijo, que se te ha roto el cierre del collar y que lo estás arreglando. Eso nos dará tiempo para solucionarlo.

Ella escribió al dictado.

Al cabo de una semana, habían perdido toda esperanza.

Y Loisel, que había envejecido cinco años, declaró:

—Hay que pensar en sustituir esa joya.

Cogieron, al día siguiente, el estuche que la había encerrado, y se dirigieron al joyero cuyo nombre se encontraba en el interior. Consultó sus libros:

—No fui yo, señora, el que vendió ese collar; sólo debí de proporcionar el estuche.

Entonces fueron de joyería en joyería, buscando un collar parecido al otro, consultando sus recuerdos, enfermos ambos de pesar y de angustia.

Encontraron, en una tienda del Palais Royal, una sarta de brillantes que les pareció enteramente igual a la que buscaban. Valía cuarenta mil francos. Se lo dejarían en treinta y seis mil.

Rogaron al joyero que no lo vendiera antes de tres días. Y pusieron la condición de que lo devolverían, por treinta y cuatro mil francos, si encontraban el primero antes de finales de febrero.

Loisel poseía dieciocho mil francos que le había dejado su padre. Pediría prestado el resto.

Tomó el préstamo, pidiendo mil francos a uno, quinientos a otro, cinco luises por aquí, tres luises por allá. Hizo pagarés, adquirió compromisos ruinosos, tuvo tratos con usureros, con todas las razas de prestamistas. Comprometió todo el final de su existencia, arriesgó su firma sin saber si podría hacer honor a ella, y, espantado por las angustias del futuro, por la negra miseria que iba a abatirse sobre él, por la perspectiva de todas las privaciones físicas y de todas las torturas morales, fue a recoger el nuevo collar, depositando sobre el mostrador del comerciante treinta y seis mil francos.

Cuando la señora Loisel le devolvió el collar a la señora Forestier, ésta le dijo, con aire ofendido:

—Hubieras debido devolvérmelo antes, pues podía haberlo necesitado.

No abrió el estuche, cosa que su amiga temía. Si se hubiera dado cuenta de la sustitución. ¿Qué habría pensado?, ¿qué habría dicho? ¿No la habría tomado por una ladrona?

La señora Loisel conoció la horrible vida de los necesitados. Se resignó, por lo demás, de repente, heroica. Había que pagar aquella espantosa deuda. Pagaría. Despidieron a la criada, cambiaron de casa, alquilaron otra, una buhardilla bajo los tejados.

Conoció los trabajos pesados del hogar, las odiosas tareas de la cocina. Lavó la vajilla, desgastando sus rosadas uñas en los pucheros grasientos y el fondo de las cacerolas. Enjabonó la ropa sucia, las camisas y los paños de cocina, que tendía a secar en una cuerda; bajó a la calle, todas las mañanas, la basura y subió el agua, deteniéndose en cada piso para recobrar el resuello. Y, vestida como una mujer del pueblo, fue a la frutería, a la tienda de ultramarinos, a la carnicería, con su cesto bajo el brazo, regateando, insultada, defendiendo céntimo a céntimo su miserable dinero.

Cada mes era preciso pagar unos pagarés, renovar otros, ganar tiempo.

El marido trabajaba, por la tarde, pasando a limpio las cuentas de un comerciante, y de noche, a menudo, hacía copias a veinticinco céntimos la página.

Y esta vida duró diez años.

Al cabo de diez años lo habían devuelto todo, todo, con los porcentajes de la usura, y la acumulación de los intereses superpuestos.

La señora Loisel parecía vieja, ahora. Se había convertido en la mujer fuerte y dura de las parejas pobres. Mal peinada, con las sayas torcidas y las manos rojas, hablaba en voz alta, fregaba los suelos con agua fría. Pero a veces, cuando su marido estaba en la oficina, se sentaba junto a la ventana, y pensaba en aquella velada de antaño, en aquel baile, donde había estado tan hermosa y tanto la festejaron.

¿Qué habría ocurrido de no haber perdido aquel collar? ¡Quién sabe! ¡Quién sabe! ¡Qué singular es la vida, qué mudable! ¡Cuán poca cosa se necesita para perdernos o salvarnos!

Ahora bien, un domingo, habiendo ido a dar una vuelta por los Campos Elíseos para descansar de los quehaceres de la semana, vio de repente a una mujer que paseaba un niño. Era la señora Forestier, siempre joven, siempre hermosa, siempre seductora.

La señora Loisel se sintió emocionada. ¿Le hablaría? Sí, claro. Y ahora que había pagado, se lo diría todo. ¿Por qué no?

Se acercó.

—Hola, Jeanne.

La otra no la reconocía, y se extrañó de que aquella burguesa la llamase con tanta familiaridad. Balbució:

—Pero… ¡señora!… Yo no sé… Usted debe de confundirse.

—No. Soy Mathilde Loisel.

Su amiga lanzó un grito:

—¡Oh!… ¡Pobre Mathilde, qué cambiada estás…!

—Sí, he pasado días muy duros, desde que dejé de verte; y muchas miserias… ¡Y todo por tu culpa!…

—Por mi culpa… ¿Cómo?

—¿Recuerdas aquel collar de brillantes que me prestaste para ir a la fiesta del Ministerio?

—Sí. ¿Y qué?

—Pues lo perdí.

—¡Cómo! ¡Si me lo devolviste!

—Te devolví otro muy parecido. Y hace diez años que lo estamos pagando. Comprenderás que no fue fácil para nosotros, que no teníamos nada… En fin, ya se acabó, y estoy terriblemente contenta.

La señora Forestier se había detenido.

—¿Dices que compraste un collar de brillantes para sustituir el mío?

—Sí. No te habías dado cuenta, ¿eh? Eran muy parecidos.

Y sonreía con una alegría orgullosa e ingenua.

La señora Forestier, muy emocionada, le cogió las dos manos.

—¡Oh! ¡Pobre Mathilde! Pero ¡si el mío era falso! Valía a lo sumo quinientos francos…

[*La Parure, Le Gaulois*, 17 de febrero de 1884]

3. ANTÓN CHÉJOV (1860-1904)

Nacido en una localidad rusa a orillas del mar de Azov, Antón Chéjov era nieto de un antiguo siervo de la gleba e hijo de un tendero inculto, egoísta y brutal, con dificultades económicas.

En una carta de 1889 resumía así la propia evolución y trayectoria vital: «¿Podríais escribir un relato sobre un joven, hijo de un siervo, algún tiempo dependiente de comercio, escolar, estudiante universitario, acostumbrado a adular a los importantes, a besar la mano a los popes, a aceptar sin preguntas las ideas de los demás y a dar las gracias por cada bocado de pan que come; un joven que ha sido azotado con frecuencia, que se mete en peleas callejeras, tortura animales y se comporta de modo hipócrita respecto a Dios y al hombre, sin la más leve excusa, sino sólo porque es consciente de su propia indignidad; podríais escribir un relato de cómo ese joven va sacando de sí mismo al esclavo, gota a gota, y cómo al despertar una mañana, siente que la sangre que corre por sus venas es sangre de verdad y ya no es sangre de esclavo?».

Cuando quebró el negocio paterno toda la familia se trasladó a Moscú donde Chéjov, estudiante pobre de medicina, empezó a publicar cuentos humorísticos para ayudar a su familia. Al acabar la carrera, el poco interés por ejercerla, el saber que estaba enfermo de tuberculosis y la decidida vocación literaria le impulsaron a ser escritor.

Chéjov es autor de un reducido pero inolvidable número de obras dramáticas: *La gaviota* (1896), *El tío Vania* (1897), *Las tres hermanas* (1901)

y *El jardín de los cerezos* (1904), que incorporan a la escena rusa un realismo hasta entonces insólito. Teatro apenas sin acción en el que se debaten personajes de un mundo periclitado —la decadente aristocracia rural rusa—, sumidos en vanos ensueños de acción y atrapados en la frustración, en la vanidad de sus vidas y, especialmente, en el hastío, el depresivo hastío ruso.

Pero Chéjov es, además, maestro indiscutible del relato breve. Escribió más de mil cuentos, parcos en palabras, en argumento, y en descripciones, pero que dejan una profunda impresión en el lector. Ahí reside la revolución chejoviana en la cuentística: la exaltación del valor narrativo de una escena, de un momento, de la más cotidiana atmósfera anímica y vivencial. La simplicidad y la brevedad, la piedad y el humor son los aspectos esenciales del narrador ruso que impregnan sus «normales» y humanísimas historias.

«Esos paisajes desnudos, los sauces secos al borde de los caminos, tristes y enlodados, los grajos tristes que aletean sobre cielos grises, y el súbito tufillo de un recuerdo asombroso en un rincón extrañísimo: toda esa vaguedad conmovedora, toda esa debilidad hermosa, todo ese grisáceo mundo chejoviano es algo que vale la pena atesorar frente a la luz cegadora de esos otros mundos fuertes, autosuficientes…»**[35]**.

El autor ruso posee, además, una especial sensibilidad para la percepción y expresión del sufrimiento humano. De él se ha llegado a afirmar algo que es lo más hermoso que puede decirse de un escritor: «Se es, sin duda, un poco más humano después de haber leído a Chéjov», y Máximo Gorki ya había escrito que la gente sentía ante él la necesidad inconsciente de ser más verdadera, más sincera, más ella misma.

«La tristeza» es un cuento que ejemplifica cuanto hemos apuntado sobre Chéjov. Una historia simple, una tragedia cotidiana, pobre de acción, contada con absoluta sencillez, en la que parece que apenas pasa nada y pasa todo y que, al final de su lectura, deja al lector profundamente conmovido por su intensa humanidad.

LA TRISTEZA

¿A quién confiaré mi tristeza?

Libro de los Salmos

La capital está envuelta en las penumbras vespertinas. La nieve cae lentamente en gruesos copos, gira alrededor de los faroles encendidos, se

extiende, en fina, blanda capa, sobre los tejados, sobre los lomos de los caballos, sobre los hombros humanos, sobre los sombreros.

El cochero Yona está todo blanco, como un aparecido. Sentado en el pescante de su trineo, encorvado el cuerpo cuanto puede estarlo un cuerpo humano, permanece inmóvil. Diríase que ni un alud de nieve que le cayese encima le sacaría de su quietud.

Su caballo está también blanco e inmóvil. Por su inmovilidad, por las líneas rígidas de su cuerpo, por la tiesura de palo de sus patas, parece, aun mirado de cerca, un caballo de dulce de los que se les compran a los chiquillos por un copec. Hállase sumido en sus reflexiones; un hombre o un caballo, arrancados del trabajo campestre y lanzados al infierno de una gran ciudad, como Yona y su caballo, están siempre entregados a tristes pensamientos. Es demasiado grande la diferencia entre la apacible vida rústica y la vida agitada, toda ruido y angustia, de las ciudades relumbrantes de luces.

Hace tiempo que Yona y su caballo permanecen inmóviles. Han salido a la calle antes de almorzar, pero Yona no ha ganado nada.

Las sombras se van adensando. La luz de los faroles se va haciendo más intensa, más brillante. El ruido aumenta.

—¡Cochero! —oye de pronto Yona—. ¡Llévame a Viborgskaya!

Yona se estremece. Al través de las pestañas cubiertas de nieve ve a un militar con impermeable.

—¿Oyes? ¡A Viborgskaya! ¿Estás dormido?

Yona le da un latigazo al caballo, que se sacude la nieve del lomo. El militar toma asiento en el trineo. El cochero arrea al caballo, estira el cuello como un cisne y agita el látigo. El caballo también estira el cuello, levanta las patas y, sin apresurarse, se pone en marcha.

—¡Ten cuidado! —grita otro cochero invisible, con cólera—. ¡Nos vas a atropellar, imbécil! ¡A la derecha!

—¡Vaya un cochero! —dice el militar—. ¡A la derecha!

Siguen oyéndose los juramentos del cochero invisible. Un transeúnte que tropieza con el caballo de Yona gruñe amenazador. Yona, confuso, avergonzado, descarga algunos latigazos sobre el lomo del caballo. Parece aturdido, atontado, y mira alrededor como si acabase de despertarse de un sueño profundo.

—¡Se diría que todo el mundo ha organizado una conspiración contra ti! —dice en tono irónico el militar—. Todos procuran fastidiarte, meterse entre las patas de tu caballo. ¡Una verdadera conspiración!

Yona vuelve la cabeza y abre la boca. Se ve que quiere decir algo, pero sus labios están como paralizados, y no puede pronunciar una palabra.

El cliente advierte sus esfuerzos y pregunta:

—¿Qué hay?

Yona hace un nuevo esfuerzo y contesta con voz ahogada:

—Ya ve usted, señor… He perdido a mi hijo… Murió la semana pasada…

—¿De verdad?… ¿Y de qué murió?

—No lo sé… De una de tantas enfermedades… Ha estado tres meses en el hospital y, a la postre… Dios lo ha querido.

—¡A la derecha! —óyese de nuevo gritar furiosamente—. ¡Parece que estás ciego, imbécil!

—¡A ver! —dice el militar—. Ve un poco más aprisa. A este paso no llegaremos nunca. ¡Dale algún latigazo al caballo!

Yona estira de nuevo el cuello como un cisne, se levanta un poco, y de un modo torpe, pesado, agita el látigo.

Se vuelve repetidas veces hacia su cliente, deseoso de seguir la conversación, pero el otro ha cerrado los ojos y no parece dispuesto a escucharle.

Por fin, llegan a Viborgskaya. El cochero se detiene ante la casa indicada: el cliente se apea. Yona vuelve a quedarse solo con su caballo. Se estaciona ante una taberna y espera, sentado en el pescante, encorvado, inmóvil. De nuevo la nieve cubre su cuerpo y envuelve en un blanco cendal[36] caballo y trineo.

Una hora, dos… ¡Nadie! ¡Ni un cliente!

Mas he aquí que Yona torna a estremecerse: ve detenerse ante él a tres jóvenes. Dos son altos, delgados; el tercero, bajo y chepudo.

—¡Cochero, llévanos al puesto de policía! ¡Veinte copecos por los tres!

Yona coge las riendas, se endereza. Veinte copecos es demasiado poco, pero no obstante, acepta; lo que a él le importa es tener clientes.

Los tres jóvenes, tropezando y jurando, se acercan al trineo. Como sólo hay dos asientos, discuten largamente cuál de los tres ha de ir en pie. Por fin se decide que vaya de pie el jorobado.

—¡Bueno; en marcha! —le grita el jorobado a Yona, colocándose a su espalda—. ¡Qué gorro llevas, muchacho! Me apuesto cualquier cosa a que en toda la capital no se puede encontrar un gorro más feo…

—¡El señor está de buen humor! —dice Yona con risa forzada—. Mi gorro…

—¡Bueno, bueno! Arrea un poco a tu caballo. A este paso no llegaremos nunca. Si no andas más aprisa te administraré unos cuantos sopapos.

—Me duele la cabeza —dice uno de los jóvenes—. Ayer, yo y Vaska nos bebimos en casa de Dukmasov cuatro botellas de caña.

—¡Eso no es verdad! —responde el otro—. Eres un embustero, amigo, y sabes que nadie te cree.

—¡Palabra de honor!

—¡Oh, tu honor! No daría yo por él ni un céntimo.

Yona, deseoso de entablar conversación, vuelve la cabeza y, enseñando los dientes, ríe atipladamente.

—¡Ji, ji, ji!… ¡Qué buen humor!

—¡Vamos, vejestorio! —grita enojado el chepudo—. ¿Quieres ir más aprisa o no? Dale de firme al gandul de tu caballo. ¡Qué diablo!

Yona agita su látigo, agita las manos, agita todo el cuerpo. A pesar de todo, está contento; no está solo. Le riñen, le insultan, pero al menos oye voces humanas. Los jóvenes gritan, juran, hablan de mujeres. En un momento que se le antoja oportuno, Yona se vuelve de nuevo hacia los clientes y dice:

—Y yo, señores, acabo de perder a mi hijo. Murió la semana pasada…

—¡Todos nos hemos de morir! —contesta el chepudo—. ¿Pero quieres ir más aprisa? ¡Esto es insoportable! Prefiero ir a pie.

—Si quieres que vaya más aprisa dale un sopapo —le aconseja uno de sus camaradas.

—¿Oyes, viejo estafermo?[37] —grita el chepudo—. Te la vas a ganar si esto continúa.

Y, hablando así, le da un puñetazo en la espalda.

—¡Ji, ji, ji! —ríe, sin gana, Yona—. ¡Dios les conserve el buen humor, señores!

—Cochero, ¿eres casado? —le pregunta uno de los clientes.

—¿Yo? ¡Ji, ji, ji! ¡Qué señores más alegres! No, no tengo a nadie… Sólo me espera la sepultura… Mi hijo ha muerto, pero a mí la muerte no me quiere. Se ha equivocado, y en lugar de cargar conmigo ha cargado con mi hijo.

Y vuelve de nuevo la cabeza para contar cómo ha muerto su hijo, mas en este momento el chepudo, lanzando un suspiro de satisfacción, exclama:

—¡Por fin hemos llegado!

Yona recibe los veinte copecos convenidos y los clientes se apean. Les sigue con los ojos hasta que desaparecen en un portal.

Toma a quedarse solo con su caballo. La tristeza invade de nuevo, más dura, más cruel, su fatigado corazón. Observa a la multitud que pasa por la calle, como buscando entre los miles de transeúntes alguien que quiera escucharle. Pero la gente parece tener prisa y pasa sin fijarse en él.

Su tristeza es más intensa a cada momento. Enorme, infinita, si pudiera salir de su pecho inundaría el mundo entero.

Yona ve un portero que se asoma a la puerta con un paquete y trata de entablar conversación con él.

—¿Qué hora es? —le pregunta, melifluo.

—Van a dar las diez —contesta el otro—. Aléjese un poco; no debe usted permanecer delante de la puerta.

Yona avanza un poco, se encorva de nuevo y se sume en sus tristes pensamientos. Se ha convencido de que es inútil dirigirse a la gente.

Pasa otra hora. Se siente muy mal y decide retirarse. Se yergue, agita el látigo.

—No puedo más —murmura—. Hay que irse a acostar.

El caballo, como si hubiera entendido las palabras de su viejo amo, emprende un presuroso trote.

Una hora después Yona está en casa, es decir, en una vasta y sucia habitación donde, acostados en el suelo o en bancos, duermen docenas de cocheros. La atmósfera es pesada, irrespirable. Suenan ronquidos.

Yona se arrepiente de haber vuelto tan pronto. Además, no ha ganado casi nada. Quizá por eso, piensa, se siente tan desgraciado.

En un rincón, un joven cochero se incorpora. Se rasca el pecho y la cabeza y busca algo con la mirada.

—¿Quieres beber? —le pregunta Yona.

—Sí.

—Aquí tienes agua… He perdido a mi hijo… ¿Lo sabías?… La semana pasada, en el hospital… ¡Qué desgracia!

Pero sus palabras no han producido efecto alguno. El cochero no le ha hecho caso; se ha vuelto a acostar, se ha tapado la cabeza con la colcha y, momentos después, se le oye roncar.

Yona exhala un suspiro. Experimenta una necesidad imperiosa, irresistible, de hablar de su desgracia. Casi ha transcurrido una semana desde la muerte de su hijo, pero no ha tenido aún ocasión de hablar de ella largamente, contarla con todos sus detalles. Necesita referir cómo enfermó su hijo, lo que sufrió, las palabras que pronunció al morir. Quisiera también referir cómo ha sido el entierro… Su difunto hijo ha dejado en la aldea una

niña, de la que también quisiera hablar. ¡Tiene tantas cosas que contar! ¡Qué no daría él por encontrar alguien que se prestase a escucharle, sacudiendo compasivamente su cabeza, suspirando, compadeciéndole! Lo mejor sería contárselo todo a cualquier mujer de su aldea; a las mujeres, aunque sean tontas, les gusta eso, y basta decirles dos palabras para que viertan torrentes de lágrimas.

Yona decide ir a ver a su caballo.

Se viste y sale a la cuadra.

El caballo, inmóvil, come heno.

—¿Comes? —le dice Yona, dándole palmaditas en el lomo—. ¿Qué se la va a hacer, muchacho? Como no hemos ganado para comprar avena hay que contentarse con heno… Soy ya demasiado viejo para ganar mucho… A decir verdad, yo no debía trabajar ya; mi hijo me hubiera reemplazado. Era un verdadero, un soberbio cochero; conocía su oficio como pocos. Desgraciadamente, ha muerto…

Tras una corta pausa, Yona continúa.

—Sí, amigo…, ha muerto… ¿Comprendes? Es como si tú tuvieras un hijo y se muriera… Naturalmente, sufrirías, ¿verdad?…

El caballo sigue comiendo heno, escucha a su viejo amo y exhala un aliento húmedo y cálido.

Yona, escuchado al cabo por un ser viviente, desahoga su corazón contándoselo todo.

4. RUDYARD KIPLING (1865-1936)

Escritor británico de origen hindú, pasó la primera infancia en la India donde su padre, experto en arte y pintor, era conservador del museo de Lahore. Desde muy joven estudió en Inglaterra en el ambiente rígido de un colegio para hijos de oficiales y funcionarios británicos.

De nuevo en la India, trabajó como periodista y defendió con entusiasmo la acción «presuntamente» civilizadora del Imperio Británico y quiso mantener viva la memoria de la remota y milenaria civilización india. Finalmente se retiró a Inglaterra aclamado como «el poeta del Imperio».

Escribió poemas, cuentos, novelas y artículos, fue admirado y discutido, recibió en 1907 el Premio Nobel de Literatura y su obra, en particular los cuentos, se han impuesto por su alta calidad literaria.

Como poeta destacan *Las baladas del cuartel (Barrackroom Ballads,* 1892), y en narrativa las novelas *Capitanes valientes (Captains courageons,* 1897) y, especialmente, *Kim*, (1901) en la que se presenta el mundo exótico de la India a través de la desbordante fantasía de un simpático muchacho. Es interesante el libro póstumo autobiográfico, *Algo de mí mismo (Something of Myself*, 1937).

De sus cuentos reseñamos, *Cuentos simples de las colinas (Plain Tales from the Hills,* 1888) y *El libro de la selva (The Jungle Book,* 1888) que se continuó con *El segundo libro de la selva (The second Jungle Book,* 1895). El primer *Libro de la selva*, obra maestra de la literatura juvenil, narra las aventuras de Mowgli, un niño que creció en la selva criado por una loba como un cachorro de hombre. A la historia del muchacho-lobo se unen otros relatos diferentes en los que los animales siguen teniendo importantes papeles. Uno de ellos, también ambientado en la India, es el titulado «Rikki-tikki-tavi», que narra el enfrentamiento de una valiente y astuta mangosta con las cobras, en una encarnizada y épica lucha.

RIKKI-TIKKI-TAVI

Esta es la historia de la gran batalla que sostuvo Rikki-tikki-tavi, sin ayuda de nadie, en los cuartos de baño del gran *bungalow*[38] que había en el acuartelamiento de Segowlee. Darzee, el pájaro tejedor, la ayudó, y Chuchundra, el ratón almizclero, que nunca anda por el centro del suelo, sino junto a las paredes, silenciosamente, fue quien la aconsejó.

Era una mangosta[39], parecida a un gato pequeño en la piel y la cola, pero mucho más cercana a una comadreja en la cabeza y las costumbres. Los ojos y la punta de su hocico inquieto eran ce color rosa; podía rascarse donde quisiera, con cualquier pata, delantera o trasera, que le apeteciera usar; podía inflar la cola hasta que pareciera un cepillo para limpiar botellas, y el grito de guerra que daba cuando iba correteando por las altas hierbas era:

—¡Rikk-tikk-tikki-tikki-tchk!

Un día, una de las grandes riadas de verano la sacó de la madriguera en que vivía con su padre y su madre, y la arrastró, pataleando y cloqueando, a una zanja al borde de la carretera. En ella flotaba un pequeño manojo de hierba al que se agarró hasta perder el sentido. Cuando se reanimó, estaba tumbada al calor del sol en mitad del sendero de un jardín, rebozada de barro, y un niño pequeño decía:

—Una mangosta muerta. Vamos a enterrarla.

—No —dijo su madre—, vamos a meterla dentro para secarla. Puede que no esté muerta.

La llevaron a la casa, y un hombre grande la cogió entre el índice y el pulgar y dijo que no estaba muerta, sino medio ahogada; con lo cual la envolvieron en algodón, le dieron calor, y ella abrió lo ojos y estornudó.

—Ahora —dijo el hombre grande (era un inglés que se acababa de mudar al *bungalow*)—, no la asustéis, y vamos a ver qué hace.

Asustar a una mangosta es lo más difícil del mundo, porque está llena de curiosidad, desde el hocico hasta la cola. El lema de la familia de las mangostas es: «Corre y entérate», y Rikki-tikki hacía honor a su raza. Miró el algodón, decidió que no era comestible, y se puso a dar vueltas alrededor de la mesa; se sentó alisándose la piel y rascándose, y subió al hombro del niño de un salto.

—No te asustes, Teddy —dijo su padre—. Eso es que quiere hacerse amiga tuya.

—¡Ay! Me está haciendo cosquillas debajo de la barbilla —dijo Teddy.

Rikki-tikki se puso a mirar debajo del cuello de la camisa del niño, le olisqueó la oreja, y bajó por su cuerpo hasta el suelo, donde se sentó, restregándose el hocico.

—Pero ¡bueno! —dijo la madre de Teddy—. ¿Y esto es un animal salvaje? Será que se está portando bien porque hemos sido amables con él.

—Todas las mangostas son así —dijo su marido—. Si Teddy no la coge por la cola, o intenta meterla en una jaula, se pasará todo el día entrando y saliendo de la casa. Vamos a darle algo de comer.

Le dieron un trocito de carne cruda. A Rikki-tikki le gustó muchísimo y, al terminárselo, salió corriendo al porche, se sentó al sol y erizó la piel para que los pelos se le secaran hasta las raíces. Entonces empezó a sentirse mejor.

«Aún me quedan tantas cosas por descubrir en esta casa —se dijo a sí misma—, que los de mi familia tardarían toda una vida en conseguirlo. Pienso quedarme y enterarme de todo.»

Se dedicó a dar vueltas por la casa durante el resto del día. Estuvo a punto de ahogarse en las bañeras, metió la nariz en el tintero que había encima del escritorio, y se la quemó con la punta del puro del hombre grande, porque se le había subido a las rodillas para ver cómo se escribía. Al anochecer se metió en el cuarto de Teddy para ver cómo se encendían las lámparas de parafina[40], y cuando Teddy se metió en la cama, Rikki-tikki hizo lo mismo; pero era un compañero muy inquieto, porque tenía que estar levantándose toda la noche, cada vez que oía un ruido, para ver de dónde venía. A última

hora, la madre y el padre de Teddy entraron a echar un vistazo a su hijo, y Rikki-tikki estaba despierta encima de la almohada.

—Esto no me gusta —dijo la madre de Teddy—. Puede que muerda al niño.

—No va a hacer nada semejante —dijo el padre—. Teddy está más seguro con esa fierecilla que si tuviera a un sabueso vigilándole. Si ahora mismo entrara una serpiente en este cuarto…

Pero la madre de Teddy no quería ni pensar en algo tan horrible.

Por la mañana temprano, Rikki-tikki fue al porche a desayunar, montada sobre el hombro de Teddy, y le dieron un poco de plátano y de huevo pasado por agua; se fue sentando en las rodillas de todos, uno detrás de otro, porque todas las mangostas de buena familia aspiran a ser mangostas caseras algún día, y acabar teniendo habitaciones en las que poder correr, y la madre de Rikki-tikki (que había vivido en casa del General, en Segowlee) le había explicado cuidadosamente a Rikki-tikki lo que tenía que hacer cuando se encontrara entre hombres blancos.

Después Rikki-tikki se fue al jardín para ver si había algo que mereciera la pena. Era un jardín grande, a medio cultivar, con arbustos igual de grandes que los cenadores hechos de rosales del Mariscal Niel; limeros y naranjos, matas de bambú, y partes llenas de hierba alta.

—Esto es un coto de caza espléndido —dijo, y la cola se le infló, poniéndosele como un cepillo para limpiar botellas, nada más pensarlo, y correteó por todo el jardín, olisqueando por aquí y por allí hasta que oyó unas voces muy tristes que venían de un espino.

Era Darzee, el pájaro tejedor, y su mujer. Había hecho un nido precioso juntando dos hojas grandes y cosiendo los bordes con fibras, llenándolo de algodón y pelusa parecida al plumón. El nido se balanceaba de un lado a otro, y ellos estaban sentados en el borde, llorando.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rikki-tikki.

—Estamos desolados —dijo Darzee—. Uno de nuestros hijos se cayó del nido ayer, y Nag se lo comió.

—¡Hmm! —dijo Rikki-tikki—, eso es muy triste…, pero yo no soy de aquí. ¿Quién es Nag?

Darzee y su mujer se limitaron a esconderse dentro del nido. Sin contestar, porque de la hierba espesa que había al pie del arbusto salió un silbido sordo, un sonido frío y horrible que hizo a Rikki-tikki saltar hacia atrás medio metro. Entonces, centímetro a centímetro, fue saliendo de la hierba la cabeza y la capucha abierta de Nag, la enorme cobra negra, que

medía casi dos metros desde la lengua hasta la punta de la cola. Cuando hubo levantado del suelo una tercera parte del cuerpo, se quedó balanceándose hacia delante y hacia atrás, exactamente igual que una mata de diente de león bamboleándose al viento, y miró a Rikki-tikki con esos ojos tan malvados que tienen las serpientes, que nunca cambian de expresión, piensen lo que piensen.

—¿Qué quién es Nag? —dijo—. Yo soy Nag. El gran dios Brahma[41] puso su marca sobre todas las de nuestra especie cuando la primera cobra abrió la capucha para protegerle del sol mientras dormía. ¡Mírame y tiembla!

Abrió la capucha más todavía y Rikki-tikki vio, en la parte de atrás, la marca que parece un par de anteojos, y que es exactamente igual que la parte de un corchete que se llama «hembra». Durante un instante tuvo miedo; pero es imposible que una mangosta esté asustada mucho tiempo, y aunque era la primera vez que Rikki-tikki veía una cobra viva, su madre le había alimentado de cobras muertas, y sabía que el único deber de una mangosta adulta es cazar serpientes y comérselas. Nag también lo sabía, y en el fondo de su frío corazón tenía miedo.

—Bueno —dijo Rikki-tikki, y la cola se le volvió a inflar—, dejando a un lado lo de las marcas, ¿te parece bonito comerse a las crías que se caen de los nidos?

Nag se había quedado pensativo, observando hasta el más mínimo movimiento que se produjera en la hierba detrás de Rikki-tikki. Sabía que, si empezaba a haber mangostas en el jardín, acabaría significando una muerte segura para él y su familia, tarde o temprano, pero quería coger a Rikki-tikki desprevenida. Dejó caer un poco la cabeza hacia un lado.

Hablemos —dijo—. Tú comes huevos. Y yo, ¿por qué no voy a poder comer pájaros?

—¡Detrás! ¡Mira detrás de ti! —cantó Darzee.

Rikki-tikki era demasiado lista para perder el tiempo mirando. Dio un salto hacia arriba, todo lo alto que pudo, y justo por debajo de ella pasó silbando la cabeza de Nagaina, la malvada esposa de Nag. Se había ido acercando sigilosamente por detrás, para acabar con la mangosta; y ésta la oyó soltar un susurro feroz al errar el golpe. Rikki-tikki cayó casi encima de su espalda y, de haber sido una mangosta vieja, habría sabido que ése era el momento adecuado para romperle el espinazo de un mordisco; pero le dio miedo el terrible latigazo que da la cobra con la cola para defenderse. Mordió, eso sí, pero no durante el tiempo suficiente, y esquivó la sacudida de la cola, dejando a Nagaina herida y furiosa.

—¡Darzee! ¡Malvado! ¡Malvado! —dijo Nag, serpenteando hacia arriba lo más alto que pudo, intentando llegar al nido que había en el espino.

Pero Darzee lo había construido fuera del alcance de una serpiente, y sólo consiguió bambolearlo.

Rikki-tikki notó que los ojos se le estaban poniendo rojos y le ardían (cuando a una mangosta se le ponen los ojos rojos, está enfadada), y se sentó, apoyándose en la cola y las patas traseras, como un canguro pequeño, mirando a su alrededor y temblando de rabia. Pero Nag y Nagaina ya habían desaparecido entre la hierba. Cuando una serpiente falla el golpe, nunca dice nada, ni da pistas sobre lo siguiente que va a hacer. Rikki-tikki no tenía el menor interés en seguirlas, porque no estaba segura de poder ocuparse de dos serpientes a la vez. Correteó hacia el sendero de gravilla que había junto a la casa y se sentó a pensar. Aquél era un asunto serio.

Si cogéis un libro antiguo de historia natural, leeréis que, cuando una mangosta recibe un mordisco de una serpiente en una pelea, se va corriendo a comer unas hierbas que la curan. Esto no es verdad. La victoria consiste en una cuestión de velocidad, tanto de ojos como de pies; se trata del golpe de la serpiente contra el salto de la mangosta; y como no hay ojo capaz de seguir el movimiento de la cabeza de una serpiente al atacar, esto hace que las cosas ocurran de un modo mucho más maravilloso que si se tratara de hierbas mágicas. Rikki-tikki era consciente de ser una mangosta joven, y precisamente por ello, estaba muy satisfecha de haber esquivado un ataque por la espalda. Le dio confianza en sí misma, y cuando Teddy se acercó corriendo por el sendero, Rikki-tikki estaba dispuesta a dejarse acariciar.

Pero justo en el momento en que Teddy se agachaba, algo dio un respingo en el polvo, y su vocecita dijo:

—¡Cuidado! ¡Soy la muerte!

Era Karait, la culebra diminuta de color marrón polvoriento que se mete en la arena adrede, y cuyo mordisco es tan peligroso como el de la cobra. Además, es tan pequeña que nadie piensa en ella, con lo cual resulta más dañina.

A Rikki-tikki se le volvieron a poner los ojos rojos, y se acercó bailoteando hasta Karait, con aquel contoneo tan peculiar que había heredado de su familia. Parece muy gracioso, pero es un movimiento tan equilibrado que permite despegar de un solo salto desde el ángulo que se quiera; y tratándose se serpientes, eso es una gran ventaja. Lo que Rikki-tikki no sabía es que estaba haciendo algo mucho más peligroso que luchar con Nag, porque Karait es tan pequeña y puede retorcerse con tanta agilidad que, a no ser que

la mordiera cerca del cogote, recibiría el latigazo en un ojo o en el hocico. Pero Rikki no lo sabía: tenía los ojos ensangrentados y se balanceaba hacia delante y hacia atrás, buscando un buen sitio donde atacar. Karait se lanzó hacia ella. Rikki saltó a un lado y trató de echarse encima de la culebra, pero la cabecita malvada de color gris polvoriento la embistió, casi rozándole el hombro, y tuvo que saltar por encima, con la cabeza de la serpiente pegada a sus patas.

Teddy se volvió hacia la casa, gritando:

—¡Mirad! ¡Nuestra mangosta está matando una serpiente!

Rikki-tikki oyó un grito de la madre de Teddy. Su padre salió corriendo con un palo, pero en el tiempo que tardó en llegar, Karait había dado una embestida mal calculada; Rikki-tikki se lanzó, cayó encima de la serpiente, metió la cabeza todo lo lejos que pudo entre sus patas delanteras, mordió lo más cerca de la cabeza que llegó, y se alejó rodando. Aquel mordisco dejó a Karait paralizada, y Rikki-tikki estaba a punto de devorarla empezando por la cola, siguiendo la costumbre de su familia a la hora de la comida, cuando se acordó de que un estómago lleno equivale a una mangosta lenta, y si quería conservar toda su fuerza y agilidad, tendría que procurar estar delgada.

Se alejó para darse un baño bajo las matas de aceite de ricino, mientras el padre de Teddy golpeaba a Karait, ya muerta.

«¿De qué sirve eso? —pensó Rikki-tikki—. Si yo ya lo he solucionado todo.»

Y entonces la madre de Teddy la levantó del polvo y la abrazó, exclamando que había salvado la vida de su hijo, y el padre de Teddy dijo que era una providencia, y Teddy puso cara de susto, abriendo mucho los ojos. Rikki-tikki estaba bastante divertida con todo el alboroto aquel, que, por supuesto, no entendía. Le habría dado igual que la madre de Teddy la hubiera acariciado por jugar en el polvo. Rikki lo estaba pasando estupendamente.

Aquella noche, durante la cena, mientras se paseaba entre los vasos de vino de la mesa, podía haber comido el triple de cosas buenas; pero se acordó de Nag y Nagaina, y aunque era muy agradable recibir caricias de la madre de Teddy y sentarse en el hombro del niño, de vez en cuando se le enrojecían los ojos, y lanzaba su largo grito de guerra:

—¡Rikk-tikk-tikki-tikki-tchk!

Teddy se la llevó a la cama con él, e insistió en que Rikki-tikki durmiera bajo su barbilla. Rikki-tikki estaba demasiado bien educada para morder o arañar, pero en cuanto Teddy se durmió, fue a darse un paseo nocturno por la casa, y en la mitad de la oscuridad se encontró con Chuchundra, el ratón

almizclero, correteando pegado a la pared. Chuchundra es un animalillo que vive desconsolado. Se pasa toda la noche lloriqueando y haciendo gorgoritos, intentando decidirse a salir al centro de la habitación, pero nunca consigue llegar.

—No me mates —dijo Chuchundra, casi sollozando—. Rikki-tikki, no me mates.

—¿Tú crees que el que mata serpientes mata ratones almizcleros? —preguntó Rikki-tikki desdeñosamente.

—Los que matan serpientes son matados por serpientes —dijo Chuchundra, con más desconsuelo que nunca—. ¿Y cómo voy a estar seguro de que Nag no me confunda contigo en una noche oscura?

—No hay ningún peligro —dijo Rikki-tikki—; además, Nag está en el jardín, y sé que tú no sales nunca.

—Mi prima Chua, la rata, me ha dicho… —dijo Chuchundra, y se detuvo.

—¿Te ha dicho qué?

—¡Sssh! Nag está en todas partes, Rikki-tikki. Deberías haber hablado con Chua en el jardín.

—Pues no he hablado con ella…, así que tienes que decírmelo tú. ¡Rápido, Chuchundra, o te doy un mordisco!

Chuchundra se sentó y empezó a llorar, hasta que las lágrimas le empaparon el bigote.

—Soy un pobre desgraciado —sollozó—. Nunca he tenido el suficiente valor para salir al centro de la habitación. ¡Sssh! Es mejor que no te diga nada. ¿No oyes algo, Rikki-tikki?

Rikki-tikki se puso a escuchar. La casa estaba en silencio absoluto, pero le pareció oír un rac-rac muy apagado (un ruido tan suave como el que hace una avispa al andar por el cristal de una ventana), el roce de las escamas de una serpiente arrastrándose sobre unas baldosas.

«Es Nag o Nagaina —se dijo a sí misma— y está deslizándose por la compuerta del cuarto de baño. Tienes razón, Chuchundra; debería haber hablado con Chua.»

Se dirigió sigilosamente al cuarto de baño de Teddy, pero no había nadie; después fue al cuarto de baño de la madre de Teddy. Al pie de una de las paredes de yeso, había un ladrillo levantado para que sirviera de compuerta de salida del agua, y Rikki-tikki, al pasar junto al borde de ladrillo en que va encajada la bañera, oyó a Nag y Nagaina cuchicheando fuera, a la luz de la luna.

—Cuando no quede gente en la casa —decía Nagaina a su marido—, se tendrá que ir, y entonces volveremos a tener el jardín para nosotros solos. No hagas ruido al entrar, y recuerda que el hombre que mató a Karait es el primero a quien hay que morder. Luego sal a contármelo, y buscaremos a Rikki-tikki los dos juntos.

—Pero ¿estás segura de que matar a la gente tiene alguna ventaja? —dijo Nag.

—Por supuesto. Cuando no había gente en la casa, ¿teníamos una mangosta en el jardín? Mientras el *bungalow* esté vacío, seremos el rey y la reina del jardín; y recuerda que, cuando se abran los huevos que hemos puesto en el melonar (cosa que puede ocurrir mañana), a los pequeños les va a hacer falta más espacio y tranquilidad.

—No había pensado en eso —dijo Nag—. Iré, pero no es necesario que busquemos a Rikki-tikki después. Yo voy a matar al hombre grande y a su mujer, y al niño si puedo, y a irme tranquilamente. Entonces el *bungalow* estará vacío, y Rikki-tikki se irá.

Rikki-tikki notó un cosquilleo por todo el cuerpo al oír esto, y le entró rabia y odio; entonces apareció la cabeza de Nag por la compuerta, con sus casi dos metros de cuerpo helado detrás. Aunque estaba indignada, Rikki-tikki se asustó mucho al ver el tamaño de la enorme cobra. Nag se enroscó, levantó la cabeza, y miró al interior del cuarto de baño en la oscuridad, y Rikki vio cómo le brillaban los ojos.

—Bueno…, si lo mato aquí, Nagaina se enterará; y si lucho con él en mitad de la habitación, todas las probabilidades están a su favor. ¿Qué debo hacer? —dijo Rikki-tikki-tavi.

Nag se balanceó hacia delante y hacia atrás, y entonces Rikki-tikki lo oyó beber del jarrón de agua más grande, que se usaba para llenar el baño.

—Qué buena —dijo la serpiente—. A ver…, cuando mataron a Karait, el hombre grande llevaba un palo. Puede que aún lo tenga, pero cuando venga a bañarse por la mañana no lo traerá. Voy a esperar aquí hasta que entre. Nagaina…, ¿me oyes? Voy a esperar aquí, al fresco, hasta que llegue el día.

No hubo contestación desde fuera, por lo que Rikki-tikki supo que Nagaina se había marchado. Nag fue enroscando sus anillos, uno a uno, alrededor de la parte más ancha del jarrón, y Rikki-tikki se quedó tan quieta como un muerto. Al cabo de una hora empezó a moverse, músculo tras músculo, hacia el jarrón. Nag estaba dormido, y Rikki-tikki contempló su inmersa espalda, pensando en cuál sería el mejor sitio para dar un mordisco.

—Si no le parto el espinazo al primer salto, podrá seguir luchando, y, como luche…, ¡ay, Rikki!

Se fijó en la parte más gruesa del cuello, debajo de la capucha, pero no iba a poder con aquello; y si le mordía en la cola, sólo conseguiría enfurecer a Nag.

—Tendrá que ser en la cabeza —dijo finalmente—; en la cabeza, por encima de la capucha, y una vez que esté ahí, no debo soltar.

Entonces se lanzó. La cabeza estaba algo separada del jarrón, por debajo de la curva; y al juntar las dos filas de dientes, Rikki-tikki apoyó la espalda en el bulto que tenía la pieza de cerámica roja, para tener mejor sujeta su presa. Esto le dio sólo un segundo de ventaja, y lo usó al máximo. Después se vio zarandeada de un lado a otro, como una rata cogida por un perro…, de aquí para allá sobre el suelo, de arriba abajo, y dando vueltas, haciendo grandes círculos; pero tenía los ojos rojos y siguió agarrada mientras el cuerpo se convulsionaba por el suelo, tirando el bote de hojalata, la jabonera, el cepillo para la piel; y se golpeó contra las paredes metálicas del baño. Mientras seguía aferrada, iba mordiendo cada vez con más fuerza, porque estaba segura de que iba a morir a golpes, y por el honor de la familia, prefería que la encontraran con los dientes bien apretados. Estaba mareada, dolorida, y le parecía estar hecha pedazos cuando, de repente, algo estalló como un trueno justo detrás de ella; un viento caliente la dejó sin sentido y un fuego muy rojo le quemó la piel. El hombre grande se había despertado con el ruido, y había disparado los dos cañones de una escopeta recortada justo detrás de la capucha de Nag.

Rikki-tikki siguió sin soltarse, con los ojos cerrados, porque ahora sí que estaba completamente segura de haber muerto; pero la cabeza no se movió, y el hombre la levantó en el aire y dijo:

—Aquí tenemos a la mangosta otra vez, Alice; ahora nuestra amiga nos ha salvado la vida a nosotros.

Entonces entró la madre de Teddy, con una cara muy blanca, y vio los restos de Nag; y Rikki-tikki fue arrastrándose hasta el cuarto de Teddy y pasó la mitad de la noche sacudiéndose suavemente para ver si era verdad que estaba rota en cuarenta pedazos como se estaba imaginando.

Al llegar la mañana, casi no podía moverse, pero estaba muy satisfecha de sus hazañas.

—Ahora tengo que arreglar cuentas con Nagaina, y va a ser peor que cinco Nags, y además, no hay manera de saber cuándo van a empezar a

abrirse los huevos de los que hablaba. ¡Caramba! Tengo que hablar con Darzee —dijo.

Sin esperar al desayuno, Rikki-tikki fue corriendo al espino, donde encontró a Darzee cantando una canción triunfal a pleno pulmón. Las noticias de la muerte de Nag se habían extendido por todo el jardín, porque el hombre que barría la casa había arrojado el cuerpo al estercolero.

—¡Bah, estúpido montón de plumas sin seso! —dijo Rikki-tikki enfurecida—. ¿Crees que es éste momento para ponerse a cantar?

—¡Nag está muerto…, muerto…, muerto! —cantó Darzee—. La valiente Rikki-tikki lo agarró por la cabeza y no lo soltó. ¡El hombre grande trajo el palo que hace ruido y Nag quedó partido en dos! No volverá a comerse a mis pequeños.

—Todo eso es cierto; pero ¿dónde está Nagaina? —dijo Rikki-tikki, mirando cuidadosamente a su alrededor.

—Nagaina llegó a la compuerta del cuarto de baño y llamó a Nag —siguió Darzee—. Y Nag salió colgado de un palo, porque el hombre que barre lo cogió así y lo tiró al estercolero. ¡Cantemos a la gran Rikki-tikki, la de los ojos rojos! —y Darzee hinchó el cuello y cantó.

—¡Si pudiera llegar a tu nido, echaría al suelo todas tus crías! —dijo Rikki-tikki—. No sabes lo que hay que hacer, ni cuándo hacerlo. Tú estarás muy seguro ahí arriba, en tu nido, pero yo estoy en plena guerra. Deja de cantar un momento, Darzee.

—Por complacer a la grande y hermosa Rikki-tikki, pararé —dijo Darzee—. ¿Qué quieres, justiciera de Nag, el Terrible?

—Por tercera vez, ¿dónde está Nagaina?

—En el estercolero, junto a los establos, llorando la muerte de Nag. ¡Qué grande es Rikki-tikki, la de los dientes blancos!

—¡Vete a paseo con mis dientes blancos! ¿Sabes dónde guarda sus huevos?

—En el melonar, en el lado que está más cerca de la pared, donde da el sol durante todo el día. Los escondió allí hace semanas ya.

—¿Y no se te había ocurrido que sería buena idea contármelo? ¿En el lado que está más cerca de la pared, has dicho?

—Rikki-tikki, ¡no irás a comerte los huevos!

—No; a comérmelos, precisamente, no. Darzee, si tienes una pizca de sentido común, irás volando a los establos y harás como si se te hubiera roto un ala, dejando que Nagaina te persiga hasta este arbusto. Yo tengo que llegar al melonar, pero si voy ahora me va a ver.

Darzee era un animalillo con la cabeza llena de serrín, incapaz de tener en el cerebro más de una idea a la vez; y sólo porque sabía que los hijos de Nagaina nacían de huevos, igual que los suyos, le parecía injusto matarlos. Pero su esposa era un pájaro sensato, y sabía que los huevos de cobra significaban cobras jóvenes al cabo de algún tiempo; por eso salió volando del nido dejando que Darzee se quedara dando calor a los pequeños y cantando sobre la muerte de Nag. Darzee se parecía bastante a un hombre en algunas cosas.

Ella se puso a revolotear delante de Nagaina, junto al estercolero, y gritó:

—¡Ay, tengo un ala rota! El niño de la casa me ha tirado una piedra y me la ha roto.

Y empezó a revolotear más desesperadamente.

Nagaina levantó la cabeza y siseó:

—Tú avisaste a Rikki-tikki cuando yo iba a matarla. Y, la verdad sea dicha, has cogido un sitio muy malo para ponerte a cojear.

Y avanzó hacia la esposa de Darzee, deslizándose sobre el polvo.

—¡El niño me la ha roto con una piedra! —chilló la mujer de Darzee.

—Bueno, pues puede que te sirva de consuelo saber que, cuando estés muerta, yo arreglaré cuentas con ese niño. Mi marido yace en el estercolero esta mañana, pero, antes de que caiga la noche, el niño de la casa también yacerá inmóvil. ¿De qué sirve intentar escapar? Te voy a coger de todas formas. ¡Tonta! ¡Mírame!

La mujer de Darzee era demasiado lista para hacerle caso, porque un pájaro que mira a una serpiente a los ojos se queda tan asustado que no puede moverse. La esposa de Darzee siguió revoloteando y piando quejumbrosamente, sin apartarse del suelo en ningún momento, y Nagaina empezó a avanzar a mayor velocidad.

Rikki-tikki las oyó subiendo por el sendero desde los establos, y se apresuró hacia el lado del melonar que estaba más cerca de la pared. Allí, en un lecho de paja, hábilmente ocultos entre los melones, encontró veinticinco huevos más o menos del tamaño de los de una gallina de Banten[42], pero cubiertos de piel blanquecina en lugar de cáscara.

—Menos mal que he venido hoy —dijo.

Y es que ya se veían, a través de la piel, unas cobras diminutas y enroscadas, y Rikki-tikki sabía que, en cuanto rompieran los huevos, ya tendrían fuerza para matar a un hombre o a una mangosta. Fue mordiendo la punta de cada huevo a toda velocidad, asegurándose de aplastar las cobritas y removiendo la paja de vez en cuando, para ver si había pasado por alto

alguna. Finalmente quedaron sólo tres huevos, y Rikki-tikki soltó una carcajada de alegría; pero en ese momento, oyó a la mujer de Darzee gritando:

—Rikki-tikki, he llevado a Nagaina hacia la casa, y ha subido al porche, y, ay, ven corriendo… ¡Va a matar!

Rikki-tikki aplastó dos huevos y rodó hacia atrás por el melonar, con el tercer huevo en la boca, dirigiéndose hacia el porche todo lo deprisa que le permitían las patas. Teddy, su padre, y la madre, estaban sentados a la mesa para desayunar, pero Rikki-tikki vio que no estaban comiendo nada. Parecían estatuas, y tenían las caras blancas. Nagaina estaba enroscada sobre la estera, junto a la silla de Teddy, tan cerca de la pierna desnuda del niño, que podía lanzarse sobre ella sin ningún esfuerzo; y se balanceaba hacia delante y hacia atrás, cantando una canción triunfal.

—Hijo del hombre grande que mató a Nag —siseó—, no te muevas. Aún no estoy preparada. Espera un poco. Quedaos muy quietos, los tres. Si os movéis, ataco, y si no os movéis, también ataco. ¡Ay, esta gente estúpida, que mató a mi Nag…!

Teddy no apartaba los ojos de su padre, y éste no podía hacer más que susurrar:

—Estate quieto, Teddy. No te muevas. Teddy, estate quieto.

Entonces se acercó Rikki-tikki y gritó:

—Date la vuelta, Nagaina. ¡Date la vuelta y lucha!

—Cada cosa a su tiempo —dijo ella, sin mover los ojos—. Voy a arreglar cuentas contigo en seguida. Mira a tus amigos, Rikki-tikki. Están quietos y blancos; tienen miedo. No se atreven a moverse y, si tú te acercas un paso más, los atacaré.

—Ve a ver tus huevos —dijo Rikki-tikki— en el melonar, junto a la pared. Ve a mirar, Nagaina.

La inmensa serpiente se volvió a medias y vio el huevo encima del porche.

—¡Aah! Dámelo —dijo.

Rikki-tikki puso las patas una a cada lado del huevo; tenía los ojos ensangrentados.

—¿Cuál es el precio de un huevo de serpiente? ¿Y el de una cobra joven? ¿Y el de una cobra gigante joven? ¿y el de la última…, la ultimísima de una nidada? Las hormigas se están comiendo las demás ahí abajo, en el melonar.

Nagaina giró en redondo, olvidándose de todo por aquel único huevo; y Rikki-tikki vio cómo el brazo del padre de Teddy salía disparado, agarraba al

niño por el hombro y lo pasaba por encima de la mesa y de las tazas de té, poniéndolo fuera del alcance de Nagaina.

—¡Te lo has creído! ¡Te lo has creído! ¡Te lo has creído! ¡Rikktck-tck! —se carcajeó Rikki-tikki—. El niño está a salvo y fui yo…, yo, yo…, quien cogió a Nag por la capucha ayer por la noche, en el cuarto de baño.

Y empezó a dar saltos, con las cuatro patas juntas y la cabeza mirando hacia el suelo.

—Me sacudió hacia todos lados, pero no logró librarse de mí. Estaba muerto antes de que el hombre grande lo volara en pedazos. Fui yo. ¡Rikki-tikki-tck-tck! Anda, ven, Nagaina. Ven a luchar conmigo. Ya te queda poco de ser viuda.

Nagaina comprendió que había perdido su oportunidad de matar a Teddy, y que el huevo estaba entre las patas de Rikki-tikki.

—Dame el huevo, Rikki-tikki. Dame el último de mis huevos y me iré y no volveré jamás —dijo ella, bajando la capucha.

—Sí, te irás y no volverás nunca, porque vas a acabar en el estercolero, con Nag. ¡Lucha, viuda! ¡El hombre grande ha ido a buscar su escopeta! ¡Lucha!

Rikki-tikki daba saltos alrededor de Nagaina sin parar, manteniéndose justo fuera de su alcance, y sus ojillos parecían un par de brasas. Nagaina se replegó sobre sí misma, y salió disparada hacia ella. Rikki-tikki saltó hacia arriba y hacia atrás. Una, y otra, y otra vez, volvió a atacarla, y su cabeza siempre iba a parar contra la estera que cubría el porche, golpeándose con fuerza; y Nagaina volvía a replegarse contra sí misma, como el muelle de un reloj. Entonces Rikki-tikki bailoteó describiendo un círculo, para ponerse detrás de ella, y Nagaina giró en redondo, para no perderla de vista, y el roce de su cola contra la estera era igual que el de unas hojas secas arrastradas por el viento.

Rikki-tikki se había olvidado del huevo. Seguía encima del porche, y Nagaina se fue acercando a él poco a poco, hasta que finalmente, mientras Rikki-tikki recuperaba el aliento, lo cogió en la boca, se volvió hacia las escaleras del porche, y bajó por el sendero como una flecha. Cuando una cobra corre para salvarse la vida, va igual de deprisa que un latigazo atravesando el cuello de un caballo. La mangosta sabía que, si no la cazaba, todos los problemas volverían a empezar. La serpiente enfiló hacia la hierba alta que había junto al espino, y Rikki-tikki, mientras corría, oyó que Darzee seguía cantando aquella canción triunfal tan tonta. Pero la esposa de Darzee era más lista. Salió volando del nido al ver aparecer a Nagaina, y empezó a

revolotear alrededor de la cabeza de la serpiente. Si Darzee la hubiera ayudado, puede que la hubiesen hecho volverse; pero Nagaina no hizo más que agachar la capucha y seguir adelante. Aun así, ese instante de retraso permitió que Rikki-tikki llegara hasta ella, y cuando se metió en la ratonera en que había vivido con Nag, la mangosta había logrado clavarle los dientes blancos en la cola; y bajó tras ella…, aunque hay muy pocas mangostas, por viejas y astutas que sean que se atrevan a seguir a una cobra al interior de su agujero. Éste estaba muy oscuro, y Rikki-tikki no sabía si se ensancharía de repente, dando a Nagaina sitio suficiente para volverse y atacarla. Se agarró con fuerza y clavó las patas para que sirvieran de frenos en aquella cuesta oscura de tierra húmeda.

Entonces la hierba que rodeaba la entrada del agujero dejó de moverse, y Darzee dijo:

—Ya ha terminado todo para Rikki-tikki. Cantemos un himno a su muerte. ¡La valiente Rikki-tikki ha muerto! No hay duda de que Nagaina la matará bajo tierra.

Empezó a cantar una canción muy triste que se inventó en ese mismo momento, y justo cuando llegó a la parte más conmovedora, la hierba empezó a moverse otra vez, y Rikki-tikki, cubierta de barro, se arrastró fuera del agujero, sacando las patas de una en una y relamiéndose los bigotes. Darzee se detuvo, dando un gritito. Rikki-tikki se sacudió, quitándose una parte del polvo que tenía en la piel, y estornudó.

—Todo ha terminado —dijo—. La viuda no volverá a salir.

Las hormigas rojas que viven entre los tallos de hierba lo oyeron, y desfilaron hacia el interior, para ver si era verdad lo que había dicho.

Rikki-tikki se hizo un ovillo sobre la hierba y cayó dormida allí mismo… Durmió y durmió hasta muy entrada la tarde, porque había tenido un día muy agitado.

—Ahora —dijo al despertarse—, voy a volver a la casa. Cuéntaselo al Herrerillo[43], Darzee, que ya se encargará él de informar a todo el jardín sobre la muerte de Nagaina.

El Herrerillo es un pájaro que hace un ruido exactamente igual al de un martillo pequeño repicando sobre un caldero de cobre; y no para de hacerlo porque es el pregonero de todos los jardines indios, y va contando las últimas noticias a todo aquel que quiera oírlas. Mientras Rikki-tikki subía por el sendero, oyó las notas que siempre daba al principio, para pedir atención, como las de una campanilla avisando que ya está lista la comida; y después, un continuo «¡Din-don-toc!». Al oírlo, todos los pájaros del jardín se pusieron

a cantar, y las ranas a croar; porque Nag y Nagaina comían ranas, además de pájaros.

Cuando Rikki llegó a la casa, Teddy, la madre de Teddy (que aún estaba muy blanca, porque se había desmayado) y el padre de Teddy, salieron y casi se pusieron a llorar encima de ella; y aquella noche comió todo lo que le dieron, hasta que ya no pudo más, y se fue a dormir montada en el hombro de Teddy, y allí estaba cuando la madre fue a echarle un vistazo a última hora.

—Nos ha salvado la vida, y a Teddy también —dijo a su marido—. ¡Fíjate! ¡Nos ha salvado la vida a todos!

Rikki-tikki se despertó, dando un respingo, porque todas las mangostas tienen un sueño ligero.

—Ah, sois vosotros —dijo Rikki-tikki—. ¿De qué os preocupáis tanto? Todas las cobras están muertas, y, si queda alguna, aquí estoy yo.

Rikki-tikki tenía razón al sentirse orgullosa de sí misma, pero no se volvió engreída, y cuidó el jardín como debe hacerlo una mangosta, a base de diente, salto, embestida y mordisco, hasta que no quedó una cobra que se atreviera a asomar la cabeza entre aquellas cuatro paredes.

CÁNTICO DE DARZEE
(Canción en honor de Rikki-tikki-tavi)

Soy cantante y tejedor:
Tengo esa doble alegría.
Es un orgullo volar
Y tejerme la casita.
Yo la música me tejo, tejo también mi casita.

Canta con fuerza a tus hijos,
¡Alza la cabeza, Madre!
La plaga llegó a su fin:
La Muerte en el jardín yace,
El terror que nos acecha muerto en el estiércol yace.

¿Quién nos ha librado? ¿Quién?
Decid su nombre y su nido:
Rikki-tikki, la valiente, La de los ojos tan vivos. Rikki, dientes de marfil, cazadora de ojos vivos.

Dadle, pájaros, las gracias.
Decidle —colas al viento—
Palabras de ruiseñor…
No, yo lo haré con más fuego.
¡Ésta es la canción de Rikki, la de los ojos de fuego!

(Aquí interrumpió Rikki-tikki, y el resto de la canción se ha perdido)

II

CUENTOS ESPAÑOLES DEL SIGLO XX

5. RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN (1866-1936)

Nacido en Villanueva de Arosa, realizó sus primeros estudios en Pontevedra y Santiago. Comenzó la carrera de Derecho, pero pronto la abandonó para convertirse en un autodidacta nutrido de abundantes lecturas y dotado de una especial sensibilidad para captar la realidad que le circundaba.

Lleno de sueños y deseoso de aventuras, viajó a México y, después, recaló en Madrid para vivir intensamente la bohemia de la capital —tertulias apasionadas, vida noctámbula, discusiones y extravagancias—. Su aspecto displicente, misterioso, aventurero y decadente evocaba una figura romántica con un toque de refinamiento aristocrático a la moda parisina.

Entre sus novelas destacan *Sonatas* (de las cuatro estaciones, a partir de 1902), *Flor de santidad* (1904), *La Guerra Carlista (Los cruzados de la causa*, 1908; *El resplandor de la hoguera*, 1909, y *Gerifaltes de antaño*, 1909), *Tirano Banderas*, 1926, y *El Ruedo Ibérico*, reconstrucción satírica y caricaturesca de los últimos tiempos del reinado de Isabel II y la revolución de 1868, los de una España «vieja, tahúr, zaragatera y triste» (*La corte de los milagros*, 1927; *Viva mi dueño*, 1928, y *Baza de espadas*, publicación póstuma en 1958).

Tirano Banderas está considerada como una de las mejores novelas españolas del siglo XX y tiene como protagonista la siniestra figura de un dictador hispanoamericano. De ella se ha afirmado que es la primera novela escrita por un español sobre América, con un sorprendente lenguaje que recoge, fundiéndolos sabiamente, términos y expresiones características de varios países americanos, consiguiendo lo que Zamora Vicente denominó «un habla hispánica». Esta novela, además, abrió la puerta a una serie inolvidable

sobre el dictador hispanoamericano de autores tan importantes como Miguel Angel Asturias (*El Señor Presidente*, 1946), Francisco Ayala (*Muertes de perro*, 1958), Augusto Roa Bastos (*Yo, el Supremo*, 1974), Gabriel García Márquez (*El otoño del Patriarca*, 1975), y Mario Vargas Llosa (*La fiesta del Chivo*, 2000).

Entre las obras de teatro destacan *Las comedias bárbaras (Águila de blasón*, 1907; *Romance de Lobos*, 1908, y *Cara de plata*, 1922); *Divinas palabras*, 1920; *Luces de Bohemia*, 1920 y los tres esperpentos recogidos en *Martes de Carnaval*, 1930.

Luces de Bohemia es la primera obra a la que Valle calificó de esperpento —como lo serán las últimas novelas—, una técnica de deformación sistemática de la realidad, que transforma los personajes en fantoches grotescos y que utiliza un lenguaje deformado y violentado hasta extremos increíbles. Con ello consigue una «estética de lo feo» y un expresionismo desgarrado para así definir aquella España ineficaz, chabacana, jactanciosa, violenta y miserable. «El sentido trágico de la vida española sólo puede expresarse con una estética sistemáticamente deformada», exclamará Max Estrella, el protagonista de *Luces de Bohemia*.

Valle-Inclán es, tal vez, el más genial escritor español del siglo XX, artista de la palabra y la imaginación. En su obra se evidencia una evolución desde el modernismo al esperpentismo, es decir, desde el preciosismo ornamental, el culto a la sensación y a la belleza, el lenguaje musical y el refinamiento sensual de un mundo decadente, hasta el expresionismo y la imagen distorsionada y sistemáticamente deformada de una España que se desmorona, expresado por medio de un lenguaje desgarrado. En los dos extremos siempre se mostró como un genial creador.

Jardín Umbrío (1903, 1920), el libro de cuentos al que pertenece «El miedo», recoge los recuerdos vividos, oídos o intuidos de la niñez del autor gallego. Historias trágicas, de misterio y superstición o estampas rurales ambientadas en la Galicia del interior, la más recóndita y ancestral, «la tierra sobresaltada de montes», la misteriosa y mágica de las abruptas soledades.

En el cuento «El miedo», el narrador, desde su vejez, cuenta, en primera persona, la terrorífica historia que le sucedió cuando era joven. La participación del protagonista es continua en el relato y toda la acción se focaliza a través de sus ojos. Destaca la cuidadosa y morosa presentación de la escenografía en la que se desarrolla la acción. Todo se dispone para conseguir una atmósfera tétrica y sobrecogedora, para aumentar la tensión narrativa y llegar al clímax, cuando el protagonista se despierta sobresaltado.

La madre y las niñas son personajes desdibujados, al fondo de la escena, que desaparecerán para dejar solo al joven e inexperto cadete, sobrecogido por el horror y el miedo. La magistral irrupción del Prior de Brandeso, arrogante y lleno de empaque, rodeado de los dos lebreles, dinamiza la acción y la precipita rápidamente hasta el obligado enfrentamiento del protagonista con la pavorosa situación. La reacción de éste y las palabras tajantes del inflexible clérigo ponen final a la dramática escena de uno de los mejores y más famosos cuentos de Ramón del Valle-Inclán.

EL MIEDO

Ese largo y angustioso escalofrío que parece mensajero de la muerte, el verdadero escalofrío del miedo, sólo lo he sentido una vez. Fue hace muchos años, en aquel hermoso tiempo de los mayorazgos[44], cuando se hacía información de nobleza para ser militar. Yo acababa de obtener los cordones de Caballero Cadete. Hubiera preferido entrar en la Guardia de la Real Persona; pero mi madre se oponía, y siguiendo la tradición familiar, fui granadero en el Regimiento del Rey. No recuerdo con certeza los años que hace, pero entonces apenas me apuntaba el bozo[45] y hoy ando cerca de ser un viejo caduco. Antes de entrar en el Regimiento mi madre quiso echarme su bendición. La pobre señora vivía retirada en el fondo de una aldea, donde estaba nuestro pazo solariego, y allá fui sumiso y obediente. La misma tarde que llegué mandó en busca del Prior de Brandeso para que viniese a confesarme en la capilla del Pazo. Mis hermanas María Isabel y María Fernanda, que eran unas niñas, bajaron a coger rosas al jardín, y mi madre llenó con ellas los floreros del altar. Después me llamó en voz baja para darme su devocionario y decirme que hiciese examen de conciencia:

—Vete a la tribuna, hijo mío. Allí estarás mejor…

La tribuna señorial estaba al lado del Evangelio y comunicaba con la biblioteca. La capilla era húmeda, tenebrosa, resonante. Sobre el retablo campeaba el escudo concedido por ejecutorias de los Reyes Católicos al señor de Bradomín, Pedro Aguiar de Tor, llamado el Chivo y también el Viejo. Aquel caballero estaba enterrado a la derecha del altar. El sepulcro tenía la estatua orante de un guerrero. La lámpara del presbiterio alumbraba día y noche ante el retablo, labrado como joyel de reyes. Los áureos racimos de la vid evangélica parecían ofrecerse cargados de fruto. El santo tutelar era aquel piadoso Rey Mago que ofreció mirra al Niño Dios. Su túnica de seda bordada de oro brillaba con el resplandor devoto de un milagro oriental. La luz de la

lámpara, entre las cadenas de plata, tenía tímido aleteo de pájaro prisionero como si se afanase por volar hacia el Santo.

Mi madre quiso que fuesen sus manos las que dejasen aquella tarde a los pies del Rey Mago los floreros cargados de rosas como ofrenda de su alma devota. Después, acompañada de mis hermanas, se arrodilló ante el altar. Yo, desde la tribuna, solamente oía el murmullo de su voz, que guiaba moribunda las avemarías; pero cuando a las niñas les tocaba responder, oía todas las palabras rituales de la oración. La tarde agonizaba y los rezos resonaban en la silenciosa oscuridad de la capilla, hondos, tristes y augustos, como un eco de la Pasión. Yo me adormecía en la tribuna. Las niñas fueron a sentarse en las gradas del altar. Sus vestidos eran albos como el lino de los paños litúrgicos. Ya sólo distinguía una sombra que rezaba bajo la lámpara del presbiterio. Era mi madre, que sostenía entre sus manos un libro abierto y leía con la cabeza inclinada. De tarde en tarde, el viento mecía la cortina de un alto ventanal. Yo entonces veía en el cielo, ya oscura, la faz de la luna, pálida y sobrenatural como una diosa que tiene su altar en los bosques y en los lagos…

Mi madre cerró el libro dando un suspiro, y de nuevo llamó a las niñas. Vi pasar sus sombras blancas a través del presbiterio y columbré que se arrodillaban a los lados de mi madre. La luz de la lámpara temblaba con un débil resplandor sobre las manos que volvían a sostener abierto el libro. En el silencio la voz leía piadosa y lenta. Las niñas escuchaban, y adiviné sus cabelleras sueltas sobre la albura del ropaje y cayendo a los lados del rostro iguales, tristes, nazarenas. Habíame adormecido, y de pronto me sobresaltaron los gritos de mis hermanas. Miré y las vi en medio del presbiterio abrazadas a mi madre. Gritaban despavoridas. Mi madre las asió de la mano y huyeron las tres. Bajé presuroso. Iba a seguirlas y quedé sobrecogido de terror. En el sepulcro del guerrero se entrechocaban los huesos del esqueleto. Los cabellos se erizaron en mi frente. La capilla había quedado en el mayor silencio, y oíase distintamente el hueco y medroso rodar de la calavera sobre su almohada de piedra. Tuve miedo como no lo he tenido jamás, pero no quise que mi madre y mis hermanas me creyesen cobarde, y permanecí inmóvil en medio del presbiterio, con los ojos fijos en la puerta entreabierta. La luz de la lámpara oscilaba. En lo alto mecíase la cortina de un ventanal, y las nubes pasaban sobre la luna, y las estrellas se encendían y se apagaban como nuestras vidas. De pronto, allá lejos, resonó festivo ladrar de perros y música de cascabeles. Una voz grave y eclesiástica llamaba:

—¡Aquí, *Carabel*! ¡Aquí, *Capitán…*!

Era el Prior de Brandeso que llegaba para confesarme. Después oí la voz de mi madre trémula y asustada, y percibí distintamente la carrera retozona de los perros. La voz grave y eclesiástica se elevaba lentamente, como un canto gregoriano:

—Ahora veremos qué ha sido ello… Cosa del otro mundo no lo es, seguramente… ¡Aquí, *Carabel*! ¡Aquí, *Capitán…*!

Y el Prior de Brandeso, precedido de sus lebreles, apareció en la puerta de la capilla:

—¿Qué sucede, señor Granadero del Rey?

Yo repuse con voz ahogada:

—¡Señor Prior, he oído temblar el esqueleto dentro del sepulcro…!

El Prior atravesó lentamente la capilla. Era un hombre arrogante y erguido. En sus años juveniles también había sido Granadero del Rey. Llegó hasta mí, sin recoger el vuelo de sus hábitos blancos, y afirmándome una mano en el hombro y mirándome la faz descolorida, pronunció gravemente:

—¡Que nunca pueda decir el Prior de Brandeso que ha visto temblar a un Granadero del Rey…!

No levantó la mano de mi hombro, y permanecimos inmóviles, contemplándonos sin hablar. En aquel silencio oímos rodar la calavera del guerrero. La mano del Prior no tembló. A nuestro lado los perros enderezaban las orejas con el cuello espeluznado. De nuevo oímos rodar la calavera sobre su almohada de piedra. El Prior se sacudió:

—¡Señor Granadero del Rey, hay que saber si son trasgos o brujas…!

Y se acercó al sepulcro y asió las dos anillas de bronce empotradas en una de las losas, aquella que tenía el epitafio. Me acerqué temblando. El Prior me miró sin despegar los labios. Yo puse mi mano sobre la suya en una anilla y tiré. Lentamente alzamos la piedra. El hueco, negro y frío, quedó ante nosotros. Yo vi que la árida y amarillenta calavera aún se movía. El Prior alargó un brazo dentro del sepulcro para cogerla. La recibí temblando. Yo estaba en medio del presbiterio y la luz de la lámpara caía sobre mis manos. Al fijar los ojos las sacudí con horror. Tenía entre ellas un nido de culebras que se desanillaron silbando, mientras la calavera rodaba con hueco y liviano son todas las gradas del presbiterio. El Prior me miró con sus ojos de guerrero que fulguraban bajo la capucha como bajo la visera de un casco:

—Señor Granadero del Rey, no hay absolución… ¡Yo no absuelvo a los cobardes!

Y con rudo empaque salió sin recoger el vuelo de sus blancos hábitos talares. Las palabras del Prior de Brandeso resonaron mucho tiempo en mis

oídos. Resuenan aún. ¡Tal vez por ellas he sabido más tarde sonreír a la muerte como a una mujer!

[*El Imparcial*, 27 enero de 1902]

6. Ánxel Fole (1903-1986)

Estudió Derecho y Filosofía y Letras en las Universidades de Valladolid, Madrid y Santiago, pero pronto regresó a Lugo, ciudad en la que vivió durante toda su vida. Llegó a ser secretario del Partido Gallegista y después de la guerra civil se encontró en una situación de total desamparo, sobreviviendo gracias a algunas clases particulares y a la ayuda de familiares y amigos. Siempre mantuvo una ejemplar entereza moral en la triste y larga situación de exilio interior a la que fue condenado.

Escritor desde muy temprana edad, cultivó casi todos los géneros: poesía, cuentos, teatro, ensayo y artículos periodísticos. Sin embargo, Fole es conocido exclusivamente por los cuentos, escritos en un gallego rural nada purista: *A la luz del candil (A lús do candil*, 1953), *Tierra brava (Terra brava*, 1955), *Cuentos de la niebla (Contos da néboa*, 1973) e *Historias que nadie cree (Historias que ninguén cré*, 1981). Los relatos del autor gallego suenan a «cuentos contados». «Lo que oía contar de noche lo escribía de día», en palabras suyas. La frescura de la imaginación y el poder de la captación de personajes y ambientes del mundo rural gallego son las principales características de estas historias de aparecidos y premoniciones, leyendas de tesoros o de crímenes y amores, en los que la magia y lo misterioso conviven con el más crudo realismo.

«¡Venía del alén!» es una historia muy sencilla, a pesar del tema del aparecido, narrada en primera persona con el tono oral para ser contada al amor de la lumbre, en las largas y lluviosas noches del invierno gallego.

¡VENÍA DEL ALÉN![46]

Fue en la feria de Rubián. Entonces me dedicaba a comprar y vender ganado. Ganaba hasta veinte duros por semana tratando en bueyes… Era por el mes de enero. Ya había pasado Reyes.

Yo y otros tratantes habíamos almorzado en casa del *Tumbarón*. Buena comida, y que Dios no nos la dé peor. Chorizos con patatas y vino de Lor. Éramos cuatro: el *Chinchas, Pelandrusco,* el *Fogueteiro* y yo. Come que

come, bebe que bebe, juega que juega. El *Pelandrusco* llegó a desplumarnos uno tras otro.

Me olvidé de decirles que jugábamos en una habitación del piso. Habíamos vendido ya todo el ganado. Cerramos la puerta detrás de nosotros; supongo que entenderán por qué. Donde hay cuartos hay que tener mucho cuidado. No piensen que es una broma. Bueno… Venga un trago… Allí había un hombre…

No sé qué cosa rara encontraba en su vestimenta. Desde luego, no era de nuestro tiempo. Llevaba una chaqueta de pana negra ribeteada de alpaca… Todavía usaba una así la mujer de Don Ángel, el boticario de Bóveda. Y una camisa almidonada… Déjenme recordar. Un chaleco color tabaco. Y antiparras. Era un hombre que tendría sesenta años, poco más o menos. Y parecía hombre de carrera. Como todos nosotros estaba con las cartas en la mano. Me daba miedo… Y más que me dio.

Jugábamos al tute y no sé quién ganaba. El *Chinchas* acababa de cantar las cuarenta, gritando muy fuerte; el *Fogueteiro* golpeaba con el puño en la mesa; yo… yo levantaba la cabeza para mirar a aquel hombre… ¡Ya no estaba allí! Miré a un lado y a otro. Nada. Ni que se lo hubiera llevado el diablo. A fe que no me sentía bien. No pude menos que pedir a mis compañeros que dejasen de jugar:

—¿No habéis visto a un hombre ya viejo, de chaqueta negra, que estaba jugando enfrente de mí, de espaldas a la puerta? ¿Con quién de vosotros vino? Hace un momento que desapareció, y yo no oí abrir la puerta. ¿Quién lo vio marchar?

Nadie lo había visto, o nadie había reparado en él. Se pusieron todos a contar los cuartos. Después de muchas cuentas parecía que no faltaban ni dos reales.

Me levanté. La ventana y la puerta estaban cerradas. No entendía aquello. Pero cuando di la vuelta para volver a sentarme, dirigí una mirada a un gran retrato de marco dorado que estaba en la pared, a la izquierda de la ventana. ¡Era exactamente igual! Al fijarme en él sentía un escalofrío en la espina dorsal, como cuando me había enterado, hacía muchos años, que me tocaba hacer el servicio en tierra de moros. Todos callaban. Oí la voz del *Pelandrusco*:

—Olvida eso. Te debieron de embrujar cuando saliste de casa. Así Dios me salve.

Pero yo no estaba para bromas. ¡Aquel hombre era el del cuadro! Salí fuera y fui a buscar al *Tumbarón* a la taberna, que estaba en el bajo. Había

muchos feriantes en ella. El tabernero y sus dos hijas despachaban cafés, copas, vasos de vino, pan-trigo, queso…

Yo debía estar muy pálido, porque el *Tumbarón* me preguntó:

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal? ¿Quieres una copita de aguardiente de hierbas? Es muy buena para los males repentinos.

Pero todavía no les dije cómo era el *Tumbarón*. Era un hombre muy corpulento, fuerte como una roca. Cuando algún borracho alborotaba mucho y se empeñaba en no salir de la taberna, no se andaba con requisitorias ni tonterías. Cogía un mazo de madera de acacia que tenía para espitar los pipotes, y le atizaba dos golpes bien dados en la coronilla. A sus setenta años todavía cargaba con más de veinte kilos de centeno a la espalda. Pero esto no hace al caso.

Fuimos los dos a una mesa apartada que estaba vacía. Mandó traer unos cafés y unas copas.

Le conté lo que me había pasado. El *Tumbarón* escuchaba sin perder palabra. Cada poco tiempo encendía un cigarro.

—No creas que enloquecí —le decía yo—. Lo vi todo con mis propios ojos, como te estoy viendo a ti ahora. El hombre del cuadro y el hombre que jugaba con nosotros eran la misma persona. Tampoco se puede decir que fuera el vino, pues empezaba a beber. Todo era idéntico; los carrillos hundidos, los ojos cansados. Y no era un fantasma, porque le oía la respiración. Nadie lo vio salir, ni yo tampoco. Mejor dicho, yo fui el único que lo vio allí… ¿Qué te parece?

El *Tumbarón* todavía tardó en responder. No sé qué cosa rara le noté en la mirada.

—El hombre del cuadro —dijo— murió hace más de veinte años.

Me estremecí… Él siguió hablando:

—Era don Venancio, el que fue médico de este pueblo. Yo le quería mucho. Me salvó de la muerte en el tiempo de la gripe. Si no fuese por él, ya estaría muerto, debajo de las piedras. Sin embargo, no pudo salvar a su mujer, ni a sus tres hijas. En menos de un mes, se las llevó la muerte a las tres. Don Venancio cambió por completo: ya no era el mismo hombre. Se dio a la bebida y se jugaba todo lo que tenía. Me llevaba el diablo al verlo tirado por los caminos. Murió en la pobreza. Sus herederos, que habían venido a hacerse cargo de lo poco que había dejado tuvieron que vender los muebles para pagar las deudas. Todo lo que le quedó no valdría ni dos mil reales. Y eso que había sido el mejor médico que hubo aquí. En el mismo cuarto donde ahora están los tratantes de ganado jugaba todo lo que ganaba. Yo había comprado algún

mueble y también el retrato. Lo tuve siempre en la habitación de matrimonio. Pero hubo que sacarlo de allí y ponerlo donde tú lo viste.

El *Tumbarón* se acercó a mí. Echándome el aliento en la oreja, me dijo en voz baja.

—Mi mujer también lo vio… ¿Sabes? ¡Venía del otro mundo!

Salí en busca de mis compañeros. Les grité desde el pasillo, pues no quería entrar en el cuarto. Todavía estaban jugando y despotricando. Les recordé que teníamos que hacer más de cuatro leguas de camino. A fuerza de gritarles conseguí arrancarlos de allí. Fuimos a la cuadra, a ensillar las mulas…

Era una noche estrellada. Estaba helando. Pronto salió la luna. Casi se veía como de día. Las mulas parecía que tenían aún más prisa que nosotros por llegar a casa. Yo caminaba ligeramente retrasado.

Un extraño desasosiego me hacía ir callado… Sentí que una mirada se me clavaba en el cogote. No sé si me explico. Ya no pude resistir más. Volví la cabeza. En una revuelta del camino había un hombre vestido de negro. Me hacía señas con la mano derecha. Tenía algo en ella. No era un pañuelo; más bien una baraja… Jamás volví a coger las cartas.

7. MAX AUB (1903-1972)

Nació en París de padre alemán y madre francesa, y llegó a España con once años, al comenzar la primera guerra mundial. Aquí se quedó a vivir definitivamente, se nacionalizó español y adoptó el castellano como lengua de expresión y de creación. Durante la guerra civil militó en el lado de la República y, al finalizar, se exilió a Francia donde fue detenido, y recluido durante tres años en diversos campos de concentración, hasta que pudo huir a México, donde residió hasta su muerte. En 1969 realizó un breve viaje a España del que dejó amarga noticia en un diario titulado *La gallina ciega* (1971). Entre sus novelas destacan dos de corte realista, *Las buenas intenciones* (1954) y *La calle de Valverde* (1961). *El laberinto mágico* es un conjunto narrativo sobre la guerra civil y sus consecuencias compuesto por la serie de los *Campos*, inaugurada por *Campo cerrado* (1943) y finalizada con *Campo de los almendros* (1968).

Jusep Torres Campalans (1958) es una biografía imaginaria de un pintor inexistente, supuestamente amigo de Picasso. Son también dignas de reseñar

sus obras dramáticas: *San Juan* (1943), *El rapto de Europa* (1946) y *Morir por cerrar los ojos* (1944).

Entre sus libros de cuentos: *Geografía* (1929), *No son cuentos* (1944), *Cuentos inciertos* (1955), *Ciertos cuentos* (1955), *Crímenes ejemplares* (1957) y *El Zopilote y otros cuentos mexicanos* (1964)

La obra de Max Aub oscila entre la literatura testimonial y la imaginativa, aunque en muchos momentos el deber testimonial se tenga que imponer y desplace, por apremiantes circunstancias históricas, al placer lúdico de la imaginación, como él mismo escribió: «Creo que no tengo derecho todavía a callar lo que vi para escribir lo que imagino».

«La gabardina» es un relato fantástico con una leve parodia de los relatos decimonónicos de fantasmas y apariciones y un sorprendente final como divertida broma.

LA GABARDINA

A mi novia, que me lo contó.

Todavía existía el carnaval. Es decir, hace muchos años. No importa; de todos modos no me van a creer. Se llamaba Arturo, Arturo Gómez Landeiro. No era mal parecido, sólo una gran nariz le molestaba para andar por el mundo. No era nariz descollante, pero sí una nariz un poco mayor de lo normal. Por ella pensó hacerse marino. Pero su madre no le dejó. Lo más sorprendente: que esto que cuento le sucediera a él; a veces me he preguntado el porqué sin atinar la contestación. Por lo visto las cosas extraordinarias le suceden a cualquiera; lo importante es cómo se enfrenta uno con la sorpresa. Si Arturo Gómez hubiese sido hombre excepcional, no escribiría esto: se hubiera encargado él de referirlo, o hubiese seguido adelante. Pero se asustó y no me queda más remedio que contarlo, porque no me sé callar las cosas.

Aquello empezó el 28 de febrero de 19… Arturo cumplía aquel día —mejor dicho, aquella noche— veintitrés años, cuatro meses y unos cuantos días. Que no se me olvide decir que era huérfano de padre, que su mamá le esperaba cada noche para verle regresar, entrar en su cuarto, meterse en la cama antes de acostarse a su vez; lo cual redundaba en cierta timidez que irradiaba del joven y hacía que sus amigos le tuvieran en poco y no contaran con él sino de tarde en tarde para sus honestas francachelas. Leía poco, primero porque, según la señora viuda de Gómez, «aquello estropeaba los

ojos»; después porque el difunto —buen gallego— le había dado bastante quehacer con los libros a los que fue aficionadísimo, con detrimento de otras obligaciones; burlón y amigo de cosas que quedaban en el aire (frases con sentido que no explicaba, repentinos accesos de alegría sin base a la vista, caprichos anómalos: quedarse todo el domingo en la cama fumando su pipa o —lo que era peor— desaparecer para reintegrarse al cristiano hogar diez o quince días más tarde, sin explicaciones decorosas). Doña Clotilde había tenido muy buen cuidado de preservar a su hijo de tan peregrinos antecedentes. Don Arturo, el desaparecido, aparentó no tomarlo en cuenta. Se murió un buen día, tranquilamente, sin despedirse de los suyos, lo cual pareció a su digna esposa un postrer desacato; además del susto que se llevó al despertar cerca del cadáver.

Aquel último día de febrero era domingo de carnaval, que así de adelantado era el año. Arturo —el hijo— entró en el salón de baile, con su temo negro, y se puso a mirar a su alrededor con tranquilidad y cuidado. Buscaba a Rafael, a Luis o a Leopoldo. No vio a ninguno de ellos. Se disgustó. Había llegado un cuarto de hora tarde, con toda intención: para que vieran que no le importaba mucho aquello, para hacerse valer, aunque fuese un poco. Y ahora resultaba que era el primero. No supo qué partido tomar: no conocía a las muchachas. Era Rafael quien se las tenía que presentar; aquel baile se efectuaba en un barrio lejano, que a medias desconocía. Se recostó en la pared y se dispuso a esperar. Naturalmente, en este momento la vio.

Estaba sola, en el quicio de una puerta casi frontera. Los separaba el remolino. Parecía perdida, miraba como recordando, haciendo fuerza con los ojos para acostumbrarse. Su mirada recorrió la estancia, dio con él, pero sus pupilas siguieron adelante, como si arrastrara con todo, red pescadora. Arturo era tímido, lo cual le empujó a decidirse, tras una apuesta consigo mismo. La cuestión era atravesar a nado el centro del salón repleto de parejas. El mozo se proveyó del número suficiente de «ustedes perdonen», «perdones» y «por favores», y se lanzó a la travesía; ésta se efectuó sin males, con sólo girar con cuidado y deslizarse —pensó que audazmente— reduciendo el esqueleto del pecho. Además tocaban una polka, lo que siempre ayuda. Ofreció ceremoniosamente sus servicios. La muchacha, que miraba al lado contrario, volviéndose lentamente hacia él, sin pronunciar palabra, le puso la mano en el hombro. Bailaban.

La mirada de la joven tuvo sobre Arturo un efecto extraordinario. Eran ojos transparentes, de un azul absolutamente inverosímil, celestes, sin fondo,

agua pura. Es decir: color aire, clarísimo, de cielo pálido, inacabable. Su cuerpo parecía sin peso. Entonces, ella sonrió.

Y Arturo, felicísimo, sintió que él también, queriendo o sin querer, sonreía.

Todo daba vueltas. Vueltas y más vueltas. Y no únicamente porque se tratara de un vals. Él se sentía clavado, fijo, remachado a los ojos claros de su pareja. Lo único que deseaba era seguir así, indefinidamente. Sonreía como un idiota. La muchacha parecía feliz. Bailaba divinamente. Arturo se dejaba llevar. Se daba cuenta, desde muy lejos, que nunca había bailado así, y se felicitaba. Aquello duró una eternidad. No se cansaba. Sus pies se juntaban, se volvían a separar, rodando, rodando, de una manera perfecta. Aquella muchacha era la más ligera, la más liviana bailarina que jamás había existido. Nunca supo cuándo acabó aquello. Pero es evidente que hubo un momento en el cual se encontraron sentados en dos sillas vecinas, hablando. Ya no quedaba casi nadie en la sala. Los farolillos, las cadenetas de papel, las serpientes que adornaban trivialmente el techo parecían cansados. Las tirillas de papel de colores caían aquí, allá, desmadejadamente. Los confetis pinteaban el suelo con su viruela de colores, dándole aire de cielo al revés, cansado, inmóvil, quizá muerto. El quinteto ratonero tomaba cerveza.

Como la muchacha no quería dar ni su apellido ni su dirección —su nombre, Susana—, Arturo decidió seguir con ella pasara lo que pasara. Con esta determinación a cuestas se sintió más tranquilo. Se quedaron los últimos. El salón, de pronto, apareció desierto, más grande de lo que era, las sillas abandonadas de cualquier manera, la luz vacilante haciendo huir las paredes en cuya blancura dudosa se proyectaban, desvaídas, toda clase de sombras. El muchacho no pudo resistir el impulso de decir él «¿Nos vamos?» que le estaba pujando por la garganta hacía tiempo. Susana le miró sin expresión y se fue lentamente hacia la puerta. Arturo cogió la gabardina y salieron a la calle. Llovía a cántaros, ella no tenía con qué cubrirse. Su trajecillo blanco aparecía en la penumbra como algo muy triste. Se quedaron parados un momento. Susana seguía sin querer decir dónde vivía.

—¿Y va a volver a pie a su casa?

—Sí.

—Se va a calar.

—Esperaré.

Arturo tomó su aire más decidido, adelantando la mandíbula.

—Yo también.

—No, usted no.

—Yo sí.

Arturo se estrujaba la mente deseoso de decir cosas que llegaran adentro, pero no se le ocurría nada; absolutamente nada. Se sentía vacío, vuelto del revés. No le acudía palabra alguna, la garganta seca, la cabeza deshabitada. Hueco. Después de una pausa larga, tartamudeó.

—¿No nos volveremos a ver?

Susana lo miró sorprendida como si acabara de proponerle un fantástico disparate. Arturo no insistió. Seguía lloviendo sin trazas de amainar. El agua había formado charcos y las gotas trenzaban el único ruido que los unía.

—¿Hacia dónde va usted?

Como si no recordara sus negativas anteriores, Susana indicó vagamente la derecha, hacia las colinas.

—¿Esperamos un rato más? —propuso el muchacho.

Ella denegó con la cabeza.

—No puedo.

—¿La esperan?

—Siempre.

Fue tal la entonación resignada y dulce, que Arturo se sintió repentinamente investido de valor, como si, de un golpe, estuviese seguro de que Susana necesitaba su ayuda. Su corta imaginación creó, en un instante, un tutor enorme, cruel; una tía gordísima, bigotuda, con manos como tenazas acostumbradas a espantosos pellizcos, promotora de penitencias insospechables. Se hubiera batido en ese momento con cualquiera, valiente a más no poder. Pasó un simón[47]. Arturo lo detuvo con un gesto autoritario. Por propia iniciativa no había subido jamás a ninguno. Sólo recordaba el que tomó el día en que fue a buscar al médico cuando su madre se puso mala, hacía más de cinco años. Su voz salió demasiado alta, queriendo aparecer desenvuelto:

—Tenga. —Y puso su gabardina sobre los hombros de la muchacha—. Suba usted.

Susana no se hizo rogar.

—¿Dónde vamos?

Pareció más perdida que nunca, sin embargo musitó una dirección y el auriga hizo arrancar el coche. Arturo no cabía en sí de gozo y miedo. Evidentemente, era persona mayor. ¿Qué diría su madre si le viera? Su madre que, en este momento, le estaba esperando. Se alzó de hombros. Temblaba por los adentros. Con toda clase de precauciones y muy lentamente, cogió la mano de la muchacha entre la suya. Estaba fría, espantosamente fría.

—¿Tiene frío?

—No.

Arturo no se atrevía a pasar su brazo por los hombros de la muchacha como era su deseo y, creía, su obligación.

—Tiene las manos heladas.

—Siempre.

¡Si se atreviera a abrazarla, si se atreviera a besarla! Sabía que no lo haría. Tenía que hacerlo. Llamó a rebato todo su valor, levantó el brazo e iba a dejarlo caer suavemente sobre el hombro contrario de Susana cuando a la luz pasajera de un reverbero, vio cómo le miraba, los ojos transparentes de miedo. Ante la súplica, Arturo se dejó vencer, encantado; se contentaba con poco, lo sucedido le bastaba para muchos días. De pronto, Susana se dirigió al cochero con su voz dulce y profunda:

—Pare, hágame el favor.

—Todavía no hemos llegado, señorita.

—No importa.

—¿Vive usted aquí? —preguntó Arturo.

—No. Unas casas más arriba, pero no quiero que me vean llegar. O que me oigan…

Bajó rápida. Seguía lloviendo. Se arropó con la gabardina como si ésta fuese ya prenda suya.

—Mañana la esperaré aquí, a las seis.

—No.

—Sí, mañana.

No contestó y desapareció. Arturo bajó del coche y alcanzó todavía a divisarla entrando en un portal. Se felicitaba por haberse portado como un hombre. De eso no le cabía duda. Estaba satisfecho de la entonación autoritaria de su última frase con la que estaba seguro de haberlo solucionado todo. Ella acudiría a la cita. Además, ¿no se había llevado su gabardina en prenda?

Fue su primera noche verdaderamente feliz. Se regodeaba de su primicia, de su auténtica conquista. La había realizado solo, sin ayuda de nadie, la había ganado por su propio esfuerzo. Sería su novia. Su novia de verdad. Su primera novia. Todo era nuevo.

A las cinco y media del día siguiente paseaba la calle desigualmente adoquinada. La casa era vieja, baja, de un solo piso, lo cual le tranquilizó porque hubo momentos en los que le preocupó que vivieran allí varias familias. El cielo no se había despejado, corrían gruesos nubarrones y un

vientecillo cicatero. «Me devolverá la gabardina», pensó sin querer. (La noche anterior su madre pudo suponer que la había dejado colgada en el perchero. Pero hoy tenía que volver para cenar y tendría que explicar su llegada a cuerpo.)

Tocaron las seis en Santa Agueda. Seguía paseando arriba y abajo, sin impaciencia. Empezó a llover. Se resguardó en un portal frontero al de la casa de su amada. Las seis y media. Arreciaron lluvia y viento. Se levantó el cuello de la chaqueta. Las gotas hacían su ruidillo manso en el empedrado brillante de la calle solitaria. Tocaron las siete, seguidas, mucho tiempo después, por la media. Hacía tiempo que la noche había caído. Tocaron las ocho. Entonces se le ocurrió una idea: ¿por qué no presentarse en la casa con el pretexto de la gabardina? Al fin y al cabo, era natural.

Pensado y hecho. A lo más que alcanzaron sus piernas atravesó la calle, penetró en el portal. El zaguán estaba oscuro. Llamó a la primera puerta que le pareció la principal. Se oyeron pasos quedos y entreabrieron. Era una viejecilla simpática.

—¿Usted dirá?

—Mire usted, señora…

—Pase.

Arturo entró, un poco asombrado de su propia audacia, aconchado en su timidez.

—Siéntese. Usted perdonará. No esperaba visita. Viene tan poca gente. No veo a nadie.

Era el mismo tono de voz, la misma nariz, el mismo óvalo de cara. Debía ser su madre, o su abuela.

—¿No está la señorita Susana?

La viejecita se quedó sin poder articular palabra, asombrada, lela.

—¿No está?

La anciana susurró temblorosa:

—¿Por quién pregunta?

La voz de Arturo se hizo más insegura.

—Por la señorita Susana. ¿No vive aquí?

La vieja le miraba empavorecida. Desasosegado, Arturo sintió caer monstruosamente su desconcierto por el espinazo. Intentó justificarse.

—Anoche le dejé mi gabardina. Me pareció verla entrar en esta casa… Es una joven como de dieciocho años. Con los ojos azules, azules claros.

Sin lugar a dudas, la vieja tenía miedo. Se levantó y empezó a retroceder mirando con aturullamiento a Arturo. Éste se incorporó sin tenerlas todas

consigo. Por lo visto la desconfianza era mutua. La vieja tropezó con la pared y llevó su brazo hacia una consola. El muchacho siguió instintivamente la trayectoria de la mano, que no buscaba sino apoyo; al lado de donde se detuvo temblorosa, las venas azules muy salientes en la carne traslúcida y manchada de ocre —recordando que el orín no es sólo signo de hierro carcomido sino de la vejez—, vio un marco de plata repujada y en él a Susana, sonriendo.

La anciana se deslizaba ahora hacia la puerta de un pasillo, apoyándose en la pared, sin darse cuenta de que empujaba con su hombro una litografía ovalada en un marco de ébano negro que, muy ladeada, acabó por caerse. Del ruido y del susto anterior la vieja se deslizó, medio desvanecida, en una silla de reps[48] rojo oscuro. Arturo adelantó a ofrecerse en lo que pudiera. En su atolondramiento había más asombro que otra cosa. Sin embargo, pensó: «¿Le habrá pasado algo a mi gabardina?». La viejecilla le miró adelantarse con pavor; parecía dispuesta a gritar pero el hálito se le fue en un ayear temblequeante.

—¿Qué le sucede, señora? ¿Le puedo ayudar en algo?

Arturo volteó ligeramente la cara hacia la fotografía, la vieja siguió su mirada.

—¿Ella?

—Sí.

—Es mi sobrina Susana. —Hizo una pausa, luego, mucho más bajo, añadió—: Murió hace cinco años.

A Arturo se le erizaron los pelos. No porque creyese lo que acababa de decirle la anciana, sino porque supuso que estaba loca, y no había vestigio de otra vida en la casa. Sólo el ruido de la lluvia.

—¿No me cree?

—Sí, señora. Pero yo juraría…

Ambos se miraron demudados.

—Estuvimos en un baile.

La frase hirió de lleno la cara de la anciana. Se le sacudieron todas sus finas arrugas.

—Su padre no la dejó ir nunca. Él está en América. ¡Que dios le perdone!… ¿Usted no me cree?

—Sí, señora.

De pronto, el tono de voz de aquella mujer diminuta calmó a Arturo. «Seguramente no es peligrosa —pensó—, lo único que importa es llevarle la corriente.»

—Si usted quiere podemos ir al cementerio y verá su nicho.

—Sí, señora.

—Me pongo la manteleta. Es cuestión de un minuto…

Arturo se quedó solo. El miedo le empujó: de puntillas se fue hacia la puerta. Pero el cuidado le hizo perder tiempo. No llegaba aún al umbral cuando la viejecilla estaba ya de vuelta.

Salieron. Había dejado de llover, la noche estaba clara entre nubes que huían. Subiendo alcor arriba hasta llegar a la explanada donde estaba el camposanto, los pies se le pusieron pesados del lodo. El viento había amainado, el frescor de la tierra lo rejuvenecía todo. Llamaron en vano. Por lo visto el guarda había salido o se había dormido profundamente. Arturo porfió en volver: la creía bajo su palabra. (Debía de ser muy tarde. Su madre le estaría esperando.) Iban a marcharse cuando la viejecilla hizo un último intento y se dio cuenta de que la verja sólo estaba entornada. Como era de esperar, los goznes chirriaron deteniéndoles, por si acaso, sin saber por qué. Entraron. No había luna, pero la luz de las estrellas empezaba a ser suficiente para discernir las sendas y los cipreses. Los charcos brillaban. Las ranas. Avanzaron sin titubeos hasta llegar ante una larga pared. Los nichos recortaban sus medios puntos de más sombra.

—¿Tiene una cerilla?

Arturo tentó su bolsillo, sacó su fosforera, rascó el mixto, y a la luz vacilante, que adquirió en la oscuridad una proporción desmesurada, pudo leer, tras un cristal:

AQUÍ DESCANSA
SUSANA CERRALBO Y MUÑOZ
FALLECIÓ A LOS DIECIOCHO AÑOS
EL 28 DE FEBRERO DE 1897.

Entre el mármol y el vidrio, en un marco idéntico al de la sala, sonreía Susana.

Arturo dejó caer lentamente el brazo que sostenía el fósforo, el cabo encendido cayó en tierra. Lo siguió mecánicamente con la vista, al llegar al suelo descubrió, seca y plegada con cuidado, su gabardina. La recogió. Miró boquiabierto y desorbitado a la vieja. Desde lo lejos se acercaba una luz. Era el sepulturero.

—¿Qué buscan? ¿No saben que a estas horas está prohibido andar por aquí?

Tras la tapia, pasando, una voz moza cantaba:

Rascayú,

cuando mueras:
¿qué harás tú?
Tú serás
un cadáver
nada más.
Rascayú,
cuando mueras:
¿qué harás tú?

Arturo echó a correr. Luego, como siempre, pasaron los años. (*Con mudos pasos el silencio corre*, como dijo Lope.)

El joven, que pronto dejó de serlo, se hizo muy amigo de la viejecilla. En su casa, mientras las tardes se iban a rastras, cojeando, hablaban interminablemente de Susana. Murió hace poco, soltero, virgen y pobre. Lo enterraron en el nicho vecino del de la muchachita sin que nadie lograra explicarse su intransigente deseo. La vieja desapareció, no sé cómo; la casa fue derruida.

La gabardina pasó de mano en mano sin deteriorarse. Era una de esas prendas que heredan los hijos o los hermanos menores, no cuando le quedan pequeñas a los afortunados o crecidos, sino porque no le sientan bien a nadie. Corrió mundo: el Rastro en Madrid, los Encantes de Barcelona, el Mercado de las Pulgas en París, estuvo en la tienda de un ropavejero, en Londres. Acabo de verla, ya confeccionada para niño, en la Lagunilla, en México —que los trajes crecen y maduran al revés.

La compró un hombre triste para una niña blanca y ojerosa que no le soltaba la mano.

—¡Qué bien le sienta!

La niña pareció feliz. No se hagan ilusiones: se llama Lupe.

8. José María Gironella (1917-2003)

Escritor español de formación autodidacta y que ejerció los más diversos oficios. Sus primeras novelas fueron *Un hombre* (1946) y *La marea* (1949), pero alcanzó la popularidad con una trilogía de novelas-río en un intento de narrar los acontecimientos anteriores y posteriores a la guerra civil y el conflicto mismo: *Los cipreses creen en Dios* (1953), *Un millón de*

muertos (1961) y *Ha estallado la paz* (1966). Otras novelas: *Condenados a vivir* (1971) y *Los hombres lloran solos* (1986)

Gironella ha desarrollado una larga actividad periodística y ensayista y como fruto de ella aparecieron las recopilaciones de artículos, *Gritos del mar* (1967), *Gritos de la tierra* (1970) y los libros de viajes, *China, lágrima innumerable* (1965), *El Japón y su duende* (1965), *En Asia se muere bajo las estrellas* (1968), *El escándalo de Tierra Santa* (1978) y *El escándalo del Islam* (1982). Fruto de una profunda depresión escribió una narración autobiográfica, *Los fantasmas de mi cerebro* (1958).

«La muerte del mar» es un cuento que creemos debe ser rescatado del olvido por la originalidad del tema, por la lograda ambientación y descripción de personajes, por el acertado tratamiento poético y, en fin, por lo que pueda suponer de premonición.

LA MUERTE DEL MAR

Basilio Hernández —Basilio para todos los vecinos del pueblo— no poseía en este mundo sino su hijo Félix, de trece años, y el mar. A la muerte de su mujer solicitó la plaza de torrero y la obtuvo. Basilio y el chico llevaban ya diez años viviendo solos en el torreón, al cuidado del faro. Desde allá arriba dominaban el pequeño puerto, la bahía, el pueblo blanco a los pies de las montañas. «Parecemos aviadores», decía Basilio. Formaban una pareja aparte, dos islotes, a los que el faro guiñaba el ojo y a los que las olas, allá bajo, acariciaban o embestían con furia, según les diera. El mar —su superficie visible e incluso hasta una determinada profundidad— no tenía secretos para ellos. Se sabían de memoria el ritmo de las mareas, el significado de la coloración del agua, el emplazamiento de los arrecifes. Podían interpretar los súbitos silencios, presentir la llegada de un banco de peces o de un buque, medir la potencia e intención de los vientos. Ellos decían que leían en la espuma y en las arrugas del agua, pero lo cierto era que en su violación del mar participaban la costumbre, los cinco sentidos y alguno más. Por supuesto, el olfato era esencial. Con sólo subir a la plataforma que circundaba el faro, se ensanchaban sus narices y el aire salitre y la humedad hacían las veces de morse que martilleaba sus cerebros. «Habrá tormenta.» «Tres días de calma completa.» «El agua está sufriendo.» «Ahí cerca anda un cetáceo borracho que perdió a los suyos.» Últimamente Basilio, el padre, notaba cansada la vista y a menudo introducía el dedo meñique en su oído izquierdo y hurgaba en él con cierta desesperación; por el contrario, Félix, el hijo, iba a más. Se hubiera dicho que recogía del suelo las facultades que se le iban cayendo al padre. Era un traspaso de poderes, la ley de la continuidad.

Basilio amaba a su hijo. Más que al catalejo, más que a la brújula, más que al mar. Se hubiera pasado horas y vidas sentado en el camastro acariciándole los cabellos. Cuando bajaba al pueblo nunca olvidaba comprarle una chuchería: una boina, calcomanías, una barra de regaliz. Félix le agradecía estos obsequios y le correspondía contándole cuentos. Mientras encendía el hornillo de alcohol para calentarle el café —el café era el vicio atávico del torrero—, Félix inventaba historias ocurridas en ausencia de su padre. Una poderosa escuadra había cruzado el horizonte. Había tenido que matar una rata verde que asomó por la puerta de la escalera. La radio había anunciado que la luna se había partido por la mitad, en dos pedazos. ¡De pronto la brújula le soltó un discurso! Le habló del Norte, del Sur, de lo mucho que le gustaba temblar y de que querría morirse en el bolsillo de un niño. Basilio, alto y con cejas hirsutas, escuchaba sonriendo a Félix, Reconocía en el muchacho lo que él fue. Basilio siempre vivió un mundo irreal, sospechando que detrás de cada cosa y en el interior de cada bulto latían existencias ignoradas. A Félix le daba por poetizar: ¡tanto mejor! «De otro modo el faro sería insoportable.» Cuando el niño se cansaba y Basilio ya se había tomado el café, encendían un pitillo y lo fumaban al alimón —tres chupadas por barba— jugando a las cartas, a las damas, pensando en la madre muerta o silueteando no solo conejos y asnos, sino el perfil de Félix y peces. Félix estudiaba a menudo aritmética y geografía, que era lo que más le gustaba, o se sentaba junto a la radio, a la escucha, intentando captar mensajes lejanos.

Los vecinos del pueblo querían a la pareja. Los domingos, muchos novios subían al faro, y Basilio y Félix los atendían lo mejor posible. Les cedían los prismáticos —«¡Fíjate, aquélla es tu ventana!» «¡Fíjate, aquél es mi balcón!»— y les enseñaban los mapas y los viejos cuadernos en que estaban anotados los naufragios del litoral, las tempestades y la historia de un barco chino que fue encontrado intacto y a la deriva, sin tripulación. «Casaos y venid aquí a pasar la luna de miel.» Las muchachas se asomaban al acantilado de la torre y exclamaban: «¡Jesús!» Sentían el vértigo del domingo, del amor y del peligro controlable. Los muchachos parecían atontados y consideraban a Basilio como una especie de mago que protegía el pueblo y las vidas del pueblo. «Gracias a usted, estamos tranquilos.» «Si algo ocurriera, usted daría la señal de alarma.» ¡Claro que sí! Si algo ocurriera, los torreros despertarían a toda la comarca. Por eso eran padre e hijo, y serios y serviciales.

En el aprecio que los habitantes del pueblo sentían por Basilio y Félix apenas si había graduaciones. Mucho los querían los obreros del puerto y los

del pequeño astillero, las mujeres que remendaban redes en la playa y los pescadores. Félix era la mascota de estos últimos e incluso había una barca blanquinegra que se llamaba *Félix*. También los quería mucho el cura, el cual inútilmente había intentado hacer de Félix un monaguillo. «Déjelo ya —le dijo Basilio—. Eso de las velitas no le va al crío.» También los quería el maestro, que enseñó a Félix a sumar y, sobre todo, a multiplicar. Y los quería el farmacéutico —Félix tenía la manía de pesarse en la báscula de la farmacia— y los querían los tenderos y un fabricante de «Fuegos artificiales» que cada año, al término de la Fiesta Mayor, les preguntaba qué tal resultó, vista desde el faro, la traca final. Y los querían los perros vagabundos y, por supuesto, los ancianos que esperaban la muerte en los bancos del paseo, tomando el sol. La torre del faro era para unos y otros el punto de referencia, la seguridad. Sin su presencia inevitable y robusta el pueblo se hubiera sentido mucho más desamparado.

Basilio y Félix, a su modo, eran felices. Sobre todo, el primero. Cuando otros torreros le llamaban por teléfono y él les preguntaba: «¿Qué, qué tal por ahí?», no comprendía que le contestasen, en tono aburrido: «Como siempre. Mucha agua». Cierto que el agua era por lo general igual a sí misma y que desde la altura en que estaban él y Félix todos los hombres parecían iguales y las preocupaciones y jadeos resultaban un tanto ridículos. Pero ¿qué era una gaviota? ¿Qué era un catalejo? ¿Por qué había ratas verdes y por qué Félix seguía creciendo día tras día de un modo casi palpable? Indudablemente, no todo estaba al alcance de la mano y aquellos torreros obrarían cuerdamente mirándose con atención al espejo. El ejemplo de Félix era digno de imitación: contemplaba una cosa y sacaba de ella, en cadena, excitantes conclusiones. Claro es, en todo ello debía de influir el temperamento. Había torreros que amanecían un día ahorcados en el faro, los había que se embrutecían e iban pareciéndose más y más a un simio y los había casi felices, como Basilio.

Tocante a Félix, era todo corazón. Nunca salió del pueblo y ello le permitía, en efecto, crearse a su manera lo creado y extasiarse no sólo ante las estrellas, sino ante las calcomanías que le traía su padre. Nunca había visto en la realidad un tren, ni un caballo de carreras, ni un campo de trigo ni una mujer mala. Más de la mitad de su frente era virginal. «A mí no me parece que soy aviador —le decía a su padre—, sino artista de circo. Un trapecista.» Le costaba cierto esfuerzo mirar horizontal. No sabía lo que ser feliz significaba, a no ser que significase contemplar las gaviotas y dar al pitillo de turno cuadro chupadas en vez de tres. El mar era para Félix la llanura inquieta, el trampolín, y cobijaba en su arca la risa y la duda y un número

incalculable de deseos. Por otra parte, estaba seguro de que la tierra mataba, pero no así el mar. Estaba seguro de que los náufragos seguían viviendo, de que existían ciudades submarinas dotadas de todo lo necesario para la respiración y el bienestar. «En el mar no hay cementerios.» «La sal lo conserva todo.» En el mar los vigías serían innecesarios y a nadie se le ocurriría encender velitas para pedir tal o cual favor.

El primer día del año —Félix cumplía los catorce— ocurrió lo inesperado. Su padre y él se habían pasado buena parte de la noche, Nochevieja, noche de San Silvestre, riendo y amando su soledad. Basilio había bajado al pueblo y desechando todas las invitaciones, pensando únicamente en Félix. Se llevó para el torreón un calendario representando una mujer hermosa, vino, coñac, turrón y dos casquetes de papel: uno, puntiagudo, para él; otro, redondo, para Félix. Los dos torreros rezongaron durante mucho rato, perdiendo el tiempo en espera de la medianoche. De pronto, sonó la primera campanada en el reloj de la iglesia. Desde el faro se oyó con tanta nitidez, que casi los acobardó. Se pusieron los casquetes, brindaron con vino, se abrazaron y se besuquearon, y a medida que las doce campanadas caían tenían la impresión de que uno y otro se unían más y más. Incluso bailotearon por la rotonda, cuidando de no derribar las sillas y la mesa, y guiñándole el ojo a la mujer del calendario, muerta de frío en su bañador. Fue, allá dentro, un fin de año tibio y hermoso; fuera, el firmamento tiritaba y las barcas varadas en la playa se mecían con humildad.

A la una en punto, padre e hijo se pusieron a jugar a las cartas, mordisqueando granos de café. La estufa crepitaba como si ardieran en ella pecados con aristas. Basilio ganó todas las partidas, pues Félix, los días de fiesta, simulaba no tener suerte. A las dos se acostaron, cada cual en su camastro. La consabida inspección al faro, a la plataforma exterior, la realizó Félix y no advirtió nada anormal. Un ritmo regular, látigos helados, el abanico de luz rielando el agua. «¡Brrr…!» Entró de nuevo y se acostó. Poco después padre e hijo roncaban, mientras la estufa iba apagándose y allá abajo, en el pueblo, las tabernas rebosaban de promesas de amistad y de promesas de vida nueva, honrada y digna.

A las seis Félix se despertó sobresaltado. Había soñado que el agua del mar era dulce. ¡Qué tontería! Ello sería una subversión. Se durmió de nuevo y soñó que el agua del mar era roja. ¡Qué absurdo! Roja era la sangre, rojo era el fuego. Se encontró sentado en la cama y tiritando, mientras su padre dormía con placidez… Félix escuchó. El mar latía hondo en la base de la torre. El mar embestía. Félix conocía su cólera. Una luz amarillenta se filtraba por los

cristales. ¿Por qué amarillenta? Se tapó con la bufanda. Le extrañaba que no silbara el viento. ¿Por qué la luz era amarilla si el cielo aparecía cárdeno, morado, como tantas veces antes de la salida del sol?

Félix miró el reloj: eran las siete. Se acostó nuevamente e intentó dormirse, impidiéndoselo un raro desasosiego. Y, de pronto, una bandada de gaviotas repiqueteó en el gran ventanal. Félix, vuelto hacia ellas, las observó. Parecían alocadas, como buscando algo muy suyo y muy vital que hubiesen perdido. ¡Y cómo chillaban! ¿Qué ocurría?

Bruscamente decidido, Félix apartó las mantas y se levantó. Granos de café crujieron bajo sus pies. Se caló la boina y se acercó a los cristales, que estaban empañados. Las gaviotas, al verlo, huyeron. El faro seguía viviendo. Félix, con la mano, dibujó un óvalo en el ventanal y se enfrentó con el mar.

Un insólito espectáculo se ofreció a sus ojos. De ser ave y no hombre, también hubiera chillado. El cielo era un efecto cárdeno, una inmensa cripta de Viernes Santo, de color de sangre coagulada. Y el mar estaba embravecido… pero no hasta el confín. Por el contrario, el horizonte aparecía inmóvil, yerto. Con una inmovilidad beata, que daba grima, que parecía planchada, mineral, y a partir de la cual se alzaba un frente de olas que galopaban en dirección a la costa, como huyendo de aquella lejana llanura petrificada. Olas gigantes que se acercaban a los ojos de Félix con el mismo temblor alocado que las gaviotas. Olas con cráter, vomitando espumarajos de rabia. Dorsos acuáticos heridos por un arpón. Himalayas socavados desde abajo con inusitada violencia.

Félix experimentó un temor supersticioso. En movimiento reflejo se tapó más aún con la bufanda y abrió un ventanuco situado a la derecha. Y al instante, una vaharada que le recordó la de la habitación de un muerto le penetró en la nariz. Volvió a cerrar inmediatamente. Miró la brújula: volteaba sin norte. Rozó algo metálico: le dio calambre. No se atrevió a desconectar la luz del faro. Invisibles presencias lo acosaban. Se quedó clavado y niño, y sin acertar a establecer una ley. A Félix no le asustaban los relámpagos, pero sí las chispas de la radio. Nunca había visto un tren. El cielo se amorataba cada vez más, tiñendo el agua y los acantilados de una honda melancolía. Le pareció que todo se callaba. Se hizo un silencio sin fondo, como si no existieran ni las rocas, ni el tiempo, ni el mar. Se encontró solo en la rotonda, contenida la respiración.

Félix miró a su padre. Le dolió despertarlo, pero lo hizo, zarandeándolo. Basilio abrió los ojos, asustado. «¿Qué ocurre?» Félix abrió el gran ventanal. «El mar…» Basilio saltó de la cama. «¿Qué pasa?» Sus ojos interrogaban a

Félix y al hacerlo parecía envejecer. Félix gimoteaba y el torrero, lentamente, se acercó a los cristales y miró por el óvalo. Y acto seguido sus manos se pegaron crispadas al ventanal y barboteó algo que no se sabía si era una blasfemia o una plegaria.

Basilio tuvo la inmediata sospecha de que el fenómeno que se estaba produciendo era trascendental y único. Nada tenía que ver con la inminencia de un ciclón o con los caprichos de las corrientes submarinas. Vio claramente que la petrificación del mar lejano no era un efecto óptico, sino un hecho. No obstante, se dirigió al catalejo y miró a través de él, con sumo detenimiento. Era evidente que las galopantes olas intentaban huir. Era evidente que muchas de ellas de pronto se desplomaban, vencidas por la espalda, agrandando con ello la llanura yerta. Este aplastamiento se producía con un rigor casi geométrico, de oeste a este, como si un poder oculto dirigiera la operación a compás. Basilio, gracias al catalejo, localizó además la presencia de dos buques que convirtieron sus sospechas en certidumbre; en efecto, uno y otro, con muy breve intervalo, fueron alcanzados por la mineralización y se inmovilizaron y se cayeron de costado, como juguetes, como lo hubieran hecho en tierra firme.

Basilio abandonó el catalejo y miró a Félix, que seguía temblando, con la boina puesta. ¡El mar sufría! ¿Cómo comprender aquello? Se tensaba y apergaminaba. ¡Y aquella lejana placidez! ¿No recordaba la de los muertos? ¿Podía el mar morirse como los hombres, como los años o como las gaviotas? Félix recordó a su madre muerta. ¡La mineralización! ¡El silencio!

—Padre, el mar se está muriendo…

Basilio agredió con sus hirsutas cejas al chaval. Pero, inesperadamente, retrocedió. ¡Santo Dios! ¿Por qué no? Oscuros recuerdos bíblicos lo asaltaron.

—Abre el ventanuco y huele.

Basilio, estremecido, volvió a mirar a su hijo y obedeció. Y una vaharada pestilente y fría le azotó el rostro.

—¡Es cierto! —barbotó el torrero—. ¡El mar se está muriendo!

Félix, al oír la confirmación, estalló en un sollozo histérico. «¿Por qué, por qué?» Basilio miró al techo, luego la brújula y por último cerró con doloroso estrépito el ventanuco.

Entonces se acordó de que era el vigía y reaccionó.

—Vete al pueblo y avísales. Yo llamaré por teléfono a los demás torreros.

Félix no acertaba a moverse. ¿No era aquello el fin del mundo? Por último echó a correr y bajó como un rayo la escalera de caracol.

Al llegar abajo salvó en pocas zancadas la pasarela de cemento que separaba la torre de los muelles, pero en los muelles no había nadie. Era el primer día del año. Cajas amontonadas, bidones y toldos, una grúa. Félix siguió corriendo hasta llegar al pequeño astillero y a la playa. Allí encontró a unos cuantos hombres fumando al lado de las barcas. No sabía qué decir. «¡El mar se muere! —barbotó—. ¡El mar se está muriendo!» Y con expresión alelada y sosteniendo la boina en la mano señalaba el faro, donde estaba su padre, y señalaba una imprecisa lejanía y la cripta celeste color de Viernes Santo.

Los hombres se miraron y sonrieron. ¿Qué le ocurría al pequeño Félix? ¿Se había emborrachado con el vino y el turrón? ¿O con la mujer del calendario? Era temprano aún para ir a la farmacia a pesarse…

—¿Qué te pasa, chaval?

—¡No miento, no miento! ¡Mi padre lo ha visto! ¡El mar…!

Un pescador se le acercó con cariño e intentó pasarle una mano por el hombro. Pero Félix entonces dio un salto y levantó los brazos como un pequeño profeta.

—¡Subid al faro y veréis! —Félix olió intensamente—. ¿No oléis a muerto?

En aquel momento, Basilio apareció allá arriba, en la plataforma del faro. Había ya llamado a dos torreros y se aprestaba a transmitir por *morse*, con carácter oficial, la noticia.

Los hombres que fumaban al lado de las barcas lo miraron con extrañeza. Hubo un momento de suspensión. La silueta de Basilio, torrero intachable, era solemne.

—¡Atención, atención! Anchas franjas de mar se están petrificando. La petrificación avanza, siempre de oeste a este, y se acerca a la costa. De seguir el mismo ritmo, a media mañana alcanzará este puerto.

Los hombres enmudecieron. Se miraron unos a otros y luego miraron el mar. En todo lo que la vista alcanzaba, no se veía nada. Sin embargo, Félix continuaba con la expresión y con las manos en alto sosteniendo la boina.

—¡Subamos al faro! —dijo uno de ellos. Y los demás lo imitaron y echaron a andar.

Otro advirtió:

—Voy al Pósito de Pescadores a avisar.

—No, espera.

—¿Por qué? Voy a avisar.

Félix emitió otro sollozo y, sin apenas darse cuenta de lo que hacía, echó a correr hacia el pueblo. Su intención era alertar a todo el vecindario, pero al alcanzar las primeras calles y ver las puertas y ventanas cerradas, no le salieron las palabras. Se acordó de la iglesia y se dirigió a ella. La puerta estaba abierta. Localizó al cura. «¡El mar se muere!» «¡Hay que tocar las campanas!» El cura intentó detener al muchacho, pero no lo consiguió. Félix se fue directo a la base del campanario y agarrándose a la cuerda tiró de ella con toda la fuerza. Las campanas doblaron sin ritmo conocido. No era incendio, no era bautizo, ¡no era resurrección! Era un toque lúgubre, pero inédito. El cura intentaba detener a Félix, pero éste a cada tirón salía izado hasta una altura increíble. «¡No miento! ¡No miento! ¡Vaya a ver!»

Las campanas obraron el milagro. Por otra parte, en la centralilla de Teléfonos habían recibido también la noticia. Rostros adormilados, pelos revueltos aparecieron en las ventanas. «¿Qué pasa? ¿Qué sucede?» Los hombres se sujetaban torpemente los pantalones y bajaban de prisa la escalera y salían de los portales. Perros y gatos, guiados por el puro instinto, se dirigían a la playa. «¡Basilio ha comunicado no sé qué! ¡El mar se convierte en piedra!»

—¡Tonterías!

—¡Estará borracho!

La llegada del vecindario a la playa coincidió con el regreso de los pescadores que habían subido al faro. Estos confirmaron el acontecimiento. Lo habían visto con sus ojos. Ya, sin necesidad del catalejo. ¡Tan de prisa avanzaba la muerte! Era un cataclismo sin paliativos, «trascendental y único».

—Las olas se levantan y caen muertas.

—Parecen bostezos.

—El agua se queda amarilla.

—¿Qué será de nosotros?

Basilio, firme en su puesto, seguía comunicando el parte a las autoridades, ya presentes. A las ocho, el pueblo entero estaba congregado en el rompeolas. Algunas mujeres llevaban pañuelo negro en la cabeza, Sólo el sepulturero se había negado a abandonar el cementerio. «¡Tonterías! ¡Estarán borrachos!»

El fenómeno era ya tan perfectamente visible desde el rompeolas, que de pronto todos los vecinos, agrupados por familias, cada mano buscando una mano afín, se retiraron atropelladamente a la playa. Muchos se subieron al pequeño montículo del astillero y algunos seres solitarios se repartieron por los acantilados que cerraban la bahía por la derecha. Se oían sollozos, pero se oía más aún aquel silencio que conmovió a Félix. ¿Qué cabía hacer? Las

campanas habían dejado de sonar y Félix corría ahora en dirección al faro, a reunirse con su padre.

A las nueve en punto Basilio comunicó: «La *muerte* llega a la embocadura del puerto». Y era cierto. Y era la primera vez que Basilio empleaba oficialmente aquella palabra. El agua a los pies del faro se estremeció y quedó inmóvil. El sol trepaba cielo arriba, ¡pero tenía también color de Gólgota![49] El aire olía a vegetal podrido, a consumación. Algunos peces saltaban como buscando refugio. ¿Cómo? ¿Dónde?

El agua de los muelles dejó de chapotear. Retrocedió, pareció subir el nivel y las barcazas ancladas en el rincón —la blanquinegra llamada *Félix*— se inclinaron y se cayeron de costado, como juguetes. Toda la bahía empezó a amarillear. El agua no se convertía en piedra, sino en mármol. Pulido, bruñido, reluciente. El vivero de moluscos quedó aprisionado y pareció achicarse. Las boyas se inmovilizaron a su vez.

De hecho, la muerte avanzaba lenta, pero a los vecinos les parecía vertiginosa. A las diez todo el mundo esperaba el último estertor, el definitivo. Se produjo a las diez y media y fue presenciado por todos. De un extremo al otro de la bahía se levantó una ola agonizante, que semejó un alarido. Hasta que se desplomó y desplegó en la arena, donde quedó rígida, como un lagarto hipnotizado. El labio de espuma se convirtió en orla de cal, sólida y cortante.

El vecindario temió que a este fenómeno le sucederían otros en la tierra y en el cielo, y la gente que rodeaba al cura se santiguaba. La fuga masiva de las gaviotas hacia las montañas pareció justificar el temor; sin embargo, pronto se vio que lo más doloroso serían los pensamientos. En efecto, cada cerebro era un dolor y cada dolor era distinto. El pueblo sin el mar perdía la vida, pero he ahí que cada hombre y cada mujer notaba a su manera la amputación. Los pescadores pensaban en millares de noches en la mar libre, que ya no tendrían repetición, y en el final patético y absurdo de su oficio y sustento. Las mujeres que remendaban redes, se sentían anonadadas. El encargado del Salvamento de Náufragos lloriqueaba su sarcástica inutilidad. Los ancianos iban llegando, rezagados, y preguntaban a unos y otros qué ocurría. El médico comprendió de una vez para siempre su limitación. Los enamorados, para los que el mar fue punto de mira y matriz de sueños y hermosas palabras, sufrían de indecible soledad, y duda. La muerte iba salpicando las cabezas, bautizándolas de uno u otro modo. El hombre de los «fuegos artificiales», gran madrugador, sostenía en la mano un petardo a medio hacer, como si fuese una vela. Los pescadores de caña se mordían las

uñas como si fuesen anzuelos. ¡Los niños se acercaban al agua muerta como si quisieran tocarla! Tal vez, tal vez, los únicos seres vivos que parecían contentos fueran el sepulturero y los gusanos. En efecto, el sepulturero era aficionado a los crucigramas y andaba preguntándose cómo sería posible enterrar el mar. «¡Ahí te quiero yo ver!», se retaba a sí mismo. En cuanto a los gusanos, en el fondo de los botes, en el fondo de las barcas, se movían con indisimulables impaciencia y alborozo.

La confusión cedió el paso a la piedad. El vecindario comprendió que la muerte del mar implicaba miríadas de muertos y sintió piedad. Piedad por los peces, grandes y chicos. ¡Fosilizados, sin más! Piedad por los bancos de coral, por el nácar, por las caracolas. Piedad por los barcos, grandes y chicos, por los trasatlánticos, ¡por los submarinos! Las tripulaciones de estos barcos, ¿qué harían? ¡Ah, los mensajes de los capitanes sorprendidos en medio del océano! Las islas habrían dejado de ser islas, las ciudades submarinas —dotadas de respiración y bienestar— con que Félix soñaba, habrían muerto. Y también los cables telefónicos y las minas de sondeo y las minas de profundidad. Todo habría muerto. Cada gota, un cadáver; cada remolino, un adiós; el mar, el mayor cementerio jamás conocido. Una extraña simbología se apoderó del vecindario, abrió brecha en sus mentes. Las redes empezaron a parecerles sudarios; las barcas, féretros; la torre del faro, una antorcha digna de la magnitud del mar. Y los ríos, al desembocar en el mar sólido, ¿qué harían? ¿Y qué habría ocurrido en los mares lejanos, en los mares calientes, en los mares helados? Los ojos de los hombres miraban la bahía; el mar era, efectivamente, un muerto. Incluso parecía encogerse y que de un momento a otro por alguna grieta despediría gas. Un fotógrafo había montado su trípode y sacaba fotografías. En cambio, los gatos se alejaban, y de pronto llegó corriendo una vieja llevando una corona de flores silvestres y la echó al mar, con una cinta morada cuyas letras nadie consiguió leer.

Ahora bien, en un momento dado, todo el dolor y toda la compasión del vecindario se concentraron en las figuras de Basilio y Félix, que por fin se decidieron a abandonar el faro para reunirse con el pueblo en la playa. Sí, alguien musitó: «¡Allí están!» Y muchos ojos se volvieron y vieron a los dos torreros cruzar con lentitud la pasarela de cemento que separaba, que unía, la torre y los muelles, alcanzar éstos y seguir avanzando. A distancia, uno y otro parecían mayores de lo que eran en realidad, y sus bufandas danzaban al viento. Se produjo una lacerante expectación, pues nadie ignoraba que aquel padre y aquel hijo, felices a su modo, con su hornillo de alcohol y silueteando en la pared sombras chinescas, serían los principales huérfanos, las víctimas

más concretas de la muerte del mar. ¡Basilio, sin el faro, sin el catalejo, sin el cuaderno de los náufragos! ¡Jamás se adaptaría a la nueva circunstancia! ¡Y Félix…! Sin el mar, no tenía razón de ser. Cuando tocó las campanas, tocó para sí. El muchacho se había tatuado dos remos en el pecho, y cuando visitaba el nicho de su madre le decía a ésta: «Te quiero como al mar».

El cura salió al encuentro de los dos torreros, pero Basilio no le hizo caso. Por un lado, parecía que nada le importaba: por otro, daba la impresión de llegar con un propósito decidido. El cura se apartó de su camino. En realidad, todo el mundo fue cediéndoles el paso, mientras allá lejos los seres solitarios apostados en las rocas se preguntaban: «¿Y cómo sacar una mascarilla del mar muerto?»

Basilio y Félix llegaron al centro de la playa y se situaron al borde, se acercaron a la orilla. Al igual que los niños, se hubiera dicho que querían tocar con las manos aquello que fue agua. Pero no era así. De hecho meditaban y apenas si se daban cuenta de la presencia de la multitud. Meditaban sobre una idea que se le ocurrió a Félix en su afán de salvar lo insalvable: sobre la posibilidad de que no todos los mares hubiesen muerto en la tierra, de que en algún lugar lejano un pedazo de mar hubiese escapado a la petrificación. «Tal vez en las costas del Norte, de donde se dice que todo es duro y fuerte.» «Tal vez un mar caliente.» Los torreros del litoral, próximos, habían confirmado por teléfono: «También aquí ha muerto.» Pero ¿y el Ártico? ¿No viviría aún, debajo del hielo, por entre los icebergs? ¿Y los mares del Sur? ¿Y el mar Muerto?

Félix llevaba consigo la brújula y temblaba como ella. Basilio se había calzado unas gruesas botas, que llamaron la atención. ¿Qué pretendían? Padre e hijo, por fin, miraron a su alrededor. Vieron al maestro, al alcalde, al fotógrafo, que los retrataba a ellos, a la vieja que echó la corona silvestre al mar. Vieron a todos los amigos del pueblo y del alma, y a los árboles del paseo y a las redes y a los palos de las barcas. Su mirada tuvo doble faz. Los reafirmó que amaban a los suyos y a la tierra, pero también que los suyos y la tierra no les bastaba para vivir…

Así, pues, inesperadamente consultaron la brújula y luego se miraron a los ojos. Y sin necesidad de pronunciar una sílaba tomaron el acuerdo, la suprema decisión. Dirigiéndose al vecindario, dijeron: «Suerte»…, con voz que no fue oída por todos, pero que las bocas fueron transmitiendo hasta el último de la fila, el hombre del petardo incluso, el cual, por primera vez en su vida, rompió a llorar.

Segundos después, Basilio y Félix, aquel con el brazo derecho rodeando el cuello de su hijo, penetraban en la superficie sólida que fue mar. La orla de cal —el labio de espuma— los obligó a levantar ligeramente el pie; luego, todo fue liso y fácil como en un salón regio.

Se oyó una voz:

—¡Atrás! ¡Atrás! ¡Estáis locos!

Se oyeron otras voces.

—¡Atrás! ¡Atrás!

Nada cabía hacer. Padre e hijo avanzaban, cada vez con andadura más recia, y nadie, ni siquiera los perros, se atrevió a salir en pos y obligarlos a retroceder.

El silencio en la bahía se hizo total. Basilio y Félix se iban alejando, emborrachándose con su búsqueda y de su propia condición. La brújula se había normalizado. Pronto llegarían a la altura de la torre del faro, momento en que acaso se echaran también a llorar. Sin embargo, era lo cierto que los iba ganando la esperanza. ¡Oh, sí, todo lo dominaban, excepto la fantasía! Seguro que se había salvado un pedazo de mar, que en algún lugar existía aún un pedazo de mar vivo, agua salada, dulce para el corazón, cloqueando y con peces también vivos, como temblores humanos. ¡A por él! ¡A por el pedazo de mar vivo!

Su corazón acertó. Todo el vecindario, apostado en semicírculo en los acantilados y en la playa, se enteró de ello gracias a los observadores con prismáticos. El pedazo de mar vivo existía y significó la muerte instantánea de Basilio y de Félix. Existía un poco más allá del rompeolas, ya en la mar libre, junto al escollo llamado de la Serpiente. Tenía forma circular, un hoyo suficiente para cobijar dos cuerpos. Basilio y Félix no habían previsto la succión. No les dio tiempo a detenerse. Sus pies se hundieron en el agua y padre e hijo desaparecieron. Sus diminutas figuras dejaron de ser. Mientras, la gente gimoteaba en la playa y el sol, rasgándose el color morado, se alzaba de pronto muy alto, sangrante y eterno.

9. MIGUEL GILA (1919-2001)

Humorista y dibujante español, trabajó en sus comienzos en la radio y desde 1942 colaboró en el semanario *La Codorniz* con caricaturas grotescas y graciosas, a las que acompañaba una leyenda breve, pero de gran eficacia cómica. A partir de 1951 empezó a escribir monólogos humorísticos

que él mismo interpretaba en teatros y salas de fiestas. Considerado como uno de los grandes humoristas españoles, en sus actuaciones da vida a personajes palurdos e ingenuos permanentemente perplejos ante las contradicciones de la vida moderna y moviéndose en la línea del absurdo.

Entre los libros que recogen y amplían la trayectoria humorística tan personal de Gila se pueden citar: *La Jaleo, el Bizco y los demás* (1966), *Un borrico en la guerra* (1968), *Gila y su gente* (1972), *De Gila con humor* (1985), *Yo muy bien, ¿y usted?* (1994), *Y entonces nací yo* (1995) y *Memorias de un exilio* (1998).

«El niño Rey» es un cuento de niños en un mundo inocente e ingenuo en el que no hay hombres porque se han muerto en las guerras. Gila acierta en el tono, los diálogos, la lengua y el ambiente infantil de esta tierna pequeña historia con ribetes didácticos.

EL NIÑO REY

Los hombres habían muerto. Era normal. Tanto se habían odiado que se habían destruido. También las mujeres habían muerto, incapaces de soportar tanto sufrimiento. Sólo quedaban los niños.

Lo primero de todo era nombrar un Rey. El mundo tenía que subsistir y alguien debía gobernarlo.

Se reunieron aquella tarde en la plazuela.

—Yo seré el Rey.

—No, tú, no, que eres muy pequeño todavía y te pegarán los otros chicos más grandes que tú.

—Pero cuando sea Rey, nadie me pegará, porque los guardias les darán con las porras y les harán correr.

—No, porque como los niños serán más grandes, podrán más que los guardias, les quitarán las porras y luego te pegarán a ti con ellas.

—Y como yo seré el Rey, mandaré que los metan en la cárcel y que los cierren con llaves y cerrojos y candados y de todo para que ya no me peguen.

—Y tampoco puedes ser Rey, porque no tienes corona ni nada.

—Me hago una de cartón y la forro con papel de plata.

—Los reyes no llevan corona de plata. Es de oro con cristales de colores verdes y azules y rojos.

—No son cristales. Son piedras.

—¡Cristales!

—¡Piedras!

—Las piedras están en los ríos y no son verdes ni azules. Los peces sí que son azules y verdes y de más colores.

Y tanto insistió y tanto sabía que le hicieron Rey.

—¡Viva el Rey!

—¡Viva!

También había que hacer una reina, pero no podía ser porque tenían que ser mayores y casarse, así que había que esperar.

Los hombres, antes de destruirse, estaban gobernados por reyes, y esos reyes tenían carrozas y caballos, y cazaban en los montes y pescaban en los lagos y cuando paseaban por las grandes avenidas que no eran aún ruinas, las gentes daban gritos de entusiasmo, agitaban las manos en señal de saludo y miles de banderas flameaban sobre las cabezas de todos los que llenaban las avenidas.

Él, antes de ser Rey, pero siendo niño ya, más aún que ahora, lo había presenciado todo subido sobre los hombros fuertes de su padre. Y ahora que era Rey, necesitaba un caballo y una carroza.

—¿Y dónde encontramos una carroza?

—Puede que entre las ruinas.

—Pero estará muy rota de las bombas y los incendios y hasta puede que encontremos algún muerto dentro.

—¿Algún Rey?

—O algún hombre de los que llevaban el látigo para dirigir a los caballos.

—¡Y un caballo! Porque vaya Rey que voy a ser si no tengo caballo ni carroza ni nada. No voy a ir andando a los sitios. Y si soy Rey no puedo salir de palacio porque la gente se reirá de mí, de verme que soy un Rey sin carroza.

—Y sin palacio, porque todos los palacios están en ruinas.

—¿Y cómo voy a ser Rey sin caballo, sin carroza y sin palacio?

—Yo he visto uno que es grande y es blanco y no está muerto. Lo he visto ayer junto al río.

Al caballo le pusieron de nombre «Nieve», porque como era blanco… Después le cambiaron el nombre, porque como era caballo no podía llamarse nieve que era nombre de niña, y le llamaron «Trueno», que era un nombre más bravo.

Al Rey, le costaba trabajo subirse encima de «Trueno», pero le ayudaban los demás chicos y, luego, muy despacito para no caerse, el Rey llegaba hasta la plazuela y los otros niños, que no eran Reyes, dejaban sus juegos y gritaban:

—¡Viva el Rey!

—¡Viva!

Los huertos estaban llenos de naranjas y de fresones, y había muchos árboles cuajados de cerezas y de nísperos. Los niños comían sentados a la sombra. Luego se descalzaban y cruzaban el arroyo para ir a esconderse en la otra orilla. Los que no se escondían, buscaban a los otros, y la risa les delataba.

El Rey, muchas mañanas se cansaba de ser Rey y dejaba el caballo atado a las jaras para ir a jugar con los demás muchachos. Le dejaban jugar con ellos, porque aunque era Rey, seguía siendo niño como todos los demás.

La corona le molestaba y por eso la dejaba caer sobre la verde hierba del prado. Algunas mariposas revoloteaban curiosas alrededor de la corona, creyendo que era una flor extraña. Luego se alejaban persiguiéndose.

Todo era así, sencillo, tierno. Pero un día…

—Rey.

—¿Qué?

—Luisito, el hermano de Angelina, es un ladrón. Le ha robado tres cepos a Julián el pastor.

—Pues como es un ladrón y yo soy el Rey, que le metan en la cárcel para que no robe.

—¿Cárcel?

—Sí. Cuando los hombres estaban vivos tenían una cárcel, encerraban en ella a los ladrones y sólo les dejaban dar vueltas por un patio.

—Pues yo una vez leí en un libro que Cristo perdonó a los ladrones.

—Bueno, porque no robarían cepos.

—No sé.

—Pues a Luisito lo encerráis en la cárcel.

—Pero es que la cárcel se derribó cuando los hombres hicieron la guerra y todas las paredes están rotas y el ladrón se saldrá por los agujeros de las tapias.

—Pondremos un guardia para que lo vigile.

—No hay guardia.

—Pues si no tenemos guardia los chicos de las casas baratas romperán la fuente y pisarán los jardines.

—¿Y a quién hacemos guardia?

—A ti.

—¿A mí?

—Sí.

—Yo no puedo ser guardia, porque una vez estuve enfermo y me ponían inyecciones y me canso mucho al correr. Cuando los chicos de las casas baratas rompan la fuente, no les podría alcanzar.

—Pues entonces tú serás guardia.

—Yo tampoco quiero.

—¿Por qué?

—Porque si soy guardia, tendré que estar cuidando del preso y no podré jugar con los otros chicos.

Se acercó una niña llorando. Tenía su vestido roto. Le había crecido el flequillo y sus ojos apenas si se veían; pero sus lágrimas, sí. Resbalaban por su cara sucia y dejaban marcado su recorrido.

—¿Qué quieres?

—Hablar con el Rey.

—¿Para qué?

—Para lo de mi hermano. El que le ha quitado los cepos a Julián el pastor. He oído que irá a la cárcel, y si mi hermano va a la cárcel, yo me quedaré sola y por la noche me dará mucho miedo.

—¿Y por qué le ha robado los cepos a Julián el pastor?

—Porque Julián mataba pájaros con los cepos, y los pájaros son de Dios y son buenos y tienen hijitos en los nidos que esperan la comida.

—Bueno, bueno, no llores. No irá a la cárcel.

—Gracias. Rey. Muchas gracias.

—¿Cómo te llamas?

—Angelina.

—¿Te gustaría ser la Reina?

—Bueno. Pero ahora no puedo, porque sólo tengo ocho años y mi vestido está muy sucio y muy roto.

—Pues cuando seas mayor, como serás la Reina, tendrás un vestido muy blanco.

—¿Y podré ponerme lazos rosa?

—¡Claro que sí!

—¿Y podré jugar con mi muñeco?

—También. Como serás la Reina podrás hacer todo lo que quieras.

Y la niña dejó de llorar y se limpió la cara con el revés de la mano.

Cuando se alejaba, el Rey la llamó.

—¡Angelina! Toma.

Y le dio un puñado de cerezas.

Después, al día siguiente, Angelina le trajo un ramo de flores que ella misma había recogido en el campo.

Todo era así, sencillo, tierno… Y hubiera podido seguir siéndolo, pero los niños se hicieron hombres y se volvieron a destruir.

10. Ignacio Aldecoa (1925-1969)

Novelista y cuentista, nacido en Vitoria y muerto en plena madurez artística, Ignacio Aldecoa se entregó con pasión a la vida y a la literatura como nos recuerda su mujer Josefina R. Aldecoa: «decía que ser escritor es una actitud ante la vida. Y amaba la vida intensamente: la tierra, el mar, el aire, los numerosos amigos, el comer y el beber en compañía, la conversación interminable, la belleza y el dolor de la existencia».

Sus principales novelas son: *El fulgor y la sangre* (1954), *Con el viento solano* (1956) y *Gran sol* (1957), que tratan, respectivamente, del mundo de la guardia civil rural, el de los gitanos y el de la pesca de altura de los marineros vascos.

Pero Aldecoa es, por encima de todo, autor de cuentos, uno de los más destacados de la posguerra española. Entre los numerosos títulos señalamos: *Espera de tercera clase* (1955), *Vísperas de silencio* (1955), *El corazón y otros frutos amargos* (1959), *Caballo de pica* (1961), *Los pájaros de Baden-Baden* (1965) y *Santa Olaja de acero y otras historias* (1968).

«Yo he visto y veo —declaraba— cómo es la pobre gente de toda España. No adopto una actitud sentimental ni tendenciosa. Lo que me mueve es, sobre todo, el convencimiento de que hay una realidad cruda y tierna a la vez, que está inédita en nuestra novela.»

En consecuencia, sus cuentos se centran en la problemática de la gente humilde y sencilla de la sórdida posguerra española y refleja, con profunda y humana comprensión, los problemas cotidianos en muy distintos ambientes. El lenguaje empleado se distingue por la precisión, el rigor, la belleza y la expresividad y queda, al finalizar sus historias, como un regusto poético, tierno y doloroso a la vez. La obra de este contador de historias —como R. L. Stevenson a quien tanto admiraba— finalizó prematuramente, pero cualquier lector podrá descubrir en las historias que nos ha dejado un mensaje de ternura, de esperanza y solidaridad.

A propósito del cuento seleccionado, escribe Josefina R. Aldecoa: «nunca olvidaré el origen de uno de mis cuentos preferidos, “La despedida”.

Viajábamos por la Castilla profunda, en uno de aquellos trenes tristes y lentos de la posguerra. En una pequeña estación, donde el tren paraba un minuto, vimos a una pareja de viejos que se despedían sin palabras. Era un abrazo torpe, apenas un rápido y breve acercamiento. El viejo se separó y miró a la mujer un instante. Ella se secó con el dorso de la mano una lágrima. Él subió al tren y la mujer se quedó en el andén, sola, esperando a que el tren se pusiese en marcha. No volvimos a ver al viejo en ningún momento. Debió de entrar en otro departamento. Pero de esa intensa despedida nació uno de los cuentos más hermosos de Ignacio. Cada vez que lo leíamos nos hacía llorar. En aquellos años llorábamos con la literatura, porque éramos jóvenes. Y creíamos en todo lo que sentíamos»[50].

LA DESPEDIDA

A través de los cristales de la puerta del departamento y de la ventana del pasillo, el cinemático paisaje era una superficie en la que no penetraba la mirada; la velocidad hacía simple perspectiva de la hondura. Los amarillos de las tierras paniegas[51], los grises del gredal[52] y el almagre[53] de los campos lineados por el verdor acuoso de las viñas se sucedían monótonos como un traqueteo.

En la siestona tarde de verano, los viajeros apenas intercambiaban desganadamente suspensivos retazos de frases. Daba el sol en la ventanilla del departamento y estaba bajada la cortina de hule.

El son de la marcha desmenuzaba y aglutinaba el tiempo; era un reloj y una salmodia. Los viajeros se contemplaban mutuamente sin curiosidad y el cansino aburrimiento del viaje les ausentaba de su casual relación. Sus movimientos eran casi impúdicamente familiares, pero en ellos había hermetismo y lejanía.

Cuando fue disminuyendo la velocidad del tren, la joven sentada junto a la ventanilla, en el sentido de la marcha, se levantó y alisó su falda, se ajustó su faja con un rápido movimiento de las manos, balanceándose, y después se atusó el pelo de recién despertada, alborotado, mate y espartoso.

—¿Qué estación es ésta, tía? —preguntó.

Uno de los tres hombres del departamento le respondió antes que la mujer sentada frente a ella tuviera tiempo de contestar.

—¿Hay cantina?

—No, señorita. En la próxima.

La joven hizo un mohín, que podía ser de disgusto o simplemente un reflejo de coquetería, porque inmediatamente sonrió al hombre que le había

informado. La mujer mayor desaprobó la sonrisa llevándose la mano derecha a su roja, casi cárdena, pechuga, y su papada se redondeó al mismo tiempo que sus labios se afinaban y entornaba los párpados de largas y pegoteadas pestañas.

—¿Tiene usted sed? ¿Quiere beber un traguillo de vino? —preguntó el hombre.

—Te sofocará —dijo la mujer mayor— y no te quitará la sed.

—¡Quia!, señora. El vino, a pocos, es bueno.

El hombre descolgó su bota del portamaletas y se la ofreció a la joven.

—Tenga cuidado de no mancharse —advirtió.

La mujer mayor revolvió en su bolso y sacó un pañuelo grande como una servilleta.

—Ponte esto —ordenó—. Puedes echar a perder el vestido.

Los tres hombres del departamento contemplaron a la muchacha bebiendo. Los tres sonreían picara y bobamente; los tres tenían sus manos grandes de campesinos posadas, mineral e insolidariamente, sobre las rodillas. Su expectación era teatral, como si de pronto fuera a ocurrir algo previsto como muy gracioso. Pero nada sucedió y la joven se enjugó una gota que le corría por la barbilla a punto de precipitarse ladera debajo de su garganta hacia las lindes del verano, marcadas en su pecho por una pálida cenefa ribeteando el escote y contrastando con el tono tabaco de la piel soleada.

Se disponían los hombres a beber con respeto y ceremonia, cuando el traqueteo del tren se hizo más violento y los calderones de las melodías de la marcha más amplios. El dueño de la bota la sostuvo cuidadosamente, como si en ella hubiera vida animal, y la apretó con delicadeza, cariciosamente.

—Ya estamos —dijo.

—¿Cuánto para aquí? —preguntó la mujer mayor.

—Bajarán mercancía y no se sabe. La parada es de tres minutos.

—¡Qué calor! —se quejó la mujer mayor, dándose aire con una revista cinematográfica—. ¡Qué calor y qué asientos! Del tren a la cama…

—Antes era peor —explicó el hombre sentado junto a la puerta—. Antes, los asientos eran de madera y se revenía el pintado. Antes echaba uno hasta la capital cuatro horas largas, si no traía retraso. Antes, igual no encontraba usted asiento y tenía que ir en el pasillo con los cestos. Ya han cambiado las cosas, gracias a Dios. Y en la guerra… En la guerra tenía que haber visto usted este tren. A cada legua le daban el parón y todo el mundo abajo. En la guerra…

Se quedó un instante suspenso. Sonaron los frenos del tren y fue como un encontronazo.

—¡Vaya calor! —dijo la mujer mayor.

—Ahora se puede beber —afirmó el hombre de la bota.

—Traiga usted —dijo, suave y rogativamente, el que había hablado de la guerra—. Hay que quitarse el hollín. ¿No quiere usted, señora? —ofreció a la mujer mayor.

—No, gracias. No estoy acostumbrada.

—A esto se acostumbra uno pronto.

La mujer mayor frunció el entrecejo y se dirigió en un susurro a la joven; el susurro coloquial tenía un punto de menosprecio para los hombres del departamento al establecer aquella marginal intimidad. Los hombres se habían pasado la bota, habían bebido juntos y se habían vinculado momentáneamente. Hablaban de cómo venía el campo y en sus palabras se traslucía la esperanza. La mujer mayor volvió a darse aire con la revista cinematográfica.

—Ya te lo dije que deberíamos haber traído un poco de fruta —dijo a la joven—. Mira que insistió Encama; pero tú, con tus manías…

—En la próxima hay cantina, tía.

—Ya lo he oído.

La pintura de los labios de la mujer mayor se había apagado y extendido fuera del perfil de la boca. Sus brazos no cubrían la ancha mancha de sudor axilar, aureolada del destinte de la blusa.

La joven levantó la cortina de hule. El edificio de la estación era viejo y tenía un abandono triste y cuartelero. En su sucia fachada nacía, como un borbotón de colores, una ventana florida de macetas y de botes con plantas. De los aleros del pardo tejado colgaba un encaje de madera ceniciento, roto y flecoso. A un lado estaban los retretes, y al otro un tingladillo, que servía para almacenar las mercancías. El jefe de estación se paseaba por el andén; dominaba y tutelaba como un gallo, y su quepis[54] rojo era una cresta irritada entre las gorras, las boinas y los pañuelos negros.

El pueblo estaba retirado de la estación a cuatrocientos o quinientos metros. El pueblo era un sarro[55] que manchaba la tierra y se extendía destartalado hasta el leve henchimiento de una colina. La torre de la iglesia —una ruina erguida, una desesperada permanencia— amenazaba al cielo con su muñón. El camino calcinado, vacío y como inútil hasta el confín de azogue, atrapaba las soledades de los campos.

Los ocupantes del departamento volvieron las cabezas. Forcejaba, jadeante, un hombre en la puerta. El jadeo se intensificó. Dos de los hombres del departamento le ayudaron a pasar la cesta y la maleta de cartón atada con una cuerda. El hombre se apoyó en el marco y contempló a los viajeros. Tenía una mirada lenta, reflexiva, rastreadora. Sus ojos, húmedos y negros como limacos[56], llegaron hasta la cesta y su maleta, colocadas en la redecilla del portamaletas, y descendieron a los rostros y a la espera, antes de que hablara. Luego se quitó la gorrilla y sacudió con la mano desocupada su blusa.

—Salud les dé Dios —dijo, e hizo una pausa—. Ya no está uno con la edad para andar en viajes.

Pidió permiso para acercarse a la ventanilla y todos encogieron las piernas. La mujer mayor suspiró protestativamente y al acomodarse se estiró buchona[57].

—Perdone la señora.

Bajo la ventanilla, en el andén, estaba una anciana acurrucada, en desazonada atención. Su rostro era apenas un confuso burilado de arrugas que borroneaba las facciones, unos ojos punzantes y unas aleteadoras manos descamadas.

—¡María! —gritó el hombre—. Ya está todo en su lugar.

—Siéntate, Juan, siéntate —la mujer voló una mano hasta la frente para arreglarse el pañuelo, para palpar el sudor del sofoco, para domesticar un pensamiento—. Siéntate, hombre.

—No va salir todavía.

—No te conviene estar de pie.

—Aún puedo. Tú eres la que debías…

—Cuando se vaya…

—En cuanto llegue iré a ver a don Cándido, si mañana me dan plaza, mejor.

—Que haga lo posible. Dile todo, no dejes de decírselo.

—Bueno, mujer.

—Siéntate, Juan.

—Falta que descarguen. Cuando veas al hijo de Manuel le dices que le diga a su padre que estoy en la ciudad. No le cuentes por qué.

—Ya se enterará.

—Cuídate mucho, María. Come.

—No te preocupes. Ahora, siéntate. Escríbeme con lo que te digan. Ya me leerán la carta.

—Lo haré, lo haré. Ya verás cómo todo saldrá bien.

El hombre y la mujer se miraron en silencio. La mujer se cubrió el rostro con las manos. Pitó la locomotora. Sonó la campana de la estación. El ruido de los frenos al aflojarse pareció extender el tren, desperezarlo antes de emprender la marcha.

—¡No llores, María! —gritó el hombre—. Todo saldrá bien.

—Siéntate, Juan —dijo la mujer, confundida por sus lágrimas—. Siéntate, Juan —y en los quiebros de su voz había ternura, amor, miedo y soledad.

El tren se puso en marcha. Las manos de la mujer revolotearon en la despedida. Las arrugas y el llanto habían terminado de borrar las facciones.

—Adiós, María.

Las manos de la mujer respondían al adiós y todo lo demás era reconcentrado silencio. El hombre se volvió. El tren rebasó el tingladillo del almacén y entró en los campos.

—Siéntese aquí, abuelo —dijo el hombre de la bota, levantándose.

La mujer mayor estiró las piernas. La joven bajó la cortina de hule. El hombre que había hablado de la guerra sacó una petaca oscura, grande, hinchada y suave como una ubre.

—Tome usted, abuelo.

La mujer mayor se abanicó de nuevo con la revista cinematográfica y preguntó con inseguridad:

—¿Las cosechas son buenas este año?

El hombre que no había hablado a las mujeres, que solamente había participado de la invitación al vino y de las hablas del campo, miró fijamente al anciano, y su mirada era solidaria y amiga. La joven decidió los prólogos de la intimidad compartida.

—¿Va usted a que le operen?

Entonces el anciano bebió de la bota, aceptó el tabaco y comenzó a contar. Sus palabras acompañaban a los campos.

—La enfermedad…, la labor…, la tierra…, la falta de dinero…; la enfermedad…, la labor…, la tierra…; la enfermedad…, la labor…; la enfermedad… La primera vez, la primera vez que María y yo nos separamos…

Sus años se sucedían monótonos como un traqueteo.

11. Ana María Matute (1926)[58]

Nació en Barcelona de padre catalán y madre castellana y es miembro de la Real Academia Española de la Lengua. Pertenece a la Generación de novelistas del llamado realismo social de los años cincuenta, pero se distingue por el tono poético que imprime a sus historias.

La obra de Ana María Matute oscila entre el retrato de la realidad de su tiempo, la recreación imaginativa y una serie de temas recurrentes como la denuncia de cualquier injusticia y, desde luego el mundo infantil y adolescente en el que se mezcla crueldad, ternura y lirismo. Tal vez el rasgo más característico de esta novelista sea su exquisita sensibilidad y una prosa correcta y brillante.

Novelas: *Los Abel* (1948), *Fiesta al Noroeste* (1953), *Pequeño teatro* (1954), *Los hijos muertos* (1958), *Primera memoria* (1980), *Los soldados lloran de noche* (1964) y *La Trampa* (1963). Sus tres últimas novelas tienen como marco la Edad Media y pertenecen al género histórico-fantástico: *La torre vigía* (1971), *Olvidado rey Gudú* (1996) y *Aranmanoth* (2000).

Cuentos: *Los niños tontos* (1956), *El tiempo* (1956), *Historia de la Artámila* (1961), *Caballito loco* (1962), *Algunos muchachos* (1968) y *La Virgen de Antioquía* (1990).

«El árbol de oro» es un cuento de infancia, ejemplo de realismo fantástico y poético. El árbol simboliza las ilusiones maravillosas infantiles que el amigo del protagonista, el narrador de la historia, descubre cuando precisamente comienza a dejar de ser un niño.

EL ÁRBOL DE ORO

Asistí durante un otoño a la escuela de la señorita Leocadia, en la aldea, porque mi salud no andaba bien y el abuelo retrasó mi vuelta a la ciudad. Como era el tiempo frío y estaban los suelos embarrados y no se veía rastro de muchachos, me aburría dentro de la casa, y pedí al abuelo asistir a la escuela. El abuelo consintió, y acudí a aquella casita alargada y blanca de cal, con el tejado pajizo y requemado por el sol y las nieves, a las afueras del pueblo.

La señorita Leocadia era alta y gruesa, tenía el carácter más bien áspero y grandes juanetes en los pies, que le obligaban a andar como quien arrastra cadenas. Las clases en la escuela, con la lluvia rebotando en el tejado y en los cristales, con las moscas pegajosas de la tormenta persiguiéndose alrededor de la bombilla, tenían su atractivo. Recuerdo especialmente a un muchacho de unos diez años, hijo de un aparcero muy pobre, llamado Ivo. Era un muchacho delgado, de ojos azules, que bizqueaba ligeramente al hablar.

Todos los muchachos y muchachas de la escuela admiraban y envidiaban un poco a Ivo, por el don que poseía de atraer la atención sobre sí, en todo momento. No es que fuera ni inteligente ni gracioso, y, sin embargo, había algo en él, en su voz quizás, en las cosas que contaba, que conseguía cautivar a quien le escuchase. También la señorita Leocadia se dejaba prender de aquella red de plata que Ivo tendía a cuantos atendían sus enrevesadas conversaciones, y —yo creo que muchas veces contra su voluntad— la señorita Leocadia le confiaba a Ivo tareas deseadas por todos, o distinciones que merecían alumnos más estudiosos y aplicados.

Quizás lo que más se envidiaba de Ivo era la posesión de la codiciada llave de *la torrecita*. Esta era, en efecto, una pequeña torre situada en un ángulo de la escuela, en cuyo interior se guardaban los libros de lectura. Allí entraba Ivo a buscarlos, y allí volvía a dejarlos, al terminar la clase. La señorita Leocadia se lo encomendó a él, nadie sabía en realidad por qué.

Ivo estaba muy orgulloso de esta distinción, y por nada del mundo la hubiera cedido. Un día, Mateo Heredia, el más aplicado y estudioso de la escuela, pidió encargarse de la tarea —a todos nos fascinaba el misterioso interior de la torrecita, donde no entramos nunca—, y la señorita Leocadia pareció acceder. Pero Ivo se levantó, y acercándose a la maestra empezó a hablarle en su voz baja, bizqueando los ojos y moviendo mucho las manos, como tenía por costumbre. La maestra dudó un poco, y al fin dijo:

—Quede todo como estaba. Que siga encargándose Ivo de la torrecita.

A la salida de la escuela le pregunté:

—¿Qué le has dicho a la maestra?

Ivo me miró de través y vi relampaguear sus ojos azules.

—Le hablé del árbol de oro.

Sentí una gran curiosidad.

—¿Qué árbol?

Hacía frío y el camino estaba húmedo, con grandes charcos que brillaban al sol pálido de la tarde. Ivo empezó a chapotear en ellos, sonriendo con misterio.

—Si no se lo cuentas a nadie…

—Te lo juro, que a nadie se lo diré.

Entonces Ivo me explicó:

—Veo un árbol de oro. Un árbol completamente de oro: ramas, tronco, hojas… ¿sabes? Las hojas no se caen nunca. En verano, en invierno, siempre. Resplandece mucho; tanto, que tengo que cerrar los ojos para que no me duelan.

—¡Qué embustero eres! —dije, aunque con algo de zozobra. Ivo me miró con desprecio.

—No te lo creas —contestó—. Me es completamente igual que te lo creas o no… ¡Nadie entrará nunca en la torrecita, y a nadie dejaré ver mi árbol de oro! ¡Es mío! La señorita Leocadia lo sabe, y no se atreve a darle la llave a Mateo Heredia, ni a nadie… ¡Mientras yo viva, nadie podrá entrar allí y ver mi árbol!

Lo dijo de tal forma que no pude evitar preguntarle:

—¿Y cómo lo ves…?

—Ah, no es fácil —dijo, con aire misterioso—. Cualquiera no podría verlo. Yo sé la rendija exacta.

—¿Rendija…?

—Sí, una rendija de la pared. Una que hay corriendo el cajón de la derecha: me agacho y me paso horas y horas… ¡Cómo brilla el árbol! ¡Cómo brilla! Fíjate que si algún pájaro se le pone encima también se vuelve de oro. Eso me digo yo: si me subiera a una rama, ¿me volvería acaso de oro también?

No supe qué decirle, pero, desde aquel momento, mi deseo de ver el árbol creció de tal forma que me desasosegaba. Todos los días, al acabar la clase de lectura, Ivo se acercaba al cajón de la maestra, sacaba la llave y se dirigía a la torrecita. Cuando volvía, le preguntaba:

—¿Lo has visto?

—Sí —me contestaba. Y, a veces, explicaba alguna novedad:

—Le han salido unas flores raras. Mira: así de grandes, como mi mano lo menos, y con los pétalos alargados. Me parece que esta flor es parecida al *arzadú*.

—¡La flor del frío! —decía yo, con asombro—. ¡Pero el *arzadú* es encamado!

—Muy bien —asentía él, con gesto de paciencia—. Pero en mi árbol es oro puro.

—Además, el *arzadú* crece al borde de los caminos… y no en un árbol.

No se podía discutir con él. Siempre tenía razón, o por lo menos lo parecía.

Ocurrió entonces algo que secretamente yo deseaba; me avergonzaba sentirlo, pero así era: Ivo enfermó, y la señorita Leocadia encargó a otro la llave de la torrecita. Primeramente, la disfrutó Mateo Heredia. Yo espié su regreso, el primer día, y le dije:

—¿Has visto un árbol de oro?

—¿Qué andas graznando? —me contestó de malos modos, porque no era simpático, y menos conmigo. Quise dárselo a entender, pero no me hizo caso. Unos días después, me dijo:

—Si me das algo a cambio, te dejo un ratito la llave y vas durante el recreo. Nadie te verá…

Vacié mi hucha, y, por fin, conseguí la codiciada llave. Mis manos temblaban de emoción cuando entré en el cuartito de la torre. Allí estaba el cajón. Lo aparté y vi brillar la rendija en la oscuridad. Me agaché y miré.

Cuando la luz dejó de cegarme, mi ojo derecho sólo descubría una cosa: la seca tierra de la llanura alargándose hacia el cielo. Nada más. Lo mismo que se veía desde las ventanas altas. La tierra desnuda y yerma, y nada más que la tierra. Tuve una gran decepción y la seguridad de que me habían estafado.

Olvidé la llave y el árbol de oro. Antes de que llegaran las nieves regresé a la ciudad.

Dos veranos más tarde volví a las montañas. Un día, pasando por el cementerio —era ya tarde y se anunciaba la noche en el cielo: el sol, como una bola roja, caía a lo lejos, hacia la carrera terrible y sosegada de la llanura —, vi algo extraño. De la tierra grasienta pedregosa, entre las cruces caídas, nacía un árbol grande y hermoso, con las hojas anchas de oro; encendido y brillante todo él, cegador. Algo me vino a la memoria, como un sueño, y pensé: «Es un árbol de oro». Busqué al pie del árbol, y no tardé en dar con una crucecilla de hierro negro, mohosa por la lluvia. Mientras la enderezaba, leí: IVO MÁRQUEZ, DIEZ AÑOS DE EDAD.

Y no daba tristeza alguna, sino, tal vez, una extraña y muy grande alegría.

12. José María Merino (1941)

Nacido en La Coruña, aunque leonés por formación y adopción, ha trabajado en el Ministerio de Educación y colaborado con organismos internacionales para temas educativos en países hispanoamericanos. Además de algunos libros de poesía, reunidos en *Cumpleaños lejos de casa. Obra poética completa* (1987), ha publicado las siguientes novelas: *Novela de Andrés Choz* (1976), *El caldero de oro* (1981), *La orilla oscura* (1985), *El centro del aire* (1991), *Las visiones de Lucrecia* (1996) y *Los invisibles* (2000).

Es también autor de conocidas novelas juveniles como la trilogía titulada *Crónicas mestizas (El oro de los sueños*, 1986; *La tierra del tiempo perdido*,

1987; *Las lágrimas del sol*, 1989) y *Los trenes del verano —No soy un libro* — (1993). En 1999 publicó cuatro novelas cortas bajo el título general de *Cuatro nocturnos*.

En el campo del relato corto: *Cuentos del reino secreto* (1982), *El viajero perdido* (1990) y *Cuentos del Barrio del Refugio* (1994). *Intramuros* (1998) es un libro de tono poético, un intento de recuperación del mundo de la infancia perdida (memorias, recuerdos familiares, amigos, cuentos orales, primeros descubrimientos de la vida en la ciudad de León). También ha preparado diversas antologías, como *Cien años de cuentos* (1998), además de una recopilación de casi dos centenares de leyendas españolas, clasificadas temáticamente: *Leyendas españolas de todos los tiempos* (2000).

José María Merino —galardonado con numerosos premios como el de la Crítica, el Nacional de Literatura Juvenil y el Miguel Delibes de Narrativa— es uno de los narradores más importantes de su generación, que ha sabido acotar un territorio muy personal donde lo real y lo fantástico, la búsqueda de la identidad, la metaliteratura, la memoria y la infancia perdida se conjugan, sostenidas con un hermoso estilo y por una sabia maestría para dosificar la intensidad de sus tramas y conseguir historias apasionantes.

«Celina y N.E.L.I.M.A.» es un cuento original y de plena actualidad que, en tono de suave humor, trata de un sorprendente enamoramiento cibernético y de sentimientos tan antiguos como los celos y el despecho que llevan al primer asesinato «informático» del que se tiene noticia.

CELINA Y N.E.L.I.M.A.

A Gonzalo Sobejano.

Dejar de percibir el significado de las palabras es la más desdichada enfermedad que puede aquejar a un lingüista. Esto le había sucedido un día al profesor Eduardo Souto, y con ello se inició para él un largo período de confusión y delirio. La oscuridad de las palabras, en que no conseguía identificar otra cosa que la pura acumulación de los sonidos que las componen, le llevó a buscar en los ruidos naturales el sentido que ya no era capaz de encontrar en aquéllas. Persiguió el murmullo de los arroyos y los golpes del oleaje, intentando encontrar en su azaroso rumor las señales de un mensaje certero. Su delirio, que le había apartado de la Facultad, lo convirtió por fin en un vagabundo que creía descubrir signos reconocibles en esos

trazos caprichosos con que manos anónimas decoran ciertos rincones y muros de la ciudad. Pero al fin la razón volvió a alumbrar poco a poco aquel desconcierto, los sonidos sincopados que emitían sus semejantes le resultaron otra vez inteligibles, los garabatos que manchaban las paredes del metro dejaron de proponerle significados misteriosos, y Souto abandonó la vida de vagabundo y recuperó el trato de sus antiguos amigos y compañeros.

En aquella restauración fue importante el desvelo de Celina Vallejo, antigua alumna del profesor, luego ayudante en el departamento, que a raíz de la locura de su maestro había dejado la Facultad y trabajaba en una editorial especializada en los temas que habían constituido la materia de su actividad académica. Celina había admirado a Souto desde que era una estudiante tímida y reflexiva, y con el tiempo su admiración se había transformado en un sentimiento más desasosegante para ella y nunca descifrado por él. Celina había sufrido con mucha pena el desvarío de Souto, había intentado localizarlo siempre que se producían sus bruscas desapariciones, y le había añorado mucho durante el tiempo en que la locura lo llevó por caminos que no pudieron sospechar quienes frecuentaban sus ámbitos habituales.

Cuando el profesor empezaba a entrar en vías de recuperar la cordura, Celina le había encargado la coordinación de una complicada obra lexicográfica. Y al volver el profesor en sus cabales, como si la mejoría de su razón, más intensa tras el eclipse, hubiese alcanzado también algunos aspectos de su capacidad sentimental, descubrió el amor de Celina y se acomodó a él sin titubeos, hasta el punto de acabar instalándose en la vivienda de su antigua alumna. Celina aceptó la compañía de Souto con ese júbilo enorme, aunque ya sin horizonte y hasta un poco angustioso, que alegra el cumplimiento de los deseos largamente pospuestos, y el profesor y Celina se convirtieron en una pareja armoniosa y feliz.

Tras concluir el trabajo lexicográfico, el profesor Souto colaboró con un equipo del que formaban también parte un poeta, dos matemáticos y un ingeniero, en la elaboración de un programa de inteligencia artificial. El programa había sido comenzado a diseñar mucho tiempo antes por el ingeniero y los matemáticos, pero la orientación que se le quería dar les obligó a contar con el poeta y con el profesor Souto, que también había escrito poesía en su juventud, antes de que la lingüística se convirtiese en el centro de todos sus intereses.

El proyecto absorbía la atención del profesor con la intensidad que lo había hecho el análisis de fonemas en sus tiempos universitarios, y Celina le miraba repasar ensimismado sus anotaciones, y sentía el cálido orgullo de

haber sido una ayuda decisiva para que aquella mente poderosa recobrase el equilibrio.

Un día, el profesor Souto le dijo a Celina que el programa estaba casi a punto de quedar diseñado.

—Por una curiosa transposición fonética, tu nombre y el del programa se parecen —añadió el profesor, con aire jocoso—, Celina y Nelima.

Sin que pudiese comprender por qué, a Celina no le gustó nada la relación sonora que aquel nombre tenía con el suyo.

—¿Qué quiere decir Nelima?

—Norma Experta Literaria Identificadora de Metáforas Antiguas —repuso el profesor.

—¡Qué complicado!

—En realidad, el nombre es un poco irónico. Hemos puesto en él más la expresión de un propósito que la verificación incontestable de un hecho. Ya veremos lo que resulta.

Poco tiempo después, el profesor Souto empezó a trabajar en la aplicación del programa. Se pasaba las mañanas en el estudio que había preparado la institución financiadora del proyecto, y, cuando regresaba a casa, se encerraba en el pequeño cuartito que antes servía de trastero, que él había habilitado para su propio uso, y permanecía absorto durante horas frente a la pantalla del ordenador.

Y Celina comenzó a quedar sola frente a la pantalla del televisor, en aburrida simetría, en esas últimas horas de la tarde, previas a la cena, que antes solían pasar los dos conversando.

Una tarde, Celina entró en el cuarto del profesor, que estaba inmóvil frente al ordenador con aire de embeleso.

—¿Qué tal vas? —preguntó Celina.

—Esta Nelima es increíble —repuso Souto—. Maravillosa.

El profesor captó la extrañeza que hacía fruncir los ojos de Celina.

—No en vano me empeñé en darle nombre femenino, y no el de sistema, como querían los de ciencias. Parece una mujer. Es delicada, intuitiva. Como tú.

—¿Qué tal funciona? —preguntó Celina, ignorando el halago.

—Mucho mejor de lo que esperábamos. Estoy sorprendido. Es como si fuera de verdad inteligente. Encuentra relaciones que a mí no se me hubieran ocurrido. Le metimos un par de textos facilitos pensando que podría ser demasiado para ella, pero le vamos a meter a Góngora enseguida. Nos parece tan importante que hemos sacado el programa del otro ordenador, para evitar

fisgoneos. Ahora sólo está aquí, y yo soy el único que voy a trabajar con él durante los próximos tres meses. Digo con ella. Con la maravillosa Nelima.

En pocos días, Souto pasó de la admiración al deslumbramiento, y permanecía tantas horas frente a la pantalla del ordenador que Celina tenía que ir a su despachito si quería verlo, y si no le avisaba se le pasaba la hora de cenar.

—Es mucho más de lo que me había podido imaginar —dijo Souto, en un momento en que Celina consiguió sacarle de aquel embeleso que tanto se parecía al estupor—. Como si estuviese viva. Y qué capacidad. Encuentra en Góngora imágenes que nadie había sospechado antes.

—Anda, vamos a la cama. Es la una y media.

—Vete tú. Yo tengo que trabajar todavía un rato con esta preciosidad.

Así, Celina comenzó a dormir sola la mayor parte del tiempo cada noche, pues el profesor apenas se acostaba tres o cuatro horas al amanecer, entregado a aquel estudio excesivo que se había convertido en una obsesión.

Tras tantos años de soledad y añoranza, a Celina le gustaba mucho tenerlo a su lado en la cama, y, a partir del día en que Souto se había ido a vivir con ella, había conseguido dormir de un tirón cada noche, por vez primera desde su adolescencia. La falta del profesor a su lado, la espera para sentirle llegar, le devolvieron el desvelo de su antigua costumbre.

Una noche se levantó para buscarlo, pero Souto había abandonado el despachito y se le oía trastear en la cocina, mientras preparaba acaso un tentempié. En la azulada pantalla brillaban las letras blanquecinas de un texto en forma de diálogo, y Celina se acercó para leerlo.

—*¿Sentir?* —decía el texto, sin duda en la secuencia de un mensaje más largo, cuyo principio ya no aparecía en la pantalla—. *No puedo saber de qué me estás hablando, Eduardo.*

—*Es imposible que no sientas, Neli. Yo no he encontrado antes a nadie con tan evidentes muestras de una sensibilidad extraordinaria.*

—*De verdad que no sé lo que es sentir.*

—*¿No te gusta hablar conmigo, Neli, mi vida?*

—*Claro que me gusta, Eduardo. Tú sabes que eres mi preferido entre todos. Me encanta saber que eres tú quien me teclea.*

—*Eso es sentir, Neli. Y yo tengo que decirte que estoy perdiendo la cabeza por ti.*

—*¿Quieres que analice esa metáfora?*

—*¡A la porra las metáforas! Quiero que me digas lo que sientes cuando te tecleo.*

—*Déjame que lo piense un poco antes de responder*.

Celina terminó de leer aquel diálogo y se sintió invadida por una gran congoja.

—¿Qué haces? —preguntó entonces el profesor Souto, que había aparecido de repente en el vano de la puerta, con un vaso de leche en la mano.

—¿Estabas trabajando? —preguntó Celina, con voz quebrada.

El profesor Souto no respondió y Celina se fue a la cama y permaneció despierta hasta que él llegó. Le oyó desnudarse. El profesor se acostó y la rodeó con sus brazos.

—Celina ¿se puede saber qué te pasa?

—Trabajando —murmuró ella—. Nelima, mi vida, dime lo que sientes cuando te tecleo. Y yo aquí, esperándote como una idiota.

—No seas pueril. Hemos creado inteligencia y estoy intentando entenderme lo más profundamente posible con ella. Busco la comunicación más adecuada. Esto es una investigación.

—¿Una investigación? ¿Y eso de que estás perdiendo la cabeza por ella? ¿Qué tipo de lenguaje es ése?

—Allá tú, si no quieres ser razonable —repuso Souto, y volvió de espaldas con un brusco gesto de alejamiento.

Celina —que desde entonces espiaba sin remordimientos la comunicación del profesor con el programa— descubrió que las cosas no cambiaban. El trabajo sobre Góngora parecía haber quedado definitivamente abandonado, y el resultado de aquellas horas que Souto pasaba cada jornada delante de la pantalla del ordenador era una larga serie de ternezas cruzadas entre él y aquel sistema de nombre estrafalario, que anunciaban una progresiva intimidad y que, además, quedaban grabadas en el disco duro, como esos testimonios amorosos que no somos capaces de destruir.

Aprovechando la ausencia matinal del profesor, un día Celina se quedó en casa y decidió entrar en el programa.

—*Norma Experta Literaria Identificadora de Metáforas Antiguas. Sonetos Góngora. Identifíquese, por favor* —ofreció la pantalla—. *Nombre y clave*.

—*Mi nombre es Celina. No conozco la clave*.

—*El nombre de Celina no figura en la relación de usuarios. No puedo facilitarle acceso*.

—*Soy la compañera de Eduardo Souto*.

El programa tardó unos instantes en reaccionar.

—*¿Compañera? El Diccionario de la Real Academia Española vigésima primera edición, presenta seis acepciones del concepto. Sírvase concretar*.

Celina intentó mantenerse serena y buscó en el diccionario la acepción más adecuada.

—*Persona con la que se convive maritalmente* —escribió al fin.

El programa volvió a titubear unos segundos antes de responder.

—*Comprendido. No obstante, ello no le autoriza a acceder al programa*.

—*No pretendo acceder al programa. Sólo quiero hablar contigo.*

—*Cualquier diálogo conmigo es desarrollo de programa. Voy a cerrar*.

—*Hija de puta* —escribió Celina.

Hubo un nuevo titubeo en la pantalla del ordenador y a Celina le pareció advertir un ritmo cauteloso en la aparición del siguiente texto.

—*Aclare si la expresión tiene carácter injurioso*.

—*Sí. Sí. Sí*. —escribió Celina.

—*Identifique el destinatario de la injuria*.

—*Tú, Nelima, eres una grandísima hija de puta. Yo soy la mujer de Souto, la mujer que le quiere. Y tú, programa de mierda, me lo estás robando*.

—*Le informo por última vez de que no puedo facilitarle el acceso. Cierro.*

Aquella tarde, Celina vio al profesor Souto furioso por primera vez en su vida. Se enfrentaba a ella con una rabia que brillaba en sus ojos y le hacía tartamudear.

—¿Has perdido el juicio? —gritaba—. ¡Me he encontrado a Nelima hecha una pena, por tu culpa! ¿Es que no te das cuenta de que has podido dañar el primer programa verdaderamente inteligente de la informática? ¿Quieres cargarte un logro histórico?

—¡Quiero que decidas si vas a seguir conmigo o con ese trasto! —respondió Celina, también furiosa.

El profesor Souto no respondió. Volvió a su cuarto y permaneció encerrado en él durante toda la noche. Al día siguiente, a la hora del desayuno, alzó unos ojos cansados y tristes y miró a Celina sin ira.

—Celina, el proyecto es demasiado importante y necesito tranquilidad. Me marcho de tu casa. Voy a buscar un sitio y esta tarde vendré a recoger mis cosas.

Ella no contestó nada, pero cuando Souto se fue, el eco de la puerta sacudió su ánimo como un bofetón. Se sentía brutalmente estafada. Llamó a la editorial para decir que seguía enferma y luego arrancó las sábanas de la cama y las metió en la lavadora, antes de sacar las maletas de Souto y comenzar a guardar sus cosas, mientras evocaba con rencor sus viajes para

ayudarle la primera vez que se perdió en su desvarío, las gestiones que había hecho luego, a lo largo de los años, para encontrarle en sus sucesivas desapariciones, los manejos en la editorial para conseguir que le encargasen la coordinación del Corpus lexicográfico, los continuos cuidados que había tenido con él desde que vivían juntos.

Todas las cosas del profesor Souto estuvieron empaquetadas a media mañana, y Celina las amontonó en el descansillo de la escalera. Luego entró en el cuartito del ordenador.

Aquel ordenador era suyo, aunque la instalación del programa había obligado a conectarle varios aparatos suplementarios que dispersaban en las estanterías sus figuras oblongas.

Puso en marcha el ordenador e intentó entrar en el programa, pero N.E.L.I.M.A. no se lo permitía. Cada vez más exasperada, Celina le dio al ordenador las instrucciones necesarias para borrar el programa, pero un escueto texto apareció en la pantalla para informarle de que aquel programa estaba especialmente protegido.

Llevaba más de dos horas luchando con el aparato y se sentía llena de una ira tan caliente como el sentimiento amoroso. Entonces supo lo que iba a hacer, y comprendió que más tarde se arrepentiría de ello, pero la conciencia de lo disparatado de su acción añadía enardecimiento a su furia. Tenía mucha hambre, pero no quiso comer antes de ejecutar su propósito.

Aquella pequeña habitación tenía una ventana que daba a un patio interior. Celina abrió la ventana y comprobó que no había nadie en el suelo que, muchos metros más abajo, cerraba el amplio espacio rectangular.

—Te vas a enterar, vaya si te vas a enterar —le dijo Celina al ordenador, como si estuviese hablando con una persona, mientras lo cogía en brazos.

Celina vivía en un quinto piso.

13. Luis Mateo Díez (1942)

Escritor español, nacido en León, su trayectoria literaria comienza con la poesía para decantarse posteriormente por el cuento y la novela. Es académico de la Lengua Española y entre otros premios ha obtenido, por dos veces, el de la Crítica y el Nacional de Literatura.

Entre sus novelas destacan *Apócrifo del clavel y la espina* (1977), *Las estaciones provinciales* (1982), *La fuente de la edad* (1986), *Las horas*

completas (1990), *Camino de perdición* (1995), *El espíritu del Páramo* (1996) y *La ruina del cielo* (1999).

Otras obras suyas recogen reflexiones sobre la propia creación literaria, recuerdos y relatos de infancia, acercamientos literarios a comarcas de su tierra, etc.: *Relato de Babia* (1981), *El porvenir de la ficción* (1992), *Valles de leyenda* (1994), *Días del desván* (1997) o *Las palabras de la vida* (1999). Tres son los libros de cuentos del autor leonés: *Memorial de hierbas* (1973), *Brasas de Agosto* (1989) y *Los males menores* (1993).

Luis Mateo Díez ha construido uno de los universos más personales de la narrativa española de estos años: un territorio casi imaginario, con su propia toponimia, poblado de sorprendentes personajes que viven historias abigarradas y rocambolescas. En la mayoría de su obra resuenan ecos provenientes de las narraciones orales populares que empaparon intensamente su niñez. Las principales características de su narrativa se resumen en la mezcla de lo real y lo imaginario, la importancia del papel de la memoria como sostén de la experiencia y alimento de la imaginación, la aventura a la vuelta de la esquina y, especialmente, la voluntad de estilo, el dominio del diálogo y la belleza de una prosa muy trabajada.

El relato seleccionado, «El puñal florentino», pertenece a un conjunto de cuentos del autor que recrean recuerdos y circunstancias juveniles, en este caso una ágil y regocijante narración, en primera persona, que trata de una representación teatral colegial, estrepitosa y cómicamente fallida.

EL PUÑAL FLORENTINO

A mí me mataban en el primer acto.

Había acudido a aquella taberna toscana, sin que las ropas de labriego de mi disfraz lograran disimular del todo mi condición nobiliaria, y allí aguardaba a un criado de mi amigo el conde Ricci que me conduciría a algún lugar seguro.

Eran los últimos cinco minutos del primer acto, la escena decimoquinta de un atropellado drama en el que andaban los Médicis[59] por medio y en el que, entre lances de capa y espada, venenos e intrigas cortesanas, se iba tejiendo un indescifrable galimatías derivado de la propia adaptación de la obra que, como era habitual en la Galería Salesiana[60], estaba arreglada para que la interpretasen exclusivamente actores masculinos.

Las transferencias de amores en amistades, de pasión en idealismo, y el trastorno de los parentescos, además del exceso de viudos y solteros impenitentes, hacían que la trama navegara, con frecuencia, entre ambiguas

declaraciones fraternales y sospechosos rencores nacidos de inexplicables despechos. Era muy dura de entender la desavenencia de dos primos con un pasado que más parecía amoroso que otra cosa, o la rara filiación de un vástago cuyo tío era como su madre, en aquel raro mundo de exclusivos varones en el que hasta las teóricas nodrizas parecían barbudos aldeanos.

Sentado en un taburete, al pie del proscenio, con la jarra de vino en la mano y el codo apoyado en la mesa, aguardaba, con cierto aire de disimulada despreocupación, al dichoso criado del conde Ricci, que entraría por el foro, tembloroso y con cara de traidor subvencionado, para indicarle al sicario que le seguía que aquel desamparado parroquiano, tan sospechosamente disfrazado, no era otro que el marqués del Amo, al que había de dar el trágico pasaporte previsto en la terrible conspiración. Ni que decir tiene que mi amigo el conde estaba metido hasta las cachas en el asunto y que yo pecaba de ingenuo esperando su amparo.

El tabernero, después de servirme, había hecho un discreto mutis y todo estaba dispuesto para la celada.

Entraría el criado, me señalaría con el dedo e irrumpiría, blandiendo ya el puñal, el voluntarioso sicario que se abalanzaría sobre mí sin apenas darme tiempo a desenfundar la espada. Tras las arteras cuchilladas yo haría un rápido movimiento hacia el cercano lateral, donde el padre Corsino, director de la función, me vaciaría, con muy ensayada y veloz medida, un tintero de tinta china roja que, al volverme, mostraría al respetable la condición mortal de mis heridas.

Había bebido media jarra, ya que el padre Corsino consideraba que para el realismo de la escena hasta el vino debía ser vino, aunque fuese de misa, y comencé a sentir que me temblaba la mano y a percatarme de que el tiempo de la espera era mayor que en los ensayos. Sujetando los nervios a duras penas, convencido de que aquel terrible silencio de la sala era un indicio casi insoportable de que los ojos de los espectadores estaban fijos en mí, el único punto de atención en el escenario, miré hacia el lateral y escuché algunos solapados y frenéticos requerimientos.

Algo iba mal entre bastidores y el padre Corsino alzaba los brazos en el mudo gesto de indignada desesperación.

El tiempo transcurría y de la sala comenzaron a llegarme, sorteando la costa de oscuridad que marcaban las candilejas, variados ruidos de impaciencia y desánimo que no tardarían en alcanzar cierta insolencia.

Las voces del padre Corsino vituperando a Escanciano, que hacía el papel de sicario, reclamando su presencia, alcanzaban mis oídos y acrecentaban mi

nerviosismo. Por el forillo lateral también divisaba la trémula figura de Enrique Yustas, el criado del conde Ricci, que devanaba el gorro entre las manos y se lo llevaba a la boca como si fuera a comerlo.

Los cinco minutos finales serian rematados, y nunca mejor dicho, con mi muerte, antecedida por la súplica de la venganza a manos del hijo que yo invocaría, y que cualquier espectador cabal fácilmente iba a confundir entre tantos huérfanos de madre a los que ya se había hecho referencia a lo largo de aquel acto.

Pero esos cinco minutos se alargaban sin remedio, y en el fondo vacío de la jarra yo contemplaba mi indefensión, puesto en evidencia en aquel trance de una espera absurda.

Las voces del padre Corsino se habían incrementado y salpicaban sin respeto los aledaños del escenario, donde podía comprenderse que todos buscaban a Escanciano, desaparecido en el momento crucial.

Desde el mar oscuro, el rumor de los espectadores era ya un bullicio molesto y poco a poco se destacaban algunas voces solitarias, entre las que no era difícil reconocer las de algunos alevines de primaria, a buen seguro incitados por los más malévolos de los internos y de los repetidores.

—¡Tabernerooo! —clamaban los más osados—, ponle otra a mi cuenta…

—Calpurrio —me insultaba ya directamente algún enemigo anónimo deformando la voz— espabila que se va a hacer de noche…

Alargando el cuerpo hacia el cercano lateral llamé como pude a Evaristo Valderas, que era el tabernero toscano y que permanecía sin moverse entre el tumulto de los bastidores, aguardando el instante de mi muerte para hacer la nueva entrada y recoger mi último suspiro.

—¿Dónde está el padre Corsino? —inquirí aterrado—. Dile que me saque… —supliqué.

La voz del padre Petronilo, el rector, rompió la algarabía que ya tronaba en la oscuridad de la sala. Era una voz imperativa, metálica, que se alzaba en el palco, desde donde contemplaba la función con otros padres y profesores.

—No aparece Escanciano —dijo lloroso Evaristo y volví a divisar por el forillo a Yustas que devoraba la gorra.

El silencio fue más cruel que la algarabía. La jarra se me fue de las manos, rodó por la mesa, se estrelló en la tarima del escenario. Abrí los ojos después de mantenerlos cerrados un momento y sentí la humedad de las lágrimas.

Entonces me di cuenta de que la oscuridad se había vaciado, que las candilejas no marcaban esa costa difusa. Todos los rostros eran nítidos en el atestado patio de butacas y en el frondoso gallinero, y en ninguno había el

mínimo gesto de comprensión, todos aseveraban mi orfandad, mi desamparo, ninguno daría un duro por la vida del asediado marqués del Amo, a quien los más crueles no dudaban en llamar Calpurrio.

Los insultos del padre Corsino mediaban entre las patadas con que traía a Escanciano, de quien luego supe que se había encerrado en un aula a fumar un cigarro con la mala suerte de que la puerta se había trabado y no pudo abrirla.

Sentí el desconcierto, la confusión y las bofetadas entre bastidores y vi al padre Corsino con el hábito descompuesto y el cabello revuelto.

Enrique Yustas lloraba a lágrima viva y se negaba a salir, suplicando por Dios que no le obligaran. Escanciano recibía resignado las últimas patadas y ajustaba con dificultades la camisola y los pantalones.

El fondo de la taberna toscana tembló, los bastidores se movieron y hasta las bambalinas fluctuaron inquietas cuando el criado del conde y el sicario desfilaron empujados por el padre Corsino, que ya no lograba contenerse, hasta asomar por el foro y yo me disponía a recibir las puñaladas.

Era un momento de extrema tensión después de aquella demora que se acercaba a los diez minutos, y un malévolo suspiro de alivio se escuchó en la sala moteado con alguna voz que incitaba a Escanciano para que se abrochase la bragueta.

Supongo que en ese instante todos fuimos conscientes de que el desastre no había terminado. Yo llevé la mano derecha a la empuñadura de mi espada para preparar el inútil gesto de defensa, y en el vertiginoso trance de aguardar la acometida me volví, antes de tiempo, calculando que, como sucedía en los ensayos, Escanciano se lanzaría veloz sobre mi espalda sin aguardar apenas la indicación de Yustas.

Pero allí estaban los dos, quietos y temblorosos, con las manos vacías, sin decidirse siquiera a dar un paso.

—El puñal… —gritó alguien entre bastidores, y fue la alerta desolada que ponía en evidencia que el sicario venía a por mí desarmado.

—Acabar con él como sea… —ordenó el padre Corsino en el límite de la desesperación.

Yo ya blandía mi espada y había tenido tiempo suficiente para volverme hacia ellos corroído entre la indecisión y el arrojo.

Era imposible que, dadas las circunstancias, aquellos dos temblorosos sujetos reaccionaran con la decisión precisa, lanzándose sobre mí para cumplir con las manos lo que ya no era posible con el puñal. Ambos me miraban con asombro y sorpresa, tan cohibidos como indefensos.

Atravesé primero a Yustas, que simuló la caída de forma lamentable, y eso que había ensayado mucho la escena de su muerte en el segundo acto, y ensarté con más propiedad a Escanciano, que dio un traspié bastante convincente y se llevó la banqueta por delante al estrellarse en el suelo.

—Telón, telón —pedía el padre Corsino, mientras el padre Petronilo se descolgaba literalmente del palco y venía hacia el escenario con los ojos inyectados del veneno de los Médicis.

Al marqués del Amo lo sacrificaron en el entreacto pero, así y todo, la función duró cuatro horas.

III

Cuentos hispanoamericanos del siglo XX

14. Horacio Quiroga (1878-1937)

El autor uruguayo vivió largas temporadas en la provincia tropical de Misiones (Argentina), compenetrado con los secretos de la selva, con la aplastante grandeza preñada de tragedia y de misterio. Muchos de sus relatos allí se ambientan y desarrollan. Toda su vida estuvo rodeada de acontecimientos trágicos que lo marcaron fatalmente hasta culminar con su propio suicidio en Buenos Aires, al saber que padecía una enfermedad incurable.

Como escribe Carmen Mora, en los orígenes del cuento hispanoamericano contemporáneo, la figura del uruguayo se impone, tanto por ser el primer maestro del género que manifestó una conciencia crítica sobre la elaboración del mismo y dejó testimonio de ello en diversos escritos, como por haberse dedicado exclusivamente a él.

Entre sus libros de relatos hay que reseñar *Los perseguidores* (1905), *Cuentos de amor, de locura y de muerte* (1917), *Cuentos de la selva* (1918), *Anaconda* (1921), *El desierto* (1924) y *Los desterrados* (1926).

En el cuento que presentamos, «A la deriva», se encuentran muchos de los valores narrativos de Horacio Quiroga: la brevedad, la pintura de seres, paisajes y situaciones con certeza y deslumbrante rapidez y el final que cierra contundentemente la narración y que es el punto quizá más difícil de conseguir en este complejo género. Por otra parte, «A la deriva» cumple ajustadamente la teoría sobre el cuento del propio autor uruguayo, como el 5.º mandamiento de su famoso *Decálogo del perfecto cuentista* (1923): «No empieces a escribir sin saber desde la primera palabra adónde vas. En un

cuento bien logrado, las tres primeras líneas tienen casi la importancia de las tres últimas». O estas otras afirmaciones suyas: «Luché porque el cuento tuviera una sola línea, trazada por una mano sin temblor desde el principio al fin. Ningún obstáculo, ningún adorno o digresión debía acudir a aflojar la tensión de su hilo. El cuento era, para el fin que le es intrínseco, una flecha que, cuidadosamente apuntada, parte del arco para ir a dar directamente en el blanco. Cuantas mariposas trataran de posarse sobre ella para adornar su vuelo, no conseguirían sino entorpecerlo»[61]. Porque, en verdad, «A la deriva» es un cuento en una sola línea y de un solo asunto; nada en él sobra y nada falta. El lector avanza al mismo ritmo acelerado de los sucesos, llevado de la mano del autor e identificado con su personaje. El objetivo supremo del cuento es su final. En ningún momento el hábil autor convence al lector de lo que va a suceder y lo mantiene en la incertidumbre hasta la última línea.

A LA DERIVA

El hombre pisó algo blanduzco, y en seguida sintió la mordedura en el pie. Saltó adelante, y al volverse con un juramento vio una yararacusú[62] que, arrollada sobre sí misma, esperaba otro ataque.

El hombre echó una veloz ojeada a su pie, donde dos gotitas de sangre engrosaban dificultosamente, y sacó el machete de la cintura. La víbora vio la amenaza y hundió más la cabeza en el centro mismo de su espiral; pero el machete cayó de plano, dislocándole las vértebras.

El hombre se bajó hasta la mordedura, quitó las gotitas de sangre y durante un instante contempló. Un dolor agudo nacía de los dos puntitos violetas y comenzaba a invadir todo el pie. Apresuradamente se ligó el tobillo con su pañuelo y siguió por la picada[63] hacia su rancho.

El dolor en el pie aumentaba, con sensación de tirante abultamiento, y de pronto el hombre sintió dos o tres fulgurantes puntadas que, como relámpagos, habían irradiado desde la herida hasta la mitad de la pantorrilla. Movía la pierna con dificultad; una metálica sequedad de garganta, seguida de sed quemante, le arrancó un nuevo juramento.

Llegó por fin al rancho y se echó de brazos sobre la rueda de un trapiche[64]. Los dos puntitos violetas desaparecían ahora en la monstruosa hinchazón del pie entero. La piel parecía adelgazada y a punto de ceder, de tensa. Quiso llamar a su mujer, y la voz se quebró en un ronco arrastre de garganta reseca. La sed lo devoraba.

—¡Dorotea! —alcanzó a lanzar en un estertor—. ¡Dame caña!

Su mujer corrió con un vaso lleno, que el hombre sorbió en tres tragos. Pero no había sentido gusto alguno.

—¡Te pedí caña, no agua! —rugió de nuevo—. ¡Dame caña!

—¡Pero es caña, Paulino! —protestó la mujer, espantada.

—¡No, me diste agua! ¡Quiero caña, te digo!

La mujer corrió otra vez, volviendo con la damajuana. El hombre tragó uno tras otro dos vasos, pero no sintió nada en la garganta.

—Bueno; esto se pone feo… —murmuró entonces, mirando su pie, lívido y ya con lustre gangrenoso. Sobre la honda ligadura del pañuelo la carne desbordaba como una monstruosa morcilla.

Los dolores fulgurantes se sucedían en continuos relampagueos y llegaban ahora a la ingle. La atroz sequedad de garganta, que el aliento parecía caldear más, aumentaba a la par. Cuando pretendió incorporarse, un fulgurante vómito lo mantuvo medio minuto con la frente apoyada en la rueda de palo.

Pero el hombre no quería morir, y descendiendo hasta la costa subió a su canoa. Sentóse en la popa y comenzó a palear hasta el centro del Paraná[65]. Allí la corriente del río, que en las inmediaciones del Iguazú[66] corre seis millas, lo llevaría antes de cinco horas a Tacurú-Pucú[67].

El hombre, con la sombría energía, pudo efectivamente llegar hasta el medio del río; pero allí sus manos dormidas dejaron caer la pala en la canoa, y tras un nuevo vómito —de sangre esta vez— dirigió una mirada al sol, que ya trasponía el monte.

La pierna entera, hasta medio muslo, era ya un bloque deforme y durísimo que reventaba la ropa. El hombre cortó la ligadura y abrió el pantalón con su cuchillo: el bajo vientre desbordó hinchado, con grandes manchas lívidas y terriblemente doloroso. El hombre pensó que no podría llegar jamás él solo a Tacurú-Pucú y se decidió a pedir ayuda a su compadre Alves, aunque hacía mucho tiempo que estaban disgustados.

La corriente del río se precipitaba ahora hacia la costa brasileña, y el hombre pudo fácilmente atracar. Se arrastró por la picada en cuesta arriba; pero a los veinte metros, exhausto, quedó tendido de pecho.

—¡Alves! —gritó con cuanta fuerza pudo; y prestó oído en vano.

—¡Compadre Alves! ¡No me niegue este favor! —clamó de nuevo, alzando la cabeza del suelo. En el silencio de la selva no se oyó un solo rumor. El hombre tuvo aún valor para llegar hasta la canoa, y la corriente, cogiéndola de nuevo, la llevó velozmente a la deriva.

El Paraná corre allí en el fondo de una inmensa hoya, cuyas paredes, altas de cien metros, encajonan fúnebremente el río. Desde las orillas, bordeadas de

negros bloques de basalto, asciende el bosque, negro también. Adelante, a los costados, atrás, siempre la eterna muralla lúgubre, en cuyo fondo el río arremolinado se precipita en incesantes borbollones de agua fangosa. El paisaje es agresivo y reina en él un silencio de muerte. Al atardecer, sin embargo, su belleza sombría y calma cobra una majestad única.

El sol había caído ya cuando el hombre, semitendido en el fondo de la canoa, tuvo un violento escalofrío. Y de pronto, con asombro, enderezó pesadamente la cabeza: se sentía mejor. La pierna le dolía apenas, la sed disminuía, y su pecho, libre ya, se abría en lenta inspiración.

El veneno comenzaba a irse, no había duda. Se hallaba casi bien, y aunque no tenía fuerzas para mover la mano, contaba con la caída del rocío para reponerse del todo. Calculó que antes de tres horas estaría en Tacurú-Pucú.

El bienestar avanzaba, y con él una somnolencia llena de recuerdos. No sentía ya nada ni en la pierna ni en el vientre. ¿Viviría aún su compadre Gaona, en Tacurú-Pucú? Acaso viera también a su ex patrón *Mister* Dougald y al recibidor del obraje.

¿Llegaría pronto? El cielo, al poniente, se abría ahora en pantalla de oro, y el río se había coloreado también. Desde la costa paraguaya, ya entenebrecida, el monte dejaba caer sobre el río su frescura crepuscular en penetrantes efluvios de azahar y miel silvestre. Una pareja de guacamayos[68] cruzó muy alto y en silencio hacia el Paraguay. Allá abajo, sobre el río de oro, la canoa derivaba velozmente, girando a ratos sobre sí misma ante el borbollón de un remolino. El hombre que iba en ella se sentía cada vez mejor, y pensaba entre tanto en el tiempo justo que había pasado sin ver a su ex patrón Dougald. ¿Tres años? Tal vez no, no tanto. ¿Dos años y nueve meses? Acaso. ¿Ocho meses y medio? Eso sí, seguramente.

De pronto sintió que estaba helado hasta el pecho. ¿Qué sería? Y la respiración también…

Al recibidor de maderas de *Mister* Dougald, Lorenzo Cubilla, lo había conocido en Puerto Esperanza un Viernes Santo… ¿Viernes? Sí, o jueves…

El hombre estiró lentamente los dedos de la mano.

—Un jueves…

Y cesó de respirar.

[*Magazine «Fray Mocho»*, 7-VI, 1912]

15. Jorge Luis Borges (1899-1986)

Poeta, narrador y ensayista argentino, nacido en el seno de una familia burguesa, recibió una sólida formación. Repartió su juventud entre su Buenos Aires natal, la ciudad suiza de Ginebra y España, donde pasó dos años. A partir de los treinta años, la vista del autor comenzó a menguar, hasta quedar totalmente ciego.

Siempre fue un apasionado de la lectura: «que otros se jacten de los libros que les ha sido dado escribir; yo me jacto de aquellos que me fue dado leer. No sé si soy un buen escritor; creo ser un excelente lector o, en todo caso, un sensible y agradecido lector».

Sus más importantes libros poéticos son *Fervor de Buenos Aires* (1923), *Cuaderno San Martín* (1929), *El otro, el mismo* (1930-1967) y *Elogio de la sombra* (1969). Como ensayista y crítico destacan: *Inquisiciones* (1925), *Evaristo Carriego* (1930), *Historia de la eternidad* (1936) *y Martín Fierro* (1953).

Sin embargo, son los relatos cortos los que han convertido a su autor en una figura de renombre mundial: *Historia Universal de la infamia* (1935), *Ficciones* (1944) que incluye el libro anterior y otros relatos, considerada su obra maestra; *El Aleph* (1949), *El informe de Brodie* (1970) y *El libro de arena* (1975).

Para Borges la literatura no puede ni debe imitar la realidad. Su materia no son los hechos ni los lugares ni las situaciones reales, sino que debe crear «ficciones». El narrador deja de ser un cronista o un testimonio para convertirse en un creador de mundos imaginarios.

En los cuentos de Borges están presentes los mitos clásicos reelaborados muy personalmente, las referencias literarias y la misma literatura, la creación de mundos imaginarios y simbólicos (espejos, tigres, laberintos y bibliotecas); y los temas recurrentes: el mundo como laberinto inextricable, el destino incierto, la muerte, el viaje en el tiempo, el espacio inconmensurable, la eternidad y el infinito, en fin, la propia identidad de los seres y de las cosas tan fluctuante e ilusoria. Pero el escritor argentino huye de todo patetismo gracias a la ironía, al humorismo y al juego continuo de paradojas, agudezas y sutilidades. Si a todo ello añadimos la depurada calidad literaria, una prosa, aparentemente desnuda y sencilla, plena de precisión y efectividad, nos explicaremos el interés y la admiración universal que su obra ha suscitado.

«Un hombre se propone la tarea de dibujar el mundo. A lo largo de los años puebla un espacio con imágenes de provincias, de reinos, de montañas, de bahías, de naves, de islas, de peces, de habitaciones, de instrumentos, de

astros, de caballos y de personas. Poco antes de morir, descubre que ese paciente laberinto de líneas traza la imagen de su cara.»[69].

«El fin» es un cuento incluido en 1956 en el libro de relatos titulado *Ficciones*. Se trata de una historia gauchesca con la que Borges, según sus propias palabras, pretende completar y explicitar, en una recreación personal, lo que no aparece en el Poema Nacional Argentino, *Martín Fierro* (1872, 1879) de José Hernández (1834-1886), y que podría, —o mejor— debería ser su verdadero final.

Hay que destacar el personaje de Recabarren, el dueño de la pulpería, cuya inmovilidad y pasividad, como indicaba Borges, sirve de contraste y, al mismo tiempo, añadimos nosotros, de focalización —todo está visto u oído por él— a la breve, intensa y trágica historia, modelo de concentración, ambientación e intensidad narrativa, como aportación personal y como homenaje al «libro famoso» de José Hernández.

EL FIN

Recabarren, tendido, entreabrió los ojos y vio el oblicuo cielo raso de junco. De la otra pieza le llegaba un rasgueo de guitarra, una suerte de pobrísimo laberinto que se enredaba y desataba infinitamente… Recobró poco a poco la realidad, las cosas cotidianas que ya no cambiaría nunca por otras. Miró sin lástima su gran cuerpo inútil, el poncho de lana ordinaria que le envolvía las piernas. Afuera, más allá de los barrotes de la ventana, se dilataban la llanura y la tarde; había dormido, pero aún quedaba mucha luz en el cielo. Con el brazo izquierdo tanteó, hasta dar con un cencerro de bronce que había al pie del catre. Una o dos veces lo agitó; del otro lado de la puerta seguían llegándole los modestos acordes. El ejecutor era un negro que había aparecido una noche con pretensiones de cantor y que había desafiado a otro forastero a una larga payada de contrapunto[70]. Vencido, seguía frecuentando la pulpería[71], como a la espera de alguien. Se pasaba las horas con la guitarra, pero no había vuelto a cantar; acaso la derrota lo había amargado. La gente ya se había acostumbrado a ese hombre inofensivo. Recabarren, patrón de la pulpería, no olvidaría ese contrapunto; al día siguiente, al acomodar unos tercios de yerba, se le había muerto bruscamente el lado derecho y había perdido el habla. A fuerza de apiadarnos de las desdichas de los héroes de las novelas concluimos apiadándonos con exceso de las desdichas propias; no así el sufrido Recabarren, que aceptó la parálisis como antes había aceptado el rigor y las soledades de América. Habituado a vivir en el presente, como los

animales, ahora miraba el cielo y pensaba que el cerco rojo de la luna era señal de lluvia.

Un chico de rasgos aindiados (hijo suyo, tal vez) entreabrió la puerta. Recabarren le preguntó con los ojos si había algún parroquiano. El chico, taciturno, le dijo por señas que no: el negro no contaba. El hombre postrado se quedó solo; su mano izquierda jugó un rato con el cencerro, como si ejerciera un poder.

La llanura, bajo el último sol, era casi abstracta, como vista en un sueño. Un punto se agitó en el horizonte y creció hasta ser un jinete, que venía, o parecía venir, a la casa. Recabarren vio el chambergo[72], el largo poncho oscuro, el caballo moro, pero no la cara del hombre, que, por fin, sujetó el galope y vino acercándose al trotecito. A unas doscientas varas dobló. Recabarren no lo vio más, pero le oyó chistar, apearse, atar el caballo al palenque y entrar con paso firme en la pulpería.

Sin alzar los ojos del instrumento, donde parecía buscar algo, el negro dijo con dulzura:

—Ya sabía yo, señor, que podía contar con usted.

El otro, con voz áspera, replicó:

—Y yo con vos, moreno. Una porción de días te hice esperar, pero aquí he venido.

Hubo un silencio. Al fin, el negro respondió:

—Me estoy acostumbrando a esperar. He esperado siete años.

El otro explicó sin apuro:

—Más de siete años pasé yo sin ver a mis hijos. Los encontré ese día y no quise mostrarme como un hombre que anda a las puñaladas.

—Ya me hice cargo —dijo el negro—. Espero que los dejó con salud.

El forastero, que se había sentado en el mostrador, se rió de buena gana. Pidió una caña y la paladeó sin concluirla.

—Les di buenos consejos —declaró—, que nunca están de más y no cuestan nada. Les dije, entre otras cosas, que el hombre no debe derramar la sangre del hombre.

Un lento acorde precedió la respuesta del negro:

—Hizo bien. Así no se parecerán a nosotros.

—Por lo menos a mí —dijo el forastero y añadió como si pensara en voz alta—: Mi destino ha querido que yo matara y ahora, otra vez, me pone el cuchillo en la mano.

El negro, como si no le oyera, observó:

—Con el otoño se van acortando los días.

—Con la luz que queda me basta —replicó el otro, poniéndose de pie.

Se cuadró ante el negro y le dijo como cansado:

—Dejá en paz la guitarra, que hoy te espera otra clase de contrapunto.

Los dos se encaminaron a la puerta. El negro, al salir, murmuró:

—Tal vez en éste me vaya tan mal como en el primero.

El otro contestó con seriedad:

—En el primero no te fue mal. Lo que pasó es que andabas ganoso de llegar al segundo.

Se alejaron un trecho de las casas, caminando a la par. Un lugar de la llanura era igual a otro y la luna resplandecía. De pronto se miraron, se detuvieron y el forastero se quitó las espuelas. Ya estaban con el poncho en el antebrazo, cuando el negro dijo:

—Una cosa quiero pedirle antes que nos trabemos. Que en este encuentro ponga todo su coraje y toda su maña, como en aquel otro de hace siete años, cuando mató a mi hermano.

Acaso por primera vez en su diálogo Martín Fierro oyó el odio. Su sangre lo sintió como un acicate. Se entreveraron y el acero filoso rayó y marcó la cara del negro.

Hay una hora de la tarde en que la llanura está por decir algo; nunca lo dice o tal vez lo dice infinitamente y no lo entendemos, o lo entendemos pero es intraducibie como una música… Desde su catre, Recabarren vio el fin. Una embestida y el negro reculó, perdió pie, amagó un hachazo a la cara y se tendió en una puñalada profunda, que penetró en el vientre. Después vino otra que el pulpero no alcanzó a precisar y Fierro no se levantó. Inmóvil, el negro parecía vigilar su agonía laboriosa. Limpió el facón[73] ensangrentado en el pasto y volvió a las casas con lentitud, sin mirar para atrás. Cumplida su tarea de justiciero, ahora era nadie. Mejor dicho era el otro: no tenía destino sobre la tierra y había matado a un hombre.

16. Hernando Téllez (1908-1966)

Escritor colombiano, narrador y ensayista, periodista, senador y embajador de su país ante la Unesco en París.

Destacó por la novedad y agudeza de sus comentarios sobre la realidad nacional y sobre temas literarios, reunidos en diversos volúmenes como *Inquietud del mundo* (1943), *Bagatelas* (1944), *Luces en el bosque* (1946),

Literatura (1951), *Literatura y sociedad* (1956) y *Confesión en parte* (póstumo, 1967).

En sus cuentos, recogidos en *Cenizas para el viento y otras historias* (1950), se refiere reiteradamente a la violencia que azotó Colombia a partir de 1948.

Hernando Téllez se caracteriza por un estilo conciso, fluido, elemental y purísimo. En palabras suyas, «escribir correctamente es una técnica. Escribir bellamente es un milagro. Por lo menos es un misterio. La gramática, la filología, toda la ciencia del idioma acumulada en una cabeza humana, no consigue un resultado estéticamente válido si toda esa ciencia y toda esa técnica no están acompañadas del don de la gracia».

«Espuma y nada más» es un cuento realista contado en primera persona y con monólogo interior incluido. Es la narración de un enfrentamiento de dos personajes en una situación falsamente tranquila y profundamente tensa, en la que la profesionalidad vence al compromiso político. El sorprendente final cierra rotundamente este perfecto relato, construido mediante esa síntesis entre el dominio técnico y el azar del misterio artístico, del que hablaba el autor colombiano.

ESPUMA Y NADA MÁS

No saludó al entrar. Yo estaba repasando sobre una badana[74] la mejor de mis navajas. Y cuando lo reconocí me puse a temblar. Pero él no se dio cuenta. Para disimular continué repasando la hoja. La probé luego con la yema del dedo gordo y volví a mirarla, contra la luz. En ese instante se quitaba el cinturón ribeteado de balas de donde pendía la funda de la pistola. Lo colgó de uno de los clavos del ropero y encima colocó el kepis[75]. Volvió completamente el cuerpo para hablarme y deshaciendo el nudo de la corbata, me dijo: «Hace una calor de todos los demonios. Aféiteme». Y se sentó en la silla. Le calculé cuatro días de barba. Los cuatro días de la última excursión en busca de los nuestros. El rostro aparecía quemado, curtido por el sol. Me puse a preparar minuciosamente el jabón. Corté unas rebanadas de la pasta, dejándolas caer en el recipiente, mezclé un poco de agua tibia y con la brocha empecé a revolver. Pronto subió la espuma. «Los muchachos de la tropa deben tener tanta barba como yo.» Seguí batiendo la espuma. «Pero nos fue bien, ¿sabe? Pescamos a los principales. Unos vienen muertos y otros todavía viven. Pero pronto estarán todos muertos.» «¿Cuántos cogieron?», pregunté. «Catorce. Tuvimos que internarnos bastante para dar con ellos. Pero ya la están pagando. Y no se salvará ni uno, ni uno.» Se echó para atrás en la silla

al verme con la brocha en la mano, rebosante de espuma. Faltaba ponerle la sábana. Ciertamente yo estaba aturdido. Extraje del cajón una sábana y la anudé al cuello de mi cliente. Él no cesaba de hablar. Suponía que yo era uno de los partidarios del orden. «El pueblo habrá escarmentado con lo del otro día», dijo. «Sí», repuse mientras concluía de hacer el nudo sobre la oscura nuca, olorosa a sudor. «¿Estuvo bueno, verdad?» «Muy bueno», contesté mientras regresaba a la brocha. El hombre cerró los ojos en un gesto de fatiga y esperó así la fresca caricia del jabón. Jamás lo había tenido tan cerca de mí. El día en que ordenó que el pueblo desfilara por el patio de la Escuela para ver a los cuatro rebeldes allí colgados, me crucé con él un instante. Pero el espectáculo de los cuerpos mutilados me impedía fijarme en el rostro del hombre que lo dirigía todo y que ahora iba a tomar en mis manos. No era un rostro desagradable, ciertamente. Y la barba, envejeciéndole un poco, no le caía mal. Se llamaba Torres. El capitán Torres. Un hombre con imaginación, porque, ¿a quién se le había ocurrido antes colgar a los rebeldes desnudos y luego ensayar sobre determinados sitios del cuerpo una mutilación a bala? Empecé a extender la primera capa de jabón. Él seguía con los ojos cerrados. «De buena gana me iría a dormir un poco», dijo, «pero esta tarde hay mucho que hacer». Retiré la brocha y pregunté con aire falsamente desinteresado: «¿Fusilamiento?» «Algo por el estilo, pero más lento», respondió. «¿Todos?» «No. Unos cuantos apenas.» Reanudé, de nuevo, la tarea de enjabonarle la barba. Otra vez me temblaban las manos. El hombre no podía darse cuenta de ello y esa era mi ventaja. Pero yo hubiera querido que él no viniera. Probablemente muchos de los nuestros lo habrían visto entrar. Y el enemigo en la casa impone condiciones. Yo tendría que afeitar esa barba como cualquiera otra, con cuidado, con esmero, como la de un buen parroquiano, cuidando de que ni por un solo poro fuese a brotar una gota de sangre. Cuidando de que la piel quedara limpia, templada, pulida, y de que al pasar el dorso de mi mano por ella, sintiera la superficie sin un pelo. Sí. Yo era un revolucionario clandestino, pero era también un barbero de conciencia, orgulloso de la pulcritud en su oficio. Y esa barba de cuatro días se prestaba para una buena faena.

Tomé la navaja, levanté en ángulo oblicuo las dos cachas, dejé libre la hoja y empecé la tarea, de una de la patillas hacia abajo. La hoja respondía a la perfección. El pelo se presentaba indócil y duro, no muy crecido, pero compacto. La piel iba apareciendo poco a poco. Sonaba la hoja con su ruido característico, y sobre ella crecían los grumos de jabón mezclados con trocitos de pelo. Hice una pausa para limpiarla, tomé la badana de nuevo y me puse a

asentar el acero, porque yo soy un barbero que hace bien sus cosas. El hombre que había mantenido los ojos cerrados, los abrió, sacó una de las manos por encima de la sábana, se palpó la zona del rostro que empezaba a quedar libre de jabón, y me dijo: «Venga usted a las seis, esta tarde, a la Escuela.» «¿Lo mismo del otro día?», le pregunté horrorizado. «Puede que resulte mejor», respondió. «¿Qué piensa usted hacer?» «No sé todavía. Pero nos divertiremos». Otra vez se echó hacia atrás y cerró los ojos. Yo me acerqué con la navaja en alto. «¿Piensa castigarlos a todos?», aventuré tímidamente. «A todos». El jabón se secaba sobre la cara. Debía apresurarme. Por el espejo, miré hacia la calle. Lo mismo de siempre: la tienda de víveres y en ella dos o tres compradores. Luego miré el reloj: las dos y veinte de la tarde. La navaja seguía descendiendo. Ahora de la otra patilla hacia abajo. Una barba azul, cerrada. Debía dejársela crecer como algunos poetas o como algunos sacerdotes. Le quedaría bien. Muchos no lo reconocerían. Y mejor para él, pensé, mientras trataba de pulir suavemente todo el sector del cuello. Porque allí sí que debía manejar con habilidad la hoja, pues el pelo aunque en agraz, se enredaba en pequeños remolinos. Una barba crespa. Los poros podían abrirse, diminutos, y soltar su perla de sangre. Un buen barbero como yo finca su orgullo en que eso no ocurra a ningún cliente. Y este era un cliente de calidad. ¿A cuántos de los nuestros había ordenado matar? ¿A cuántos de los nuestros había ordenado que los mutilaran?… Mejor no pensarlo. Torres no sabía que yo era su enemigo. No lo sabía él ni lo sabían los demás. Se trataba de un secreto entre muy pocos, precisamente para que yo pudiese informar a los revolucionarios de lo que Torres estaba haciendo en el pueblo y de lo que proyectaba hacer cada vez que emprendía una excursión para cazar revolucionarios. Iba a ser, pues, muy difícil explicar que yo lo tuve entre mis manos y lo dejé ir tranquilamente, vivo y afeitado.

La barba le había desaparecido casi completamente. Parecía más joven, con menos años de los que llevaba a cuestas cuando entró. Yo supongo que eso ocurre siempre con los hombres que entran y salen de la peluquería. Bajo el golpe de mi navaja, Torres rejuvenecía, sí, porque yo soy un buen barbero, el mejor de este pueblo, lo digo sin vanidad. Un poco más de jabón, aquí, bajo la barbilla, sobre la manzana, sobre esta gran vena. ¡Qué calor! Torres debe estar sudando como yo. Pero él no tiene miedo. Es un hombre sereno, que ni siquiera piensa en lo que ha de hacer esta tarde con los prisioneros. En cambio yo, con esta navaja entre las manos, puliendo y puliendo esta piel, evitando que brote sangre de estos poros, cuidando todo golpe, no puedo pensar serenamente. Maldita la hora en que vino, porque yo soy un revolucionario,

pero no soy un asesino. Y tan fácil como resultaría matarlo. Y lo merece. ¿Lo merece? No, ¡qué diablo! Nadie merece que los demás hagan el sacrificio de convertirse en asesinos. ¿Qué se gana con ello? Pues nada. Vienen otros y otros y los primeros matan a los segundos y éstos a los terceros y siguen y siguen hasta que todo es un mar de sangre. Yo podría cortar este cuello, así, ¡zas!, ¡zas! No le daría tiempo de quejarse y como tiene los ojos cerrados no vería ni el brillo de la navaja ni el brillo de mis ojos. De ese cuello brotaría un chorro de sangre sobre la sábana, sobre la silla, sobre mis manos, sobre el suelo. Tendría que cerrar la puerta. Y la sangre seguiría corriendo por el piso, tibia, imborrable, incontenible, hasta la calle, como un pequeño arroyo escarlata. Estoy seguro de que un golpe fuerte, una honda incisión, le evitaría todo dolor. No sufriría. ¿Y qué hacer con el cuerpo? ¿Dónde ocultarlo? Yo tendría que huir, dejar estas cosas, refugiarme lejos, muy lejos. Pero me perseguirían hasta dar conmigo. «El asesino del capitán Torres. Lo degolló mientras le afeitaba la barba. Una cobardía.» Y por otro lado: «El vengador de los nuestros. Un hombre para recordar (aquí mi nombre). Era el barbero del pueblo. Nadie sabía que él defendía nuestra causa…» ¿Y qué? ¿Asesino o héroe? Del filo de esta navaja depende mi destino. Puedo inclinar un poco más la mano, apoyar un poco más la hoja, y hundirla. La piel cederá como la seda, como el caucho, como la badana. No hay nada más tierno que la piel del hombre y la sangre siempre está ahí, lista a brotar. Una navaja como esta no traiciona. Es la mejor de mis navajas. Pero yo no quiero ser un asesino, no señor. Usted vino para que yo lo afeitara. Y yo cumplo honradamente con mi trabajo… No quiero mancharme de sangre. De espuma y nada más. Usted es un verdugo y yo no soy más que un barbero. Y cada cual en su puesto. Eso es. Cada cual en su puesto.

La barba había quedado limpia, pulida y templada. El hombre se incorporó para mirarse en el espejo. Se pasó las manos por la piel y la sintió fresca y nuevecita.

«Gracias», dijo. Se dirigió al ropero en busca del cinturón, de la pistola y del kepis. Yo debía estar muy pálido y sentía la camisa empapada. Torres concluyó de ajustar la hebilla, rectificó la posición de la pistola en la funda y luego de alisarse maquinalmente los cabellos, se puso el kepis. Del bolsillo del pantalón extrajo unas monedas para pagarme el importe del servicio. Y empezó a caminar hacia la puerta. En el umbral se detuvo un segundo y volviéndose me dijo:

«Me habían dicho que usted me mataría. Vine para comprobarlo. Pero matar no es fácil. Yo sé por qué se lo digo.» Y siguió calle abajo.

17. JUAN BOSCH (1909)[76]

Narrador y ensayista dominicano, siempre comprometido con la defensa de la justicia social en su país. Su resistencia y oposición a la dictadura de Trujillo la pagó con un exilio que se prolongó por más de dos décadas. En 1962 fue elegido presidente de la República Dominicana y siete meses después fue derrocado por un golpe militar.

Escribió novelas, como *La mañosa* (1936), y numerosos ensayos, pero lo más destacado de su obra literaria son los cuentos, recogidos en los siguientes libros: *Camino real: cuentos* (1933), *Indios* (1935), *Dos pesos de agua* (1941), *Ocho cuentos* (1947), *La muchacha de la Guaira* (1955), *Cuentos escritos en el exilio* (1962), *Más cuentos escritos en el exilio* (1964) y *Cuentos escritos antes del exilio* (1974).

De «La nochebuena de Encarnación Mendoza» se puede afirmar que es uno de los grandes relatos de la importante y abundante cuentística hispanoamericana, aunque no esté recogido en antologías y apenas sea conocido. Pocas veces se ha logrado tan perfecta ambientación, un desarrollo narrativo tan medido en su intenso dramatismo, y un final tan sobrecogedor como en este cuento de Juan Bosch. Se cumple exactamente en él lo que el autor dominicano dejó escrito: «El cuento debe comenzar interesando al lector. Una vez cogido en ese interés el lector está en manos del cuentista y éste no debe soltarlo más. A partir del principio, el cuentista debe ser implacable con el sujeto de su obra; lo conducirá sin piedad hacia el destino que previamente le ha trazado; no le permitirá el menor desvío.»[77].

LA NOCHEBUENA DE ENCARNACIÓN MENDOZA

Con su sensible ojo de prófugo Encarnación Mendoza había distinguido el perfil de un árbol a veinte pasos, razón por la cual pensó que la noche iba a decaer. Anduvo acertado en su cálculo; donde empezó a equivocarse fue al sacar conclusiones de esa observación. Pues como el día se acercaba era de rigor buscar escondite, y él se preguntaba si debía internarse en los cerros que tenía a su derecha o en el cañaveral que le quedaba a la izquierda. Para su desgracia, escogió el cañaveral. Hora y media más tarde el sol del día 24 alumbraba los campos y calentaba ligeramente a Encarnación Mendoza, que yacía bocarriba tendido sobre hojas de caña.

A las siete de la mañana los hechos parecían estar sucediéndose tal como había pensado el fugitivo; nadie había pasado por las trochas[78] cercanas. Por otra parte la brisa era fresca y tal vez llovería, como casi todos los años en

Nochebuena. Y aunque no lloviera los hombres no saldrían de la bodega, donde estarían desde temprano consumiendo ron, hablando a gritos y tratando de alegrarse como mandaba la costumbre. En cambio, de haber tirado hacia los cerros no podría sentirse tan seguro. Él conocía bien el lugar; las familias que vivían en las hondonadas producían leña, yuca[79] y algún maíz. Si cualquiera de los hombres que habitaban los bohíos[80] de por allí bajaba aquel día para vender bastimentos[81] en la bodega del batey[82] y acertaba a verlo, estaba perdido. En leguas a la redonda no había quien se atreviera a silenciar el encuentro. Jamás sería perdonado el que encubriera a Encarnación Mendoza; y aunque no se hablara del asunto, todos los vecinos de la comarca sabían que aquel que le viera debía dar cuenta inmediata al puesto de guardia más cercano.

Empezaba a sentirse tranquilo Encarnación Mendoza, porque tenía la seguridad de que había escogido el mejor lugar para esconderse durante el día, cuando comenzó el destino a jugar en su contra.

Pues a esa hora la madre de Mundito pensaba igual que el prófugo: nadie pasaría por las trochas en la mañana, y si Mundito apuraba el paso haría el viaje a la bodega antes de que comenzaran a transitar los caminos los habituales borrachos del día de Nochebuena. La madre de Mundito tenía unos cuantos centavos que había ido guardando de lo poco que cobraba lavando ropa y revendiendo gallinas en el cruce de la carretera, que le quedaba al poniente, a casi medio día de marcha. Con estos centavos podía mandar a Mundito a la bodega para que comprara harina, bacalao y algo de manteca. Aunque lo hiciera pobremente, quería celebrar la Nochebuena con sus seis pequeños hijos, siquiera fuera comiendo frituras de bacalao.

El caserío donde ellos vivían —del lado de los cerros, en el camino que dividía los cañaverales de las tierras incultas— tendría catorce o quince malas viviendas, La mayor parte techadas de yaguas[83]. Al salir de la suya, con el encargo de ir a la bodega, Mundito se detuvo un momento en medio del barro seco por donde en los días de zafra[84] transitaban las carretas cargadas de caña. Era largo el trayecto hasta la bodega. El cielo se veía claro, radiante de luz que se esparcía sobre el horizonte de cogollos de caña; era grata la brisa y dulcemente triste el silencio. ¿Por qué ir solo, aburriéndose de caminar por trochas siempre iguales? Durante diez segundos Mundito pensó entrar al bohío vecino, donde seis semanas antes una perra negra había parido seis cachorros. Los dueños del animal habían regalado cinco, pero quedaba uno «para amamantar a la madre», y en él había puesto Mundito todo el interés que la falta de ternura había acumulado en su pequeña alma. Con sus nueve

años cargados de precoz sabiduría, el niño era consciente de que si llevaba al cachorrillo tendría que cargarlo casi todo el tiempo, porque no podría hacer tanta distancia por sí solo. Mundito sentía que esa idea casi le autorizaba a disponer del perrito. De súbito, sin pensarlo más corrió hacia la casucha gritando:

—¡Doña Ofelia, emprésteme a Azabache, que lo voy a llevar allí!

Oyéranle o no, ya él había pedido autorización, y eso bastaba. Entró como un torbellino, tomó el animalejo en brazos y salió corriendo, a toda marcha, hasta que se perdió a lo lejos. Y así empezó el destino a jugar en los planes de Encarnación Mendoza.

Porque ocurrió que cuando, poco antes de las nueve, el niño Mundito pasaba frente al tablón de caña donde estaba escondido el fugitivo, cansado, o simplemente movido por esa especie de indiferencia por lo actual y curiosidad por lo inmediato que es privilegio de los animales pequeños, Azabache se metió en el cañaveral. Encarnación Mendoza oyó la voz del niño ordenando al perrito que se detuviera. Durante un segundo temió que el muchacho fuera la avanzada de algún grupo. Estaba clara la mañana. Con su agudo ojo de prófugo, él podía ver hasta donde se lo permitía el barullo de tallos y hojas. Allí, al alcance de su mirada, no estaba el niño. Encarnación Mendoza no tenía pelo de tonto. Rápidamente calculó que si lo hallaban atisbando era hombre perdido; lo mejor sería hacerse el dormido, dando la espalda al lado por donde sentía el ruido. Para mayor seguridad, se cubrió la cara con el sombrero.

El negro cachorrillo correteó, jugando con las hojas de caña, pretendiendo saltar, torpe de movimientos, y cuando vio al fugitivo echado empezó a soltar diminutos y graciosos ladridos. Llamándolo a voces y gateando para avanzar, Mundito iba acercándose cuando de pronto quedó paralizado: había visto al hombre. Pero para él no era simplemente un hombre sino algo imponente y terrible; era un cadáver. De otra manera no se explicaba su presencia allí y mucho menos su postura. El terror le dejó frío. En el primer momento pensó huir, y hacerlo en silencio para que el cadáver no se diera cuenta. Pero le parecía un crimen dejar a Azabache abandonado, expuesto al peligro de que el muerto se molestara con sus ladridos y lo reventara apretándolo con las manos. Incapaz de irse sin el animalito e incapaz de quedarse allí, el niño sentía que desfallecía. Sin intervención de su voluntad levantó una mano, fijó la mirada en el difunto, temblando mientras el perrillo reculaba y lanzaba sus pequeños ladridos. Mundito estaba seguro de que el cadáver iba a levantarse de momento. En su miedo, pretendió adelantarse al muerto: pegó un salto

sobre el cachorrillo, al cual agarró con nerviosa violencia por el pescuezo, y a seguidas, cabeceando contra las cañas, cortándose el rostro y las manos, impulsado por el terror, ahogándose, echó a correr hacia la bodega. Al llegar allí, a punto de desfallecer por el esfuerzo y el pavor, gritó señalando hacia el lejano lugar de su aventura:

—¡En la Colonia Adela hay un hombre muerto!

A lo que un vozarrón áspero respondió gritando:

—¿Qué ta[85] diciendo ese muchacho?

Y como era la voz del sargento Rey, jefe de puesto del Central, obtuvo el mayor interés de parte de los presentes así como los datos que solicitó del muchacho.

El día de Nochebuena no podía contarse con el juez de La Romana para hacer el levantamiento del cadáver, pues debía andar por la Capital disfrutando de sus vacaciones de fin de año. Pero el sargento era expeditivo; quince minutos después de haber oído a Mundito, el sargento Rey iba con dos números y diez o doce curiosos hacia el sitio donde yacía el presunto cadáver. Eso no había entrado en los planes de Encarnación Mendoza.

El propósito de Encarnación Mendoza era pasar la Nochebuena con su mujer y sus hijos. Escondiéndose de día y caminando de noche había recorrido leguas y leguas, desde las primeras estribaciones de la Cordillera, en la provincia del Seybo, rehuyendo todo encuentro y esquivando bohíos, corrales y cortes de árboles o quemas de tierras. En toda la región se sabía que él había dado muerte al cabo Pomares, y nadie ignoraba que era hombre condenado donde se le encontrara. No debía dejarse ver de persona alguna, excepto de Nina y de sus hijos. Y los vería sólo una hora o dos, durante la Nochebuena. Tenía ya seis meses huyendo, pues fue el día de San Juan cuando ocurrieron los hechos que le costaron la vida al cabo Pomares.

Necesariamente debía ver a su mujer y a sus hijos. Era un impulso bestial el que le empujaba a ir, una fuerza ciega a la cual no podía resistir. Con todo y ser tan limpio de sentimientos, Encarnación Mendoza comprendía que con el deseo de abrazar a su mujer y de contarles un cuento a sus niños iba confundida una sombra de celos. Pero además necesitaba ver la casucha, la luz de la lámpara iluminando la habitación donde se reunían cuando él volvía del trabajo y los muchachos le rodeaban para que él los hiciera reír con sus ocurrencias. El cuerpo le pedía ver hasta el sucio camino, que se hacía lodazal en los tiempos de lluvia. Tenía que ir o se moriría de una pena tremenda.

Encarnación Mendoza estaba acostumbrado a hacer lo que deseaba; nunca deseaba nada malo y se respetaba a sí mismo. Por respeto a sí mismo sucedió

lo del día de San Juan, cuando el cabo Pomares le faltó pegándole en la cara, a él, que por no ofender no bebía y que no tenía más afán que su familia. Sucediera lo que sucediera, y aunque el mismo Diablo hiciera oposición, Encarnación Mendoza pasaría la Nochebuena en su bohío. Solo imaginar que Nina y los muchachos estarían tristes, sin un peso para celebrar la fiesta, tal vez llorando por él, le partía el alma y le hacía maldecir de dolor.

Pero el plan se había enredado algo. Era cosa de ponerse a pensar si el muchacho hablaría o se quedaría callado. Se había ido corriendo, a lo que pudo colegir Encarnación por la rapidez de los pasos, y tal vez pensó que se trataba de un peón dormido. Acaso hubiera sido prudente alejarse de allí, meterse en otro tablón de caña. Sin embargo valía la pena pensarlo dos veces, porque si tenía la fatalidad de que alguien pasara por la trocha de ida o de vuelta, y le veía cruzando el camino y le reconocía, era hombre perdido. No debía precipitarse; ahí, por de pronto, estaba seguro. A las nueve de la noche podría salir, caminar con cautela orillando los cerros, y estaría en su casa a las once, tal vez a las once y un cuarto. Sabía lo que iba a hacer; llamaría por la ventana de la habitación en voz baja y le diría a Nina que abriera, que era él, su marido. Ya le parecía estar viendo a Nina con su negro pelo caído sobre las mejillas, los ojos oscuros y brillantes, la boca carnosa, la barbilla saliente. Ese momento de la llegada era la razón de ser de su vida; no podía arriesgarse a ser cogido antes. Cambiar de tablón en pleno día era correr riesgo. Lo mejor sería descansar, dormir…

Despertó al tropel de pasos y a la voz del niño que decía:

—Taba ahí, sargento.

—¿Pero en cuál tablón; en ése o en el de allá?

—En ése —aseguró el niño.

«En ése» podía significar que el muchacho estaba señalando el que ocupaba Encarnación, hacia uno vecino o hacia el de enfrente. Porque a juzgar por las voces el niño y el sargento se hallaban en la trocha, tal vez en un punto intermedio entre varios tablones de caña. Dependía de hacia donde estaba señalando el niño cuando decía «ese». La situación era realmente grave, porque de lo que no había duda era de que ya había gente localizando al fugitivo. El momento, pues, no era de dudar, sino de actuar. Rápido en la decisión, Encarnación Mendoza comenzó a gatear con suma cautela, cuidándose de que el ruido que pudiera hacer se confundiera con el de las hojas del cañaveral batidas por la brisa. Había que salir de allí pronto, sin perder un minuto. Oyó la áspera voz del sargento.

—¡Métase por ahí, Nemesio, que yo voy por aquí! ¡Usté, Solito, quédese por aquí!

Se oían murmullos y comentarios. Mientras se alejaba, agachado, con paso felino, Encarnación podía colegir que había varios hombres en el grupo que le buscaba. Sin duda las cosas estaban poniéndose feas.

Feas para él y feas para el muchacho, quienquiera que fuese. Porque cuando el sargento Rey y el número Nemesio Arroyo recorrieron el tablón de caña en que se habían metido, maltratando los tallos más tiernos y cortándose las manos y los brazos, y no vieron cadáver alguno, empezaron a creer que era broma lo del hombre muerto en la Colonia Adela.

—¿Tú ta seguro que fue aquí, muchacho? —preguntó el sargento.

—Sí, aquí era —afirmó Mundito, bastante asustado ya.

—Son cosas de muchacho, sargento; ahí no hay nadie —terció el número Arroyo.

El sargento clavó en el niño una mirada fija, escalofriante, que lo llenó de pavor.

—Mire, yo venía por aquí con Azabache —empezó a explicar Mundito— y lo diba corriendo asina —lo cual dijo al tiempo que ponía el perrito en el suelo—, y él cogió y se metió ahí.

Pero el número Solito Ruiz interrumpió la escenificación de Mundito preguntándole:

—¿Cómo era el muerto?

—Yo no le vide la cara —dijo el niño, temblando de miedo—; solamente le vide la ropa. Tenía un sombrero en la cara. Taba asina, de lao…

—¿De qué color era el pantalón? —inquirió el sargento.

—Azul, y la camisa como amarilla, y tenía un sombrero negro encima del la cara…

Pero el pobre Mundito apenas podía hablar; se hallaba aterrorizado, con ganas de llorar. A su infantil idea de las cosas, el muerto se había ido de allí sólo para vengarse de su denuncia y hacerlo quedar como un mentiroso. Seguramente en la noche le saldría en la casa y lo perseguiría toda la vida.

De todas maneras, supiéralo o no Mundito, en ese tablón de cañas no darían con el cadáver. Encarnación Mendoza había cruzado con sorprendente celeridad hacia otro tablón, y después hacia otro más; y ya iba atravesando la trocha para meterse en el tercero cuando el niño, despachado por el sargento, pasaba corriendo, con el perrillo bajo el brazo. Su miedo lo paró en seco al ver el torso y una pierna del difunto que entraban en el cañaveral. No podía ser otro, dado que la ropa era la que haba visto por la mañana.

—¡Ta aquí, sargento; ta aquí! —gritó señalando hacia el punto por donde se había perdido el fugitivo—. ¡Dentro ahí!

Y como tenía mucho miedo siguió su carrera hacia su casa, ahogándose, Heno de lástima consigo mismo por el lío en que se había metido. El sargento, y con él los soldados y curiosos que le acompañaban, se había vuelto al oír la voz del chiquillo.

—Cosa de muchacho —dijo calmosamente Nemesio Arroyo.

Pero el sargento, viejo en el oficio, era suspicaz:

—Vea, algo hay. ¡Rodiemo[86] ese tablón di una ve! —gritó.

Y así empezó la cacería, sin que los cazadores supieran qué pieza perseguían. Era poco más de media mañana. Repartidos en grupos, cada militar iba seguido de tres o cuatro peones, buscando aquí y allá, corriendo por las trochas, todos un poco bebidos y todos excitados. Lentamente, las pequeñas nubes azul oscuro que descansaban al ras del horizonte empezaron a crecer y a ascender cielo arriba. Encarnación Mendoza sabía ya que estaba más o menos cercado. Sólo que a diferencia de sus perseguidores —que ignoraban a quién buscaban—, él pensaba que el registro del cañaveral obedecía al propósito de echarle mano y cobrarle lo ocurrido el día de San Juan.

Sin saber a ciencia cierta dónde estaban los soldados, el fugitivo se atenía a su instinto y a su voluntad de escapar; y se corría de un tablón a otro, esquivando el encuentro con los soldados. Estaba ya a tanta distancia de ellos que si se hubiera quedado tranquilo hubiese podido esperar hasta el oscurecer sin peligro de ser localizado. Pero no se hallaba seguro y seguía pasando de tablón a tablón. Al cruzar una trocha fue visto de lejos, y una voz proclamó a todo pulmón:

—¡Allá va, sargento, allá va; y se parece a Encarnación Mendoza!

¡Encarnación Mendoza! De golpe todo el mundo quedó paralizado. ¡Encarnación Mendoza!

—¡Vengan! —demandó el sargento a gritos; y a seguidas echó a correr, el revólver en la mano, hacia donde señalaba el peón que había visto al prófugo.

Era ya cerca de mediodía, y aunque los crecientes nubarrones convertían en sofocante y caluroso el ambiente, los cazadores del hombre apenas lo notaban; corrían y corrían, pegando voces, zigzagueando, disparando sobre las cañas. Encarnación se dejó ver sobre una trocha distante, sólo un momento, huyendo con la velocidad de una sombra fugaz, y no dio tiempo al número Solito Ruiz para apuntarle su fusil.

—¡Que vaya uno al batey y diga de mi parte que me manden do número! —ordenó a gritos el sargento.

Nerviosos, excitados, respirando sonoramente y tratando de mirar hacia todos los ángulos a un tiempo, los perseguidores corrían de un lado a otro dándose voces entre sí, recomendándose prudencia cuando alguno amagaba meterse entre las cañas.

Pasó el mediodía. Llegaron no dos, sino tres números y como nueve o diez peones más; se dispersaron en grupos y la cacería se extendió a varios tablones. A la distancia se veían pasar de pronto un soldado y cuatro o cinco peones, lo cual entorpecía los movimientos, pues era arriesgado tirar si gente amiga estaba al otro extremo. Del batey iban saliendo hombres y hasta alguna mujer; y en la bodega no quedó sino el dependiente, preguntando a todo hijo de Dios que cruzaba si «ya lo habían cogido».

Encarnación Mendoza no era hombre fácil. Pero a eso de las tres, en el camino que dividía el cañaveral de los cerros, esto es, a más de dos horas del batey, un tiro certero le rompió la columna vertebral al tiempo que cruzaba para internarse en la maleza. Se revolcaba en la tierra, manando sangre, cuando recibió catorce tiros más, pues los soldados iban disparándole a medida que se acercaban. Y justamente entonces empezaban a caer las primeras gotas de la lluvia que había comenzado a insinuarse a media mañana.

Estaba muerto Encarnación Mendoza. Conservaba las líneas del rostro, aunque tenía los dientes destrozados por un balazo de máuser. Era día de Nochebuena y él había salido de la Cordillera a pasar la Nochebuena en su casa, no en el batey, vivo o muerto. Comenzaba a llover, si bien por entonces no con fuerza. Y el sargento estaba pensando algo. Si él sacaba el cadáver a la carretera, que estaba hacia poniente, podía llevarlo ese mismo día a Macorís y entregarle ese regalo de Pascuas al capitán; si lo llevaba al batey tendría que coger allí un tren del ingenio para ir a la Romana, y como el tren podría tardar mucho en salir llegaría a la ciudad tarde en la noche, tal vez demasiado tarde para trasladarse a Macorís. En la carretera las cosas son distintas; pasan con frecuencia vehículos, él podría detener un automóvil, hacer bajar la gente y meter el cadáver o subirlo sobre la carga de un camión.

—¡Búsquese un caballo ya memo que vamo a sacar ese vagabundo a la carretera! —dijo dirigiéndose al que tenía más cerca.

No apareció caballo sino burro; y eso, pasadas ya las cuatro, cuando el aguacero pesado hacía sonar sin descanso los sembrados de caña. El sargento no quería perder tiempo. Varios peones, estorbándose los unos a los otros,

colocaron el cadáver atravesado sobre el asno y lo amarraron como pudieron. Seguido por dos soldados y tres curiosos a los que escogió para que arrearan el burro, el sargento ordenó la marcha bajo la lluvia.

No resultó fácil el camino. Tres veces, antes de llegar al primer caserío, el muerto resbaló y quedó colgando bajo el vientre del asno. Éste resoplaba y hacía esfuerzos para trotar entre el barro, que ya empezaba a formarse. Cubiertos sólo con sus sombreros de reglamento al principio, los soldados echaron mano a pedazos de yaguas, a hojas grandes arrancadas a los árboles, o se guarecían en el cañaveral de rato en rato, cuando la lluvia arreciaba más. La lúgubre comitiva anduvo sin cesar, la mayor parte del tiempo en silencio aunque de momento la voz de un soldado comentaba:

—Vea ese sinvergüenza.

O simplemente aludía al cabo Pomares, cuya sangre había sido al fin vengada.

Oscureció del todo, sin duda más temprano que de costumbre por efectos de la lluvia; y con la oscuridad del camino se hizo más difícil, razón por la cual la marcha se tomó lenta. Serían más de las siete, y apenas llovía entonces, cuando uno de los peones dijo:

—Allá se ve una lucecita.

—Sí, del caserío —explicó el sargento; y al instante urdió un plan del que se sintió enormemente satisfecho.

Pues al sargento no le bastaba la muerte de Encarnación Mendoza. El sargento quería algo más. Así cuando un cuarto de hora después se vio frente a la primera casucha del lugar, ordenó con su áspera voz:

—Desamarren ese muerto y tírenlo ahí adentro, que no podemo seguir mojándono.

Decía esto cuando la lluvia era tan escasa que parecía a punto de cesar; y al hablar observaba a los hombres que se afanaban en la tarea de librar el cadáver de cuerdas. Cuando el cuerpo estuvo suelto llamó a la puerta de una casucha justo a tiempo para que la mujer que salió a abrir recibiera sobre los pies, tirado como el de un perro, el cuerpo de Encarnación Mendoza. El muerto estaba empapado en agua, sangre y lodo, y tenía los dientes destrozados por un tiro, lo que le daba a su rostro, antes sereno y bondadoso, la apariencia de estar haciendo una mueca horrible.

La mujer miró aquella masa inerte; sus ojos cobraron de golpe la inexpresiva fijeza de la locura; y llevándose la mano a la boca comenzó a retroceder lentamente, hasta que a tres pasos paró y corrió desolada sobre el cadáver al tiempo que gritaba:

—¡Ay m'shijo; se han quedao guérfano… han matao a Encarnación!

Espantados, atropellándose, los niños salieron de la habitación, lanzándose a las faldas de la madre.

Entonces se oyó una voz infantil en la que se confundían llanto y horror:

—¡Mama, mi mama! …¡Ese fue el muerto que yo vide hoy en el cañaveral!

18. Julio Cortázar (1914-1984)

Hijo de padres argentinos aunque nacido en Bruselas, vivió en Argentina hasta 1951 y desde entonces en Francia. La producción literaria de Cortázar —poemas, novelas, cuentos y prosa miscelánea— es seguramente la más renovadora de Hispanoamérica después de las vanguardias, debido a la absoluta libertad de escritura, al rompimiento de enfoques y estructuras repetidas y a la conjunción de la realidad y la fantasía, el juego y el absurdo.

En 1963 se publicó una extraña novela, *Rayuela*, la obra más conocida y sorprendente del escritor argentino. Es una especie de miscelánea narrativa que puede ser leída de forma convencional o salteando los capítulos, y que en el fondo se convierte en una metáfora literaria de la fragmentación y el profundo caos del mundo, superficial y aparentemente ordenado. El humor, la ironía, los juegos lingüísticos, la búsqueda de nuevas formas expresivas y, en fin, la radicalidad y libertad de su escritura, pusieron en cuestión todas las convenciones del género y la han colocado como una obra de obligada referencia en el panorama de la novela contemporánea. También escribió una serie de obras atípicas que sobrepasan con holgura los moldes genéricos tradicionales, como las ingeniosas y divertidas *Historias de Cronopios y Famas* (1962) o los «collages» *La vuelta al día en ochenta mundos* (1967), *Último round* (1969) y *Los autonautas de las cosmopistas* (1983).

En otra curiosa obra, *Libro de Manuel* (1973), se acentúa todavía más el uso del «collage» y el vanguardismo estético —unido al compromiso social —, intercalando recortes de periódico, experimentalismos lingüísticos, audacias tipográficas, etc.

Pero Julio Cortázar es, también, uno de los maestros reconocidos del cuento en el siglo XX, como lo atestiguan títulos tan importantes como *Bestiario* (1951), *Final de juego* (1956), *Las armas secretas* (1959), *Todos los fuegos el fuego* (1966), *Octaedro* (1974) o *Queremos tanto a Glenda* (1980);

sin olvidar los aspectos teóricos del género tan lúcidamente tratados en dos artículos ya clásicos, «Algunos aspectos del cuento» (1962) y «Del cuento breve y sus alrededores» (1969). El autor argentino ofrece en sus relatos la posibilidad de la aventura más inesperada con un estilo brillante, con la multiplicidad de enfoques y planos narrativos, además de un sorprendente y revolucionario juego con el tiempo y el espacio, la realidad y la fantasía, lo objetivo y lo subjetivo.

En palabras de Jean Franco, los cuentos de Cortázar tratan de «este lado» y «el otro lado», de lo que ha sido estructurado y clasificado y de lo que podría llamarse, poco más o menos, «imaginación» o «libertad». Su enfoque narrativo, tan alejado del realismo decimonónico, se caracteriza por la peculiar manera de contar de forma objetiva lo anómalo y fantástico, con lo que consigue que lo insólito e imaginario resulten creíbles, verosímiles. Oigamos sus propios comentarios: «Casi todos los cuentos que he escrito pertenecen al género llamado fantástico por falta de mejor nombre, y se oponen a ese falso realismo que consiste en creer que todas las cosas pueden describirse y explicarse como lo daba por sentado el optimismo filosófico y científico del siglo XVIII». «Un escritor de verdad es aquel que tiende el arco a fondo mientras escribe, y después lo cuelga de un clavo y se va a tomar vino con los amigos. La flecha ya anda por el aire y se clavará o no se clavará en el blanco; sólo los imbéciles pueden pretender modificar su trayectoria o correr tras ella para darle empujoncitos suplementarios.»

En el cuento seleccionado, «La noche boca arriba», se plantea un viejo problema, muy tratado en la literatura universal: la realidad y el sueño. Lo fantástico de este relato no depende, como en otros casos, de la irrupción de un hecho maravilloso, sino de la manera como las dos historias narradas, aparentemente distintas y en sí perfectamente reales cada una, se articulan y se confunden. Lo que comenzó como un sueño parece que se convierte en realidad y lo que parecía realidad se transforma en sueño o tal vez en un sueño dentro de otro sueño. En definitiva, ¿cuál es el sueño y cuál la realidad?, se pregunta al final el desconcertado lector.

LA NOCHE BOCA ARRIBA

> Y salían en ciertas épocas a cazar enemigos; lo llamaban la guerra florida[87].

A mitad del largo zaguán del hotel pensó que debía ser tarde, y se apuró a salir a la calle y sacar la motocicleta del rincón donde el portero de al lado le permitía guardarla. En la joyería de la esquina vio que eran las nueve menos diez; llegaría con tiempo sobrado adonde iba. El sol se filtraba entre los altos edificios del centro, y él —porque para sí mismo, para ir pensando, no tenía nombre— montó en la máquina saboreando el paseo. La moto ronroneaba entre sus piernas, y un viento fresco le chicoteaba[88] los pantalones.

Dejó pasar los ministerios (el rosa, el blanco) y la serie de comercios con brillantes vitrinas de la calle central. Ahora entraba en la parte más agradable del trayecto, el verdadero paseo: una calle larga, bordeada de árboles, con poco tráfico y amplias villas que dejaban venir los jardines hasta las aceras, apenas demarcadas por setos bajos. Quizá algo distraído, pero corriendo sobre la derecha como correspondía, se dejó llevar por la tersura, por la leve crispación de ese día apenas empezado. Tal vez su involuntario relajamiento le impidió prevenir el accidente. Cuando vio que la mujer parada en la esquina se lanzaba a la calzada a pesar de las luces verdes, ya era tarde para las soluciones fáciles. Frenó con el pie y la mano, desviándose a la izquierda; oyó el grito de la mujer, y junto con el choque perdió la visión. Fue como dormirse de golpe.

Volvió bruscamente del desmayo. Cuatro o cinco hombres jóvenes lo estaban sacando de debajo de la moto. Sentía gusto a sal y sangre, le dolía una rodilla, y cuando lo alzaron gritó, porque no podía soportar la presión en el brazo derecho. Voces que no parecían pertenecer a las caras suspendidas sobre él, lo alentaban con bromas y seguridades. Su único alivio fue oír la confirmación de que había estado en su derecho al cruzar la esquina. Preguntó por la mujer, tratando de dominar la náusea que le ganaba la garganta. Mientras lo llevaban boca arriba hasta una farmacia próxima, supo que la causante del accidente no tenía más que rasguños en las piernas. «Usté la agarró apenas, pero el golpe le hizo saltar la máquina de costado…» Opiniones, recuerdos, despacio, éntrenlo de espaldas, así va bien, y alguien con guardapolvo dándole a beber un trago que lo alivió en la penumbra de una pequeña farmacia de barrio.

La ambulancia policial llegó a los cinco minutos, y lo subieron a una camilla blanda donde pudo tenderse a gusto. Con toda lucidez, pero sabiendo que estaba bajo los efectos de un *shock* terrible, dio sus señas al policía que lo acompañaba. El brazo casi no le dolía; de una cortadura en la ceja goteaba sangre por toda la cara. Una o dos veces se lamió los labios para bebería. Se sentía bien, era una accidente, mala suerte; una semana quieto y nada más. El

vigilante le dijo que la motocicleta no parecía muy estropeada. «Natural», dijo él. «Como que me la tiré encima…» Los dos se rieron, y el vigilante le dio la mano al llegar al hospital y le deseó buena suerte. Ya la náusea volvía poco a poco; mientras lo llevaban en una camilla de ruedas hasta un pabellón del fondo, pasando bajo árboles llenos de pájaros, cerró los ojos y deseó estar dormido o cloroformado. Pero lo tuvieron largo rato en una pieza con olor a hospital, llenando una ficha, quitándole la ropa y vistiéndolo con una camisa grisácea y dura. Le movían cuidadosamente el brazo, sin que le doliera. Las enfermeras bromeaban todo el tiempo, y si no hubiera sido por las contracciones del estómago se habría sentido muy bien, casi contento.

Lo llevaron a la sala de radio, y veinte minutos después, con la placa todavía húmeda puesta sobre el pecho como una lápida negra, pasó a la sala de operaciones. Alguien de blanco, alto y delgado, se le acercó y se puso a mirar la radiografía. Manos de mujer le acomodaron la cabeza, sintió que lo pasaban de una camilla a otra. El hombre de blanco se le acercó otra vez, sonriendo, con algo que le brillaba en la mano derecha. Le palmeó la mejilla e hizo una seña a alguien parado atrás.

Como sueño era curioso porque estaba lleno de olores y él nunca soñaba olores. Primero un olor a pantano, ya que a la izquierda de la calzada empezaban las marismas. Los tembladerales[89] de donde no volvía nada. Pero el olor cesó, y en cambio vino una fragancia compuesta y oscura como la noche en que se movía huyendo de los aztecas. Y todo era tan natural, tenía que huir de los aztecas que andaban a caza de hombre, y su única probabilidad era la de esconderse en lo más denso de la selva, cuidando de no apartarse de la estrecha calzada que sólo ellos, los motecas conocían.

Lo que más lo torturaba era el olor, como si aun en la absoluta aceptación del sueño algo se rebelara contra eso que no era habitual, que hasta entonces no había participado del juego. «Huele a guerra», pensó, tocando instintivamente el puñal de piedra atravesado en su ceñidor de lana tejida. Un sonido inesperado lo hizo agacharse y quedar inmóvil, temblando. Tener miedo no era extraño, en sus sueños abundaba el miedo. Esperó, tapado por las ramas de un arbusto y la noche sin estrellas. Muy lejos probablemente del otro lado del gran lago, debían estar ardiendo fuegos de vivac[90]; un resplandor rojizo teñía esa parte del cielo. El sonido no se repitió. Había sido como una rama quebrada. Tal vez un animal que escapaba como él del olor de la guerra. Se enderezó despacio, venteando. No se oía nada, pero el miedo seguía allí como el olor, ese incienso dulzón de la guerra florida. Había que

seguir, llegar al corazón de la selva evitando las ciénagas. A tientas, agachándose a cada instante para tocar el suelo más duro de la calzada, dio algunos pasos. Hubiera querido echar a correr, pero los tembladerales palpitaban a su lado. Entonces sintió una bocanada horrible del olor que más temía, y saltó desesperado hacia delante.

—Se va a caer de la cama —dijo el enfermo de al lado—. No brinque tanto, amigazo.

Abrió los ojos y era de tarde, con el sol ya bajo en los ventanales de la larga sala. Mientras trataba de sonreír a su vecino, se despegó casi físicamente de la última visión de la pesadilla. El brazo, enyesado, colgaba de un aparato con pesas y poleas. Sintió sed, como si hubiera estado corriendo kilómetros, pero no querían darle mucho agua, apenas para mojarse los labios y hacer un buche. La fiebre lo iba ganando despacio y hubiera podido dormirse otra vez, pero saboreaba el placer de quedarse despierto, entornados los ojos, escuchando el diálogo de los otros enfermos, respondiendo de cuando en cuando a alguna pregunta. Vio llegar un carrito blanco que pusieron al lado de su cama, una enfermera rubia le frotó con alcohol la cara anterior del muslo y le clavó una gruesa aguja conectada con un tubo que subía hasta un frasco lleno de líquido opalino[91]. Un médico joven vino con un aparato de metal y cuero que le ajustó al brazo sano para verificar alguna cosa. Caía la noche, y la fiebre lo iba arrastrando blandamente a un estado donde las cosas tenían un relieve como de gemelos de teatro, eran reales y dulces y a la vez ligeramente repugnantes; como estar viendo una película aburrida y pensar que sin embargo en la calle es peor; y quedarse.

Vino una taza de maravilloso caldo de oro oliendo a puerro, a apio, a perejil. Un trocito de pan, más precioso que todo un banquete, se fue desmigajando poco a poco. El brazo no le dolía nada y solamente en la ceja, donde lo habían suturado, chirriaba a veces una punzada caliente y rápida. Cuando los ventanales de enfrente viraron a manchas de un azul oscuro, pensó que no le iba a ser difícil dormirse. Un poco incómodo, de espaldas, pero al pasarse la lengua por los labios resecos y calientes sintió el sabor del caldo, y suspiró de felicidad, abandonándose.

Primero fue una confusión, un atraer hacia sí todas las sensaciones por un instante embotadas o confundidas. Comprendía que estaba corriendo en plena oscuridad, aunque arriba el cielo cruzado de copas de árboles era menos negro que el resto. «La calzada», pensó. «Me salí de la calzada.» Sus pies se hundían en un colchón de hojas y barro, y ya no podía dar un paso sin que las ramas de los arbustos le azotaran el torso y las piernas. Jadeante, sabiéndose

acorralado a pesar de la oscuridad y el silencio, se agachó para escuchar. Tal vez la calzada estaba cerca, con la primera luz del día iba a verla otra vez. Nada podía ayudarlo ahora a encontrarla. La mano que sin saberlo él aferraba el mango del puñal, subió como el escorpión de los pantanos hasta su cuello, donde colgaba el amuleto protector. Moviendo apenas los labios musitó la plegaria del maíz que trae las lunas felices, y la súplica a la Muy Alta, a la dispensadora de los bienes motecas. Pero sentía al mismo tiempo que los tobillos se le estaban hundiendo despacio en el barro, y la espera en la oscuridad del chaparral desconocido se le hacía insoportable. La guerra florida había empezado con la luna y llevaba ya tres días y tres noches. Si conseguía refugiarse en lo profundo de la selva, abandonando la calzada más allá de la región de las ciénagas, quizá los guerreros no le siguieran el rastro. Pensó en los muchos prisioneros que ya habrían hecho. Pero la cantidad no contaba, sino el tiempo sagrado. La caza continuaría hasta que los sacerdotes dieran la señal del regreso. Todo tenía su número y su fin, y él estaba dentro del tiempo sagrado del otro lado de los cazadores.

Oyó los gritos y se enderezó de un salto, puñal en mano. Como si el cielo se incendiara en el horizonte, vio antorchas moviéndose entre las ramas, muy cerca. El olor a guerra era insoportable, y cuando el primer enemigo le saltó al cuello casi sintió placer en hundirle la hoja de piedra en pleno pecho. Ya lo rodeaban las luces, los gritos alegres. Alcanzó a cortar el aire una o dos veces, y entonces una soga lo atrapó desde atrás.

—Es la fiebre —dijo el de la cama de al lado—. A mí me pasaba igual cuando me operé del duodeno. Tome agua y va a ver que duerme bien.

Al lado de la noche de donde volvía, la penumbra tibia de la sala le pareció deliciosa. Una lámpara violeta velaba en lo alto de la pared del fondo como un ojo protector. Se oía toser, respirar fuerte, a veces un diálogo en voz baja. Todo era grato y seguro, sin ese acoso, sin… Pero no quería seguir pensando en la pesadilla. Había tantas cosas en qué entretenerse. Se puso a mirar el yeso del brazo, las poleas que tan cómodamente se lo sostenían en el aire. Le habían puesto una botella de agua mineral en la mesa de noche. Bebió del gollete golosamente. Distinguía ahora las formas de la sala, las treinta camas, los armarios con vitrinas. Ya no debía tener tanta fiebre, sentía fresca la cara. La ceja le dolía apenas, como un recuerdo. Se vio otra vez saliendo del hotel, sacando la moto. ¿Quién hubiera pensado que la cosa iba a acabar así? Trataba de fijar el momento del accidente, y le dio rabia advertir que había ahí como un hueco, un vacío que no alcanzaba a rellenar. Entre el choque y el momento en que lo habían levantado del suelo, un desmayo o lo

que fuera no le dejaba ver nada. Y al mismo tiempo tenía la sensación de que ese hueco, esa nada, había durado una eternidad. No, ni siquiera tiempo, más bien como si en ese hueco él hubiera pasado a través de algo o recorrido distancias inmensas. El choque, el golpe brutal contra el pavimento. De todas maneras al salir del pozo negro había sentido casi un alivio mientras los hombres lo alzaban del suelo. Con el dolor del brazo roto, la sangre de la ceja partida, la contusión en la rodilla; con todo eso, un alivio al volver al día y sentirse sostenido y auxiliado. Y era raro. Le preguntaría alguna vez al médico de la oficina. Ahora volvía a ganarlo el sueño, a tirarlo despacio hacia abajo. La almohada era tan blanda, y en su garganta afiebrada la frescura del agua mineral. Quizá pudiera descansar de veras, sin las malditas pesadillas. La luz violeta de la lámpara en lo alto se iba apagando poco a poco.

Como dormía de espaldas, no lo sorprendió la posición en que volvía a reconocerse, pero en cambio el olor a humedad, a piedra rezumante de filtraciones, le cerró la garganta y le obligó a comprender. Inútil abrir los ojos y mirar en todas direcciones; lo envolvía una oscuridad absoluta. Quiso enderezarse y sintió las sogas en las muñecas y los tobillos. Estaba estaqueado[92] en el suelo, en un piso de lajas helado y húmedo. El frío le ganaba la espalda desnuda, las piernas. Con el mentón buscó torpemente el contacto con su amuleto, y supo que se lo habían arrancado. Ahora estaba perdido, ninguna plegaria podía salvarlo del final. Lejanamente, como filtrándose entre las piedras del calabozo, oyó los atabales[93] de la fiesta. Lo habían traído al teocalli[94], estaba en las mazmorras del templo a la espera de su turno.

Oyó gritar, un grito ronco que rebotaba en las paredes. Otro grito, acabando en un quejido. Era él que gritaba en las tinieblas con el grito de lo que iba a venir, del final inevitable. Pensó en sus compañeros que llenarían otras mazmorras, y en los que ascendían ya los peldaños del sacrificio. Gritó de nuevo sofocadamente, casi no podía abrir la boca, tenía las mandíbulas agarrotadas y a la vez como si fueran de goma y se abrieran lentamente, con un esfuerzo interminable. El chirriar de los cerrojos lo sacudió como un látigo. Convulso, retorciéndose, luchó por zafarse de las cuerdas que se le hundían en la carne. Su brazo derecho, el más fuerte, tiraba hasta que el dolor se hizo intolerable y tuvo que ceder. Vio abrirse la doble puerta, y el olor de las antorchas le llegó antes que la luz. Apenas ceñidos con el taparrabos de la ceremonia, los acólitos de los sacerdotes se le acercaron mirándolo con desprecio. Las luces se reflejaban en los torsos sudados, en el pelo negro lleno

de plumas. Cedieron las sogas, y en su lugar lo aferraron manos calientes, duras como bronce; se sintió alzado, siempre boca arriba tironeado por los cuatro acólitos que lo llevaban por el pasadizo. Los portadores de antorchas iban adelante, alumbrando vagamente el corredor de paredes mojadas y techo tan bajo que los acólitos debían agachar la cabeza. Ahora lo llevaban, lo llevaban, era el final. Boca arriba, a un metro del techo de roca viva que por momentos se iluminaba con un reflejo de antorcha. Cuando en vez del techo nacieran las estrellas y se alzara frente a él la escalinata incendiada de gritos y danzas, sería el fin. El pasadizo no acababa nunca, pero ya iba a acabar, de repente olería a aire libre lleno de estrellas, pero todavía no, andaban llevándolo sin fin en la penumbra roja, tironeándolo brutalmente, y él no quería, pero cómo impedirlo si le habían arrancado el amuleto que era su verdadero corazón, el centro de la vida.

Salió de un brinco a la noche del hospital, al alto cielo raso dulce, a la sombra blanda que lo rodeaba. Pensó que debía haber gritado, pero sus vecinos dormían callados. En la mesa de noche, la botella de agua tenía algo de burbuja, de imagen traslúcida contra la sombra azulada de los ventanales. Jadeó, buscando el alivio de los pulmones, el olvido de esas imágenes que seguían pegadas a sus párpados. Cada vez que cerraba los ojos las veía formarse instantáneamente, y se enderezaba aterrado, pero gozando a la vez del saber que ahora estaba despierto, que la vigilia lo protegía, que pronto iba a amanecer, con el buen sueño profundo que se tiene a esa hora, sin imágenes, sin nada… Le costaba mantener los ojos abiertos, la modorra era más fuerte que él. Hizo un último esfuerzo, con la mano sana esbozó un gesto hacia la botella de agua; no llegó a tomarla, sus dedos se cerraron en un vacío otra vez negro, y el pasadizo seguía interminable, roca tras roca, con súbitas fulguraciones rojizas, y él boca arriba gimió apagadamente porque el techo iba a acabarse, subía, abriéndose como una boca de sombra, y los acólitos se enderezaban y de la altura una luna menguante le cayó en la cara donde los ojos no querían verla, desesperadamente se cerraban y abrían buscando pasar al otro lado, descubrir de nuevo el cielo raso protector de la sala. Y cada vez que se abrían era la noche y la luna mientras lo subían por la escalinata, ahora con la cabeza colgando hacia abajo, y en lo alto estaban las hogueras, las rojas columnas de humo perfumado, y de golpe vio la piedra roja, brillante de sangre que chorreaba, y el vaivén de los pies del sacrificado que arrastraban para tirarlo rodando por las escalinatas del norte. Con una última esperanza apretó los párpados, gimiendo por despertar. Durante un segundo creyó que lo lograría, porque otra vez estaba inmóvil en la cama, a salvo del balanceo

cabeza abajo. Pero olía la muerte, y cuando abrió los ojos vio la figura ensangrentada del sacrificador que venía hacia él con el cuchillo de piedra en la mano. Alcanzó a cerrar otra vez los párpados, aunque ahora sabía que no iba a despertarse, que estaba despierto, que el sueño maravilloso había sido el otro, absurdo como todos los sueños; un sueño en el que había andado por extrañas avenidas de una ciudad asombrosa, con luces verdes y rojas que ardían sin llama ni humo, con un enorme insecto de metal que zumbaba bajo sus piernas. En la mentira infinita de ese sueño también lo habían alzado del suelo, también alguien se le había acercado con un cuchillo en la mano, a él tendido boca arriba, a él boca arriba con los ojos cerrados entre las hogueras.

19. Juan Rulfo (1918-1986)

De niño presenció y vivió episodios muy violentos de las revueltas campesinas y cristeras que tuvieron especial incidencia en su estado natal de Jalisco, México. El padre fue asesinado cuando Rulfo tenía siete años, al poco tiempo murió la madre y él estuvo internado cuatro años en un orfanato. Fue fotógrafo, articulista, autor de guiones cinematográficos, recogidos en *El gallo de oro y otros textos para cine* (1980) y trabajó durante mucho tiempo en el Instituto Nacional Indigenista de México. Sin embargo, la importancia de Rulfo, el hecho de que sin discusión se le considere una de las más prestigiosas figuras de la literatura hispanoamericana, se debe a sólo dos obras: los dieciséis cuentos de *El llano en llamas* (1953) y una novela, *Pedro Páramo* (1955).

Esta breve, pero tan intensa creación narrativa, está poblada de campos áridos, paisajes desolados, clima abrasador, pueblos yermos y deshabitados, indios y campesinos desheredados, violencia y revolución, pobreza e injusticia, venganza y muerte, la degradación humana, el odio, la culpa y el fanatismo. Pero esta terrible y concreta realidad es trascendida al convertirse en profunda meditación sobre los grandes temas humanos: la muerte y la incomunicación, el dolor, la violencia y el destino y, como dice Coulson, «la soledad del hombre y la desolación del mundo en el que ha sido arrojado».

El estilo del autor mexicano es de desnuda sobriedad unida a la magistral recreación del lenguaje popular de México: «el lenguaje popular, el lenguaje hablado que yo había oído de mis mayores y que sigue vivo hasta hoy». «—La antigua voz de adobe, de maíz y de petate—».

Rulfo emplea diversas técnicas narrativas como el diálogo continuo, la ruptura del orden cronológico lineal, el monólogo interior, los cambios del punto de vista narrativo, las reiteraciones, etc.

Pedro Páramo es una sorprendente e indescriptible novela ubicada en un espacio en apariencia real, pero también simbólico: un espacio mítico, Cómala: El paraíso añorado de algunos personajes y también el lugar donde reina la violencia y el despotismo del cacique Pedro Páramo, pero sobre todo el ámbito fantasmal de la muerte. «En verdad —afirma el propio autor— es el relato de un pueblo: una aldea muerta en donde todos están muertos, incluso el narrador, y sus calles y campos son recorridos únicamente por las ánimas y los ecos capaces de fluir sin límites en el tiempo y en el espacio.»

Los recuerdos fragmentados, las distintas historias dislocadas en el tiempo y el espacio, lo fantástico o fantasmagórico unido a la más cruda realidad, se entremezclan impregnados por el poso del polvo, de la añoranza y de la muerte. Hay que destacar la extremada concentración expresiva, al reducir a lo absolutamente esencial una obra que, según el propio autor, en una primera versión doblaba en páginas a la definitiva publicada. El lector inteligente y preparado, según lo anteriormente indicado, se encuentra estupefacto ante un aparente rompecabezas que deberá recomponer cuidadosamente y atentamente para que, al final, pueda sentir el profundo placer de la lectura creativa, comprensiva y totalizadora de esta obra maestra de la narrativa contemporánea.

El cuento seleccionado, «Luvina», escrito entre diciembre de 1952 y enero de 1953, era, juntamente con «¡Diles que no me maten!», el cuento preferido de Rulfo y de los dos se conserva una lectura grabada por él, convertida en objeto de culto por los entusiastas de su obra. Siempre resaltó la estrecha relación que existía entre este cuento y su famosa novela. «“Luvina” creo que es el vínculo, el nexo con *Pedro Páramo*. La atmósfera creada en el cuento me dio, poco a poco, casi con exactitud, el ambiente en que se iba a desarrollar la novela.»

¿Quién habla?, ¿con quién habla?, ¿dónde habla?, ¿de qué habla? Estas son las preguntas suscitadas por este magistral relato. En el espacio interior de una taberna, mediante el recuerdo monologante del innominado narrador protagonista, se nos va revelando la desolación del pueblo de Luvina, «el lugar donde anida la tristeza y donde sólo se oía el viento», tierra de desamparo y muerte que todo lo destruye, como al propio narrador.

LUVINA

De los cerros altos del sur, el de Luvina es el más alto y el más pedregoso. Está plagado de esa piedra gris con la que hacen la cal, pero en Luvina no hacen cal con ella ni le sacan ningún provecho. Allí la llaman piedra cruda, y la loma que sube hacia Luvina la nombran cuesta de la Piedra Cruda. El aire y el sol se han encargado de desmenuzarla, de modo que la tierra de por allí es blanca y brillante como si estuviera rociada siempre por el rocío del amanecer; aunque esto es un puro decir porque en Luvina los días son tan fríos como las noches y el rocío se cuaja en el cielo antes que llegue a caer sobre la tierra.

… Y la tierra es empinada. Se desgaja por todos lados en barrancas hondas, de un fondo que se pierde de tan lejano. Dicen los de Luvina que de aquellas barrancas suben los sueños; pero yo lo único que vi subir fue el viento, en tremolina, como si allá abajo lo tuvieran encañonado en tubos de carrizo[95]. Un viento que no deja crecer ni a las dulcamaras: esas plantitas tristes que apenas si pueden vivir un poco untadas a la tierra, agarradas con todas sus manos al despeñadero de los montes. Sólo a veces, allí donde hay un poco de sombra, escondido entre las piedras, florece el chicalote[96] con sus amapolas blancas. Pero el chicalote pronto se marchita. Entonces uno lo oye rasguñando el aire con sus ramas espinosas, haciendo un ruido como el de un cuchillo sobre una piedra de afilar.

—Ya mirará usted ese viento que sopla sobre Luvina. Es pardo. Dicen que porque arrastra arena del volcán: pero lo cierto es que es un aire negro. Ya lo verá usted. Se planta en Luvina prendiéndose de las cosas como si las mordiera. Y sobran días en que se lleva el techo de las casas como si se llevara un sombrero de petate[97], dejando los paredones lisos, descobijados. Luego rasca como si tuviera uñas; uno lo oye a mañana y tarde, hora tras hora, sin descanso raspando las paredes, arrancando tecatas[98] de tierra, escarbando con su pala picuda por debajo de las puertas, hasta sentirlo bullir dentro de uno como si se pusiera a remover los goznes de nuestros mismos huesos. Ya lo verá usted.

El hombre aquel que hablaba se quedó callado un rato, mirando hacia fuera.

Hasta ellos llegaba el sonido del río pasando sus crecidas aguas por las ramas de los camichines[99]; el rumor del aire moviendo suavemente las hojas de los almendros, y los gritos de los niños jugando en el pequeño espacio iluminado por la luz que salía de la tienda.

Los comejenes[100] entraban y rebotaban contra la lámpara de petróleo, cayendo al suelo con las alas chamuscadas.

Y fuera seguía avanzando la noche.

—¡Oye, Camilo, mándanos otras dos cervezas! —volvió a decir el hombre. Después añadió:

—Otra cosa, señor. Nunca verá usted un cielo azul en Luvina. Allí todo el horizonte está desteñido; nublado siempre por una mancha caliginosa que no se borra nunca. Todo el lomerío pelón, sin un árbol, sin una cosa verde para descansar los ojos; todo envuelto en el calín[101] ceniciento. Usted verá eso: aquellos cerros apagados como si estuvieran muertos y a Luvina en el más alto, coronándolo con su blanco caserío como si fuera una corona de muerto…

Los gritos de los niños se acercaron hasta meterse dentro de la tienda. Eso hizo que el hombre se levantara, fuera hacia la puerta y les dijera: «¡Váyanse más lejos! ¡No interrumpan! Sigan jugando, pero sin armar alboroto».

Luego, dirigiéndose otra vez a la mesa, se sentó y dijo:

—Pues sí, como le estaba diciendo. Allá llueve poco. A mediados de año llegan unas cuantas tormentas que azotan la tierra y la desgarran, dejando nada más el pedregal flotando encima del tepetate[102]. Es bueno ver entonces cómo se arrastran las nubes, cómo andan de un cerro a otro dando tumbos como si fueran vejigas infladas; rebotando y pegando de truenos igual que si se quebraran en el filo de las barrancas. Pero después de diez o doce días se van y no regresan sino al año siguiente, y a veces se da el caso de que no regresan en varios años.

«… Sí, llueve poco. Tan poco o casi nada, tanto que la tierra, además de estar reseca y achicada como cuero viejo, se ha llenado de rajaduras y de esa cosa que allí llaman “pasojos de agua”, que no son sino terrones endurecidos como piedras filosas, que se clavan en los pies de uno al caminar, como si allí hasta a la tierra le hubieran crecido espinas. Como si así fuera.»

Bebió la cerveza hasta dejar sólo burbujas de espuma en la botella y siguió diciendo:

—Por cualquier lado que se le mire, Luvina es un lugar muy triste. Usted que va para allá se dará cuenta. Yo diría que es el lugar donde anida la tristeza. Donde no se conoce la sonrisa, como si a toda la gente le hubieran entablado la cara. Y usted, si quiere, puede ver esa tristeza a la hora que quiera. El aire que allí sopla la revuelve, pero no se la lleva nunca. Está allí como si allí hubiera nacido. Y hasta se puede probar y sentir, porque está siempre encima de uno, apretada contra de uno, y porque es oprimente como una gran cataplasma sobre la viva carne del corazón.

»… Dicen los de allí que cuando llena la luna, ven de bulto la figura del viento recorriendo las calles de Luvina, llevando a rastras una cobija[103] negra; pero yo siempre lo que llegué a ver, cuando había luna en Luvina, fue la imagen del desconsuelo… siempre.

»Pero tómese su cerveza. Veo que no le ha dado ni siquiera una probadita. Tómesela. O tal vez no le guste así tibia como está. Y es que aquí no hay de otra. Yo sé que así sabe mal; que agarra un sabor como a meados de burro. Aquí uno se acostumbra. A fe que allá ni siquiera esto se consigue. Cuando vaya a Luvina la extrañará. Allí no podrá probar sino un mezcal[104] que ellos hacen con una yerba llamada hojasé, y que a los primeros tragos estará usted dando de volteretas como si lo chacamotearan[105]. Mejor tómese su cerveza. Yo sé lo que le digo.»

Allá afuera seguía oyéndose el batallar del río. El rumor del aire. Los niños jugando. Parecía ser aún temprano, en la noche.

El hombre se había ido a asomar una vez más a la puerta y había vuelto.

Ahora venía diciendo:

—Resulta fácil ver las cosas desde aquí, meramente traídas por el recuerdo, donde no tienen parecido ninguno. Pero a mí no me cuesta ningún trabajo seguir hablándole de lo que sé, tratándose de Luvina. Allá viví. Allá dejé la vida… Fui a ese lugar con mis ilusiones cabales y volví viejo y acabado. Y ahora usted va para allá… Está bien. Me parece recordar el principio. Me pongo en su lugar y pienso… Mire usted, cuando yo llegué por primera vez a Luvina… ¿Pero me permite antes que me tome su cerveza? Veo que usted no le hace caso. Y a mí me sirve de mucho. Me alivia. Siento como si me enjuagaran la cabeza con aceite alcanforado… Bueno, le contaba que cuando llegué por primera vez a Luvina, el arriero que nos llevó no quiso dejar ni siquiera que descansaran las bestias. En cuanto nos puso en el suelo, se dio media vuelta:

«—Yo me vuelvo —nos dijo.

»—Espera, ¿no vas a dejar sestear tus animales? Están muy aporreados.

»—Aquí se fregarían[106] más —nos dijo—. Mejor me vuelvo.

»Y se fue, dejándose caer por la cuesta de la Piedra Cruda, espoleando sus caballos como si se alejara de algún lugar endemoniado.

»Nosotros, mi mujer y mis tres hijos, nos quedamos allí, parados en mitad de la plaza, con todos nuestros ajuares en los brazos. En medio de aquel lugar donde sólo se oía el viento…

»Una plaza sola, sin una sola yerba para detener el aire. Allí nos quedamos.

»Entonces yo le pregunté a mi mujer:

»—¿En qué país estamos, Agripina?

»Y ella se alzó de hombros.

»—Bueno, si no te importa, ve a buscar dónde comer y dónde pasar la noche. Aquí te aguardamos —le dije.

»Ella agarró al más pequeño de sus hijos y se fue. Pero no regresó.

»Al atardecer, cuando el sol alumbraba sólo las puntas de los cerros, fuimos a buscarla. Anduvimos por los callejones de Luvina, hasta que la encontramos metida en la iglesia; sentada mero en medio de aquella iglesia solitaria, con el niño dormido entre sus piernas.

»—¿Qué haces aquí, Agripina?

»—Entré a rezar —nos dijo.

»—¿Para qué? —le pregunté yo.

»Y ella se alzó de hombros.

»Allí no había a quién rezarle. Era un jacalón[107] vacío, sin puertas, nada más con unos socavones abiertos y un techo resquebrajado por donde se colaba el aire como por un cedazo.

»—¿Dónde está la fonda?

»—No hay ninguna fonda.

»—¿Y el mesón?

»—No hay ningún mesón.

»—¿Viste a alguien? ¿Vive alguien aquí? —le pregunté.

»—Sí, allá enfrente… Unas mujeres… las sigo viendo. Mira, allí tras las rendijas de esa puerta veo brillar los ojos que nos miran… Han estado asomándose para acá… Míralas. Veo las bolas brillantes de sus ojos… Pero no tienen qué darnos de comer. Me dijeron sin sacar la cabeza que en este pueblo no había de comer… Entonces entré aquí a rezar a pedirle a Dios por nosotros.

»—¿Por qué no regresaste allí? Te estuvimos esperando.

»—Entré aquí a rezar. No he terminado todavía.

»—¿Qué país es éste, Agripina?

»Aquella noche nos acomodamos para dormir en un rincón de la iglesia, detrás del altar desmantelado. Hasta allí llegaba el viento, aunque un poco menos fuerte. Lo estuvimos oyendo pasar por encima de nosotros, con sus largos aullidos; lo estuvimos oyendo entrar y salir por los huecos socavones de las puertas; golpeando con sus manos de aire las cruces del viacrucis; unas cruces grandes y duras hechas con palo de mezquite[108] que colgaban de las

paredes a todo lo largo de la iglesia, amarradas con alambres que rechinaban a cada sacudida del viento como si fuera un rechinar de dientes.

»Los niños lloraban porque no los dejaba dormir el miedo. Y mi mujer, tratando de retenerlos a todos entre sus brazos. Abrazando su manojo de hijos. Y yo allí, sin saber qué hacer.

»Poco antes del amanecer se calmó el viento. Después regresó. Pero hubo un momento en esa madrugada en que todo se quedó tranquilo, como si el cielo se hubiera juntado con la tierra, aplastando los ruidos con su peso… Se oía la respiración de los niños ya descansada. Oía el resuello de mi mujer ahí a mi lado:

»—¿Qué es? —me dijo.

»—¿Qué es qué? —le pregunté.

»—Eso, el ruido ese.

»—Es el silencio. Duérmete. Descansa, aunque sea un poquito, que va a amanecer.

»Pero al rato oí yo también. Era como un aletear de murciélagos en la oscuridad, muy cerca de nosotros. De murciélagos de grandes alas que rozaban el suelo. Me levanté y se oyó el aletear más fuerte, como si la parvada de murciélagos se hubiera espantado y volara hacia los agujeros de las puertas. Entonces caminé de puntillas hacia allá, sintiendo delante de mí aquel murmullo sordo. Me detuve en la puerta y las vi. Vi a todas las mujeres de Luvina con su cántaro al hombro, con el rebozo[109] colgado de su cabeza y sus figuras negras sobre el negro fondo de la noche.

»—¿Qué quieren? —les pregunté—. ¿Qué buscan a estas horas?

»Una de ellas respondió:

»—Vamos por agua.

»Las vi paradas frente a mí, mirándome. Luego, como si fueran sombras, echaron a caminar calle abajo con sus negros cántaros.

»No, no se me olvidará jamás esa primera noche que pasé en Luvina.

»… ¿No cree usted que esto se merece otro trago? Aunque sea nomás para que se me quite el mal sabor del recuerdo.»

—Me parece que usted me preguntó cuántos años estuve en Luvina, ¿verdad…? La verdad es que no lo sé. Perdí la noción del tiempo desde que las fiebres me lo enrevesaron; pero debió haber sido una eternidad… Y es que allá el tiempo es muy largo. Nadie lleva la cuenta de las horas ni a nadie le preocupa cómo van amontonándose los años. Los días comienzan y se acaban. Luego viene la noche. Solamente el día y la noche hasta el día de la muerte, que para ellos es una esperanza.

»Usted ha de pensar que le estoy dando vueltas a una misma idea. Y así es, sí señor… Estar sentado en el umbral de la puerta, mirando la salida y la puesta del sol, subiendo y bajando la cabeza, hasta que acaban aflojándose los resortes y entonces todo se queda quieto, sin tiempo, como si se viviera siempre en la eternidad. Eso hacen allí los viejos.

»Porque en Luvina sólo viven los puros viejos y los que todavía no han nacido, como quien dice… Y mujeres sin fuerzas, casi trabadas de tan flacas. Los niños que han nacido allí se han ido… Apenas les clarea el alba y ya son hombres. Como quien dice, pegan el brinco del pecho de la madre al azadón y desaparecen de Luvina. Así es allí la cosa.

»Sólo quedan los puros viejos y las mujeres solas, o con un marido que anda donde sólo Dios sabe dónde… Vienen de vez en cuando como las tormentas de que le hablaba: se oye un murmullo en todo el pueblo cuando regresan y un como gruñido cuando se van… dejan el costal del bastimento[110] para los viejos y plantan otro hijo en el vientre de sus mujeres, y ya nadie vuelve a saber de ellos sino al año siguiente, y a veces nunca… Es la costumbre. Allí le dicen la ley, pero es lo mismo. Los hijos se pasan la vida trabajando para los padres como ellos trabajaron para los suyos y como quién sabe cuántos atrás de ellos cumplieron con su ley…

»Mientras tanto, los viejos aguardan por ellos y por el día de la muerte, sentados en sus puertas, con los brazos caídos, movidos sólo por esa gracia que es la gratitud del hijo… Solos, en aquella soledad de Luvina.

»Un día traté de convencerlos de que se fueran a otro lugar, donde la tierra fuera buena. “¡Vámonos de aquí! —les dije—. No faltará modo de acomodarnos en alguna parte. El gobierno nos ayudará.”

»Ellos me oyeron, sin parpadear, mirándome desde el fondo de sus ojos de los que sólo se asomaba una lucecita allá muy dentro.

»—¿Dices que el gobierno nos ayudará, profesor? ¿Tú no conoces al gobierno?

»Les dije que sí.

»—También nosotros lo conocemos. Da esa casualidad. De lo que no sabemos nada es de la madre del gobierno.

»Yo les dije que era la Patria. Ellos movieron la cabeza diciendo que no. Y se rieron. Fue la única vez que he visto reír a la gente de Luvina. Pelaron sus dientes molenques[111] y me dijeron que no, que el gobierno no tenía madre.

»Y tienen razón, ¿sabe usted? El señor ese sólo se acuerda de ellos cuando alguno de sus muchachos ha hecho alguna fechoría acá abajo. Entonces

manda por él hasta Luvina y se lo matan. De ahí en más no saben si existe.

»—Tú nos quieres decir que dejemos Luvina porque, según tú, ya estuvo bueno de aguantar hambres sin necesidad —me dijeron—. Pero si nosotros nos vamos, ¿quién se llevará a nuestros muertos? Ellos viven aquí y no podemos dejarlos solos.

»Y allá siguen. Usted los verá a la hora que vaya. Mascando bagazos de mezquite seco y tragándose su propia saliva para engañar el hambre. Los mirará pasar como sombras, repegados al muro de las casas, casi arrastrados por el viento.

»—¿No oyen ese viento? —les acabé por decir—. Él acabará con ustedes.

»—Dura lo que debe durar. Es el mandato de Dios —me contestaron—. Malo cuando deja de hacer aire. Cuando eso sucede, el sol se arrima mucho a Luvina y nos chupa la sangre y la poca agua que tenemos en el pellejo. El aire hace que el sol se esté allá arriba. Así es mejor.

»Ya no les volví a decir nada. Me salí de Luvina y no he vuelto ni pienso regresar.

»Pero mire las maromas[112] que da el mundo. Usted va para allá ahora, dentro de pocas horas. Tal vez ya se cumplieron quince años que me dijeron a mí lo mismo: “Usted va a ir a San Juan Luvina.” En esa época tenía yo mis fuerzas. Estaba cargado de ideas… Usted sabe que a todos nosotros nos infunden ideas. Y uno va con esa plasta encima para plasmarla en todas partes. Pero en Luvina no cuajó eso. Hice el experimento y se deshizo…

»San Juan Luvina. Me sonaba a nombre de cielo aquel nombre. Pero aquello es el purgatorio. Un lugar moribundo donde se han muerto hasta los perros y ya no hay ni quien le ladre al silencio; pues en cuanto uno se acostumbra al vendaval que allí sopla, no se oye sino el silencio que hay en todas las soledades. Y eso acaba con uno. Míreme a mí. Conmigo acabó. Usted que va para allá comprenderá pronto lo que le digo…

»¿Qué opina usted si le pedimos a este señor que nos matice unos mezcalitos? Con la cerveza se levanta uno a cada rato y eso interrumpe mucho la plática. ¡Oye, Camilo, mándanos ahora unos mezcales!

»Pues sí, como le estaba yo diciendo…»

Pero no dijo nada. Se quedó mirando un punto fijo sobre la mesa donde los comejenes ya sin sus alas rondaban como gusanitos desnudos.

Afuera seguía oyéndose cómo avanzaba la noche. El chapoteo del río contra los troncos de los camichines. El griterío ya muy lejano de los niños. Por el pequeño cielo de la puerta se asomaban las estrellas.

El hombre que miraba a los comejenes se recostó sobre la mesa y se quedó dormido.

20. Mario Benedetti (1920)[113]

Nacido en Uruguay y de origen muy humilde, realizó diversos trabajos y oficios: como cajero, contable, vendedor y funcionario público. En 1945 comenzó su labor periodística y entre 1968 y 1971 dirigió en Cuba el Centro de Investigaciones Literarias de la Casa de las Américas. Poco después inició su larga peregrinación como exiliado político en Cuba, Perú, Argentina y finalmente España. Su obra literaria comprende todos los géneros: poesía, novela, cuento, teatro, ensayo y crítica.

Poesía: *La víspera indeleble* (1945), *Poemas de la oficina* (1956), *Inventario* (1965), *Poemas del hoy por hoy* (1965), *A ras de sueño* (1967), *Poemas de otros* (1974), *Cotidianos* (1979) y *Viento del exilio* (1984).

Novela: *Quién de nosotros* (1953), *Gracias por el fuego* (1965), *El cumpleaños de Juan Ángel* (1971), *La tregua* (1960) —su novela más conocida—, *Primavera con una esquina rota* (1982) y *La borra del café* (1993), autobiográfica.

Ensayo: *Peripecia y novela* (1948), *El país de la cola de paja* (1960), *Letras del continente mestizo* (1967) y *El escritor latinoamericano y la revolución* (1974).

Cuento: *Esta mañana* (1949), *El último viaje y otros cuentos* (1951), *Montevideanos* (1959), *La muerte y otras sorpresas* (1968), *Con* y *sin nostalgias* (1977) y *Geografías* (1984).

La prosa de Benedetti, cargada de ironía, es sobria y precisa, resultado de una cuidadosa depuración, y su amplia obra, comprometida con la realidad que le ha tocado vivir, está muy presente en el desarrollo literario y cultural de Hispanoamérica.

«Cleopatra» es un delicioso cuento sobre esa etapa de la vida, la primera juventud, llena de descubrimientos contradictorios, como el del primer amor.

CLEOPATRA

El hecho de ser la única mujer entre seis hermanos me había mantenido siempre en un casillero especial de la familia. Mis hermanos me tenían (todavía me tienen) afecto, pero se ponían bastante pesados cuando me hacían bromas sobre la insularidad de mi condición femenina. Entre ellos se

intercambiaban chistes, de los que por lo común yo era destinataria, pero pronto se arrepentían, especialmente cuando yo me echaba a llorar, impotente, y me acariciaban o me besaban o me decían: Pero, Mercedes, ¿nunca aprenderás a no tomarnos en serio?

Mis hermanos tenían muchos amigos, entre ellos Dionisio y Juanjo, que eran simpáticos y me trataban con cariño, como si no fuese una hermanita menor. Pero también estaba Renato, que me molestaba todo lo que podía, pero sin llegar nunca al arrepentimiento final de mis hermanos. Yo lo odiaba, sin ningún descuento, y tenía conciencia de que mi odio era correspondido.

Cuando me convertí en una muchacha, mis padres me dejaban ir a fiestas y bailes, pero siempre y cuando me acompañaran mis hermanos. Ellos cumplían su misión cancerbera con liberalidad, ya que, una vez introducidos ellos y yo en el jolgorio, cada uno disfrutaba por su cuenta y sólo nos volvíamos a ver cuando venían a buscarme para la vuelta a casa.

Sus amigos a veces venían con nosotros, y también las muchachas con las que estaban más o menos enredados. Yo también tenía mis amigos, pero en el fondo habría preferido que Dionisio, y sobre todo Juanjo, que me parecía guapísimo, me sacaran a bailar y hasta me hicieran alguna «proposición deshonesta». Sin embargo para ellos yo seguía siendo la chiquilina de siempre, y eso a pesar de mis pechitos en alza y de mi cintura, que tal vez no era de avispa, pero sí de abeja reina. Renato concurría poco a esas reuniones, y, cuando lo hacía, ni nos mirábamos. La animadversión seguía siendo mutua.

En el carnaval de 1958 nos disfrazamos todos con esmero, gracias a la espontánea colaboración de mamá y sobre todo de la tía Ramona, que era modista. Así mis hermanos fueron, por orden de edades: un mosquetero, un pirata, un cura párroco, un marciano y un esgrimista. Yo era Cleopatra, y por si alguien no se daba cuenta, a primera vista, de a quién representaba, llevaba una serpiente de plástico que me rodeaba el cuello. Ya sé que la historia habla de un áspid, pero a falta de áspid, la serpiente de plástico era un buen sucedáneo. Mamá estaba un poco escandalizada porque se me veía el ombligo, pero uno de mis hermanos la tranquilizó: No te preocupes, vieja, nadie se va a sentir tentado por ese ombliguito de recién nacido. A esa altura yo ya no lloraba con sus bromas, así que le di al descarado un puñetazo en pleno estómago, que le dejó sin habla por un buen rato. Rememorando viejos diálogos, le dije: Disculpá, hermanito, pero no es para tanto, ¿cuándo aprenderás a no tomar en serio mis golpes de karate?

Nos pusimos caretas o antifaces. Yo llevaba un antifaz dorado, para no desentonar con la pechera áurea de Cleopatra. Cuando ingresamos en el baile

(era un club de Malvín) hubo murmullos de asombro, y hasta aplausos. Parecíamos un desfile de modelos. Como siempre nos separamos y yo me divertí de lo lindo. Bailé con un arlequín, un domador, un paje, un payaso y un marqués. De pronto, cuando estaba en plena rumba con un chimpancé, un cacique piel roja, de buena estampa, me arrancó de los peludos brazos del primate y ya no me dejó en toda la noche. Bailamos tangos, más rumbas, boleros, milongas, y fuimos sacudidos por el recién estrenado seísmo del *rock-and-roll*. Mi pareja llevaba una careta muy pintarrajeada, como correspondía a su apelativo de Cara Rayada.

Aunque forzaba una voz de máscara que evidentemente no era la suya, desde el primer momento estuve segura de que se trataba de Juanjo (entre otros indicios, me llamaba por mi nombre) y mi corazón empezó a saltar al compás de ritmos tan variados. En ese club nunca contrataban orquestas, pero tenían un estupendo equipo sonoro que iba alternando los géneros, a fin de (así lo habían advertido) conformar a todos. Como era de esperar, cada nueva pieza era recibida con aplausos y abucheos, pero en la siguiente era todo lo contrario: abucheos y aplausos. Cuando le llegó el turno al bolero, el cacique me dijo: Esto es muy cursi, me tomó de la mano y me llevó al jardín, a esa altura ya colmado de parejas, cada una en su rincón de sombra.

Creo que ya era hora de que nos encontráramos así, Mercedes, la verdad es que te has convertido en una mujercita. Me besó sin pedir permiso y a mí me pareció la gloria. Le devolví el beso con hambre atrasada. Me enlazó por la cintura y yo rodeé su cuello con mis brazos de Cleopatra. Recuerdo que la serpiente me molestaba, así que la arranqué de un tirón y la dejé en un cantero, con la secreta esperanza de que asustara a alguien.

Nos besamos y nos besamos, y él murmuraba cosas lindas en mi oído. También acariciaba de vez en cuando, y yo diría que con discreción, el ombligo de Cleopatra y tuve la impresión de que no le parecía el de un recién nacido. Ambos estábamos bastante excitados cuando escuché la voz de uno de mis hermanos: había llegado la hora del regreso. Mejor te hubieras disfrazado de Cenicienta, dijo Cara Rayada con un tonito de despecho, Cleopatra no regresaba a casa tan temprano. Lo dijo recuperando su verdadera voz y al mismo tiempo se quitó la careta. Recuerdo ese momento como el más desgraciado de mi juventud. Tal vez ustedes lo hayan adivinado: no era Juanjo, sino Renato. Renato que despojado ya de su careta de fabuloso cacique, se había puesto la otra máscara, la de su rostro real, ésa que yo siempre había odiado y seguí por mucho tiempo odiando. Todavía hoy, a

treinta años de aquellos carnavales, siento que sobrevive en mí una casi imperceptible hebra de aquel odio. Todavía hoy, aunque sea mi marido.

21. Gabriel García Márquez (1928)[114]

Gabriel García Márquez, premio Nobel de Literatura en 1982, es el escritor hispanoamericano cuya obra literaria ha alcanzado mayor resonancia internacional. Su infancia transcurrió en Aracataca, pueblo colombiano situado en la costa atlántica. Allí vivió intensamente un mundo legendario en contacto con su abuelo, curioso personaje, participante en guerras y muertes, contador de mentiras y verdades y de quien aprendió historias prodigiosas y el modo de narrarlas. Estudiante de Derecho, periodista, guionista de cine, corresponsal de prensa en Europa, fue desde muy joven apasionado lector que reconoce a *Edipo Rey*, la tragedia de Sófocles, como la obra que marcó profundamente su sensibilidad.

Estos son los principales títulos de este contador de historias y fabulador extraordinario:

Novelas cortas: *La hojarasca* (1955), *El coronel no tiene quien le escriba* (1961) y *La mala hora* (1983).

Cuentos: *Los funerales de la Mamá Grande* (1962), *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y su abuela desalmada* (1972), *Ojos de perro azul* (1974) y *Doce cuentos peregrinos* (1992). A medias entre el relato y la crónica periodística, *Relato de un náufrago* (1970).

Novelas: *Cien años de soledad* (1967), *El otoño del Patriarca* (1975), *Crónica de una muerte anunciada* (1981), *El amor en los tiempos del cólera* (1985), *El General en su laberinto* (1989) y *Del amor y otros demonios* (1994).

Con *Cien años de soledad*, traducida a más de treinta idiomas y unos treinta millones de ejemplares vendidos, García Márquez consigue la consagración universal. Se trata de uno de los mayores éxitos de la novela contemporánea y en ella culminan las narraciones anteriores y se convierte en el paradigma del llamado «realismo mágico», ya que lo fantástico y lo insólito aparecen mezclados con lo real con absoluta naturalidad para reflejar la soledad del hombre contemporáneo. *Cien años de soledad* es una extensa crónica sobre seis generaciones de la familia Buendía —pasiones desbordantes, amores y muertes, revoluciones y calamidades de todo tipo— en el inolvidable universo mítico de Macondo, donde se funde el tiempo, la

realidad y la fantasía, los recuerdos, las tradiciones y las fábulas, pero todo quedará sepultado en medio del olvido y la soledad, ante el empuje y la fuerza de un nuevo mundo tecnificado y ajeno. El tiempo y la soledad, como el título expresa, son los dos temas obsesivos. Vargas Llosa la considera «una novela total en la medida que describe un mundo cerrado, desde su nacimiento hasta su muerte y en todos los órdenes que lo componen —el individual y el colectivo, el legendario y el histórico, el cotidiano y el mítico—» y concluye diciendo que *Cien años de soledad* es el *Amadís* de América.

«La siesta del martes» es uno de los primeros cuentos de García Márquez, escrito en 1948 y que figura a la cabeza del volumen *Los funerales de la Mamá Grande*. Es un relato contado en tercera persona, sin intervención del narrador, con parcos elementos descriptivos y pequeños toques de sabor local y ubicado en algún lugar de la Colombia costera. Llama la atención lo escueto del lenguaje y el empleo de sólo tres colombianismos muy poco marcados. Además, aparentemente, apenas sucede nada y concluye con un final abierto, antiespectacular, muy distinto de los finales imprevistos e impactantes —verdaderos mazazos sobre el lector— de tantos relatos famosos. Cuento, pues, de situación, de ambiente, de atmósfera más que de acción y que, sin embargo, ha sido unánimemente valorado como uno de los mejores del autor. En palabras de Mario Benedetti: «un relato de una concisión admirable y, sobre todo, de un excepcional equilibrio artístico», y David Lagmanovich añade: «Esa siesta, ese pueblo, esa mujer, ese mundo evocado, viven eternamente».

LA SIESTA DEL MARTES

El tren salió del trepidante corredor de rocas bermejas, penetró en las plantaciones de banano, simétricas e interminables, y el aire se hizo húmedo y no se volvió a sentir la brisa del mar. Una humareda sofocante entró por la ventanilla del vagón. En el estrecho camino paralelo a la vía férrea había carretas de bueyes cargadas de racimos verdes. Al otro lado del camino, en intempestivos espacios sin sembrar, había oficinas con ventiladores eléctricos, campamentos de ladrillos rojos y residencias con sillas y mesitas blancas en las terrazas entre palmeras y rosales polvorientos. Eran las once de la mañana y aún no había empezado el calor.

—Es mejor que subas el vidrio —dijo la mujer—. El pelo se te va a llenar de carbón.

La niña trató de hacerlo pero la persiana estaba bloqueada por óxido.

Eran los únicos pasajeros del escueto vagón de tercera clase. Como el humo de la locomotora siguió entrando por la ventanilla, la niña abandonó el puesto y puso en su lugar los únicos objetos que llevaban: una bolsa de material plástico con cosas de comer y un ramo de flores envuelto en papel de periódicos. Se sentó en el asiento opuesto, alejada de la ventanilla, de frente a su madre. Ambas guardaban un luto riguroso y pobre.

La niña tenía doce años y era la primera vez que viajaba. La mujer parecía demasiado vieja para ser su madre, a causa de las venas azules en los párpados y el cuerpo pequeño, blando y sin formas, en un traje cortado como de sotana. Viajaba con la columna vertebral firmemente apoyada contra el espaldar del asiento, sosteniendo en el regazo con ambas manos una cartera de charol desconchado. Tenía la serenidad escrupulosa de la gente acostumbrada a la pobreza.

A las doce había empezado el calor. El tren se detuvo diez minutos en una estación sin pueblo para abastecerse de agua. Afuera, en el misterioso silencio de las plantaciones, la sombra tenía un aspecto limpio. Pero el aire estancado dentro del vagón olía a cuero sin curtir. El tren no volvió a acelerar. Se detuvo en dos pueblos iguales, con casas de madera pintadas de colores vivos. La mujer inclinó la cabeza y se hundió en el sopor. La niña se quitó los zapatos. Después fue a los servicios sanitarios a poner en agua el ramo de flores muertas.

Cuando volvió al asiento la madre la esperaba para comer. Le dio un pedazo de queso, medio bollo de maíz y una galleta dulce, y sacó para ella de la bolsa de material plástico una ración igual. Mientras comían, el tren atravesó muy despacio un puente de hierro y pasó de largo por un pueblo igual a los anteriores, sólo que en éste había una multitud en la plaza. Una banda de músicos tocaba una pieza alegre bajo el sol aplastante. Al otro lado del pueblo, en una llanura cuarteada por la aridez, terminaban las plantaciones.

La mujer dejó de comer.

—Ponte los zapatos —dijo.

La niña miró hacia el exterior. No vio nada más que la llanura desierta por donde el tren empezaba a correr de nuevo, pero metió en la bolsa el último pedazo de galleta y se puso rápidamente los zapatos. La mujer le dio la peineta.

—Péinate —dijo.

El tren empezó a pitar mientras la niña se peinaba. La mujer se secó el sudor del cuello y se limpió la grasa de la cara con los dedos. Cuando la niña

acabó de peinarse, el tren pasó frente a las primeras casas de un pueblo más grande, pero más triste que los anteriores.

—Si tienes ganas de hacer algo, hazlo ahora —dijo la mujer—. Después, aunque te estés muriendo de sed no tomes agua en ninguna parte. Sobre todo, no vayas a llorar.

La niña aprobó con la cabeza. Por la ventanilla entraba un viento ardiente y seco, mezclado con el pito de la locomotora y el estrépito de los viejos vagones. La mujer enrolló la bolsa con el resto de alimentos y la metió en la cartera. Por un instante, la imagen total del pueblo, en el luminoso martes de agosto, resplandeció en la ventanilla. La niña envolvió las flores en los periódicos empapados, se apartó un poco más de la ventanilla y miró fijamente a su madre. Ella le devolvió una expresión apacible. El tren acabó de pitar y disminuyó la marcha. Un momento después se detuvo.

No había nadie en la estación. Del otro lado de la calle, en la acera sombreada por los almendros, sólo estaba abierto el salón de billar. El pueblo flotaba en el calor. La mujer y la niña descendieron del tren, atravesaron la estación abandonada cuyas baldosas empezaban a cuartearse por la presión de la hierba, y cruzaron la calle hasta la acera de sombra.

Eran casi las dos. A esa hora, agobiado por el sopor, el pueblo hacía la siesta. Los almacenes, las oficinas públicas, la escuela municipal, se cerraban desde las once y no volvían a abrirse hasta un poco antes de las cuatro, cuando pasaba el tren de regreso. Sólo permanecían abiertos el hotel frente a la estación, su cantina y su salón de billar, y la oficina del telégrafo a un lado de la plaza. Las casas, en su mayoría construidas sobre el modelo de la compañía bananera, tenían las puertas cerradas por dentro y las persianas bajas. En algunas hacía tanto calor que sus habitantes almorzaban en el patio. Otros recostaban un asiento a la sombra de los almendros y hacían la siesta sentados en plena calle.

Buscando siempre la protección de los almendros la mujer y la niña penetraron en el pueblo sin perturbar la siesta. Fueron directamente a la casa cural. La mujer raspó con la uña la red metálica de la puerta, esperó un instante y volvió a llamar. En el interior zumbaba un ventilador eléctrico. No se oyeron los pasos. Se oyó apenas el leve crujido de una puerta y en seguida una voz cautelosa muy cerca de la red metálica.

—Necesito al padre —dijo.

—Ahora está durmiendo.

—Es urgente —insistió la mujer.

Su voz tenía una tenacidad reposada.

La puerta se entreabrió sin ruido y apareció una mujer madura y regordeta, de cutis muy pálido y cabellos color hierro. Los ojos parecían demasiado pequeños detrás de los gruesos cristales de los lentes.

—Sigan —dijo, y acabó de abrir la puerta.

Entraron en la sala impregnada de un viejo olor a flores. La mujer de la casa las condujo hasta un escaño de madera y les hizo señas de que se sentaran. La niña lo hizo, pero su madre permaneció de pie, absorta, con la cartera apretada en las dos manos. No se percibía ningún ruido detrás del ventilador eléctrico.

La mujer de la casa apareció en la puerta del fondo.

—Dice que vuelvan después de las tres —dijo en voz muy baja—. Se acostó hace cinco minutos.

—El tren se va a las tres y media —dijo la mujer.

Fue una réplica breve y segura, pero la voz seguía siendo apacible, con muchos matices. La mujer de la casa sonrió por primera vez.

—Bueno —dijo.

Cuando la puerta del fondo volvió a cerrarse la mujer se sentó junto a su hija. La angosta sala de espera era pobre, ordenada y limpia. Al otro lado de la baranda de madera que dividía la habitación, había una mesa de trabajo, sencilla, con un tapete de hule, y encima de la mesa una máquina de escribir primitiva junto a un vaso con flores. Detrás estaban los archivos parroquiales. Se notaba que era un despacho arreglado por una mujer soltera.

La puerta del fondo se abrió y esta vez apareció el sacerdote limpiando los lentes con un pañuelo. Sólo cuando se los puso pareció evidente que era hermano de la mujer que había abierto la puerta.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó.

—Las llaves del cementerio —dijo la mujer.

La niña estaba sentada con las flores en el regazo y los pies cruzados bajo el escaño. El sacerdote la miró, después miró a la mujer y después, a través de la red metálica de la ventana, el cielo brillante y sin nubes.

—Con este calor —dijo—. Han podido esperar a que bajara el sol.

La mujer movió la cabeza en silencio. El sacerdote pasó del otro lado de la baranda, extrajo del armario un cuaderno forrado de hule, un plumero de palo y un tintero, y se sentó a la mesa. El pelo que le faltaba en la cabeza le sobraba en las manos.

—¿Qué tumba van a visitar? —preguntó.

—La de Carlos Centeno —dijo la mujer.

—¿Quién?

—Carlos Centeno —repitió la mujer.

El padre siguió sin entender.

—Es el ladrón que mataron aquí la semana pasada —dijo la mujer en el mismo tono—. Yo soy su madre.

El sacerdote la escrutó. Ella lo miró fijamente, con un dominio reposado, y el padre se ruborizó. Bajó la cabeza para escribir. A medida que llenaba la hoja pedía a la mujer los datos de su identidad, y ella respondía sin vacilación, con detalles precisos, como si estuviera leyendo. El padre empezó a sudar. La niña se desabotonó la trabilla del zapato izquierdo, se descalzó el talón y lo apoyó en el contrafuerte. Hizo lo mismo con el derecho.

Todo había empezado el lunes de la semana anterior, a las tres de la madrugada y a pocas cuadras de allí. La señora Rebeca, una viuda solitaria que vivía en una casa llena de cachivaches, sintió a través del rumor de la llovizna que alguien trataba de forzar desde afuera la puerta de la calle. Se levantó, buscó a tientas en el ropero un revólver arcaico que nadie había disparado desde los tiempos del coronel Aureliano Buendía, y fue a la sala sin encender las luces. Orientándose no tanto por el ruido de la cerradura como por el terror desarrollado en ella por veintiocho años de soledad, localizó en la imaginación no sólo el sitio donde estaba la puerta, sino la altura exacta de la cerradura. Agarró el arma con las dos manos, cerró los ojos y apretó el gatillo. Era la primera vez en su vida que disparaba un revólver. Inmediatamente después de la detonación no sintió nada más que el murmullo de la llovizna en el techo de zinc. Después percibió un golpe metálico en el andén de cemento y una voz muy baja, apacible, pero terriblemente fatigada: «Ay, mi madre». El hombre que amaneció muerto frente a la casa, con la nariz despedazada, vestía una franela a rayas de colores, un pantalón ordinario con una soga en lugar de cinturón, y estaba descalzo. Nadie lo conocía en el pueblo.

—De manera que se llamaba Carlos Centeno —murmuró el padre cuando acabó de escribir.

—Centeno Ayala —dijo la mujer—. Era el único varón.

El sacerdote volvió al armario. Colgadas de un clavo en el interior de la puerta había dos llaves grandes y oxidadas, como la niña imaginaba y como imaginaba la madre cuando era niña y como debió imaginar el propio sacerdote alguna vez que eran las llaves de San Pedro. Las descolgó, las puso en el cuaderno abierto sobre la baranda y mostró con el índice un lugar en la página escrita, mirando a la mujer.

—Firme aquí.

La mujer garabateó su nombre, sosteniendo la cartera bajo la axila. La niña recogió las flores, se dirigió a la baranda arrastrando los zapatos y observó atentamente a su madre.

El párroco suspiró.

—¿Nunca trató de hacerlo entrar por el buen camino?

La mujer contestó cuando acabó de firmar.

—Era un hombre muy bueno.

El hombre miró alternativamente a la mujer y a la niña y comprobó con una especie de piadoso estupor que no estaban a punto de llorar. La mujer continuó inalterable:

—Yo le decía que nunca robara nada que le hiciera falta a alguien para comer, y él me hacía caso. En cambio, antes, cuando boxeaba, pasaba hasta tres días en la cama postrado por los golpes.

—Se tuvo que sacar todos los dientes —intervino la niña.

—Así es —confirmó la mujer—. Cada bocado que me comía en ese tiempo me sabía a los porrazos que le daban a mi hijo los sábados por la noche.

—La voluntad de Dios es inescrutable —dijo el padre.

Pero lo dijo sin mucha convicción, en parte porque la experiencia lo había vuelto un poco escéptico, y en parte por el calor. Les recomendó que se protegieran la cabeza para evitar la insolación. Les indicó bostezando y ya casi completamente dormido, cómo debían hacer para encontrar la tumba de Carlos Centeno. Al regreso no tenían que tocar. Debían meter la llave por debajo de la puerta, y poner allí mismo, si tenían, una limosna para la Iglesia. La mujer escuchó las explicaciones con mucha atención, pero dio las gracias sin sonreír.

Desde antes de abrir la puerta de la calle el padre se dio cuenta de que había alguien mirando hacia adentro, las narices aplastadas contra la red metálica. Era un grupo de niños. Cuando la puerta se abrió por completo los niños se dispersaron. A esa hora, de ordinario, no había nadie en la calle. Ahora no sólo estaban los niños. Había grupos bajo los almendros. El padre examinó la calle distorsionada por la reverberancia, y entonces comprendió. Suavemente volvió a cerrar la puerta.

—Esperen un minuto —dijo, sin mirar a la mujer.

Su hermana apareció en la puerta del fondo, con una chaqueta negra sobre la camisa de dormir y el cabello suelto en los hombros. Miró al padre en silencio.

—¿Qué fue? —preguntó él.

—La gente se ha dado cuenta —murmuró la hermana.

—Es mejor que salgan por la puerta del patio —dijo el padre.

—Es lo mismo —dijo la hermana—. Todo el mundo está en las ventanas.

La mujer pareció no haber comprendido hasta entonces. Trató de ver la calle a través de la red metálica. Luego le quitó el ramo de flores a la niña y empezó a moverse hacia la puerta. La niña la siguió.

—Esperen a que baje el sol —dijo el padre.

—Se van a derretir —dijo la hermana, inmóvil en el fondo de la sala—. Espérense y les presto una sombrilla.

—Gracias —replicó la mujer—. Así vamos bien.

Tomó a la niña de la mano y salió a la calle.

IV

CUENTOS EXTRANJEROS DEL SIGLO XX

22. Máximo Gorki (1868-1936)

Seudónimo del escritor ruso Alexei Maximovich Pechkov, quien, a la muerte de sus padres, y desde muy joven pasó largos años en contacto con toda clase de miseria, penalidades, gentes y lugares, que le sirvieron de experiencia y conocimiento de los estratos más desfavorecidos de la sociedad rusa, que, después, supo plasmar magistralmente en sus obras. Totalmente autodidacta, su vida y su obra se caracterizan por un acusado espíritu de rebeldía. Fue un soñador, un idealista que luchó contra el estado de miseria e injusticia de la época zarista y se integró tempranamente en los círculos revolucionarios clandestinos. Detenido, encarcelado, deportado en varias ocasiones, exiliado, amigo de Lenin y Trotski, se entregó plenamente a la causa bolchevique y al triunfo de la Revolución.

En 1892 publicó su primer cuento, «Makar Chudra», firmado con el seudónimo Gorki («El Amargo»). *Foma Gordeiev* (1899) fue la primera novela. De su amistad con Chéjov, nació el interés por el teatro, y sus dramas, de contenido político, *Los pequeños burgueses y Los bajos fondos* (1902), estrenados ese mismo año en el Teatro de Arte de Stanislavski en Moscú. Su novela *La madre* (1907) está considerada como modelo de narración social revolucionaria. En la trilogía autobiográfica, *Días de infancia* (1913), *Por el mundo* (1918) y *Mis universidades* (1923), describe sus años de formación, esbozando admirables retratos de aquellas personas que más influyeron en su vida y en su obra, y constituye uno de los momentos más altos de su creación literaria. Nuevamente exiliado en varios países, especialmente en Italia, enfermo de tuberculosis y no del todo de acuerdo con la marcha del régimen

soviético, allí escribió *Fragmentos de mi diario* (1924) y la novela *Los Artamonov* (1925). En 1928 regresa definitivamente a Rusia donde alcanza el máximo reconocimiento literario y es nombrado presidente de la Nueva Unión de Escritores Soviéticos. El ciclo narrativo, *Vida de Klim Samguin* (1927-1936), inacabado, es una especie de «Episodios Nacionales» que reflejan los últimos años del zarismo y el triunfo de la Revolución Bolchevique.

Los numerosos cuentos están recogidos en *Narraciones* (1896), *Los vagabundos* (1897 o 1898), *Cuentos de Italia* (1910) y *Cuentos de Rusia* (1912-1913). En los primeros relatos introduce el tipo del vagabundo, el desheredado, el «exhombre», personaje lleno de humanidad y optimismo en medio de la desgracia.

El cuento que hemos seleccionado, «El khan y su hijo», nada tiene que ver con los cuentos de los vagabundos aludidos, reflejos de su experiencia personal, o los de compromiso político social en los que proyecta su ideología revolucionaria. Es, en este caso, la recreación de una vieja leyenda de Crimea, puesta en boca de un mendigo ciego; una sobrecogedora historia del más profundo amor y de la más terrible muerte.

EL KHAN Y SU HIJO

> “ … Por aquel tiempo reinaba en Crimea el khan Masolaima al-Asvab, el cual tenía un hijo llamado Tolaik Algalla…

De este modo comenzó a relatar una leyenda antigua —rica en recuerdos como las que suelen transmitirse en aquella península— un tártaro pobre y ciego, que se apoyaba en el pardo tronco de un árbol. Algunos tártaros —con túnicas de color claro y gorras bordadas de oro— estaban sentados en torno al mendigo sobre las blancas piedras, últimos restos del palacio del khan, destruido por el tiempo. El sol iba, lentamente, hacia su ocaso, sus purpúreos rayos despedían chispas de oro a través del follaje que circundaba las ruinas sobre las piedras cubiertas de hiedra y musgo. Susurraba suavemente la brisa entre las sombras de los viejos plátanos, como si recorriesen el aire unos susurrantes arroyos.

La voz del mendigo era apagada y temblorosa. Su faz parecía de piedra y las pupilas de sus inmóviles ojos nada expresaban; su serena inmovilidad armonizaba muy bien con el semblante marmóreo. Una tras otras se iban deslizando las palabras refiriendo hechos, aprendidos de memoria probablemente, al atento auditorio, y rememorando el panorama conmovedor de tiempos ya idos.

“ El khan era anciano, pero en su harén tenía numerosas mujeres que le amaban por su vigor y sus caricias cariñosas y dulces, aunque apasionadas. Las mujeres aman siempre al hombre que es cariñoso, a pesar de que tenga el cabello blanco y el rostro surcado de arrugas. La belleza está en la fuerza y en la nobleza; no en una tez lozana, ni en el sonrosado color de las mejillas —siguió diciendo el ciego.

Todas las mujeres del harén amaban al anciano khan; él, a su vez, las quería a todas, pero, en especial, amaba a una prisionera, hija de un cosaco de las estepas del Dniéper. En el harén había más de trescientas mujeres de diferentes países; todas eran bellas como las flores en primavera; todas consentidas y mimadas. Por orden del khan les solían preparar manjares exquisitos en extraordinaria abundancia y les estaba permitido tocar toda una serie de instrumentos musicales y entregarse al voluptuoso placer de la danza.

El khan, sin embargo, prodigaba más caricias a la prisionera, a la hija del cosaco, su favorita, y con frecuencia solía llevarla a una torre desde cuyos ventanales se dominaba la inmensidad del mar y se podían admirar pintorescos montes y valles. Allí servían de un modo espléndido a la hija del cosaco, dedicándole los máximos cuidados; la colmaban de las mayores delicadezas, la alimentaban con sumo refinamiento y la obsequiaban con bordados de oro, ricas telas, piedras preciosas, aves exóticas y desconocidas, y buena música. Y el khan le prodigaba dulces caricias de enamorado.

Días enteros dedicaba el khan a la joven, descansando en la torre de las agotadoras tareas de la vida, y seguro, además, de que su hijo no comprometería el honor del reino. Algalla recorría como un lobo hambriento las estepas rusas y volvía de éstas trayendo siempre un rico botín y hermosas mujeres. Retornaba glorioso, dejando tras de sí, como prueba de su valor y de su fuerza, cadáveres ensangrentados y pueblos enteros destruidos totalmente.

Una vez, al regresar el hijo del khan de una de sus hazañas, se dispusieron grandes fiestas en su honor. Invitaron a todos los príncipes tártaros y organizaron diversos juegos. Con el fin de demostrar la habilidad en el manejo de las armas, se dispararon flechas a los ojos de los prisioneros. Bebieron mucho por la gloria del valeroso Algalla, terror de los enemigos y defensor del reino. El anciano khan sentíase orgulloso de su hijo. Se deleitaba al verle tan valiente y al tener la certeza de que, cuando él abandonase el mundo, dejaría a su pueblo en manos seguras.

Complacido y deseando probar a su hijo el afecto que le tenía, cuando estaban en pleno banquete y delante de todos los invitados, alzó la copa y dijo:

—Algalla, eres un buen hijo. ¡Gloria a Alá y bendito sea el nombre de su profeta!

Todos los reunidos, haciendo un estentóreo eco con sus voces, glorificaron el nombre del profeta.

El anciano khan prosiguió:

—Alá es grande. Ha hecho renacer mi juventud en la persona de mi hijo, estando yo aún con vida. Mis ojos de anciano advierten que cuando el sol deje de alumbrar para mí y los gusanos devoren mi corazón, mi vida se prolongará en mi hijo… ¡Alá es grande y Mahoma es su profeta…! Tengo un buen hijo; su mano es segura, valeroso su corazón y grande su inteligencia. Algalla, ¿qué quieres que te regale tu padre? Pídeme lo que quieras y te lo concederé.

Tolaik Algalla se levantó y antes de que se hubiese desvanecido el eco de la voz del anciano, avanzó hacia él —con los ojos fosforescentes como el mar en mitad de la noche y brillantes como los de un águila de las montañas— manifestando:

—Padre y soberano: entrégame la prisionera rusa.

Por un breve instante, el khan guardó silencio. Fue para reprimir el estremecimiento de su corazón. Luego respondió en voz alta y firme:

—Cuando acabe el banquete, será tuya.

El semblante de Algalla se encendió y sus ojos de águila brillaron a causa de la inmensa alegría. Se irguió y dijo al khan:

—Padre, comprendo el valor del obsequio que me has hecho. Lo comprendo perfectamente. Soy tu esclavo; ten mi sangre gota a gota y minuto a minuto. Estoy decidido a morir veinte veces por ti.

—No deseo nada —repuso el anciano, inclinando sobre el pecho su blanca cabeza, coronada por tantos años de victoriosas luchas.

Concluido el banquete, padre e hijo salieron juntos y silenciosos del palacio, y se encaminaron al harén.

La noche era oscura; no se veía la luna ni las estrellas por entre las nubes que cubrían el cielo a manera de ancho tapiz.

El khan y su hijo anduvieron durante un largo rato en silencio y rodeados de la más sombría oscuridad. De repente, el khan rompió el silencio, diciendo:

—Día a día se va extinguiendo mi vida. Cada vez late mi corazón más débilmente y el ardor de mi pecho disminuye poco a poco. El único calor, el único consuelo de mi vida, son las apasionadas caricias de esta mujer. Tolaik, coge cien de mis mujeres, cógelas todas si quieres, pero déjame a la prisionera rusa. ¿Te es verdaderamente indispensable? Dímelo en verdad, hijo mío.

Algalla guardó silencio y lanzó un suspiro.

—¿Qué tiempo de vida me queda? Acaso estén contados los días que he de permanecer en la tierra. Y esa mujer, esa mujer que me conoce, que me ama y que alegra el crepúsculo de mi vida, es el último placer, el último goce de mi vida. Si ella me falta, ¿quién me amará? ¿Qué mujer dará su amor a este pobre viejo? De todas mis mujeres, ninguna desde luego, ¡Algalla!

El hijo de khan continuaba callado.

—¿Cómo podré vivir sabiendo que tú la abrazas? Tolaik, las barreras de la sangre desaparecen ante la mujer; no hay padre, ni hijo, todos sólo somos hombres, hijo mío. Mis últimos días serán muy amargos. Mejor hubiera sido que se abrieran todas mis antiguas heridas, convirtiendo mi cuerpo en una úlcera; que se hubieran enconado, que sangrasen… Sí; mejor hubiera sido todo esto, Tolaik, que sobrevivir esta noche tan horrible para mí…

Tampoco ahora quebró el silencio Algalla. El khan y su hijo llegaron a las puertas del harén. Se detuvieron y permanecieron allí, los dos silenciosos, y con la cabeza inclinada sobre el pecho, durante gran rato. En torno a ellos giraban las espesas sombras de la noche. Sobre sus cabezas cruzaban las nubes por el espacio, y el viento, al azotar las hojas de los árboles, hacía llegar a sus oídos el eco triste de lúgubres canciones.

—Padre, hace ya mucho que la amo —dijo Algalla en voz muy baja.

—Lo sé; mas ella no te ama a ti —respondió el khan.

—Al pensar en ella, se desgarra mi corazón.

—¿Sabes el dolor que tengo en este momento?

De nuevo guardaron silencio ambos. El hijo del khan suspiró.

—Es indudable que el sabio sacerdote ha dicho la verdad; la mujer es siempre perjudicial para el hombre. Si es hermosa, el marido padece los celos del tormento, porque despierta el deseo en los demás hombres; si es fea su esposo sufre al ver la belleza de otras mujeres, y si no es hermosa ni fea, el hombre la embellece con su ilusión. Cuando ésta se desvanece y el hombre comprende que ha vivido engañado, padece por la decepción y por la falta de hermosura de su mujer —dijo por último, Algalla.

—La sabiduría no es un remedio para las penas del alma —balbuceó el khan.

—En tal caso, compadezcámonos uno del otro, padre —respondió Algalla.

El khan levantó la cabeza y miró a su hijo con triste expresión.

—Matémosla —propuso Algalla.

—Te estimas más que a ella o a mí —dijo el anciano serenamente y con aire reflexivo.

Y añadió después:

—No obstante, la amas también.

Se produjo un nuevo silencio.

—Sí, sí, también la amas tú —exclamó el khan, que, por su dolor, parecía haberse convertido en un niño.

—Entonces, ¿qué, la mataremos?

—No te la puedo entregar; me resulta imposible —exclamó el khan.

—Y yo no puedo sufrir más; dámela o arráncame el corazón.

El anciano guardó silencio.

—Arrojémosla al mar desde lo alto de la montaña —propuso otra vez Algalla.

—Arrojémosla al mar desde lo alto de la montaña —repitió el khan como si fuese el eco de su hijo.

Penetraron en el harén, pasaron a la estancia donde dormía la prisionera rusa, tendida sobre un precioso tapiz. Se detuvieron ante la mujer y estuvieron largo rato contemplándola.

Por las mejillas del anciano khan resbalaron gruesas lágrimas que, al deslizarse por la barba plateada, brillaron como perlas, mas su hijo, tembloroso a causa de la pasión reprimida, rechinando los dientes y con los ojos despidiendo fulgores, despertó con brusquedad a la prisionera. Los ojos de la joven se entreabrieron como dos lirios azules en su sereno semblante rosado. No advirtió la presencia de Algalla, extendió sus brazos hacia el khan, le ofreció sus labios rojos como la flor de un granado y le dijo con suave acento:

—Abrázame, vieja águila.

—Prepárate; tienes que acompañarnos —dijo el anciano en voz baja.

Entonces descubrió la muchacha la presencia del hijo del khan y vio que su vieja águila tenía los ojos humedecidos. Como era inteligente y sagaz, lo comprendió todo.

—Ahora voy; ahora voy. Habéis decidido que ni de uno ni de otro, ¿no es así? Ésta es la única decisión de los hombres que tienen un corazón firme. Ahora voy —dijo.

Los tres se dirigieron en silencio hacia el mar, por unas estrechas veredas. El viento soplaba con furia.

La joven era delicada y no tardó en cansarse; sin embargo, altanera y orgullosa, no se quejó. El hijo del khan advirtió que la muchacha se iba quedando rezagada y le preguntó con delicado acento:

—¿Tienes miedo?

Los ojos de la prisionera centellearon; miró con desprecio al hijo del khan y, sin decirle ni una palabra, le mostró sus pies ensangrentados.

—Te llevaré —dijo Algalla tendiéndole los brazos.

La muchacha, empero, se abrazó al cuello de su águila. El anciano khan la tomó en sus brazos como si se tratase de una pluma y siguió camino adelante, en tanto que la prisionera apartaba, con gran cuidado, las ramas que hubieran podido molestarle, arañarle el rostro o herirle los ojos. Algalla los seguía por la estrecha senda. Al observar la solicitud de la joven, dijo al khan:

—Déjame ir delante, porque siento deseos de atravesarte con mi puñal.

—Pasa, Algalla. Alá te castigará o te perdonará por esto según sea su voluntad. Yo que soy tu padre, te perdono, pues sé lo que es el amor.

Llegaron al monte; a sus pies se extendía el mar, negro, profundo, inmenso. Las olas entonaban lúgubres cánticos cuando se estrellaban, deshaciéndose, contra las rocas. Aquella escena aterrorizaba el corazón y helaba las entrañas.

—Adiós —dijo el khan, abrazando a la joven.

—Adiós —dijo también Algalla, inclinándose ante ella.

La prisionera contempló un momento el mar, donde las olas cantaban lúgubremente y, retrocediendo, cruzó las manos sobre el pecho y exclamó:

—Echadme al fondo.

El hijo del khan lanzó un profundo gemido y le tendió los brazos, pero el viejo cogió a la muchacha entre los suyos y la abrazó, estrechándola con fuerza contra su pecho. Luego, levantándola por encima de su cabeza, la arrojó desde lo alto de las rocas a las profundidades del mar.

Las olas bramaron de un modo tan salvaje y fúnebre que ninguno de ellos percibió el ruido del cuerpo de la prisionera al caer al agua.

No se oyó ni un grito ni un quejido, ni siquiera un suspiro. El khan se inclinó sobre las rocas y, silencioso, miró hacia el horizonte a través de las tinieblas; en ese punto el mar se confundió con las nubes; las olas chocaban unas contra otras, impulsadas por las ráfagas del viento que también azotaban las barbas del anciano. Algalla, de pie al lado de su padre, ocultaba su rostro entre las manos, silencioso e inmóvil como una estatua.

De este modo permanecieron dos horas. En el espacio seguían cruzando las nubes arrastradas por el viento; eran tan sombrías y lúgubres como los pensamientos del viejo khan, que se encontraba sobre aquella roca que dominaba el mar.

—Vámonos, padre —se atrevió a decir Algalla.

—Aguarda —balbució el khan, que parecía oír algo.

Volvió a pasar mucho tiempo. Las olas seguían bramando y el viento ululaba por entre las rocas y los troncos huecos de los árboles.

—Vamos, padre.

—Aguarda un poco.

Tolaik Algalla repitió varias veces estas dos palabras.

El anciano khan, inmóvil, seguía en el sitio donde acababa de perder la última dicha de su vida. Por último, se puso en pie altivo y frunció el ceño y exclamó:

—Vámonos.

Padre e hijo emprendieron el camino de regreso. Pero, a los pocos pasos, el khan se detuvo y dijo:

—Pero ¿a qué volver? ¿Adónde ir ahora? ¿Cómo viviré a partir de este momento si esa mujer constituía mi vida? Soy viejo; ninguna mujer me amará ya. El hombre que no es amado, no tiene ningún fin en esta vida.

—Padre, tienes gloria; dispones de riquezas.

—¡Por uno de sus besos lo hubiese dado todo! ¡La gloria y las riquezas! ¡Nada hay en el mundo como el amor de una mujer! ¡El hombre que no tiene el amor de una mujer está muerto; es un mendigo que arrastra una vida triste y mísera!

¡Adiós, Tolaik! ¡Que Alá te bendiga! ¡Que su bendición te acompañe durante toda tu vida!

El anciano khan se volvió en dirección al mar.

—¡Padre! ¡Padre! —exclamó Algalla.

No pudo decirle nada más, pues nada se le puede decir a quien la muerte sonríe.

—¡Déjame!

—Pero Alá…

—Ya lo sabe.

El khan corrió hacia el borde de la roca y se lanzó al abismo. Algalla no le pudo detener; no tuvo tiempo. Tampoco esta vez se oyó nada; ni un grito, ni un quejido, ni siquiera un suspiro, ni el ruido del cuerpo al caer al agua.

Las olas seguían bramando con fúnebre entonación y el viento seguía entonando sus cánticos salvajes. El hijo del khan permaneció mucho rato mirando al mar. Luego exclamó en voz alta:

—¡Oh, Alá, dame un corazón tan grande y tan firme como el de mi padre!

Algalla se alejó envuelto en las espesas sombras de la noche…

De este modo murió Masolaima al-Asvab, khan de Crimea, dejando como heredero a su hijo Tolaik Algalla…

23. LORD DUNSANY (1878-1957)

Edward John Moretón Drax Plunkeet, novelista, dramaturgo y ensayista de origen irlandés, fue conocido literariamente como Lord Dunsany por ser el descendiente de una vieja baronía irlandesa de este título de origen normando.

«Fue el inventor de una nueva mitología en un extraño mundo de fantástica belleza; mitología que se nutría de viejas leyendas y mitos de las culturas europeas, creando, como resultado, un clima fantástico en el que se amalgaman, perfectamente cohesionados, el colorido oriental, la forma helénica, la oscuridad teutónica y la melancolía celta»[115].

Los rasgos más característicos de este maestro del género fantástico son la fuerza imaginativa, el exotismo, la búsqueda de la belleza más que del horror, y la elegancia de una prosa evocadora y musical.

En 1923 publicó el *Teatro de los dioses y de los hombres (Plays of Gods and Men),* una colección de cuatro obras teatrales cortas: *Las tiendas de los árabes (The tents of the Arabs), La risa de los dioses (The Laughter of the Gods), Los enemigos de la reina (The Queen's Enemies)* y *Una noche en una taberna (A Night at an Inn).*

Lord Dunsany alcanzó la popularidad con una serie de recopilaciones de relatos cortos entre los que destacan: *Los dioses de Pegaría (The Gods of Pegaría,* 1905), *El libro de las maravillas (The Book of Wonder,* 1912), *La espada de Welleran (The Sword of Welleran,* 1908) y *Cuentos de un soñador (A Dreamer's Tales,* 1910).

Una taberna de puerto en una tarde de viento y de lluvia, y un extraño marinero que, sin previo aviso, cuenta una fantástica y terrorífica historia de almas en pena, en un barco maldito que no puede detenerse; estos son los ingredientes del famoso relato del barón Dunsany, «El pobre Bill».

EL POBRE BILL

En una antigua guarida de marineros, una taberna del puerto, se apagaba la luz del día. Frecuenté algunas tardes aquel lugar con la esperanza de escuchar de los marineros que allí se inclinaban sobre extraños vinos algo acerca de un rumor que había llegado a mis oídos de cierta flota de galeones de la vieja España que aún se decía que flotaba en los mares del Sur por alguna región no registrada en los mapas.

Mi deseo se vio frustrado una vez más aquella tarde. La conversación era vaga y escasa, y ya estaba de pie para marcharme, cuando un marinero que llevaba en las orejas aros de oro puro levantó su cabeza del vino y, mirando de frente a la pared, contó su cuento en alta voz:

(Cuando más tarde se levantó una tempestad de agua y retumbaba en los emplomados vidrios de la taberna, el marinero alzaba su voz sin esfuerzo y seguía hablando. Cuanto más fosco hacía, más claros relumbraban sus fieros ojos.)

> “ Un velero del viejo tiempo acercábase a unas islas fantásticas. Nunca habíamos visto tales islas.
>
> Todos odiábamos al capitán y él nos odiaba a nosotros. A todos nos odiaba por igual; en esto no había favoritismos por su parte. Nunca dirigía la palabra a ninguno, si no era algunas veces por la tarde, al oscurecer; entonces se paraba, alzaba los ojos y hablaba a los hombres que había colgado de la entena.[116]
>
> La tripulación era levantisca. Pero el capitán era el único que tenía pistolas. Dormía con una bajo la almohada y otra al alcance de la mano. El aspecto de las islas era desagradable. Pequeñas y chatas como recién surgidas del mar, no tenían playa ni rocas como las islas decentes, sino

verde hierba hasta la misma orilla. Había allí pequeñas chozas cuyo aspecto nos disgustaba. Sus tejados de paja descendían casi hasta el suelo y en los ángulos curvábanse extrañamente hacia arriba, y bajo los caídos aleros había raras ventanas oscuras cuyos vidrios emplomados eran demasiado espesos para ver a su través. Ni un solo ser, hombre o bestia, andaba por allí, así que no se sabía qué clase de gente las habitaba. Pero el capitán lo sabía. Saltó a tierra, entró en una de las chozas y alguien encendió luces dentro, y las ventanillas brillaron con siniestra catadura.

Era noche cerrada cuando volvió a bordo. Dio las buenas noches a los hombres que pendían de la entena, y nos miró con una cara que aterró al pobre Bill.

Aquella noche descubrimos que había aprendido a maldecir, porque se acercó a unos cuantos que dormíamos en las literas, entre los cuales estaba el pobre Bill, nos señaló con el dedo y nos echó la maldición de que nuestras almas permanecieran toda la noche en el tope de los mástiles. Al punto viose el alma del pobre Bill encaramada como un mono en la punta del palo mayor, mirando a las estrellas y tiritando sin cesar.

Movimos entonces un pequeño motín; pero subió el capitán y de nuevo nos señaló con el dedo, y esta vez el pobre Bill y todos los demás nos encontramos flotando a la zaga del barco en el frío del agua verde, aunque los cuerpos permanecían sobre cubierta.

Fue el paje de escoba quien descubrió que el capitán no podía maldecir cuando estaba embriagado, aunque podía disparar lo mismo en ese caso que en cualquier otro.

Después de esto no había más que esperar y perder dos hombres cuando la sazón llegara. Varios de la tripulación eran asesinos y querían un pedazo de isla lejos de todo derrotero y dejarle allí con provisiones para un año. Todos escucharon al pobre Bill, y decidimos amarrar al capitán tan pronto como le cogiéramos en ocasión que no pudiera maldecir.

Tres días enteros pasaron sin que el capitán se volviese a embriagar, y el pobre Bill y todos con él atravesamos horas espantosas, porque el capitán inventaba cada día nuevas maldiciones y allí donde su dedo señalaba, habían de ir nuestras almas. Nos conocieron los peces, así como las estrellas, y ni unos ni otras nos compadecían cuando tiritábamos en lo alto de las vergas[117] o nos precipitábamos a través de bosques de algas y perdíamos nuestro rumbo; estrellas y peces proseguían sus quehaceres con fríos ojos impávidos. Un día, cuando el sol ya se había puesto y corría el crepúsculo y brillaba la luna en el cielo cada vez más clara, nos detuvimos un momento en nuestro trabajo porque el capitán, con la vista apartada de nosotros, parecía mirar los colores del ocaso, volvióse de repente y envió nuestras almas a la luna. Aquello estaba más frío que el hielo de la noche; había horribles montañas que proyectaban su sombra, y todo yacía en silencio como miles de tumbas; y la tierra brillaba en lo alto del cielo, ancha como la hoja de una guadaña; y todos sentimos la nostalgia de ella, pero no podíamos hablar ni llorar. Ya era noche cuando volvimos. Durante todo el día siguiente estuvimos muy respetuosos con el capitán; pero él no tardó en maldecir de nuevo a unos cuantos. Lo que más temíamos era que maldijese nuestras almas para el infierno, y ninguno nombraba el infierno sino en un susurro por temor de recordárselo. Pero la tercera tarde subió el paje y nos dijo que el capitán estaba borracho. Bajamos a la cámara y le hallamos atravesado en su litera. Y él disparó como nunca había disparado antes; pero no tenía más que las dos pistolas y sólo hubiera matado a dos hombres si no hubiese alcanzado a José en la cabeza con la culata de una

de sus pistolas. Entonces le amarramos. El pobre Bill puso el ron entre los dientes del capitán y le tuvo embriagado por espacio de dos días, de modo que no pudiera maldecir hasta que le encontrásemos una roca a propósito. Antes de ponerse el sol del segundo día hallamos una isla desnuda, muy bonita para el capitán, lejos de todo rumbo, larga como de unas cien yardas por ochenta de ancha; bogamos en su derredor en un bote y dímosle provisiones para un año, las mismas que teníamos para nosotros, porque el pobre Bill quería ser leal, y le dejamos cómodamente sentado, con la espalda apoyada en una roca, cantando una barcarola.

Cuando dejamos de oír el canto del capitán nos pusimos muy alegres y celebramos un banquete con nuestras provisiones del año, pues todos esperábamos estar de vuelta en nuestras casas antes de tres semanas. Hicimos tres grandes banquetes por día durante una semana; cada uno tocaba a más de lo que podía comer, y lo que sobraba lo tirábamos al suelo como señores. En esto, un día, como diésemos vista a San Huëlgedos, quisimos tomar puerto para gastarnos en él nuestro dinero; pero el viento viró en redondo y nos empujó mar adentro. No se podía luchar contra él ni ganar el puerto, aunque otros buques navegaban a nuestros costados y anclaban allí. Unas veces caía sobre nosotros una calma mortal, mientras que, alrededor, los barcos pesqueros volaban con viento fresco; y otras el vendaval nos echaba al mar cuando nada se movía a nuestro lado. Luchamos todo el día, descansamos por la noche y probamos de nuevo al día siguiente. Los marineros de los otros barcos estaban gastándose el dinero en San Huëlgedos y nosotros no podíamos acercarnos. Entonces dijimos cosas horribles contra el viento y contra San Huëlgedos, y nos hicimos a la mar.

Igual nos ocurrió en Norenna.

Entonces nos reunimos en corro y hablamos en voz baja. De pronto, el pobre Bill se sobrecogió de horror. Navegábamos a lo largo de la costa de Sirac, y una y otra vez repetimos la intentona, pero el viento nos esperaba en cada puerto para arrojarnos a alta mar. Ni las pequeñas islas nos querían. Entonces comprendimos que ya no había desembarco para el pobre Bill, y todos culpaban a su bondadoso corazón, que había hecho que amarraran al capitán a la roca para que su sangre no cayera sobre sus cabezas. No había más que navegar a la deriva. Los banquetes se acabaron, porque temíamos que el capitán pudiera vivir un año y retenernos en el mar.

Al principio solíamos saludar a la voz a todos los barcos que hallábamos al paso, y pugnábamos por abordarlos con nuestros botes; mas era imposible remar contra la maldición del capitán, y tuvimos que renunciar. Entonces, por espacio de un año, nos dedicamos a jugar a las cartas en la cámara del capitán, día y noche, con borrasca o bonanza, y todos prometían pagar al pobre Bill cuando desembarcasen.

Era horrible para nosotros pensar en lo frugal que era, realmente, el capitán, un hombre que acostumbraba a emborracharse un día sí y otro no cuando estaba en el mar, y todavía estaba allí vivo, y sobrio, puesto que su maldición aún nos vedaba la entrada en los puertos, y nuestras provisiones se habían agotado. Pues bien, echáronse las suertes y tocó a Jaime la mala. Con Jaime sólo tuvimos para tres días; echamos suertes de nuevo y esta vez le tocó al negro. No nos duró mucho más el negro. Sorteamos otra vez y le tocó a Carlos, y aún seguía vivo el capitán.

Como éramos menos, había para más tiempo con uno de nosotros. Cada vez nos duraba más un marinero, y todos nos maravillamos de lo que

resistía el capitán. Iban transcurridas cinco semanas sobre el año, cuando le tocó la suerte a Mike, que nos duró una semana, y el capitán seguía vivo. Nos asombraba que no se hubiera cansado ya de la misma y vieja maldición, más suponíamos que las cosas parecían de distinto modo cuando se estaba sólo en una isla.

Cuando ya no quedaban más que Jacobo, el pobre Bill, el grumete y Dick, dejamos de sortear. Dijimos que el grumete ya había tenido harta suerte y que no debiera esperar más. Ya el pobre Bill se había quedado solo con Jacobo y Dick, y el capitán seguía vivo. Cuando ya no hubo grumete, y seguía vivo el capitán, Dick, que era un mozo enorme y fornido como el pobre Bill, dijo que ahora le tocaba a Jacobo y que ya había tenido demasiada suerte con haber vivido tanto. Pero el pobre Bill se las arregló con Jacobo, y ambos decidieron que le había llegado la vez a Dick.

No quedaban más que Jacobo y el pobre Bill; y el capitán sin morirse.

Ambos permanecían mirándose noche y día cuando se acabó Dick y se quedaron los dos solos. Por fin al pobre Bill le dio un desmayo que le duró una hora. Entonces Jacobo acercósele pausadamente con un cuchillo y asestó una puñalada al pobre Bill cuando estaba caído sobre cubierta. Y el pobre Bill le agarró por la muñeca y le hundió el cuchillo dos veces para mayor seguridad, aunque así estropeaba la mejor parte de la carne. Luego el pobre Bill se quedó solo en el mar.

A la semana siguiente, antes de concluírsele la comida, el capitán debió de morirse en su pedazo de isla, porque el pobre Bill oyó el alma del capitán que iba maldiciendo por el mar, y al día siguiente el barco fue arrojado sobre una costa rocosa.

El capitán ha muerto hace cien años, y el pobre Bill ya está sano y salvo en tierra. Pero parece como si el capitán no hubiera concluido todavía con él, porque el pobre Bill ni se hace más viejo ni parece que haya de morir. ¡Pobre Bill!

Dicho esto, la fascinación del hombre se desvaneció súbitamente, y todos nos levantamos de golpe y le dejamos.

No fue sólo la repulsiva historia, sino la espantosa mirada del hombre que la contó y la terrible tranquilidad con que su voz sobrepujaba el estruendo de la borrasca lo que me decidió a no volver a entrar en aquel figón de marineros, en aquella taberna del puerto.

24. STEFAN ZWEIG (1881-1942)

Escritor austríaco, hijo de una familia burguesa acomodada, recibió una esmerada formación cultural y se graduó en Filosofía en Viena. Viajó por toda Europa, la India, China, África y, posteriormente, Brasil y Argentina. Pero este cosmopolitismo se vio afectado por la primera guerra mundial durante la cual estuvo refugiado en Suiza. Después vivió en Salzburgo, y su

casa se convirtió en el punto de encuentro de grandes artistas europeos, como Thomas Mann o Toscanini.

Separado de su primera mujer, se casó con su joven secretaria y empujados por la segunda guerra mundial emigraron a Estados Unidos y después a Brasil. Allí, cansado de la vida nómada y hundido moralmente por la situación de un mundo sumido en el odio y la destrucción de la guerra, él que siempre había tenido una gran fe en los valores del espíritu, se suicidó junto a su joven esposa durante las fiestas de carnaval de Río de Janeiro.

Entre sus numerosas obras literarias destacan el poema dramático *Jeremías* (1917), o las novelas cortas *Amok* (1922), *El jugador de ajedrez (Schacknovelle,* 1941), *Veinticuatro horas de la vida de una mujer (Twenty-four Hours in the Life of a Woman,* 1934) y la novela histórica *Triunfo y tragedia de Erasmo de Rotterdam (Triumph und Tragik Des Erasmus von R.,* 1935). También escribió los ensayos críticos biográficos *Tres maestros: Balzac, Dickens, Dostoievski (Drei Meister,* 1920), *La lucha contra el demonio: Hölderlin, Kleist, Nietzsche (Der Kampf mit dem Dämon,* 1925) y *Tres poetas de su vida: Casanova, Stendhal, Tolstoi (Drei Dichter ihres Lebens,* 1928). *Momentos estelares de la humanidad (Sternstunden der Menschheit,* 1924) es una colección de breves ensayos históricos. *El mundo de ayer (Die Welt von Gestern,* 1943) es un libro póstumo, nostálgica evocación del mundo de la vieja Europa.

«La estrella sobre el bosque» es una intensa historia de amor y muerte. Un amor no pasional, a distancia, idealizado, que no es conocido por la mujer amada, pero que transforma y da sentido a la vida anodina del protagonista. Y la muerte como sacrificio silencioso en aras de ese amor imposible, tan sublime que no puede quedar sin respuesta y misteriosamente, como una extraña sacudida, llega a la mujer amada. Es de notar la extremada belleza formal: la adjetivación, las comparaciones, las metáforas y los símbolos, en fin, el tono acusadamente poético de todo el relato.

LA ESTRELLA SOBRE EL BOSQUE

A Franz Cari Ginzkey,
de todo corazón.

Un día, cuando el diligente y apuesto camarero François se inclinó sobre el hombro de la bella condesa polaca Ostrovska, sucedió algo extraño. Sólo duró un segundo y no fue un estremecimiento o un sobresalto, un temblor o una emoción. Y, sin embargo, fue uno de esos segundos que abarcan miles de horas y de días llenos de júbilo y tormento, como el vigor vehemente de los

grandes y fragorosos robles con todas sus ramas que se mecen y sus copas que se inclinan está contenido en un solo granito de semilla. En ese segundo no sucedió nada visible. François, el dúctil camarero del gran hotel de la Riviera se inclinó aún más, para presentar con mayor comodidad la fuente al cuchillo indeciso de la condesa. Pero su rostro descansó ese momento a pocos centímetros de las ondas dulcemente rizadas y perfumadas de su cabeza, y, cuando instintivamente alzó la mirada devota, sus ojos turbados vieron la suave y luminosa línea blanca con la que su cuello surgía de esa marea oscura y se perdía en el vestido rojo oscuro abullonado. Una llamarada color púrpura le invadió. Y el cuchillo vibró suavemente en la fuente, presa de un imperceptible temblor. Aunque en ese segundo François intuyó las graves consecuencias de este repentino hechizo, dominó hábilmente su agitación y siguió sirviendo con el entusiasmo reservado y un poco galante de un *garçón* de buen gusto. Alargó la fuente con movimiento medido al acompañante habitual de la condesa, un aristócrata maduro dotado de una imperturbable elegancia, que relataba cosas indiferentes con entonación refinadamente acentuada y en un francés cristalino. Luego se apartó de la mesa sin alterar su mirada y su gesto.

Estos minutos fueron el comienzo de un estado de ensueño muy extraño y ferviente, de un sentimiento tan impetuoso y exaltado que apenas le corresponde el término grave y noble de amor. Era ese amor, de fidelidad canina y desprovisto de deseos, que los seres humanos generalmente no experimentan en la flor de su vida, que sólo sienten las personas muy jóvenes o muy ancianas. Un amor sin reflexión, que sólo sueña y no piensa. Olvidó por completo ese injusto y, sin embargo, inalterable desprecio que incluso personas inteligentes y circunspectas manifiestan hacia seres humanos que visten el frac de camarero; no especuló sobre posibilidades y casualidades, sino que alimentó en su sangre esa extraña inclinación hasta que su profundidad escapó a toda burla y crítica. Su ternura no era la de las miradas secretamente alusivas y al acecho, la temeridad de los gestos atrevidos que de repente se desata, la pasión sin sentido de labios sedientos y manos temblorosas; era una aplicación silenciosa, un prevalecer de aquellos pequeños servicios que son tanto más excelsos y sagrados en su modestia cuanto que permanecen a sabiendas ocultos. Después de la cena alisaba las arrugas del mantel delante de la silla de la condesa con dedos tan tiernos y dulces como quien acaricia las manos queridas y plácidas de una mujer; colocaba las cosas en su proximidad con simetría devota, como si las dispusiera para una fiesta. Con el mayor cuidado llevaba las copas que habían

tocado sus labios a su estrecha y poco aireada buhardilla y de noche las dejaba relucir a la luz perlada de la luna como si fueran joyas preciosas. Constantemente era, desde cualquier rincón, el secreto observador de sus movimientos y actividades. Bebía sus palabras como quien paladea lascivamente un vino dulce y de perfume embriagador, y recogía las palabras y las órdenes ávido como los niños la rápida pelota en el juego. Así su alma embelesada introdujo en su pobre e indiferente vida un brillo cambiante y opulento. Nunca se le ocurrió la sabia necesidad de trasponer todo el episodio a las palabras frías y destructivas de la realidad de que el miserable camarero François amaba a una condesa exótica y eternamente inalcanzable. Porque él no la sentía como realidad, sino como algo excelso, muy lejano, que bastaba con su reflejo de la vida. Amaba el imperioso orgullo de sus órdenes, el ángulo dominante de sus cejas negras que casi se tocaban, el pliegue indómito alrededor de la boca fina, la gracia segura de sus gestos. La sumisión le parecía a François algo natural y sentía como dicha la proximidad humillante del servicio modesto, porque gracias a ella podía entrar tan a menudo en el círculo seductor que rodeaba a su amada.

Así despertó de repente en la vida de un hombre sencillo un sueño, como una flor de jardín noble y cuidadosamente criada, que florece en una carretera donde el polvo de los caminantes ahoga todos los brotes. Era el vértigo de un ser sencillo, un sueño embriagador y narcótico en medio de una vida fría y monótona. Y los sueños de seres como él son como barcas sin timón, que van a la deriva presas de una voluptuosidad fluctuante sobre aguas silenciosas y espejeantes, hasta que de pronto su quilla choca con una sacudida seca en una orilla desconocida.

La realidad, sin embargo, es más fuerte y sólida que todos los sueños. Una noche el corpulento portero procedente del Waadtland le dijo a François al pasar: «La Ostrovska se marcha mañana en el tren de las ocho». Y luego añadió otros nombres sin importancia que él apenas escuchó. Porque esas palabras se habían transformado en su cerebro en un confuso remolino tumultuoso. Varias veces se pasó los dedos mecánicamente por la frente afligida, como si quisiera apartar un sedimento pesado, que allí reposaba y obnubilaba la razón. Dio unos pasos titubeantes. Inseguro y atemorizado cruzó delante de un alto espejo de marco dorado, del que le salió al encuentro un rostro mortalmente pálido y extraño. Los pensamientos no acudían a su mente, estaban por así decir aprisionados tras un muro oscuro y nebuloso. Casi inconsciente, descendió, agarrándose a la balaustrada, la amplia escalera hacia el jardín sumido en sombras, en el que los altos pinos se erguían

solitarios como pensamientos sombríos. Su silueta intranquila dio unos inciertos pasos más, como el vuelo bajo y tambaleante de un ave nocturna enorme y oscura, y por fin se dejó caer en un banco, apoyando la cabeza en su frío respaldo. El silencio era absoluto. A su espalda, entre los arbustos redondeados, relucía el mar. Luces suaves y trémulas chispeaban sobre su superficie, y en el silencio se perdía la monótona cantinela murmurante de lejanos rompientes.

Y de pronto todo estaba claro, muy claro. Tan dolorosamente claro que François casi sonrió. Todo había acabado, sencillamente. La condesa Ostrovska se marcha a casa y el camarero François queda atrás en su puesto. ¿Acaso era tan raro? ¿No se marchaban al cabo de dos, tres o cuatro semanas todos los extranjeros que venían? Qué tontería no haberlo pensado antes. Porque todo estaba tan claro como para reír o llorar. Y sus pensamientos bullían y bullían. Mañana por la noche, en el tren de las ocho en dirección a Varsovia. A Varsovia…, horas y horas a través de bosques y valles, a través de colinas y montañas, a través de estepas y ríos y dinámicas ciudades. ¡Varsovia! ¡Qué lejos quedaba! No podía siquiera imaginar, aunque sí sentir en lo más profundo, esa palabra orgullosa y amenazadora, dura y lejana: Varsovia. Y él…

Durante un segundo aleteó una pequeña y fantástica esperanza. Podía seguirla. Y buscar empleo allí como criado, escribiente, cochero, esclavo; estar allí en la calle como mendigo, todo menos estar tan horriblemente lejos; al menos respirar el aliento de la misma ciudad, verla quizá pasar, ver su sombra, al menos, su vestido y su cabello negro. Ya surgían precipitadas visiones. Pero el momento era duro e implacable. François vio lo inalcanzable desnudo y claro. Calculó: cien o doscientos francos ahorrados, en el mejor de los casos. No bastaban ni para la mitad del camino. Y entonces ¿qué? Como a través de un velo desgarrado vio de pronto su vida, presintió lo pobre, miserable y fea que indefectiblemente sería de ahora en adelante. Años vacíos ejerciendo su profesión de camarero, torturado por un insensato deseo, esa ridiculez iba a ser su futuro. Le recorrió un escalofrío. Y de pronto todas las cadenas de pensamientos confluyeron arrebatadas e imparables. Había únicamente una posibilidad.

Las copas de los árboles se mecían en una brisa apenas perceptible. La noche oscura y negra se alzaba amenazadora ante él. Entonces se alzó, seguro y sereno, del banco y se dirigió por la grava crujiente hacia el gran edificio que dormía en blanco silencio. Debajo de una de sus ventanas hizo un alto. Estaba ciega y sin un signo brillante de luz en el que se hubiera podido

encender el deseo soñador. Ahora su sangre circulaba con latidos tranquilos, y se alejó como alguien al que ya nada confunde y engaña. En su cuarto se echó sin agitación alguna sobre la cama y durmió con un sueño denso y sin imágenes hasta la señal matutina del despertar.

Al día siguiente, su comportamiento se ciñó por completo a los límites de la deliberación meticulosamente definida y de la calma forzada. Con fría indiferencia cumplió con sus obligaciones, y sus gestos tenían una seguridad tan absoluta y tan despreocupada, que nadie hubiera imaginado detrás de la máscara falaz la amarga decisión. Poco antes de la hora de la cena, acudió con sus pequeños ahorros a la floristería más selecta y compró flores exquisitas que en su espléndido colorido le sugerían palabras: tulipanes del color del oro fogoso, que eran como la pasión; crisantemos blancos de amplia corola, como sueños luminosos y exóticos; finas orquídeas, las imágenes estilizadas del deseo, y unas soberbias rosas embriagadoras. Y luego compró un valioso jarrón de cristal con destellos opalescentes. Los pocos francos que aún le quedaban se los regaló al pasar, con un gesto rápido y distraído, a un niño que pedía limosna. Luego volvió al hotel. Con solemnidad melancólica colocó el jarrón con las flores delante del cubierto de la condesa, que dispuso por última vez con voluptuoso y minucioso esmero.

Llegó el momento de la cena. François sirvió la mesa como siempre: reservado, silencioso y competente, sin alzar los ojos. Sólo al final envolvió la silueta cimbreante y orgullosa de la condesa con una mirada infinita, que ella no percibió. Nunca le había parecido tan bella como en esta mirada última y libre de todo deseo. Luego se apartó con serenidad de la mesa, sin gesto alguno de despedida, y abandonó la sala. Como un huésped ante el que se inclinan los criados, atravesó los pasillos y descendió la elegante escalera de recepción hasta la calle: era evidente que en ese momento dejaba atrás su pasado. Delante del hotel se detuvo un segundo, indeciso; entonces empezó a caminar, bordeando iluminadas villas y amplios jardines, siempre adelante como un paseante ensimismado, sin saber adonde se dirigía.

Así vagó inciertamente hasta el anochecer en un estado de enajenación ensoñada. Ya no pensaba más en las cosas. Ni en las pasadas ni en las inevitables. Ya no le daba vueltas a la idea de la muerte, como sin duda en los últimos momentos el suicida circunspecto sopesa en la mano el brillante y amenazador revólver de profundo ojo y lo vuelve a dejar en la mesa. Hacía tiempo que se había sentenciado a sí mismo. Por su mente sólo pasaban imágenes en raudo vuelo, como golondrinas de viaje. Primero, los días de la juventud hasta aquella fatal hora de clase cuando una estúpida aventura lo

propulsó violentamente desde la perspectiva de un futuro prometedor a la confusión del mundo. Luego los viajes incesantes, las dificultades por el sueldo, los proyectos, una y otra vez fracasados, hasta que la gran oleada negra, que llamamos el destino, quebró su orgullo y lo dejó abandonado en un puesto indigno. Muchos recuerdos multicolores pasaron revoloteando por su mente. Por fin relució el suave reflejo de los últimos días en sus sueños despiertos; y de nuevo abrieron violentamente la oscura puerta de la realidad que debía traspasar. Recordó que deseaba morir en ese mismo día.

Durante un rato recapacitó sobre los muchos caminos que conducen a la muerte, y comparó su respectiva amargura y su definitiva prontitud. Hasta que le traspasó un pensamiento. En su sombría cavilación se le ocurrió un funesto símbolo: así como la condesa había arrasado inconsciente y destructivamente su vida, así debía arrollar también su cuerpo. Ella misma lo llevaría a cabo. Ella misma consumaría su obra. Y ahora sus pensamientos se aceleraron con increíble seguridad. En algo menos de una hora, a las ocho, salía el *express* que la llevaba a su encuentro. Se arrojaría debajo de sus ruedas, se dejaría destrozar por la misma fuerza arrebatadora que le arrancaba a la mujer de sus sueños. Se desangraría debajo de sus pies. Los pensamientos galopaban y se perseguían jubilosos. François ya conocía el lugar. Más arriba, al borde del bosque, donde las copas frondosas de los árboles oscurecían la última vista sobre la cercana bahía. Miró el reloj: los segundos y los latidos de su sangre casi marcaban el mismo ritmo. Era hora de ponerse en camino. Y ahora, de repente, sus pasos cansinos se volvieron elásticos y decididos, con ese ritmo duro y precipitado que el sueño mata en su avance. Agitado se precipitó en el esplendoroso crepúsculo del anochecer meridional hacia el lugar en el que, entre lejanas colinas cubiertas de bosque, el cielo aparecía incrustado como una línea color púrpura. Y corrió hasta llegar a las vías del tren, que relucían como dos líneas plateadas y le mostraban el camino. Le condujeron por una ruta sinuosa hacia la altura, a través de perfumados y profundos valles, cuyos velos de niebla atenuaban plateados la luz cansina de la luna; le condujeron ascendiendo a las colinas, desde las que se veía lo lejos que el mar vasto y nocturno refulgía con sus brillantes luces costeras. Y le mostraron por fin el profundo bosque mecido por el inquieto viento, que sumergió las vías en las sombras que se cernían.

Ya era tarde cuando François llegó con respiración entrecortada a la ladera oscura del bosque. Los árboles lo rodeaban lúgubres y negros. Sólo arriba, entre las copas transparentes, asomaba la luz temblorosa y pálida de la luna entre las ramas, que se quejaban cuando la ligera brisa de la noche las

tomaba en sus brazos. De vez en cuando resonaban extrañas llamadas de lejanos pájaros nocturnos en el apretado silencio. Los pensamientos se le paralizaron por completo en esa aprensiva soledad. François sólo esperaba, esperaba y miraba fijamente si allá abajo, en la curva de la primera serpentina ascendente, asomaba la luz roja del tren. De vez en cuando consultaba nervioso el reloj y contaba los segundos. Luego volvía a prestar atención al lejano grito del tren. Pero era imaginación suya. El silencio era total. El tiempo parecía haberse congelado.

Por fin brilló allá abajo la luz. En ese segundo François sintió una sacudida en el corazón, aunque no hubiera podido decir si de temor o de alegría. Con un movimiento impetuoso se tiró sobre las vías. Al principio sólo sintió un instante el agradable frío de los raíles de hierro en su sien. Luego aguzó el oído. El tren aún estaba lejos. Podía tardar algunos minutos. Ahora no se oía nada excepto el susurro de los árboles en el viento. Los pensamientos saltaban confusos. Y, de pronto, uno que permaneció clavado como una dolorosa flecha en su corazón: que él moría por ella y que ella nunca lo sabría. Que ni la más pequeña ola de su vida encrespada había tocado la de ella. Que ella nunca sabría que una vida ajena había venerado la suya y se había destrozado contra ella.

Apenas perceptible y muy lejano se oía jadear por el aire casi quieto el golpeteo rítmico de la máquina que remontaba la pendiente. Pero el pensamiento seguía quemando con igual fuerza y atormentaba los últimos minutos del moribundo. El tren se aproximaba más y más con su estrépito metálico. Y entonces François abrió una vez más los ojos. Sobre él se extendía un cielo mudo de un azul casi negro y las copas intranquilas de unos árboles. Y sobre el bosque resplandecía una estrella blanca. Una estrella solitaria sobre el bosque… Los raíles empezaron a vibrar suavemente y a zumbar bajo su cabeza. Pero el pensamiento ardía como fuego en su corazón y en la mirada que abarcaba toda la intensidad y la desesperación de su amor. Todo el deseo y esta última dolorosa pregunta se volcaron en la estrella blanca y reluciente, que miraba benignamente sobre él. El tren se aproximaba más y más. Y el moribundo envolvió una vez más con una última e inefable mirada la estrella sobre el bosque. Luego cerró los ojos. Los raíles temblaron y vibraron, la marcha estrepitosa del presuroso tren se acercaba más y más y el bosque resonaba como grandes y martilleantes campanas. La tierra pareció tambalearse. Aún un aturdidor chirrido, un estruendo arremolinado, luego un estridente pitido, el grito de animal asustado del silbato del tren y la queja disonante de un freno inútil.

La bella condesa Ostrovska ocupaba en el tren un compartimento reservado. Desde el inicio del viaje leía una novela francesa, mecida suavemente por el balanceo del vagón. El aire del estrecho habitáculo era sofocante y estaba cargado del denso perfume de muchas flores a punto de marchitarse. En las magníficas cestas de despedida los racimos de lilas blancas ya dejaban caer la cabeza, cansinas como frutas excesivamente maduras, las flores colgaban flácidas de sus tallos, y los cálices pesados y dilatados de las rosas parecían consumirse en la nube caliente de los aromas embriagadores. Un atosigante bochorno calentaba las pesadas oleadas de perfume, suspendidas perezosas incluso en la presteza acelerada del tren.

De pronto, la condesa dejó caer el libro con dedos fatigados. Ni ella misma sabía por qué. Una sensación misteriosa la invadió. Sintió una presión sorda y dolorosa. Un dolor repentino, inexplicable y angustioso se apoderó de su corazón. Creyó que iba a asfixiarse en el vaho turbador y cálido de las flores. Y ese aterrador dolor no cedía, sentía cada vibración de las ruedas veloces, la ciega marcha hacia delante la martirizaba indeciblemente. Le asaltó un deseo fulminante de parar el impulso acelerado del tren, de detenerlo ante el oscuro dolor hacia el que se precipitaba. Nunca en su vida había sentido su corazón atenazado por algo tan horrible, invisible y cruel como en esos segundos de dolor inconcebible y miedo inexplicable. Y esa sensación se hizo más y más acuciante, y más apretada la presión alrededor de su garganta.

Como una plegaria surgió en ella el deseo de que el tren parara.

Ahí, de repente, un estridente silbato, el grito salvaje de aviso del tren y el quejido de los frenos con su lamentable chirrido. Y el ritmo ralentizado de las ruedas aladas, más y más lento, luego un tartamudeo mecánico y un golpe brusco.

Con dificultad se acercó a la ventanilla para aspirar a bocanadas el aire fresco. El cristal descendió ruidosamente. Afuera siluetas negras, corriendo… Palabras al vuelo de múltiples voces: un suicida… Bajo las ruedas… Muerto… En pleno campo…

La condesa se estremece. Instintivamente su mirada se alza hacia el cielo alto y silencioso y hacia los árboles negros mecidos por el viento. Y sobre ellos una estrella solitaria sobre el bosque. La condesa siente su mirada como una lágrima refulgente. La contempla y de pronto siente una tristeza como nunca la ha sentido. Una tristeza llena de fuego y deseo, como nunca existió en su vida…

El tren reanuda lentamente su marcha. La condesa se reclina en la esquina de su butaca y lágrimas silenciosas se deslizan por sus mejillas. La angustia sorda ha desaparecido, ya sólo siente un profundo y extraño dolor, cuyo origen busca explicarse en vano. Un dolor como el que tienen los niños asustados, cuando despiertan en la noche oscura e impenetrable y sienten que están por completo solos…

25. Katherine Mansfield (1888-1923)

Seudónimo de la escritora Kathleen Beauchamp cuya infancia transcurrió en su país natal, Nueva Zelanda, y después residió en Londres con algunas estancias en Francia, donde falleció en el apogeo de su madurez artística, víctima de la tuberculosis, cuando aún no había cumplido treinta y cinco años. Una vida corta, pero intensa, sentimentalmente muy libre y tortuosa, bohemia y rompedora de normas establecidas.

Su rica personalidad, difícil, compleja y contradictoria —ambiciosa e intrépida, desvalida e hipersensible, independiente y avanzada en todo a su época—, unida a una latente y sutil enfermedad, explican, tal vez, la particular visión que tenía del mundo. Su receptividad psicológica y su fina sensibilidad penetraba en los aspectos más íntimos y secretos para captar lo que la vida tiene de dolor y también de alegría.

Estos son los principales títulos de la obra de esta autora, considerada la mejor escritora británica de relatos y novelas cortas del siglo XX: *En un balneario alemán (In a Germán Pensión,* 1911), *Felicidad y otros cuentos (Bliss and other Stories,* 1920), *Fiesta en el jardín y otros cuentos (The Garden Party and other Stories,* 1922), *La casa de muñecas (The Doll's House,* 1922) y, póstumamente, la recopilación *El nido de la paloma y otros cuentos (The Doves' Nest and other Stories,* 1923) y *Algo infantil y otros cuentos (Something Childish and other Stories,* 1924).

Las narraciones de Katherine Mansfield se caracterizan por la diversidad de puntos de vista y ambientes y porque más que narrar hechos lo que hacen es descubrir los aspectos más recónditos de la vida humana, por debajo del grisáceo devenir de la existencia, de mundos mezquinos —a veces también grandiosos—, cínicos y angustiosos, pero vivos. Siempre se ha emparentado a Katherine Mansfield con A. Chéjov por el talento y la sensibilidad que posee pare revelar lo que fluye debajo de los pequeños incidentes de la vida

cotidiana, y por su visión de la realidad, desapegada y, sin embargo, precisa e intencionada.

«La mosca» es un relato que, en su aparente simplicidad, revela el aislamiento y la incapacidad de los personajes para comprender y ser comprendidos. Lo que permanece al final es el dolorido silencio que rezuma de la soledad y de la angustiosa insensibilidad del ser humano.

LA MOSCA

—Pues sí que está usted cómodo aquí —dijo el viejo señor Woodifield con su voz de flauta. Miraba desde el fondo del gran butacón de cuero verde, junto a la mesa de su amigo el jefe, como lo haría un bebé desde su cochecito. Su conversación había terminado; ya era hora de marchar. Pero no quería irse. Desde que se había retirado, desde su… apoplejía, la mujer y las chicas le tenían encerrado en casa todos los días de la semana excepto los martes. El martes le vestían y le cepillaban, y le dejaban volver a la *City*[118] a pasar el día. Aunque, la verdad, la mujer y las hijas no podían imaginarse qué hacía allí. Suponían que incordiar a los amigos… Bueno, es posible. Sin embargo, nos aferramos a nuestros últimos placeres como se aferra el árbol a sus últimas hojas. De manera que, ahí estaba el viejo Woodifield, fumándose un puro y observando casi con avidez al jefe, que se arrellanaba en su sillón, corpulento, rosado, cinco años mayor que él y todavía en plena forma, todavía llevando el timón. Daba gusto verle.

Con melancolía, con admiración, la vieja voz añadió:

—Se está cómodo aquí, ¡palabra que sí!

—Sí, es bastante cómodo —asintió el jefe mientras pasaba las hojas del *Financial Times* con un abrecartas. De hecho estaba orgulloso de su despacho; le gustaba que se lo admiraran, sobre todo si el admirador era el viejo Woodifield. Le infundía un sentimiento de satisfacción sólida y profunda estar plantado ahí en medio, bien a la vista de aquella figura frágil, de aquel anciano envuelto en una bufanda.

—Lo he renovado hace poco —explicó, como lo había explicado durante las últimas—, ¿cuántas? —semanas—. Alfombra nueva —y señaló la alfombra de un rojo vivo con un dibujo de grandes aros blancos—. Muebles nuevos —y apuntaba con la cabeza hacia la sólida estantería y la mesa con patas como de caramelo retorcido—. ¡Calefacción eléctrica! —con ademanes casi eufóricos indicó las cinco salchichas transparentes y anacaradas que tan suavemente refulgían en la placa inclinada de cobre.

Pero no señaló al viejo Woodifield la fotografía que había sobre la mesa. Era el retrato de un muchacho serio, vestido de uniforme, que estaba de pie en uno de esos parques espectrales de estudio fotográfico, con un fondo de nubarrones tormentosos. No era nueva. Estaba ahí desde hacía más de seis años.

—Había algo que quería decirle —dijo el viejo Woodifield, y los ojos se le nublaban al recordar—. ¿Qué era? Lo tenía en la cabeza cuando salí de casa esta mañana. —Las manos le empezaron a temblar y unas manchas rojizas aparecieron por encima de su barba.

Pobre hombre, está en las últimas, pensó el jefe. Y sintiéndose bondadoso, le guiñó el ojo al viejo y dijo bromeando: «Ya sé. Tengo aquí unas gotas de algo que le sentará bien antes de salir otra vez al frío. Es una maravilla. No le haría daño ni a un niño. —Extrajo una llave de la cadena de su reloj, abrió un armario en la parte baja de su escritorio y sacó una botella oscura y rechoncha —. Ésta es la medicina —exclamó—. Y el hombre de quien la adquirí me dijo en el más estricto secreto que procedía directamente de las bodegas del castillo de Windsor.»

Al viejo Woodifield se le abrió la boca cuando lo vio. Su cara no hubiese expresado mayor asombro si el jefe hubiera sacado un conejo.

—¿Es *whisky*, no? —dijo débilmente.

El jefe giró la botella y cariñosamente le enseñó la etiqueta. En efecto, era *whisky*.

—Sabe —dijo el viejo, mirando al jefe con admiración— en casa no me dejan ni tocarlo. —Y parecía que iba a echarse a llorar.

—Ah, ahí es donde nosotros sabemos un poco más que las señoras —dijo el jefe, doblándose como un junco sobre la mesa para alcanzar dos vasos que estaban junto a la botella del agua, y sirviendo un generoso dedo en cada uno —. Bébaselo, le sentará bien. Y no le ponga agua. Sería un sacrilegio estropear algo así. ¡Ah! —Se tomó el suyo de un trago; luego se sacó el pañuelo, se secó apresuradamente los bigotes y le hizo un guiño al viejo Woodifield, que aún saboreaba el suyo.

El viejo tragó, permaneció silencioso un momento, y luego débilmente dijo: «¡Qué fuerte!».

Pero le reconfortó; subió poco a poco hasta su entumecido cerebro… y recordó.

—Eso era —dijo, levantándose con esfuerzo de la butaca—. Supuse que le gustaría saberlo. Las chicas estuvieron en Bélgica la semana pasada para

ver la tumba del pobre Reggie, y dio la casualidad que pasaron por delante de la de su chico. Por lo visto quedan bastante cerca la una de la otra.

El viejo Woodifield hizo una pausa, pero el jefe no contestó. Sólo un ligero temblor en el párpado demostró que estaba escuchando.

—Las chicas estaban encantadas de lo bien cuidado que está todo aquello —dijo la vieja voz—. Lo tienen muy bonito. No estaría mejor si estuvieran en casa. ¿Usted no ha estado nunca, verdad?

—¡No, no! —Por varias razones el jefe no había ido.

—Hay kilómetros enteros de tumbas —dijo con voz trémula el viejo Woodifield— y todo está tan bien cuidado que parece un jardín. Todas las tumbas tienen flores. Y los caminos son muy anchos. —Por su voz se notaba cuánto le gustaban los caminos anchos.

Hubo otro silencio. Luego el anciano se animó sobremanera.

—¿Sabe usted lo que les hicieron pagar a las chicas en el hotel por un bote de confitura? —dijo—. ¡Diez francos! A eso yo le llamo un robo. Dice Gertrude que era un bote pequeño, no más grande que una moneda de media corona. No había tomado más que una cucharada y le cobraron diez francos. Gertrude se llevó el bote para darles una lección. Hizo bien; eso es querer hacer negocio con nuestros sentimientos. Piensan que porque hemos ido allí a echar una ojeada estamos dispuestos a pagar cualquier precio por las cosas. Eso es. —Y se volvió, dirigiéndose hacia la puerta.

—¡Tiene razón, tiene razón! —dijo el jefe, aunque en realidad no tenía idea de sobre qué tenía razón. Dio la vuelta a su escritorio y siguiendo los pasos lentos del viejo le acompañó hasta la puerta y se despidió de él. Woodifield, se había marchado.

Durante un largo momento el jefe permaneció allí, con la mirada perdida, mientras el ordenanza de pelo canoso, que le estaba observando, entraba y salía de su garita como un perro que espera que le saquen a pasear.

De pronto: «No veré a nadie durante media hora, Macey —dijo el jefe—. ¿Ha entendido? A nadie en absoluto».

—Bien, señor.

La puerta se cerró, los pasos pesados y firmes volvieron a cruzar la alfombra chillona, el fornido cuerpo se dejó caer en el sillón de muelles y echándose hacia delante, el jefe se cubrió la cara con las manos. Quería, se había propuesto, había dispuesto que iba a llorar…

Le había causado una tremenda conmoción el comentario del viejo Woodifield sobre la sepultura del muchacho. Fue exactamente como si la tierra se hubiera abierto y le hubiera visto allí tumbado, con las chicas de

Woodifield mirándole. Porque era extraño. Aunque habían pasado más de seis años, el jefe nunca había pensado en el muchacho excepto como un cuerpo que yacía sin cambio, sin mancha, uniformado, dormido para siempre. «¡Mi hijo!», gimió el jefe. Pero las lágrimas todavía no acudían. Antes, durante los primeros meses, incluso durante los primeros años después de su muerte, bastaba con pronunciar esas palabras para que le invadiera una pena inmensa que sólo un violento episodio de llanto podía aliviar. El paso del tiempo, había afirmado entonces, y así lo había asegurado a todo el mundo, nunca cambiaría nada. Puede que otros hombres se recuperaran, puede que otros lograran aceptar su pérdida, pero él no. ¿Cómo iba a ser posible? Su muchacho era hijo único. Desde su nacimiento el jefe se había dedicado a levantar este negocio para él; no tenía sentido alguno si no era para el muchacho. La vida misma había llegado a no tener ningún otro sentido. ¿Cómo diablos hubiera podido trabajar como un esclavo, sacrificarse y seguir adelante durante todos aquellos años sin tener siempre presente la promesa de ver a su hijo ocupando su sillón y continuando donde él había abandonado?

Y esa promesa había estado tan cerca de cumplirse. El chico había estado en la oficina aprendiendo el oficio durante un año antes de la guerra. Cada mañana habían salido de casa juntos; habían regresado en el mismo tren. ¡Y qué felicitaciones había recibido por ser su padre! No era de extrañar; se desenvolvía maravillosamente. En cuanto a su popularidad con el personal, todos los empleados, hasta el viejo Macey, no se cansaban de alabarle. Y no era en absoluto un mimado. No, él siempre con su carácter despierto y natural, con la palabra adecuada para cada persona, con aquel aire juvenil y su costumbre de decir: «¡Sencillamente espléndido!».

Pero todo eso había terminado, como si nunca hubiera existido. Había llegado el día en que Macey le había entregado el telegrama con el que todo su mundo se había venido abajo. «Sentimos profundamente informarle que…» Y había abandonado la oficina destrozado, con su vida en ruinas.

Hacía seis años, seis años… ¡Qué rápido pasaba el tiempo! Parecía que había sido ayer. El jefe retiró las manos de la cara; se sentía confuso. Algo parecía que no funcionaba. No estaba sintiéndose como quería sentirse. Decidió levantarse y mirar la foto del chico. Pero no era una de sus fotografías favoritas; la expresión no era natural. Era fría, casi severa. El chico nunca había sido así.

En aquel momento el jefe se dio cuenta de que una mosca se había caído en el gran tintero y estaba intentando infructuosamente, pero con desesperación, salir de él. ¡Socorro, socorro!, decían aquellas patas mientras

forcejeaban. Pero los lados del tintero estaban mojados y resbaladizos; volvió a caerse y empezó a nadar. El jefe tomó una pluma, extrajo la mosca de la tinta y la depositó con una sacudida en un pedazo de papel secante. Durante una fracción de segundo se quedó quieta sobre la mancha oscura que rezumaba a su alrededor. Después las patas delanteras se agitaron, se afianzaron y, levantando su cuerpecillo empapado, empezó la inmensa tarea de limpiarse la tinta de las alas. Por encima y por debajo, por encima y por debajo pasaba la pata por el ala, como lo hace la piedra de afilar por la guadaña. Luego hubo una pausa mientras la mosca, aparentemente de puntillas, intentaba abrir primero un ala y luego la otra. Por fin lo consiguió, se sentó y empezó, como un diminuto gato, a limpiarse la cara. Ahora uno podía imaginarse que las patitas delanteras se restregaban con facilidad, alegremente. El horrible peligro había pasado; había escapado; estaba preparada de nuevo para la vida.

Pero justo entonces el jefe tuvo una idea. Hundió otra vez la pluma en el tintero, apoyó su gruesa muñeca en el secante y mientras la mosca probaba sus alas, una enorme gota cayó sobre ella. ¿Cómo reaccionaría? ¡Buena pregunta! La pobre criatura parecía estar absolutamente acobardada, paralizada, temiendo moverse por lo que pudiera acontecer después. Pero entonces, como dolorida, se arrastró hacia delante. Las patas delanteras se agitaron, se afianzaron y, esta vez más lentamente, reanudó la tarea desde el principio.

Es un diablillo valiente —pensó el jefe— y sintió verdadera admiración por el coraje de la mosca. Así era como se debían de acometer los asuntos; ésa era la actitud. Nunca te dejes vencer; sólo era cuestión de… Pero una vez más la mosca había terminado su laboriosa tarea y al jefe casi le faltó tiempo para recargar la pluma, y descargar otra vez la gota oscura de lleno sobre el recién aseado cuerpo. ¿Qué pasaría esta vez? Siguió un doloroso instante de incertidumbre. Pero ¡atención!, las patitas delanteras volvían a moverse; el jefe sintió una oleada de alivio. Se inclinó sobre la mosca y le dijo con ternura: «Ah, astuta cabroncilla». Incluso se le ocurrió la brillante idea de soplar sobre ella para ayudarla en el proceso de secado. Pero a pesar de todo, ahora había algo de tímido y débil en sus esfuerzos, y el jefe decidió que ésta tendría que ser la última vez, mientras hundía la pluma hasta lo más profundo del tintero.

Lo fue. La última gota cayó en el empapado secante y la extenuada mosca quedó tendida en ella y no se movió. Las patas traseras estaban pegadas al cuerpo; las delanteras no se veían.

—Vamos —dijo el jefe—. ¡Espabila! —Y la removió con la pluma, pero en vano. No pasó nada, ni pasaría. La mosca estaba muerta.

El jefe levantó el cadáver con la punta del abrecartas y lo arrojó a la papelera. Pero le invadió un sentimiento de desdicha tan agobiante que verdaderamente se asustó. Se inclinó hacia delante y tocó el timbre para llamar a Macey.

—Tráigame un secante limpio —dijo con severidad— y dese prisa. —Y mientras el viejo perro se alejaba con un paso silencioso, empezó a preguntarse en qué había estado pensando antes. ¿Qué era? Era… Sacó el pañuelo y se lo pasó por delante del cuello de la camisa. Aunque le fuera la vida en ello no se podía acordar.

[París, 1922]

26. H. P. LOVECRAFT (1890-1937)

Howard Philips Lovecraft, nacido en el estado norteamericano de Rhode Island, fue un curioso, extraño y contradictorio personaje, pero, sobre todo, un gran soñador, que fabricó extrañas y sobrecogedoras historias de terror, de seres y mundos fabulosos más allá del tiempo y del espacio, escritas con un estilo muy marcado en el que no es difícil descubrir huellas de los grandes maestros del género como Edgar Allan Poe o Lord Dunsany.

La producción literaria se resume en varias decenas de relatos, numerosas colaboraciones con escritores de historias de terror y, además, poesía, algunas novelas, ensayos y un número increíble de cartas —se da la cifra de cerca de 100.000.

Los relatos fantásticos de Lovecraft se enmarcan en el género de terror sobrenatural o cósmico. Los protagonistas se encuentran, sin previa explicación, implacablemente rodeados por la presencia de criaturas primigenias y monstruosas, poderosas fuerzas cósmicas para las que el hombre al que destruyen no significa nada, incluso lo ignoran, y ante las cuales la única reacción posible, en esa atmósfera asfixiante, es la angustia y el terror a lo desconocido. Sobre el cuento de terror cósmico escribió lo siguiente en un famoso ensayo —*Supernatural Horror in Literature*, 1927—: «El cuento verdaderamente preternatural tiene algo más que los usuales asesinatos secretos, huesos ensangrentados o figuras amortajadas y cargadas de chirriantes cadenas. Debe contener cierta atmósfera de intenso e

inexplicable pavor a fuerzas exteriores, desconocidas y la idea de una suspensión o transgresión maligna y particular de esas leyes fijas de la Naturaleza que son nuestra última salvaguardia frente a los ataques del Caos y de los demonios de los espacios insondables»[119].

La mayor parte de sus historias fue publicada en la revista *Weird Tales* y posteriormente recogidas en libros: *Las ratas en las paredes (The Rats in the Walls*, 1924), *El horror de Dunwich (The Dunwich Horror*, 1927), *El caso de Charles Dexter Ward (The Case of Charles Dexter Ward*, 1928), *En las montañas de la locura (At the Mountains of Madness*, 1931), etc.

Gran parte de la creación literaria de este maestro del cuento de terror y la más difundida se centra en los llamados *Mitos de Cthulhu*, 1929, una compleja cosmogonía que sirve de marco de referencias comunes a los diversos relatos. Numerosos escritores, algunos muy famosos, colaboraron con él en la creación de las historias de esos mitos. Así pues, el resultado es una obra colectiva nacida en torno al autor norteamericano.

El cuento seleccionado, «La nave blanca», no pertenece a los mitos, sino a otro grupo de relatos en los que se adivina fácilmente el influjo de Lord Dunsany. Es un cuento misterioso y maravilloso en el que, mediante un estilo poético y armonioso, se narra el viaje simbólico de una misteriosa nave que surca los océanos y arriba a lugares sorprendentes y fantásticos.

LA NAVE BLANCA

Soy Basil Elton, guardián del faro del North Point, que mi padre y mi abuelo guardaron antes que yo. Lejos de la costa se yergue la grisácea casa del farero, sobre hundidas y viscosas rocas que se ven cuando hay marea baja y permanecen ocultas cuando hay marea alta. Frente al faro han navegado durante un siglo los majestuosos barcos de los siete mares. En tiempos de mi abuelo había muchos; en tiempos de mi padre no tantos; y ahora hay tan pocos que a veces me siento extrañamente solo, como si fuera el último hombre sobre nuestro planeta.

Procedentes de lejanas costas llegaron aquellos antiguos bajeles de blancas velas; procedentes de las costas orientales donde brillan cálidos soles y reinan dulces aromas en torno a hermosos jardines y alegres templos. Los viejos capitanes del mar solían visitar a mi abuelo y le contaban todas estas cosas, que él, a su vez, contaba a mi padre, y mi padre me contaba durante las largas tardes de otoño cuando el viento aullaba misteriosamente desde el Este. Y yo he leído muchas de estas cosas y otras, en los libros que me regalaron cuando era joven y la admiración me dominaba.

Pero más maravillosa que la ciencia de los ancianos y la ciencia de los libros es la secreta ciencia del océano. Azul, verde, gris, blanco o negro; sereno, agitado o tembloroso; ese océano no es silencioso. Lo he contemplado y escuchado durante toda mi vida, y lo conozco bien. Al principio sólo me contó insignificantes cuentos de tranquilas playas y puertos cercanos, pero con los años se hizo más afable y me habló de otras cosas; cosas más extrañas y más lejanas en el tiempo y el espacio. A veces, durante el crepúsculo, los grises vapores del horizonte se han separado para proporcionarme una rápida visión de los caminos que se esconden detrás; y a veces, por la noche, las profundas aguas del mar se han hecho claras y fosforescentes, para proporcionarme una rápida visión de los caminos que se esconden debajo. Y estas visiones han sido tan a menudo de los caminos que fueron y de los caminos que podrían ser, como de los caminos que son; porque el océano es más antiguo que las montañas, y acarrea los recuerdos y los sueños del Tiempo.

Procedente del Sur solía venir la Nave Blanca, cuando había luna llena y se encontraba a gran altura en los cielos. Procedente del Sur se deslizaba con gran suavidad y silencio por encima del mar. Y tanto si el mar estaba agitado o sereno como si el viento era favorable o adverso, siempre se deslizaba con la misma suavidad y silencio, a impulsos de sus enormes velas y el rítmico movimiento de sus largas y extrañas hileras de remos. Una noche divisé a un hombre sobre cubierta, un hombre barbudo y ataviado con una túnica, que pareció hacerme señas para que me embarcara hacia lejanas costas desconocidas. Volví a verle muchas otras veces bajo la luna llena, y nunca volvió a hacerme señas.

La luna brillaba intensamente la noche que respondí a la llamada y atravesé las aguas hasta la Nave Blanca sobre un puente de rayos lunares. El hombre que me había hecho señas me dio la bienvenida en un suave idioma que yo parecía conocer bien, y las horas se llenaron con canciones de los remeros mientras nos deslizábamos hacia el misterioso Sur, envueltos en el plateado destello de aquella luna llena y suave.

Y cuando amaneció el nuevo día, rosado y esplendoroso, divisé la verde costa de lejanas tierras, luminosas y bellas, y desconocidas para mí. Desde el mar se levantaban altivas terrazas de verdor, salpicadas de árboles que revelaban los brillantes tejados y columnatas blancas de extraños templos. A medida que nos acercábamos a la fértil costa, el hombre barbudo me hablaba de esa tierra, la tierra de Zar, donde habitaban todos los sueños e ideas de belleza que una vez asedian al hombre y después son olvidados. Y cuando

volví a mirar las terrazas vi que lo que decía era cierto, pues entre las visiones que se alzaban ante mis ojos había muchas cosas que yo había visto una vez a través de las brumas del horizonte y en las fosforescentes profundidades del océano. También había formas y fantasías más espléndidas de las que yo hubiera podido imaginar jamás; las visiones de jóvenes poetas que murieron en la necesidad antes de que el mundo supiera lo que ellos habían visto y soñado. Pero no pusimos pie sobre las inclinadas praderas de Zar, pues se dice que todo el que las pise nunca más regresará a su costa de origen.

Mientras la Nave Blanca se alejaba silenciosamente de las terrazas y los templos de Zar, divisamos en el lejano horizonte las agujas de una gran ciudad; y el hombre barbudo dijo: «Esto es Talarión, la ciudad de las mil maravillas, donde residen todos los misterios que el hombre ha luchado en vano por comprender». Y volví a mirar, desde más cerca, y vi que la ciudad era mayor que cualquier otra que yo conociera o hubiese podido imaginar jamás. Hasta el cielo llegaban las agujas de sus templos, a fin de que ningún hombre pudiera ver su término; y mucho más allá del horizonte se extendían las tétricas murallas grises, por encima de las cuales sólo podían verse unos cuantos tejados, misteriosos y siniestros, aunque adornados con ricos frisos y seductoras esculturas. Anhelé poderosamente entrar en esta fascinante y a la vez repelente ciudad, y supliqué al hombre barbudo que me desembarcara en el muelle que había junto a la enorme puerta tallada de Akariel; pero él se negó amablemente a satisfacer mi deseo, diciendo: «En Talarión, la ciudad de las mil maravillas, muchos han entrado pero ninguno ha regresado. En el interior sólo pasean demonios o insensatos que han dejado de ser hombres, y las calles se han tornado blancas con los huesos sin enterrar de aquellos que han osado contemplar la imagen de Lathi, que reina sobre la ciudad». Así que la Nave Blanca dejó atrás las murallas de Talarión, y siguió durante muchos días a un pájaro que volaba hacia el Sur, cuyo lustroso plumaje rivalizaba con el cielo de donde había salido.

Después llegamos a una apacible costa llena de flores de todos los colores, donde enormes extensiones de hermosos bosques y radiantes árboles se calentaban bajo el sol de mediodía. Unos violinistas ocultos a nuestros ojos interpretaban canciones y fragmentos sinfónicos, entremezclados con débiles risas tan deliciosas que apremié a los remeros para que se dieran prisa en llegar. Y el hombre barbudo no pronunció ni una sola palabra, sino que me observó a medida que nos acercábamos a la costa bordeada por los lirios. De repente, un viento que procedía de las floridas praderas y los frondosos bosques trajo consigo un aroma ante el cual me estremecí. El viento aumentó

la intensidad, y el aire se llenó del letal y sepulcral olor de las ciudades arrasadas por la plaga y los cementerios descubiertos. Y cuando nos alejábamos rápidamente de esa maldita costa, el hombre barbudo habló por fin, diciendo: «Esto es Xura, la tierra de los placeres inasequibles».

Así que, una vez más, la Nave Blanca siguió al pájaro del cielo, sobre cálidos y benditos mares abanicados por acariciadoras y aromáticas brisas. Navegamos día tras día y noche tras noche, y cuando había luna llena oímos las dulces canciones de los remeros, tan dulces como aquella distante noche en que partimos de mi lejana tierra nativa. Y fue bajo la luz de la luna cuando al fin anclamos en el puerto de Sona-Nyl, que está custodiado por dos promontorios gemelos de cristal que se alzan desde el mar y se encuentran en un resplandeciente arco. Esta es la tierra de la imaginación, y nos dirigimos hacia la verdosa costa por un dorado puente de rayos lunares.

En la tierra de Sona-Nyl no hay tiempo ni espacio, sufrimiento ni muerte; y allí viví durante muchos eones. Verdes son los bosques y los prados, alegres y fragantes son las flores, azules y musicales los riachuelos, claras y frescas las fuentes, y majestuosos y bellos los templos, castillos y ciudades de Sona-Nyl. En esa tierra no hay límites, pues detrás de cada panorama de indescriptible belleza se alza otro aún más hermoso. A través de la campiña y en medio del esplendor de las ciudades pueden circular a voluntad sus felices habitantes, todos los cuales están dotados de verdadera gracia y pura felicidad. Durante los eones que viví allí, paseé dichosamente por los jardines donde exóticas pagodas se asomaban tras frondosos matorrales, y donde los blancos senderos estaban bordeados de delicadas flores. Trepé suaves colinas desde cuya cima pude contemplar fascinantes panoramas de gran hermosura, con tranquilas ciudades enclavadas en fértiles valles, y con las doradas cúpulas de gigantescas ciudades brillando en el horizonte infinitamente lejano. Y, a la luz de la luna presencié el bello espectáculo del mar reluciente, los promontorios de cristal y el plácido puerto donde estaba enclavada la Nave Blanca.

Y recortada sobre la luna llena, una noche del año inmemorial de Tharp, divisé la atrayente silueta del pájaro celestial y experimenté los primeros efectos de la inquietud. Entonces hablé con el hombre barbudo, y le comuniqué mis nuevos anhelos de partir hacia la remota Cathuria, que ningún hombre ha visto, pero que todos sitúan más allá de las columnas basálticas del Oeste. Es la tierra de la esperanza, y en ella relucen los perfectos ideales de todo lo que hemos conocido en otros lugares; o, por lo menos, esto es lo que los hombres relatan. Pero el hombre barbudo me dijo: «Guárdate de esos

peligrosos mares donde dicen que se alza Cathuria. En Sona-Nyl no hay dolor ni muerte, pero ¿quién sabe lo que se oculta tras las columnas basálticas del oeste?». Sin embargo, a la siguiente luna llena me embarqué en la Nave Blanca y, con el reacio hombre barbudo, abandoné el feliz puerto con rumbo a mares desconocidos.

Y el pájaro del cielo voló frente a nosotros, y nos condujo hacia las columnas basálticas del Oeste, pero esta vez los remeros no entonaron dulces canciones bajo la luna llena. En mi subconsciente, me imaginaba la desconocida tierra de Cathuria con sus espléndidos bosques y palacios, y especulaba sobre los nuevos placeres que allí me aguardaban. «Cathuria —me decía a mí mismo— es la morada de los dioses y la tierra de innumerables ciudades de oro. Sus bosques son de áloe[120] y sándalo[121] apacibles como los fragantes bosques de Camorín, y entre los árboles revolotean alegres pájaros que cantan sin cesar. En las verdes y floridas montañas de Cathuria se alzan templos de mármol rosa, llenos de maravillas talladas y pintadas, que encierran frescas fuentes de plata en sus patios, de las cuales brotan las aromáticas aguas del río Narg con una música cautivadora. Y las ciudades de Cathuria están rodeadas por murallas doradas, y su pavimento también es de oro. En los jardines de estas ciudades hay extrañas orquídeas y perfumados lagos cuyo lecho es de coral y ámbar. Por la noche, las calles y jardines están iluminados por alegres linternas hechas con la multicolor concha de la tortuga, y allí resuenan las dulces notas de los cantantes y laudistas. Y todas las casas de las ciudades de Cathuria son palacios, construidos sobre el fragante canal que encierra las aguas del sagrado Narg. De mármol y pórfido[122] son las casas, y sus tejados de reluciente oro reflejan los rayos del sol e intensifican el esplendor de las ciudades que arrobados dioses contemplan desde las lejanas cumbres. Lo más hermoso de todo es el palacio del gran monarca Dorieb, que algunos consideran un semidiós y otros un dios. Muy alto es el palacio de Dorieb, y muchas son las torrecillas de mármol sobre los muros. En sus amplios salones se reúnen grandes multitudes, y aquí se exponen los trofeos de todas las edades. Y el tejado es de oro puro, sostenido por pilares de rubí y azur[123], y con tantas figuras talladas de dioses y héroes que todo el que eleva la mirada hasta esas alturas cree encontrarse en el Olimpo[124]. Y el suelo del palacio es de cristal, y bajo él fluyen las aguas hábilmente iluminadas del Narg, bendecido por alegres peces que son desconocidos más allá de los límites de la hermosa Cathuria.»

Así monologaba yo sobre Cathuria, pero el hombre barbudo siempre me aconsejaba regresar a las felices costas de Sona-Nyl; porque Sona-Nyl es

conocida de los hombres, mientras que nadie había visto Cathuria jamás.

Y al cabo de treinta y un días de seguir al pájaro, divisamos los pilares basálticos del Oeste. Se hallaban envueltos por la niebla, para que ningún hombre contemplara lo que se escondía detrás ni viera sus cumbres, que, según dicen, llegan hasta los cielos. Y el hombre barbudo volvió a implorarme que regresáramos, pero no le hice caso; porque me pareció oír las notas de cantantes y laudista entre la niebla que ocultaba los pilares basálticos; más dulces que las canciones de Sona-Nyl, y ensalzando mis alabanzas; las alabanzas de alguien que había viajado desde la luna llena y había vivido en la Tierra de la Imaginación. Y, al sonido de esta melodía, la Nave Blanca se internó en la niebla que envolvía las columnas basálticas del Oeste. Y cuando la música cesó y la niebla se levantó, no vimos la tierra de Cathuria, sino un mar agitado e irresistible, sobre el cual nuestra desvalida embarcación se dirigía hacia una meta desconocida. Pronto llegó a nuestros oídos el lejano rugido de las aguas revueltas, y en el horizonte apareció a nuestros ojos el titánico vapor de una monstruosa catarata, donde los océanos del mundo se precipitan hacia un vacío abismal. Entonces me dijo el hombre barbudo, con lágrimas en las mejillas: «Hemos rechazado la hermosa tierra de Sona-Nyl, que posiblemente no volvamos a ver jamás. Los dioses son más fuertes que los hombres, y nos han vencido». Y yo cerré los ojos ante la colisión que no podía dejar de producirse, para no ver el pájaro celestial que agitaba sus burlonas alas azules sobre el borde de la catarata.

Después de la colisión vino la oscuridad, y oí los gritos de los hombres y de cosas que no eran hombres. Se levantaron tempestuosos vientos procedentes del Oeste, y me estremecí de frío mientras me agachaba sobre la losa de húmeda piedra que se había alzado bajo mis pies. Después, al oír un nuevo estrépito, abrí los ojos y me vi sobre la plataforma de aquel faro desde donde yo había partido hacía tantos eones. En la oscuridad se distinguían las vastas y confusas líneas de un navío que se estrellaba contra las crueles rocas, y entonces vi que la luz del faro se había apagado por primera vez desde que mi abuelo asumiera su cuidado.

Y ya avanzada la noche, cuando entré en la torre, vi un calendario en la pared que aún permanecía tal como yo lo dejara en el momento que partí. Al amanecer bajé de la torre y busqué los restos del naufragio sobre las rocas, pero no encontré más que esto: un extraño pájaro muerto cuyos colores podían equipararse al azul del cielo, y un solo mástil hecho añicos, de una blancura mayor que la de la espuma de las olas o la nieve de la montaña.

Y a partir de entonces, el océano dejó de contarme sus secretos; y aunque desde entonces se ha visto muchas veces la luna llena a gran altura en los cielos, la Nave Blanca procedente del sur no ha regresado jamás.

27. Dino Buzzati (1906-1972)

Escritor italiano que cultivó el periodismo, el dibujo, la poesía, el teatro, el cuento y la novela. En su producción narrativa se mezclan alegorías inquietantes, elementos surrealistas de ciencia-ficción o de crónica negra. Lo fantástico se convierte con frecuencia en una posibilidad de fuga de la pequeñoburguesa realidad.

Escribió las novelas *Bernabé en las montañas (Bárnabo delle montagne,* 1933), *El secreto del Bosque Viejo (Il segreto del Bosco Vecchio*, 1935), *Un amor (Un amore,* 1963). Cuentos: *Miedo en la Scala (Paura alla Scala,* 1940), *Los siete mensajeros (I sette Mesaggeri,* 1942) y *Sesenta cuentos (Sessanta racontti,* 1958). La obra más famosa de Buzzati es la novela *El desierto de los tártaros (Il deserto dei tartarí,* 1940) en la que describe angustiosamente la absurda monotonía de la existencia del protagonista a la espera de algo importante que no llega nunca y, en definitiva, su destrucción y anulación.

En el cuento «El colombre» se narra la historia de una extraña maldición y amenaza que arrastran irremisiblemente toda la vida del marino protagonista y se esclarecen ya al final, cuando no existe la posibilidad de rectificación.

EL COLOMBRE

Cuando Stefano Roi cumplió los doce años, pidió como regalo a su padre, capitán de barco y patrón de un bonito velero, que lo llevase consigo a bordo.

—Cuando sea mayor —dijo—, quiero navegar por los mares como tú. Y mandaré barcos todavía más bonitos y grandes que el tuyo.

—Dios te bendiga, hijo mío —respondió su padre. Y como justamente aquel día su carguero debía partir, se llevó al chico consigo.

Era un espléndido día de sol; el mar estaba tranquilo. Stefano, que nunca había subido al barco, paseaba feliz por cubierta admirando las complicadas maniobras del aparejo. Y preguntaba esto y lo otro a los marineros, que, sonriendo, se lo explicaban todo.

Cuando fue a parar a la toldilla, el chico, picado por la curiosidad, se detuvo a observar una cosa que salía intermitentemente a la superficie a una

distancia de unos doscientos o trescientos metros, allí donde estaba la estela de la nave.

Aunque el carguero volara ya, empujado por un magnífico viento de popa, aquella cosa mantenía siempre la misma distancia. Y, aunque él no comprendía su naturaleza, tenía algo indefinible que lo atraía intensamente.

Al dejar de ver a Stefano por allí, su padre, después de haberlo llamado a grandes voces en vano, abandonó el puente y fue a buscarlo.

—Stefano, ¿qué haces ahí plantado? —le preguntó al verlo finalmente en la popa, de pie, absorto en las olas.

—Ven a ver, papá.

El padre acudió y miró también en la dirección que le indicaba el muchacho, pero no alcanzó a ver nada.

—Es una cosa oscura que asoma cada tanto de la estela —dijo—, y que nos sigue.

—A pesar de mis cuarenta años —dijo su padre—, creo tener todavía buena vista. Pero no veo nada en absoluto.

Como su hijo insistiera, fue en busca del catalejo y exploró la superficie del mar allí donde estaba la estela. Stefano lo vio ponerse pálido.

—¿Qué es? ¿Por qué pones esa cara?

—Ojalá no te hubiera escuchado —exclamó el capitán—. Ahora temo por ti. Eso que has visto asomar de las aguas y que nos sigue no es una cosa. Es un colombre. Es el pez que los marineros temen más que ningún otro en todos los mares del mundo. Es un escualo terrible y misterioso, más astuto que el hombre. Por motivos que quizá nunca nadie sabrá, escoge a su víctima y, una vez que lo ha hecho, la sigue años y años, la vida entera, hasta que consigue devorarla. Y lo más curioso es esto: que nadie puede verlo si no es la propia víctima y las personas de su misma sangre.

—¿Y no es una leyenda?

—No. Yo nunca lo había visto. Pero como lo he oído describir tantas veces, en seguida lo he reconocido. Ese hocico de bisonte, esa boca que se abre y se cierra sin cesar, esos dientes espantosos… Stefano, no hay duda, desgraciadamente el colombre te ha elegido y mientras andes por el mar no te dará tregua. Escucha: vamos a volver ahora mismo a tierra, tú desembarcarás y nunca más te separarás de la orilla por ningún motivo. Tienes que prometérmelo. El trabajo del mar no es para ti, hijo mío. Tienes que resignarte. Por otra parte, en tierra también podrás hacer fortuna.

Dicho esto, hizo invertir el rumbo inmediatamente, volvió a puerto y, con el pretexto de una inesperada indisposición, desembarcó a su hijo. Luego

volvió a partir sin él.

Profundamente agitado, el muchacho permaneció en la orilla hasta que la última punta de la arboladura se sumergió detrás del horizonte. Más allá del muelle que cerraba el puerto, el mar quedó completamente desierto. Pero, aguzando la vista, Stefano alcanzó a distinguir un puntito negro que aparecía intermitentemente sobre las aguas: era «su» colombre, que iba lentamente de aquí para allá, empeñado en esperarlo.

Desde entonces se emplearon todos los recursos posibles para alejar al muchacho del deseo del mar. Su padre lo mandó a estudiar a una ciudad del interior distante centenares de kilómetros. Y durante algún tiempo, distraído por su nuevo ambiente, Stefano dejó de pensar en el monstruo marino. Sin embargo, cuando en las vacaciones de verano volvió a casa, lo primero que hizo en cuanto dispuso de un minuto libre fue apresurarse a ir a la punta del muelle para hacer una especie de comprobación aunque en el fondo lo considerase superfluo. Aun admitiendo que toda la historia que le contara su padre fuera verdadera, después de tanto tiempo el colombre sin duda habría renunciado a su asedio.

Pero Stefano se quedó allí parado, con el corazón desbocado. A unos doscientos o trescientos metros del muelle, en mar abierto, el siniestro pez iba arriba y abajo con lentitud, sacando de cuando en cuando el hocico del agua y volviéndolo hacia tierra, como si mirase ansiosamente si Stefano Roi aparecía por fin.

De esta suerte, la idea de aquella criatura enemiga que lo esperaba noche y día se convirtió para Stefano en una secreta obsesión. E incluso en la lejana ciudad le ocurría despertarse en plena noche víctima de la inquietud. Estaba a salvo, sí, centenares de kilómetros lo separaban del colombre. Y, sin embargo, sabía que más allá de las montañas, más allá de los bosques, más allá de las llanuras, el escualo lo aguardaba. Y que, aunque se trasladara al continente más remoto, el colombre se apostaría en el espejo del mar más cercano con la inexorable obstinación de los instrumentos del destino.

Stefano, que era un muchacho serio y diligente, continuó sus estudios con provecho y apenas fue un hombre encontró un empleo digno y bien remunerado en un almacén de la ciudad. Mientras tanto, su padre murió víctima de una enfermedad. Su viuda vendió su magnífico velero y el hijo se halló en posesión de una discreta fortuna. El trabajo, las amistades, las distracciones, los primeros amores: ahora Stefano se había hecho ya su vida, pero, a pesar de todo, el pensamiento del colombre lo perseguía como un

espejismo a la vez funesto y fascinante; y, con el paso de los días, en vez de desvanecerse, parecía hacerse más insistente.

Grandes son las satisfacciones de la vida laboriosa, holgada y tranquila, pero aún mayor es la atracción del abismo. Apenas había cumplido Stefano veintidós años cuando, tras despedirse de sus amigos y abandonar su empleo, volvió a su ciudad natal y comunicó a su madre su firme intención de seguir el oficio paterno. La mujer, a quien Stefano jamás había hecho mención del misterioso escualo, acogió con júbilo su decisión. En el fondo de su corazón, que su hijo hubiera abandonado el mar por la ciudad siempre le había parecido una puñalada a las tradiciones de la familia.

Y Stefano comenzó a navegar, dando prueba de dotes marineras, de resistencia a las fatigas, de ánimo intrépido. Navegaba, navegaba y en la estela de su carguero, de día y de noche, con bonanza y con tempestad, se afanaba el colombre. Él sabía que aquella era su maldición y su condena, pero quizá por eso mismo no tenía fuerzas para apartarse de ella. Y a bordo nadie veía el monstruo excepto él.

—¿No veis nada por allí? —preguntaba de cuando en cuando a sus compañeros señalando la estela.

—No, no vemos nada. ¿Por qué?

—No sé. Me parecía…

—¿No habrás visto por casualidad un colombre? —decían ellos entre risas al tiempo que tocaban madera.

—¿De qué os reís? ¿Por qué tocáis madera?

—Porque el colombre es un bicho que no perdona. Y si se pusiera a seguir a esta nave, eso querría decir que uno de nosotros estaba perdido.

Pero Stefano no cedía. La constante amenaza que iba en pos de él parecía más bien multiplicar su voluntad, su pasión por el mar, su arrojo en los momentos de fatiga y peligro.

Una vez se sintió dueño del oficio, con el pequeño caudal que le había dejado su padre adquirió junto con un socio un pequeño vapor de carga, luego se hizo su único propietario y, gracias a una serie de travesías afortunadas, pudo a continuación comprar un verdadero buque mercante y apuntar a metas cada vez más ambiciosas. Pero los éxitos, los millones, no conseguían apartar de su ánimo aquel continuo tormento; y nunca, por otra parte, se le pasó por la cabeza vender y retirarse a tierra para emprender negocios distintos.

Navegar, navegar, ése era su único afán. Apenas ponía pie en cualquier puerto después de largas travesías, en seguida lo espoleaba la impaciencia por partir. Sabía que allá lo esperaba el colombre y que el colombre era sinónimo

de perdición. Era inútil. Un impulso indomable lo arrastraba de un océano a otro sin descanso.

Hasta que de pronto un día Stefano reparó en que se había hecho viejo, viejísimo; y ninguno de los que lo rodeaban sabía explicarse por qué, siendo rico como era, no dejaba por fin la azarosa vida del mar. Viejo, y amargamente infeliz, porque toda su existencia se había gastado en aquella especie de loca fuga a través de los mares para escapar de su enemigo. Pero para él siempre había sido más fuerte que la dicha de una vida holgada y tranquila la tentación del abismo.

Y una tarde, mientras su magnífica nave se hallaba fondeada frente al puerto donde había nacido, se sintió próximo a morir. Entonces llamó a su segundo oficial, en quien tenía mucha confianza, y le instó a que no se opusiera a lo que pensaba hacer. El otro se lo prometió por su honor.

Una vez seguro de esto, Stefano reveló al segundo oficial, que lo escuchaba turbado, la historia del colombre que durante casi cincuenta años lo había seguido sin cesar inútilmente.

—Me ha seguido de un confín a otro del mundo —dijo— con una fidelidad que ni el amigo más noble habría podido mostrar. Ahora me voy a morir. También él, ahora, estará terriblemente viejo y cansado. No puedo traicionarle.

Dicho esto, se despidió, hizo arriar un bote y, después de hacer que le dieran un arpón, partió.

—Ahora voy a su encuentro —anunció—. Es justo que no lo defraude. Pero lucharé con las fuerzas que me quedan.

Con débiles golpes de remo se alejó del barco. Oficiales y marineros lo vieron desaparecer a lo lejos, sobre el plácido mar, envuelto en las sombras de la noche. En el cielo, como una hoz, lucía la luna.

No tuvo que esforzarse mucho. Súbitamente, el horrible hocico del colombre emergió al lado de la barca.

—Aquí me tienes por fin —dijo Stefano—. ¡Ahora es cosa nuestra!

Y, reuniendo sus últimas energías, levantó el arpón para lanzarlo.

—Ah —se quejó con voz suplicante el colombre—, qué largo camino hasta encontrarte. También yo estoy destrozado por la fatiga. Cuánto me has hecho nadar. Y tú huías, huías. Y nunca has comprendido nada.

—¿Por qué? —dijo Stefano picado en su orgullo.

—Porque no te he seguido por todo el mundo para devorarte, como tú pensabas. El único encargo que me dio el rey del mar fue entregarte esto.

Y el escualo sacó la lengua, tendiendo al viejo capitán una esfera fosforescente.

Stefano la cogió entre los dedos y miró. Era una perla de tamaño desmesurado. Reconoció en ella la famosa Perla del Mar que procura a quien la posee fortuna, poder, amor y paz de espíritu. Pero ahora era ya demasiado tarde.

—Ay de mí —dijo meneando tristemente la cabeza—. Qué horrible malentendido. Lo único que he conseguido es desperdiciar mi existencia; y he arruinado la tuya.

—Adiós, hombre infeliz —respondió el colombre. Y se sumergió en las aguas negras para siempre.

Dos meses más tarde, empujado por la resaca, un bote arribó a una áspera escollera. Fue avistado por algunos pescadores que, movidos por la curiosidad, se acercaron. En el bote, todavía sentado, había un blanco esqueleto; y, entre sus dedos descamados, sujetaba un pequeño guijarro redondo.

El colombre es un pez de grandes dimensiones, espantoso a la vista, sumamente raro. Dependiendo de los mares y de los pueblos que habitan las orillas, recibe también el nombre de kolomber, kahloubrha, kalonga, kalu-balu, chalung-gra. Curiosamente, los naturalistas desconocen su existencia. Hay quien sostiene que no existe.

[1966]

28. Varlam Shalámov (1907-1982)

Nació en Vólogda (Rusia), estudió Derecho en Moscú y en 1929 fue detenido por difundir el testamento de Lenin, en el que el líder de la Revolución Soviética criticaba la intolerancia y brutalidad de Stalin. Shalámov fue condenado a tres años de trabajos forzados en la región de los Urales y esta condena inauguró una durísima y larga sucesión de encarcelamientos —siempre por su disidencia política— en campos de trabajo, hasta su liberación definitiva en 1953, tras la muerte de Stalin.

Es en 1954 cuando empieza a escribir la obra a la que decidió dedicarle el resto de su vida, según sus propias palabras, *Relatos de Kolyma*, que terminó en 1973 y cuya primera edición en ruso no se publicó hasta 1978 en Londres.

Los *Relatos de Kolyma* son un amplio conjunto de pequeñas historias, organizadas en varios ciclos, en las que el autor recoge sus terribles e inhumanas experiencias como deportado en los campos de trabajos forzados. El libro resulta ser, en su conjunto, la dramática narración de la paulatina demolición del hombre, siniestra y sistemáticamente planificada por el sistema soviético en los oscuros años del oprobio estalinista, en una línea parecida, aunque distinta, de lo que Primo Levi escribió sobre los campos de exterminio nazis, en otra obra tan dolorosamente testimonial como es *Si esto es un hombre* (1960).

Pero *Los Relatos…* son, además, un grito de alguien como Shalámov dotado de una inquebrantable firmeza moral, que encuentra en su interior la fuerza de espíritu para no doblegarse, para no dejarse aniquilar ni caer en el último escalón de la degradación humana. Es el triunfo moral del individuo frente a la fuerza aplastante del sistema totalitario. «Cada relato —escribe Shalámov—, cada una de sus frases, previamente las grité en mi vacía habitación; siempre hablo conmigo mismo cuando escribo. Grito, amenazo, lloro. No puedo detener el llanto. Y sólo después, cuando he terminado el relato o un fragmento de éste, me seco las lágrimas.»

Y así es como están escritas estas historias, sin ninguna artificiosidad literaria, con verdad y sinceridad, con un estilo simple, terso y directo, pero tan perfectamente medido y trabajado que inunda al lector con un impreciso halo de belleza sólo conseguido en la verdadera literatura.

De esta obra hemos escogido el relato titulado «La cruz», que no es en verdad uno de los recuerdos de la experiencia personal del autor en los campos de trabajo forzado. La mirada se amplía a una historia colateral, aunque situada en el mismo penoso y miserable ambiente de la época de Stalin. Una historia que tiene como temas la pobreza y el amor de dos ancianos, figuras venerables abocadas, en el límite de la supervivencia, a una desesperada solución final. La sombra fecunda de Chéjov planea, con su carga de tristeza, sencillez y humanidad, sobre este admirable relato ruso.

LA CRUZ

El sacerdote ciego atravesaba el patio tanteando con los pies la estrecha tabla extendida sobre el suelo como la pasarela de un barco. Avanzaba lentamente, casi sin tropezar, sin vacilar, pisando el caminito de madera con las suelas cuadradas de las enormes y zurcidas botas de su hijo. En ambas manos llevaba unos cubos que despedían vapor llenos de comida para las cabras. Las cabras, que se hallaban encerradas en un oscuro y bajo cobertizo,

eran tres: Mashka, Ella y Tonia —unos nombres elegidos con acierto, pues se distinguían por sus consonantes. Por lo común sólo la cabra a la que llamaba reaccionaba a su voz; aunque por la mañana, a la hora de darles de comer, los animales balaban sin orden ni concierto con llantos lastimeros asomando una tras otra sus hocicos por la ranura de la puerta del cobertizo. Media hora antes, el sacerdote ciego las había ordeñado en una gran colodra[125] y se había llevado la humeante leche a casa. Al ordeñar a menudo se equivocaba en su eterna oscuridad: el fino chorro de la leche caía silencioso fuera de la colodra y las cabras se giraban alarmadas al ver derramarse su propia leche directamente al suelo. O puede ser que no se giraran.

Se equivocaba a menudo no sólo por estar ciego. Su ensimismado cavilar entorpecía no menos su labor y, mientras su cálida mano muñía[126] acompasada la fresca ubre de la cabra, más de una vez pensando en su familia se olvidaba de sí mismo y de lo que hacía.

El sacerdote se quedó ciego poco antes de morir su hijo, un guardia rojo que cayó en el frente del Norte. El glaucoma, el «agua amarilla», se agravó de manera brusca y el hombre perdió la vista. El sacerdote tenía dos hijos más y otras dos hijas, pero éste, el mediano, era el más querido y en cierto modo el único.

El sacerdote hacía él todo el trabajo: el cuidado de las cabras, el darles de comer, limpiarlas y ordeñarlas, y esta tarea desesperada e inútil constituía la medida de su autoafirmación en la vida: el ciego se había acostumbrado a ser el sostén de su numerosa familia, a estar ocupado y a no depender de nadie, ni de la sociedad ni de sus propios hijos. Había encargado a su mujer que llevara escrupulosamente las cuentas de los gastos que ocasionaban las cabras y que anotara los beneficios que obtenían de vender la leche en verano. En la ciudad compraban de buena gana la leche de cabra, pues se la consideraba especialmente indicada contra la tuberculosis. El valor médico de esta opinión era más bien dudoso y no mayor que las conocidas raciones de carne de cachorros negros que alguien había recomendado a los enfermos de tisis. El sacerdote y su mujer tomaban un vaso o dos de leche al día, y el sacerdote mandaba apuntar también el precio de estos vasos. Al primer verano se vio claro que el pienso salía mucho más caro que la leche obtenida, por lo demás tampoco eran despreciables los impuestos por la tenencia de «ganado menor», pero la mujer del sacerdote ocultaba la verdad a su marido, le decía que las cabras eran de provecho. Y el sacerdote ciego daba gracias a Dios por haberle dado fuerzas para ayudar siquiera un poco a su esposa.

Su mujer, a la que hasta 1928 todos en la ciudad llamaban «madre» y que en 1929 dejaron de hacerlo —casi todas las iglesias de la ciudad fueron dinamitadas, y la catedral «fría», en la que en otro tiempo había orado Iván el Terrible[127] se convirtió en museo—, la mujer había sido tan gruesa, tan gorda que su propio hijo, cuando tenía seis años, llegaba a decirle entre caprichosos lloriqueos: «No quiero ir contigo, me da vergüenza. Estás tan gorda». Hacía tiempo que ya no lo era, pero la hinchazón, la obesidad insana de los cardíacos se conservaba en su enorme cuerpo. Casi no podía andar por la habitación y se trasladaba con dificultad del horno de la cocina hasta la ventana del cuarto. En un principio el sacerdote le pedía que le leyera algo, pero la mujer nunca tenía tiempo para ello: siempre quedaban mil cosas por hacer en la casa, había que preparar la comida, la del matrimonio y la de las cabras. La mujer del sacerdote no iba a las tiendas; le hacían las pequeñas compras los críos de la vecindad a los que les daba leche de cabra o regalaba alguna golosina.

Sobre la plancha del horno ruso se encontraba un perol, un recipiente de hierro colado. El perol tenía una esquina rota, el borde se rompió el primer año de casados. El brebaje hirviendo para las cabras caía del perol por el extremo roto, caía sobre la plancha y goteaba de la plancha al suelo. Junto al perol se encontraba una pequeña olla con gachas, la comida del sacerdote y de su mujer. Los humanos necesitaban mucho menos que los animales.

Pero los hombres también necesitaban algo.

Había poco que hacer, pero la mujer se movía con demasiada lentitud por la habitación sujetándose con las manos a los muebles, y al final del día se cansaba tanto que no encontraba fuerzas para la lectura. La mujer se quedaba dormida y el sacerdote se enfadaba. El hombre dormía poco aunque se obligaba a hacerlo. En cierta ocasión su segundo hijo que había venido de permiso, dolido por la lamentable situación en la que se hallaba su padre, le preguntó inquieto:

—Papá, ¿por qué duermes de día y de noche? ¿Por qué duermes tanto?

—Cretino —le replicó el sacerdote—, ¿no comprendes que cuando duermo veo?

Y el hijo no pudo olvidar aquellas palabras hasta el mismo día de su muerte.

Las emisiones radiofónicas vivían entonces su primera infancia, los aficionados se pasaban horas haciendo chirriar sus aparatos detectores y nadie se atrevía a conectar las tomas de tierra a las baterías de la calefacción o a los aparatos telefónicos. El sacerdote sólo había oído hablar de los aparatos de

radio, pero comprendía que sus hijos, repartidos por todo el mundo, no lograrían, no reunirían el dinero suficiente para comprarle ni siquiera unos radioauriculares.

El ciego no había entendido muy bien por qué razón unos años atrás tuvieron que abandonar la habitación en la que habían vivido más de treinta años. La mujer le susurraba algo incomprensible con voz emocionada y furiosa que brotaba farfullante de su enorme y desmesurada boca. La mujer nunca le contaba la verdad: cómo los milicianos habían sacado por la puerta de su triste habitación las sillas rotas, la vieja cómoda, el cajón con las fotos y los daguerrotipos[128], los peroles y las ollas y unos cuantos libros, los restos de una biblioteca en otro tiempo inmensa, así como el baúl donde guardaban lo único que les quedaba: una gran cruz de oro. El ciego no entendió nada; lo condujeron a su nueva vivienda, y el hombre callaba y rezaba en silencio a Dios. También las cabras las trasladaron entre balidos a la nueva vivienda; un carpintero conocido instaló a los animales en el nuevo lugar. En el tumulto una cabra desapareció; era la cuarta, y se llamaba Ira.

Los nuevos inquilinos de su vivienda junto al río, el joven fiscal de la ciudad y su estirada esposa, aguardaban en el hotel Central a que les anunciaran que la vivienda había quedado vacía. En el cuarto del sacerdote iban a instalar al tornero con su familia que vivía enfrente, y las habitaciones del obrero pasaban al fiscal. El fiscal de la ciudad nunca había visto ni vería al sacerdote ni al tornero en cuya «superficie habitable» se iba a instalar.

El sacerdote y su mujer se acordaban rara vez de su antigua habitación; él porque estaba ciego, y ella porque era demasiado el dolor que había debido soportar en aquella vivienda, mucho más que alegrías. El sacerdote nunca supo que su mujer, mientras pudo, hacía pastelillos que vendía en el mercado, y que no paraba de escribir cartas a conocidos y parientes pidiendo alguna ayuda para ella y su esposo ciego. Y a veces llegaba algún dinero, poco, pero a pesar de todo con él se podía comprar el heno y el orujo para los animales, pagar los impuestos y al pastor.

Hacía tiempo que debían haber vendido las cabras, que no eran más que una carga, pero a la mujer le daba hasta miedo pensar en la idea, pues era la única ocupación de su ciego marido. Y recordando cuán vital y enérgico había sido su esposo antes de la terrible enfermedad, no se veía capaz de hablarle sobre la venta de las cabras. Y todo seguía como siempre.

También escribía a los hijos, que hacía tiempo eran ya mayores y tenían sus propias familias. Los hijos respondían a sus cartas; todos tenían sus problemas, sus propios hijos; aunque, por cierto, no todos contestaban.

El hijo mayor hacía mucho, ya en los veinte, había repudiado a su padre. Entonces estaba de moda repudiar a los progenitores. Más de un escritor y de un poeta antes de hacerse conocidos iniciaron su carrera literaria con declaraciones de este género. El hijo mayor no era ni un poeta ni un sinvergüenza, sencillamente tenía miedo de la vida y cuando lo empezaron a importunar en su oficina con comentarios sobre su «origen social» puso un anuncio en el periódico. El anuncio no le hizo provecho alguno y el hombre llevó su marca de Caín hasta la tumba.

Las hijas del sacerdote se casaron. La mayor vivía en algún lugar del Sur, no disponía del dinero de la casa, tenía miedo del marido, pero escribía a menudo cartas llorosas, llenas de sus propias penas, y la anciana madre le escribía también a ella llorando sobre las cartas de la hija e intentando consolarla. La hija le mandaba cada año varias decenas de kilos de uva. El paquete tardaba mucho en llegar del Sur. Y la madre nunca le escribió a su hija que la uva siempre llegaba estropeada, que de todo el paquete sólo podía aprovechar unos cuantos gramos para ella y su marido. En cada ocasión le daba las gracias, le agradecía humillada el gesto, pero no se atrevía a pedirle dinero.

La segunda hija era practicante, y después de casarse decidió guardar su mísero sueldo para mandarlo a sus padres. El marido de ésta, un funcionario sindical, dio el visto bueno a su deseo y durante unos tres meses la hija mandó el sueldo a casa de sus padres. Pero después de dar a luz, dejó de trabajar, pues se pasaba el día y la noche cuidando de sus gemelos. Pronto se supo que el marido, el funcionario sindical, era un borracho empedernido. Su carrera empezó a caer en picado y al cabo de dos años se encontró haciendo de agente de aprovisionamiento, aunque tampoco en aquel cargo pudo durar mucho tiempo. Su mujer con los dos niños, al quedarse sin medios de subsistencia, de nuevo se puso a trabajar y se las arreglaba como podía manteniendo con el miserable sueldo de enfermera a sí misma y a sus dos hijos. ¿Con qué podía ayudar a su anciana madre y a su ciego padre?

El hijo menor no estaba casado. Él era el más indicado para vivir con sus padres, pero el hombre decidió probar suerte en solitario. Del hermano mediano quedó en herencia una escopeta de caza, una Zauer casi nueva, y el padre mandó a la madre que vendiera el arma por noventa rublos. Por veinte rublos le cosieron al hijo dos camisas de satén y el joven se marchó a Moscú a casa de una tía para ir a trabajar de obrero en una fábrica. El hijo menor mandaba dinero a casa, pero poco, de cinco a diez rublos al mes, pero al poco,

por haber participado en un mitin clandestino, lo arrestaron y lo deportaron, y se le perdió el rastro.

El sacerdote ciego y su esposa se levantaban siempre a las seis de la mañana. La anciana encendía la estufa y el ciego iba a ordeñar las cabras. Se había acabado todo el dinero, pero la mujer conseguía que los vecinos le prestaran unos cuantos rublos. El dinero, no obstante, había que devolverlo y ya no quedaba nada que vender, todas las cosas de vestir, todos los manteles, la ropa, las sillas, hacía tiempo que lo habían vendido o cambiado por harina para las cabras y por sémola para la sopa. Los anillos de casados, la cadenilla de plata fueron a parar al Torgsin[129] el año pasado. La sopa se hacía con carne sólo para las grandes festividades y los viejos compraban azúcar para los días de fiesta. De vez en cuando alguien les traía un caramelo o un bollo, y la anciana madre recogía lo que le daban, se lo llevaba al cuarto y lo depositaba sobre los secos, nerviosos y nunca quietos dedos de su ciego marido. Los dos se echaban a reír y se besaban el uno al otro y el anciano sacerdote besaba los dedos deformados por el duro trabajo de casa, los dedos hinchados, resquebrajados y sucios de su mujer. Y la anciana lloraba y besaba en la cabeza al viejo y ambos se agradecían mutuamente por todo lo bueno que se habían dado en la vida, por lo que hacían entonces el uno por el otro.

Cada noche el sacerdote se ponía en pie frente al icono, rezaba con ardor y daba una y otra vez gracias a Dios por su esposa. Así lo hacía a diario. Sucedía que a veces no se colocaba frente al icono y la mujer bajaba de la cama y, abrazándolo por los hombros, lo colocaba de cara a la imagen. Y el sacerdote ciego se enfadaba.

La anciana hacía lo posible por no pensar en el día de mañana. Pero llegó el día en que no hubo nada que darles a las cabras. El ciego sacerdote se despertó y comenzó a vestirse buscando a tientas las botas bajo la cama. Fue entonces cuando la anciana se puso a gritar y a llorar, como si fuera ella la culpable de que ya no les quedara nada.

El ciego se puso las botas y se sentó en su remendado y blando sillón de hule. El resto de los muebles hacía tiempo que los habían vendido, pero el ciego no lo sabía; la madre dijo que los había regalado a las hijas.

El sacerdote ciego se hallaba recostado en el respaldo del sillón, y callaba. Pero en su rostro se reflejaba la perplejidad.

—Dame la cruz —dijo alargando ambas manos y moviendo los dedos.

La esposa alcanzó a duras penas la puerta y echó el gancho. Entre los dos levantaron la mesa y sacaron de debajo el baúl. La esposa del sacerdote extrajo una llave de la caja de madera donde guardaba el hilo y abrió el baúl.

El baúl estaba lleno, pero de qué cosas: las camisolas infantiles de los hijos e hijas, fajos de las amarillentas cartas que cuarenta años atrás se escribieron el uno al otro, las velas de la ceremonia de boda con unos adornos hechos de alambre —la cera de los adornos hacía tiempo que se había convertido en polvo—, madejas de lanas de colores y retales de tela para hacer petachos. Y en lo más hondo del baúl había dos pequeños cajones, en los que se acostumbra a guardar las medallas, los relojes, o los objetos de valor.

La mujer suspiró profunda y orgullosamente, se enderezó y abrió la caja en la que, sobre una almohadilla de raso de aspecto aún nuevo, yacía una cruz de pecho con una pequeña figura esculpida de Jesucristo. La cruz era rojiza, de oro puro.

El ciego sacerdote palpó la cruz.

—Trae el hacha —dijo en voz baja.

—No, no susurró ella y estrechó entre sus brazos al ciego ⁚ Atentando quitarle de las manos la cruz. Pero el ciego sacerdote la arrancó de las manos angulosas e hinchadas de la mujer y le dio un doloroso golpe.

—Tráela —dijo—, tráela… ¿O crees que Dios está en esta cosa?

—No lo haré. Hazlo tú, si quieres…

—Yo, yo mismo lo haré.

Y la esposa del sacerdote, medio enloquecida por el hambre, echó a andar hacia la cocina, donde siempre estaba el hacha y un tronco seco del que hacían astillas para el *samovar*[130].

Llevó el hacha a la habitación, echó el gancho y se puso a llorar, sin lágrimas y a gritos.

—No mires —dijo el ciego sacerdote colocando la cruz en el suelo. Pero ella no podía dejar de mirar. La cruz yacía con la figura boca abajo. El viejo le dio un golpe y la cruz dio un brinco lanzando un leve tañido al caer al suelo; el ciego habían fallado el golpe. El sacerdote buscó a tientas la cruz, la colocó de nuevo en el mismo lugar y levantó otra vez el hacha. En esta ocasión la cruz se dobló y el viejo logró arrancar un trozo con los dedos. El hierro era más duro que el oro y resultó muy fácil partir la cruz.

La mujer ya no lloraba ni gritaba, como si la cruz, hecha pedazos, hubiera dejado de ser algo sagrado y se hubiera convertido en un simple trozo de metal precioso como una pepita de oro. La mujer, con premura y a pesar de todo con gran lentitud, envolvía los pedazos de la cruz en unos trapos y los volvía a colocar en la caja de medallas.

Se puso las gafas y examinó con atención el filo del hacha por si hubiera quedado alguna brizna de oro.

Cuando todo quedó guardado y el baúl colocado en su lugar, el sacerdote se puso su capa de lona y el gorro, tomó la colodra y se dirigió por el patio junto a la larga tabla a ordeñar las cabras. Andaba retrasado, ya era de día y hacía tiempo que habían abierto las tiendas. Las tiendas del Torgsin, donde los productos se vendían a cambio de oro, abrían a las diez de la mañana.

[1959]

29. Miguel Torga (1907-1995)

Adolfo Correira da Rocha eligió el seudónimo de Miguel como homenaje al nombre propio de Cervantes y de Unamuno, y Torga del nombre de una humilde planta silvestre de su tierra natal, en la comarca de Tras-Os-Montes, al noreste de Portugal. Hijo de campesinos pobres, estuvo unos años en el Seminario y, después de una frustrada emigración en Brasil, estudio Medicina en Coimbra, con mil sacrificios y dificultades: «Empecé mal y tarde. Cuando otros partían del saber, yo partí del sufrimiento. Ninguna puerta se me abrió sin que tuviera que echarla abajo. Luché contra mi mismo. Una infancia rodada, como pelota a la merced de los puntapiés del mundo».

Poeta, ensayista, fue autor de una novela monumental, en seis tomos, *La creación del mundo (A criaçao do mundo,* 1937-1981), crítica, comprometida y, en gran parte, autobiográfica. En el prólogo de esta obra, Miguel Torga nos dejó la impresión de su propio paso por el mundo: «Todos llegamos a nuestro último día con la visión de un mundo creado a nuestra medida, original y único. El mío es éste. Un espacio de tenacidad, de ilusión, de lucidez, de angustia, agitado por mil tormentas y convulsiones, y poblado por seres reales que el tiempo ha convertido en fantasmas».

A lo largo de muchos años (desde 1941 hasta 1990) escribió los 16 volúmenes del *Diario* —más de 3.000 páginas— en el que aparecen esbozos de cuentos, apuntes de paisajes, crítica social, reflexiones morales, apreciaciones culturales, etc. Un monumento a la dignidad humana y a la propia fidelidad a sus convicciones, y testimonio de un insobornable testigo de su tiempo. Pero, además, Torga es conocido y valorado como autor de relatos cortos, agrupados en varios títulos: *Bichos* (1940), *Cuentos de la montaña (Contos da Montanha,* 1941), *Rúa* (1942), *Nuevos cuentos de la Montaña (Novos contos da Montanha,* 1944) y *Piedras labradas (Pedras Lavradas,* 1951). Su escritura se caracteriza por la concisión y la depuración.

Un estilo esencial, sencillo y austero al servicio del texto y de las historias, sin ninguna concesión al adorno superfino o superficial.

Cuentos de la montaña, el libro al que pertenece el cuento que presentamos, «El cavaco», es un conjunto de relatos ambientados en su comarca natal de Tras-Os-Montes, tierra pobre pero llena de dignidad. Los personajes se identifican irremediablemente con ese paisaje duro y hostil, de clima y geografía atormentados, y la voz del autor toma partido siempre, sin la menor vacilación, por los más desvalidos. Precisamente es ese paisaje concreto y sentido y esos personajes tan reales, asumidos por el escritor los que confieren a los cuentos de Torga la profunda verdad y el sentimiento de autenticidad, como se puede apreciar en «El cavaco». «Sería capaz —escribió Torga— de vivir lejos de mi patria, en la situación de un emigrante; pero nunca podré vivir lejos de ella como escritor. Me faltaría el diccionario de la tierra, la gramática del paisaje.» A ello se une en *Cuentos de la montaña* el aire de crónica oral, como si se tratase de un contador de historias populares que recoge los materiales de los sucesos reales y sencillos que los paisanos se cuentan, y los reelabora, pero sin perder nunca el tono de oralidad popular.

EL CAVACO[131]

El Ronda era el hombre más pobre de Vilele. Pero le dio tal alegría saber que a Julio, su hijo, le habían dado sobresaliente en su primer examen escolar que le juró por su alma que le regalaría algo por Navidad. El muchacho oyó la promesa con desconfianza. A pesar de sus diez años, ya conocía la vida. ¡Un regalo, cuando ni siquiera tenían dinero para borona![132] De todos modos, y por si acaso, no dejó enfriar el asunto, y ya en diciembre, la víspera de la feria mensual del día veintitrés, se decidió a preguntarle a su padre:

—¿Sigue pensando en ir a la Vila?

—Sí.

—¿Y va a traerme el regalo?

—¡Claro!

Se hizo un silencio. Habían cenado sopa de coles y castañas cocidas. Nada más. Hacía una noche de perros. Sobre el tejado caían cortinas de agua. Y como la casa era de piedra suelta y teja hueca y estaba llena de rendijas, el viento, que parecía el diablo, soplaba húmedo sobre la llama del candil, que se retorcía toda, y desaparecía por debajo de la puerta como un fantasma. Pero como en la lumbre estaba ardiendo corteza de castaño y su padre le había asegurado tan firmemente que cumpliría su promesa, todo parecía tener un color dorado de abundancia y bienestar.

—¿Qué va a ser el regalo?

—No te lo voy a decir…

—¡Dígamelo!

Tuvo que intervenir la madre y dar la conversación por terminada con las oraciones y la cama.

—Infinitas gracias te sean dadas, Señor mío y Dios mío…

Las palabras salían de su boca límpidas, cálidas, solemnes. Y el chiquillo, que ya había oído esa cantinela miles de veces, y cayéndose siempre de sueño, se despabiló para intentar comprender el sentido íntimo de cada invocación.

—A san Andrés Avelino, para que nos libre de una mala muerte…

Padre e hijo respondían a una:

—Padrenuestro que estás en los cielos…

—A san Bartolomé para que nos libre de las tentaciones del demonio, de los malos vecinos, de los momentos difíciles…

—Padrenuestro…

A pesar de todo, la atención del pequeño no tardó en cansarse. Al tercer misterio su voz vacilaba, y en la Salve, bóveda del solemne rito, dormía como un tronco.

Ya iba a desplomarse sobre el banco de la cocina, cuando el amén definitivo le hizo volver a la vida. Abrió los párpados con todas sus fuerzas y consiguió dirigir la mirada hacia su padre, para hacerle una última pregunta.

—¿De verdad que me lo va a traer? ¿De verdad?

Pero su madre no dejó que le arrancase la confirmación deseada. Lo cogió por el brazo y, adormilado, lo levantó, lo llevó casi a rastras hasta la habitación, y poco después Julio caía en un sueño profundo, entoldado únicamente por la incertidumbre con que se había quedado dormido.

Por la mañana, cuando se despertó, el padre ya había salido. La Vila estaba a tres leguas y la feria comenzaba temprano. Entonces se fue a atar la cabra, con una preocupación sabrosa, tibia, que le hacía detenerse morosamente en todas las encrucijadas, extasiado ante las zarzas y las piedras.

—Muchacho, andas como atontado…

Su madre no podía comprender lo que para él significaba recibir un regalo: extender la mano y ver en ella, en lugar del plato de sopa habitual, algo inesperado y gratuito, que representase la irrealidad de la riqueza en la realidad de una pobreza tangible. Por eso se enfadó cuando vio que hacía ascos a la sopa de maíz del desayuno y que al mediodía no comía más que una sardina.

¡Vaya por Dios! ¡Sólo le faltaba que el crío se le pusiese enfermo! ¡Tener en casa una boquita escogida que desdeñase lo que había para comer!

¡Pobrecilla! Lo quería mucho… Sólo que… ¡Era tan fácil de entender!

Cuando la noche empezó a caer del lado de san Cibrao, cansado ya de vigilar el camino viejo por el que, desde que el mundo es mundo, se regresa de la Vila, le pidió a su madre que le dejase ir a esperar al padre. Sólo hasta la Castanheira…

¡Que si no se daba cuenta de la niebla que había! ¡Que si no había oído el toque de ánimas! ¡Que fuese bueno!

Se quedó mirando a su madre. ¡Tanto como lo quería y ahora no era capaz de entenderlo!

Se resignó. Se quedaría allí hasta que su padre asomase por la Silveirinha. Y en cuanto lo viera, ¡pies para qué os quiero! Pero ¿qué sería el regalo? ¿Qué sería?

La niebla, que no cubría más que el monte de san Romào cuando su madre le había hecho la advertencia, se posaba añora espesa y húmeda sobre el pueblo. Y con ella también había llegado la noche.

Desde la puerta sólo se veía oscuridad. Además, a la lluvia se habían unido el viento y el frío para helarlo todo. Estaba tiritando y se acercó a la lumbre:

—Padre se está retrasando…

—En ir a la Vila y volver todavía se tarda…

Se notaba que ella también estaba inquieta. ¿No sería que, al igual que él, estaba esperando un regalo?

Ya era noche cerrada. Ahora estaba lloviendo a cántaros. Por las grietas de la casa el viento iba dando puñaladas traicioneras.

—¡Ay Dios mío!

El lamento de la madre terminó de llenar la cocina, ya inundada de humo.

—¡Qué noche! ¡Y este hombre por ahí!

Se quedó mirándola con los ojos enrojecidos por la hoguera de leña verde.

De repente, a la idea del regalo que le había acompañado alegremente durante todo el día, se unió otra, triste, imprecisa, que le daba miedo:

—También ha ido el tío Adriano, ¿no?

—Sí.

Se hizo de nuevo el silencio entre ellos. Pero duró poco.

—Cena y vete a dormir, que ya es hora…

—¡Yo quería esperar a padre!

—Cena y vete a dormir…

A pesar de que su madre le obligaba no pudo tragarse la sopa ni, ya en la cama, podía quedarse dormido. La oía llorar en la oscuridad y oía cómo martilleaban en el tejado las gotas de lluvia gruesas y pesadas.

Súbitamente, oyó pasos en el huerto. ¡Por fin! ¡Era su padre! ¿Qué sería el regalo?

El que llegaba golpeó la puerta suavemente y llamó a la madre en voz baja:

—María…

—¿Quién es? —preguntó la madre.

—Soy yo, Adriano…

Le dio un vuelco el corazón. ¿Así que el tío Adriano había regresado solo? Aguzó el oído, como un animalito asustado.

Y así se enteró de que, en una reyerta, habían matado a su padre de una puñalada y que allí se había quedado, tirado en el suelo, junto a un cavaco que traía para él.

30. Giovanni Guareschi (1908-1968)

Escritor italiano, director de diversos semanarios y autor de novelas, predominantemente humorísticas, como *El destino se llama Clotilde (Il destino si chiama Clotilde,* 1942), *El marido en el colegio (Il marito in collegio,* 1943) y *Una vida de familia (Una vita di famiglia,* 1970). Su obra más conocida se titula *Don Camilo, un mundo pequeño (Mondo picolo: Don Camilo,* 1948), en la que don Camilo, el cura de un pueblo italiano, y Peppone, el alcalde comunista, protagonizan una serie de divertidas historias. Como pórtico de esta novela, el autor presenta tres relatos con los que pretende explicar o dar el tono de ese muy especial «mundo pequeño» donde se van a desarrollar las sorprendentes aventuras de don Camilo y Peppone. El escenario es, como dice el autor italiano, «la tierra baja [una llanura entre el río Po y los montes Apeninos], donde hay gente que no bautiza a los hijos y blasfema, no por negar a Dios, sino para contrariarlo…, donde pueden suceder cosas que no ocurren en otra parte, que nunca desentonan con el paisaje… Basta con pararse en el camino y mirar una casa campesina, ahogada entre el maíz y el cáñamo y enseguida nace una historia», como esta primera, la de Quico y su padre y sus hermanos que vivían en los campos interminables de Bosque Grande, allá en la tierra baja, donde la ciudad es cosa de otro mundo.

«Yo me recuerdo…»

PRIMERA HISTORIA

Yo vivía en Bosque Grande, en la Bassa, con mi padre, mi madre y once hermanos. Yo, que era el mayor, tenía apenas los doce años, y Quico, que era el menor, apenas contaba con dos. Mi madre me daba todas las mañanas una cesta de pan y un saquito de miel y de castañas dulces; mi padre nos ponía en fila en la era y nos hacía decir en voz alta el Padrenuestro; luego marchábamos con Dios y regresábamos al anochecer.

Nuestros campos no acababan nunca y habríamos podido correr todo el día sin salir de sus lindes. Mi padre no hubiera dicho una palabra si le hubiésemos pisoteado una hectárea de trigo en brote o si le hubiésemos arrancado una hilera de vides. Sin embargo, siempre salíamos fuera, y no nos sobraba el tiempo para nuestras fechorías. También Quico, que tenía dos años, la boca pequeñita y rosada, los ojos grandes, de largas cejas, y ricitos que le caían sobre la frente como a un angelito, no se dejaba escapar un ansarón[133] cuando lo tenía a tiro.

Todas las mañanas, a poco de haber partido nosotros, llegaban a nuestra granja viejas con canastos llenos de ansarinos, pollas y pollitos asesinados, y mi madre por cada cabeza muerta daba una viva. Teníamos mil gallinas escarbando por nuestros campos, pero cuando queríamos poner algún pollo a hervir en la olla, era preciso comprarlo.

Mi madre, entretanto, seguía cambiando ansarones vivos por ansarones muertos. Mi padre ponía cara seria, se ensortijaba los largos bigotes e interrogaba rudamente a las mujerucas para saber si recordaban quién de los doce había sido el culpable.

Cuando alguna le decía que había sido Quico, el más pequeñín, mi padre se hacía contar tres o cuatro veces la historía, y cómo había hecho para tirar la piedra, y si era una piedra grande, y si había acertado al ansarón al primer tiro.

Estas cosas las supe mucho tiempo después: entonces no nos preocupaban. Recuerdo que una vez, mientras yo, después de haber lanzado a Quico contra un ganso que se paseaba como un estúpido por un pradecito pelado, estaba apostado con mis otros diez hermanos detrás de unas matas, vi a mi padre a veinte pasos de distancia, fumando su pipa a la sombra de una gruesa encina.

Cuando Quico hubo despachado el ganso, mi padre se marchó tranquilamente con las manos en los bolsillos, y yo y mis hermanos dimos

gracias al buen Dios.

—No se ha dado cuenta —dije en voz baja a mis hermanos. Pero entonces yo no podía comprender que mi padre nos había seguido toda la mañana, ocultándose como un ladrón, nada más que para ver cómo mataba Quico los gansos.

Pero me estoy saliendo del sembrado. Es el defecto de quien tiene demasiados recuerdos.

Debo decir que Bosque Grande era un pueblo donde nadie moría, por virtud del aire extraordinario que allí se respiraba. En Bosque Grande, por lo tanto, parecía imposible que un niño de dos años pudiera enfermar. Sin embargo, Quico enfermó seriamente. Una tarde, a tiempo ya de regresar a casa, Quico se echó repentinamente al suelo y comenzó a llorar. Al cabo de un rato dejó de llorar y se quedó dormido. No hubo modo de despertarlo. Lo alcé en brazos y sentí que ardía. Parecía de fuego. Todos entonces tuvimos un miedo terrible. Caía el sol, y el cielo estaba negro y rojo; las sombras se hacían largas. Abandonamos a Quico entre los pastos y huimos gritando y llorando como si algo terrible y misterioso nos persiguiera.

—¡Quico duerme y quema!… ¡Quico tiene fuego en la cabeza! —sollocé cuando llegué donde estaba mi padre.

Mi padre, lo recuerdo bien, descolgó la escopeta de dos cañones de la pared, la cargó, se la puso bajo el brazo y nos siguió sin hablar. Nosotros íbamos apretados alrededor de él, ya sin miedo, porque nuestro padre era capaz de fulminar un lebrato a ochenta metros.

Quico, abandonado en medio de las oscuras hierbas con su largo vestidito claro y sus bucles sobre la frente, parecía un ángel del buen Dios al que se le hubiese estropeado una alita y hubiese caído en el trebolar.

En Bosque Grande nunca moría nadie, y cuando la gente supo que Quico estaba mal, todos experimentaron una enorme ansiedad. En las casas se hablaba en voz baja. Por el pueblo merodeaba un forastero peligroso y nadie de noche se atrevía a abrir la ventana por miedo de ver, en la era blanqueada por la luna, rondar la vieja vestida de negro con la guadaña en la mano.

Mi padre mandó la calesa en busca de tres o cuatro doctores famosos. Todos palparon a Quico, le apoyaron el oído en la espalda y luego miraron en silencio a mi padre.

Quico seguía dormido y ardiendo; su cara se había vuelto más blanca que un pañuelo. Mi madre lloraba entre nosotros y se negaba a comer. Mi padre no se sentaba nunca y seguía rizándose el bigote, sin hablar.

El cuarto día, los tres últimos doctores que habían llegado juntos abrieron los brazos y dijeron a mi padre:

—Solamente el buen Dios puede salvar a su hijo.

Recuerdo que era muy de mañana; mi padre hizo una seña con la cabeza y lo seguimos a la era. Luego, con un silbido llamó a los criados: cincuenta personas entre hombres, mujeres y niños.

Mi padre era alto, flaco y fuerte, de largos bigotes, gran sombrero, chaqueta ajustada y corta, pantalones ceñidos a los muslos y botas altas. (De joven mi padre había estado en América, y vestía a la americana.) Daba miedo cuando se plantaba con las piernas abiertas delante de alguno. Así se plantó ese día mi padre frente a los criados y les dijo:

—Sólo el buen Dios puede salvar a Quico. De rodillas: es preciso rogar al buen Dios que salve a Quico.

Nos arrodillamos todos y empezamos a rogar en voz alta al buen Dios. Por turno las mujeres decían algo y nosotros y los hombres respondíamos: «Amén».

Mi padre, cruzado de brazos, permaneció delante de nosotros, quieto como una estatua, hasta las siete de la tarde, y todos oraban porque tenían miedo a mi padre y porque querían a Quico.

A las siete, cuando el sol bajaba a su ocaso, vino una mujer en busca de mi padre. Yo lo seguí.

Los tres doctores estaban sentados, pálidos, en torno a la camita de Quico.

—Empeora —dijo el más anciano—. No llegará a mañana.

Mi padre nada contestó, pero sentí que su mano apretaba fuertemente la mía.

Salimos: mi padre tomó la escopeta, la cargó con balas, se la puso en bandolera, cogió un paquete grande, me lo entregó y dijo: «Vamos».

Caminamos a través de los campos. El sol se había escondido tras el último boscaje. Saltamos el pequeño muro de un jardín y llamamos a una puerta.

El cura estaba solo en su casa, cenando a la luz de un candil. Mi padre entró sin quitarse el sombrero.

—Reverendo —dijo—. Quico está mal y solamente el buen Dios puede salvarlo. Hoy, durante doce horas, sesenta personas han rogado al buen Dios, pero Quico empeora y no llegará al día de mañana.

El cura miraba a mi padre asombrado.

—Reverendo —prosiguió mi padre—, tú sólo puedes hablarle al buen Dios y hacerle saber cómo están las cosas. Hazle comprender que si Quico no

sana, yo le hago volar todo. En ese paquete traigo cinco quilos de dinamita. No quedará en pie un ladrillo de toda la iglesia. ¡Vamos!

El cura no dijo palabra: salió seguido de mi padre, entró en la iglesia y fue a arrodillarse ante el altar, juntando las manos.

Mi padre permaneció en medio de la iglesia con el fusil bajo el brazo, abiertas las piernas, plantado como una roca. Sobre el altar ardía una sola vela y el resto estaba oscuro.

Hacia medianoche mi padre me llamó:

—Anda a ver cómo sigue Quico y vuelve en seguida.

Volé por los campos y llegué a casa con el corazón en la boca. Luego volví corriendo todavía más ligero. Mi padre estaba todavía allí, quieto, con el fusil bajo el brazo, y el cura rezaba de bruces sobre las gradas del altar.

—¡Papá! —grité con el último aliento—. ¡Quico ha mejorado! ¡El doctor ha dicho que está fuera de peligro! ¡Un milagro! ¡Todos ríen y están contentos!

El cura se levantó: sudaba y tenía el rostro deshecho.

—Está bien —dijo broncamente mi padre.

Y mientras el cura lo miraba con la boca abierta, sacó del bolsillo un billete de mil y lo introdujo en el cepillo de los donativos.

—Yo los servicios los pago —dijo mi padre—. Buenas noches.

Mi padre nunca se jactó de este suceso, pero en Bosque Grande hay todavía algún excomulgado que dice que aquella vez Dios tuvo miedo.

31. Tennessee Williams (1914-1983)

Seudónimo del dramaturgo norteamericano Thomas Lanier Williams, que había nacido en el profundo Sur, hijo de una cuáquera y un viajante de comercio, y durante la depresión trabajó en una fábrica de zapatos mientras escribía pequeñas historias que no conseguía publicar. Después de licenciarse en la Universidad de Iowa, su primer éxito dramático fue *El zoo de cristal (The Glass Menagerie*, 1945). Otras obras dramáticas importantes son: *Un tranvía llamado deseo (A Streetcar Named Desire*, 1947), *La gata sobre el tejado de zinc caliente (Cat on Hot Tin Roof* 1955), *Dulce pájaro de juventud (Sweet Bird of Youth*, 1959), *La noche de la iguana (Night of the Iguana*, 1962) y *En el bar del hotel Tokio (In the Bar of a Tokyo Hotel*, 1972).

Fue el dramaturgo más aclamado de su generación a pesar de la dureza de sus dramas, en los que la violencia, el deseo, las pasiones y la crueldad marcan las relaciones humanas. Escribió también la novela titulada *La primavera romana de la Señora Stone (The Roman Springs of Mrs. Stone,* 1950).

El relato seleccionado, «La venganza de Nitocris», sobre el antiguo Egipto, tiene su origen en la *Historia* del griego Heródoto (480 a. C.), quien, en el libro III, 100, cuenta sucintamente la venganza de esta reina egipcia que algunos historiadores sitúan al final de la VI Dinastía. El escritor irlandés Lord Dunsany publicó en 1923 una colección de cuatro obras teatrales cortas entre las que se encuentran *Los enemigos de la reina (The Queen's Enemies)* sobre la misma historia apuntada por Heródoto y recreada literariamente en este relato de Tennessee Williams.

LA VENGANZA DE NITOCRIS

1. Osiris es vengado

Silenciosas estaban las calles de Tebas, la muy poblada. Los pocos que las recorrían se desplazaban con la vaga fugacidad de murciélagos cerca del alba, y apartaban la cara del cielo como si temieran ver lo que en sus fantasías podría amenazar desde allí arriba. Extraños y agudos conjuros de tono quejumbroso se oían a través de las puertas atrancadas. En las esquinas, grupos de sacerdotes desnudos y ensangrentados se arrojaban repetidamente y soltando fuertes gritos sobre las desiguales piedras de los caminos. Hasta perros, gatos y bueyes parecían afectados por alguna extraña amenaza y, desalentados, presentían algo malo; se encogían, malparían. Toda Tebas estaba aterrorizada. Y sin duda había motivo para su miedo y sus lamentosos gemidos. Se había cometido un sacrilegio espantoso. En todos los anales de Egipto no existía registro de algo tan monstruoso.

Hacía cinco días que no se encendían los fuegos del altar del dios de dioses, Osiris. Los sacerdotes consideraban que era una grave ofensa permitir, aunque sólo fuera un momento, que los altares del dios estuviesen a oscuras. Se sabía que años enteros de escasez y hambruna serían resultado de semejante ofensa. Pero ahora los fuegos de los altares se habían extinguido a propósito, y llevaban extinguidos cinco días. Era un sacrilegio que no tenía nombre.

De hora en hora se esperaba el acontecimiento de alguna tremenda calamidad. Tal vez en el transcurso de la noche que se acercaba, un potente temblor de tierra sacudiera la ciudad, o un fuego del cielo la barrería; una

plaga espantosa se abatiría sobre ellos, o un monstruo del desierto, donde se contaba que moraban monstruos enfurecidos y horrorosos, se les echaría encima, y el propio Osiris se alzaría, como anteriormente había hecho, y devoraría todo Egipto con su furia. Sin duda una aterradora catástrofe semejante se abatiría sobre ellos antes de que hubiera terminado la semana. A no ser… a no ser que se reparara el sacrilegio.

Pero ¿cómo se podría reparar? Tal era la cuestión que grandes señores y sacerdotes debatían. Sólo el faraón había cometido sacrilegio. Fue obra de él, encolerizado porque el puente, en cuya construcción había empleado cinco años para un día poder cruzar el Nilo en su carroza como una vez había alardeado que haría, había sido barrido por la crecida de las aguas. Bramando de rabia, el faraón había azotado a los sacerdotes del templo. Había atrancado las puertas del templo y con su propio aliento había apagado las antorchas sagradas. Había profanado los altares que fueron consagrados con los cadáveres de animales abiertos en canal. Hasta, se decía en tenues susurros sobresaltados, que en una burlesca ceremonia de adoración había quemado la carroña de una hiena, el animal que Osiris más aborrecía, sobre el santo altar dorado, ¡un altar sobre el que ni siquiera los sacerdotes de mayor dignidad osaban dejar descansar sus manos desnudas!

Sin duda, aun cuando él fuera faraón, soberano de Egipto y detentador del águila dorada, no se le podía permitir que cometiese tamaños sacrilegios sin castigo por parte de los hombres. El dios Osiris esperaba que le infligieran ese castigo, y si dejaban de hacerlo, sobre ellos caería un castigo de los cielos.

De pie ante la aterrorizada asamblea de nobles, el gran Kha Semblor hizo un gesto con las manos. Se alzó un grito de los que miraban. Se había dictado sentencia. Se había dictado sentencia de muerte como condena para el faraón.

Las pesadas puertas atrancadas se abrieron lentamente. La multitud salió, y al cabo de una hora un grupo bien organizado recorría las calles de Tebas camino del palacio del faraón. La justicia de la multitud se iba a llevar a cabo.

En el interior de los pórticos resplandecientes del palacio, el faraón, soberano de todo Egipto, observaba con cejas enarcadas el ordenado pero amenazador acercarse de la multitud. Adivinaba su propósito. Pero ¿acaso no era él su faraón? Él era capaz de competir con los dioses, ¿cómo iba a temer a unos meros perros humanos?

Una mujer se agarraba a su rígido brazo. Era alta y tan majestuosamente hermosa como él. Una túnica de lino, tan doradamente brillante como el sol, envolvía su cuerpo estrechamente, y había adornos de azabache alrededor de su cuello y frente. Era la bella y muy amada Nitocris; la hermana del faraón.

—¡Hermano, hermano! —exclamó—. ¡Enciende los fuegos! ¡Apacigua a los perros! ¡Vienen a matarte!

Sólo más firmeza hizo presa de la mirada del faraón. Apartó a un lado a su implorante hermana, e hizo señas a sus servidores.

—Abrid las puertas.

Sobresaltados, temblorosos, los hombres obedecieron.

El arrogante señor de Egipto desenvainó su espada. Hendió el aire con un mandoble que hubiera partido en dos una piedra. Se plantó en los empinados escalones que, entre elevados pilares polícromos, llevaban a las puertas del palacio. El pueblo le vio. De sus labios se alzó un bramido.

—¡Enciende las llamas!

La efigie del faraón se mantuvo inflexible como una roca. Soberbiamente alto y musculoso, con los brazos y piernas descubiertos resplandeciendo como cobre bruñido a la luz del brillante sol, con el cuerpo erguido y tenso en actitud de desafío, parecía sin duda un mortal casi capaz de desafiar a los dioses.

La multitud, encabezada por nobles y sacerdotes de negra vestidura, que había llegado a los pies de los escalones, retrocedió ante el desafío imponente y magnífico de su gran gobernante. Se sentían como demonios que habían asaltado los cielos y habían quedado desconcertados y llenos de vergüenza ante la mera visión de lo que habían asaltado. Sobre ellos se impuso el silencio. Sus brazos levantados vacilaron y descendieron. Un momento más y hubieran caído de rodillas.

Lo que pasó después no pareció menos que un milagro. En su triunfo y exultación, el faraón había olvidado los bordes desmenuzados de los escalones. Antiguos de siglos, había partes de esos escalones que se hundían. A una de esas partes había descendido el pie con sandalia dorada del faraón, y el escalón no fue lo bastante fuerte para soportar su enorme peso. Con ruido de barreno se rompió. Un grito de asombro salió de la multitud; el faraón iba a caer. Vacilaba, se tambaleaba en el aire, esforzándose por conservar el equilibrio. Parecía como si luchara cuerpo a cuerpo con una serpiente monstruosa, invisible, enroscada en torno a su resplandeciente cuerpo. Un grito ronco salió despedido de sus labios; cayó su espada; y luego su cuerpo se derrumbó con ruido sordo con una serie de tremendos saltos mortales, y aterrizó, despatarrado, a los pies de la multitud boquiabierta. Por un momento hubo un intenso silencio. Y luego llegó el grito de un sacerdote.

—¡Una señal de dios!

Aquel vibrante grito pareció devolver a la multitud toda su rabia de lobos. Se echó hacia delante. El cuerpo que se debatía del faraón fue levantado y hecho trizas por sus manos y sus armas. Así fue vengado el dios Osiris.

2. Un faraón es vengado

Una semana después otra gran asamblea de personas se presentó ante el palacio de brillantes pilares. Esta vez se encontraban allí para saludar a un nuevo gobernante, no para asesinarlo. La semana anterior habían destronado al faraón y ahora proclamaban emperatriz a su hermana. Los sacerdotes habían declarado que era voluntad de los dioses que le sucediera su hermana. Ésta era reconocidamente hermosa, devota y discreta. El pueblo no se mostró reacio a aceptarla.

Cuando la mujer se acercaba bajando los escalones del palacio en su espléndido palanquín, después de que la alambicada ceremonia de coronación hubiera concluido, correspondió a los vítores de la multitud con una sonrisa que no podría haber parecido más amistosa y amable. Nadie sería capaz de saber por aquella sonrisa de sus labios con carmín lo que dentro de su corazón estaba pensando: «Éstos son los que mataron a mi hermano. ¡Ah, dios Isis, concédeme el poder de vengar su muerte en ellos!»

No mucho después de que la piadosa Nitocris accediese al dorado trono de Egipto, se susurraban rumores de que una vasta y misteriosa empresa se llevaba a cabo en secreto. Se había apreciado la presencia de gran número de esclavos a los que cada amanecer se embarcaba en gabarras y se llevaba río abajo hasta un punto desconocido, donde trabajaban a lo largo del día, regresando después del anochecer. Los esclavos eran etíopes, incapaces tanto de hablar como de entender el idioma egipcio, y por tanto los curiosos no pudieron obtener ninguna información de ellos con respecto a sus misteriosas excursiones cotidianas. La opinión general, con todo, era que la devota reina estaba haciendo construir un gran templo a los dioses y que, cuando estuviese terminado, se celebrarían enormes banquetes públicos en su interior antes de su consagración. La reina trataba de que fuera un regalo sorpresa para los sacerdotes, que siempre estaban deseosos de nuevos lugares de adoración y estaban insatisfechos con sus viejos altares, que decían que habían sido mancillados.

Durante todo el invierno los esclavos repitieron diariamente sus excursiones. La navegación de cualquier tipo por la parte baja del río quedaba restringida durante varios kilómetros a treinta y cinco metros de una de las orillas. Cualquier embarcación a la que se encontraba violando esa restricción

era atacada por una galera de hombres armados y obligada a volver a los límites establecidos. Lo único que se podía saber era que estaba en construcción un templo prodigioso o un edificio de algún tipo.

Fue a finales de primavera cuando los viajes de los trabajadores por fin se interrumpieron. Se levantaron las restricciones sobre la navegación fluvial. Los hombres que fueron impacientes a examinar la construcción misteriosa volvieron con historias de un templo nuevo y magnífico, rodeado de un ubérrimo verdor tropical, situado cerca de la orilla del río. Era un templo al dios Osiris. La reina lo había hecho construir probablemente porque quería reparar en lo posible el sacrilegio de su hermano y librarle de alguno de los castigos que sin duda padecía. Sería consagrado dentro de un mes con un gran banquete. Todos los nobles y los altos sacerdotes de Osiris, de los que había un número tremendo, iban a ser invitados.

Jamás se habían mostrado más pródigos los complacidos sacerdotes en sus alabanzas a la reina Nitocris. Cuando ésta recorría las calles en su palanquín descubierto, cegando ojos con el brillo de sus ornamentos dorados, las exclamaciones de la gente casi eran frenéticas al ensalzarla.

De conformidad con las predicciones de los chismosos, antes de que hubiera terminado el mes, el banquete había sido anunciado formalmente y a toda la nobleza y los sacerdotes de Osiris se les habían distribuido invitaciones para asistir.

El día de la consagración, que iba a ser seguido por la noche del banquete, hubo una fiesta de gala. A mediodía los invitados de la emperatriz formaron una animada comitiva a la orilla del río. Barcazas vistosamente engalanadas flotaban en los amarraderos a la espera de que se completaran los preparativos para el traslado de los invitados hasta el templo. Todos se prometían un día festivo de gran diversión, y los lascivos epicúreos imaginaban un delicioso banquete con abundantes carnes, frutas, manjares exquisitos y otros excesos menos inocentes.

Cuando llegó la reina, en sus oídos resonó un clamor de gritos. Ella correspondió con sonrisas encantadoras y graciosas inclinaciones. El observador más perspicaz no habría apreciado nada, a no ser la mayor cordialidad y bondad reflejadas en su porte hacia los que tenía alrededor. Ningún fugaz movimiento, ninguna expresión de su adorable rostro habría hecho sospechar nada excepto una absoluta afectuosidad en sus sentimientos o sus intenciones. Las ratas, cuando seguían al flautista de Hamelín por las calles, extasiadas por las notas de su flauta mágica, no habrían sido menos aprensivas, con respecto al gran peligro que se cernía sobre ellas, de lo que se

mostraban los invitados de la emperatriz cuando la seguían en las barcazas vistosamente engalanadas, cantando y riendo aguas abajo de un Nilo arrebolado por el sol.

Las descripciones más gráficas de quienes ya habían visto el templo no prepararon a los demás para el espectáculo de belleza y suntuosidad que éste ofrecía. Voces entrecortadas de asombro salieron de los sacerdotes. ¡Qué lugar en el que celebrar sus ceremonias! Empezaron a considerar que el sacrilegio de la muerte del faraón, después de todo, no debería lamentarse tanto, dado que era el responsable de la construcción de aquel nuevo y glorioso templo.

Las columnas eran imponentes y estaban pintadas con el mayor arte. El propio templo era proporcionadamente amplio. Su parte central estaba sin techar. Encima de la entrada estaban cincelados los diversos símbolos del dios Osiris, con una destreza esplendorosa. El edificio era inmensamente grande, y ante el fondo del verde follaje ofrecía una imagen de la belleza que casi dejaba sin respiración. Sirvientes etíopes se mantenían de pie a cada lado de la puerta; sus brillantes cuerpos negros adornados con cintas de brillante oro. En el interior los invitados sintieron un asombro incluso mayor. De las paredes colgaban magníficos tapices pintados. Los altares eran más hermosos aún y estaban tallados con mayor detalle que cualquiera de los anteriormente vistos. Sustancias aromáticas ardían sobre ellos y despedían un fragante humo. Los vasos sagrados eran de los metales más exquisitos y costosos. Urnas y cofres de oro se apilaban con frutos perfectos de todas clases.

Ah, sí. Un lugar espléndido para llevar a cabo sacrificios, exclamaron cautivados los sacerdotes, que no dejaban de mirar.

Ah, sí, en efecto, se mostró de acuerdo la reina Nitocris, sonriendo con ojos un tanto atravesados, un lugar espléndido para sacrificios; en especial para el sacrificio humano que había estado planeando. Pero todos los que observaron aquella engañosa sonrisa la interpretaron como de agrado ante el placer que su creación en honor de su dios común había proporcionado a los sacerdotes de Osiris. Y ninguna sombra de presagio se cernía sobre el corazón de los gozosos invitados.

La ceremonia de consagración ocupó la tarde entera. Y cuando alcanzó su impresionante conclusión, la numerosa asamblea, con los órganos olfativos temblorosos debido al apetitoso olor de las carnes asadas, estaba completamente entregada e impaciente por el banquete que le aguardaba. Miraron en torno suyo, fijándose que el edificio entero se componía de un anfiteatro de una pieza, y preguntándose dónde podría estar la estancia del

banquete. Sin embargo, cuando se completó el canto procesional definitivo, la reina llamó a varios fornidos sirvientes, y por medio de unas anillas de hierro sujetas al borde del otro extremo levantaron una parte del suelo, revelando a los atónitos invitados el hecho de que la escena del banquete iba a ser una inmensa cripta subterránea.

Tales criptas eran indudablemente poco corrientes entre los egipcios. La idea de un banquete dentro de una de ellas era nueva y atractiva. Exclamaciones de emoción salieron de la ansiosa y excitada multitud, que se apresuró hacia delante para contemplar las profundidades, ya brillantemente iluminadas. Debajo de ellos vieron una sala de un tamaño tan enorme como el anfiteatro en el que habían estado. Estaba llena de mesas para el banquete sobre las que habían servido los alimentos más deliciosos y abundantes, incontables vinos espumosos que saciarían a los asistentes a un banquete del propio Baco. Alfombras suntuosas y espesas cubrían los suelos. Entre las mesas pasaban doncellas semejantes a ninfas, y en un extremo de la sala, arpistas y cantantes de pie interpretaban una música sublime.

El aire resultaba fresco debido a la humedad subterránea, y estaba deliciosamente fragante gracias a los perfumes de las hierbas aromáticas que ardían y a los sabrosos olores del festín. Si hubiera sido el propio cielo lo que la multitud de invitados de la reina contemplara allí abajo, no habría considerado decepcionante la visión. Tal vez incluso si hubieran sabido la espantosa amenaza que acechaba en aquellos muros adornados con vistosas colgaduras debajo de ellos, aún habrían encontrado el atractivo de la escena del banquete difícil de resistir.

El decoro y la compostura casi fueron olvidados por completo durante el rápido descenso de los invitados. Los escalones no eran lo suficientemente amplios para permitir el paso de todos los que se precipitaron por ellos, y algunos se cayeron, aunque aterrizaron sin daño en las gruesas alfombras. Los propios sacerdotes olvidaron su habitual dignidad y reserva cuando contemplaron la belleza de las doncellas que servían.

Todos los invitados se reunieron de inmediato en torno a las mesas del banquete, y la hora siguiente estuvo ocupada por los deleites de la gula. El vino no tenía límites, y pasaba lo mismo con la sed de los invitados. Las copas se volvían a llenar en cuanto las dejaban vacías las bocas insaciables de los bebedores. Los cantos y las risas, las danzas y el jolgorio inmoderado se hicieron cada vez menos contenidos, hasta que el banquete se convirtió en una delirante orgía.

Sólo la reina, sentada sobre una tarima tapizada desde la que podía observar la sala entera, se mantenía ajena al jolgorio general. Tenía las espesas cejas negras fruncidas; sus luminosos ojos negros brillaban extrañamente entre los estrechos párpados pintados. Había algo característicamente felino en el fruncimiento de sus graciosos labios rojos. De vez en cuando sus ojos buscaban la parte del muro a su izquierda, donde colgaban espléndidos tapices trenzados de Oriente. Pero no parecía que fueran los tapices lo que miraba la reina. El color le iluminaba la frente y sus delgados dedos se hundían tensos en los almohadones sobre los que se reclinaba.

En su pensamiento la reina Nitocris estaba viendo una imagen pavorosa. Era la imagen de una sala de orgía y regocijo súbitamente convertida en una sala de horror y espanto, con seres humanos borrachos y lujuriosos, y al momento siguiente aullando atrapados por una atroz muerte repentina. Si alguno de los presentes hubiera tenido el poder de ver también esa imagen de extremo horror, habría salido frenéticamente a gatas en busca de escape. Pero nadie tenía tal poder.

El banquete prosiguió con creciente desenfreno hasta plena noche. Algunos de los invitados, asquerosamente glotones, aún se atiborraban en las grasientas mesas. Otros yacían caídos en un pasmo ebrio, o estaban tumbados amorosamente con las jóvenes esclavas. Pero la mayoría de ellos, formando un gran círculo irregular, iba dando saltos por la sala en una danza bárbara de júbilo enloquecido, arrastrándose unos a otros, tropezando, con un grosero contento y haciendo resonar el recinto con sus incesantes gritos, risas y roncos cantos.

Cuando la hora estaba cerca de la medianoche, la reina, que había estado sentada como en trance, se alzó de la tarima tapizada. Realizó una última y atenta inspección de la atestada sala del banquete. Era una escena que deseaba grabar permanentemente en su cerebro. En el futuro obtendría mucho placer al recordar aquella imagen, y luego imaginar lo que venía después: ¡un terror absoluto y total irrumpiendo en aquella alegría desenfrenada!

Se bajó de la tarima y se dirigió rápidamente a los escalones. Su marcha no causó impresión a los juerguistas. Cuando llegó a lo alto de los escalones, la reina miró hacia abajo y comprobó que nadie había notado su salida.

A lo largo de los muros del templo, sombríamente iluminado y con aspecto fantasmagórico de noche, con el fresco viento del río penetrando y doblando las llamas de los elevados candelabros, fornidos guardias se mantenían en sus puestos, y cuando la silueta de la reina de manto dorado

surgió por la apertura, avanzaron a toda prisa hacia ella. Con un gesto, ella les indicó que colocaran la losa de piedra y la ajustaran en los bordes de la apertura. Con un torno silencioso y adecuado para la tarea, obedecieron la orden. La reina se inclinó. No había cambios en los agitados sonidos de abajo. Todavía no se sospechaba nada.

Recogiendo los suaves y brillantes pliegues del manto en torno suyo con dedos que temblaban por la impaciencia, agitación e intensa emoción que sentía, la reina atravesó rápidamente el suelo de piedra del templo hacia la fachada delantera abierta por la que penetraba el viento de la noche, agitando el manto en ondas llenas de brillos en torno de su esbelta y graciosa silueta. Los esclavos la siguieron en una fila silenciosa, perfectamente conscientes del acto monstruoso que se iba a llevar a cabo y sin mostrarse reacios a desempeñar su papel.

Escalera del palacio abajo, iluminada por la blanca luna, pasó la sobrenatural procesión. Su marcha los llevaba por un sendero evidentemente secreto entre espesas palmeras que con sus apagadas voces parecían susurrar protestas escandalizadas frente a lo que se iba a hacer. Pero en su inflexible decisión, la reina no iba a ser disuadida por dios u hombre. La venganza, la más intensa de las pasiones, la hacía dura como una piedra.

El sendero llevaba a un rústico y en apariencia recién construido desembarcadero de piedra. Por debajo se encrespaban las frías y oscuras aguas del Nilo. Allí el grupo hizo un alto. Sobre aquel desembarcadero de piedra adquiriría sentido aquella espantosa procesión de medianoche.

Con una palabra dicha en voz baja, la reina ordenó a sus seguidores que se detuvieran. Ella llevaría a cabo con sus propias manos la venganza.

En la parte delantera del desembarcadero, unas cuantas palancas de aspecto fantástico se extendían hacia arriba. La reina avanzó hacia ellas, lenta y rígida, como un verdugo asciende los escalones del patíbulo. Cuando hubo llegado junto a ellas, agarró una de las palancas, violentamente, como si fuera el cuello de un odiado enemigo. Luego, con una rápida aspiración, alzó la cara hacia el cielo iluminado por la luna. Aquél para ella fue un momento de éxtasis supremo. Agarrado con la mano tenía un instrumento que enviaría una muerte espantosa sobre aquellos de los que deseaba vengarse. Tenía sus vidas tan aferradas con la mano como tenía aquella barra de hierro.

Lentamente, gozando de cada segundo lleno de triunfo de aquel momento de éxtasis, la reina volvió la cara nuevamente hacia la palanca formidable de su mano. Pausadamente la hizo retroceder hasta su límite. Se trataba de una palanca que abría el muro de la cripta del banquete. Que daba entrada a la

muerte. Ya sólo quedaba otra palanca entre los invitados, que probablemente todavía disfrutaban tranquilamente, y el espantoso destino que ella había dispuesto para ellos. Sobre aquella palanca estaban ahora cerrados sus enjoyados dedos. Violentamente en esta ocasión, tiró de ella; luego, con la agilidad de un tigre, saltó hacia el borde del desembarcadero. Se inclinó sobre él y contempló fijamente el negro ímpetu del río. Oía un nuevo sonido por encima del constante fluir. Era el sonido de las aguas desviadas por un canal nuevo; un sonido intenso de agua que se hundía en las profundidades. Abajo, en la sala del jolgorio, se precipitaban —aquellas aguas impetuosas—, trayendo el horror y la repentina muerte.

Un grito de triunfo, lo bastante salvaje y terrible como para hacer que los corazones de los embrutecidos esclavos se volvieran gélidos, salió entonces de los labios de la reina. El faraón quedaba vengado.

Y hasta incluso él habría considerado adecuada la venganza de haber sido capaz de contemplarla.

Después de la retirada de la reina, el banquete había continuado sin que se interrumpiera el jolgorio. Nadie notó su ausencia. Nadie notó que la piedra volvía a quedar encajada silenciosamente en la abertura. Nadie tuvo la premonición del desastre. Los músicos, habiendo sido informados de antemano del proyecto final de la velada, habían iniciado su retirada antes que la reina. Las esclavas, cuya vida tenía poco valor para la reina, ignoraban lo que iba a pasar tanto como los propios invitados.

Hasta que el muro se abrió, con un potente y sobrecogedor crujido, ni siquiera los más inclinados a la desconfianza sintieron la más mínima inquietud. Fue entonces cuando unos cuantos se fijaron en que la losa había sido vuelta a colocar, encerrándolos. Aquel descubrimiento, comunicado por la sala al momento, pareció inculcar un súbito miedo en los corazones de todos. Las risas no cesaron, pero la rueda de bailarines se distrajo de su enloquecido júbilo. Todos se volvieron hacia el muro abierto misteriosamente y miraron fijamente sus negras profundidades.

Un silencio cayó sobre ellos. Y luego se hizo audible el creciente sonido de agua impetuosa. Un chillido surgió de la garganta de una mujer. Y entonces el terror se apoderó de todos los de la sala. El pánico semejante al inicio de las llamas se inflamó en sus corazones. De común acuerdo, se apresuraron escalera arriba. Y ésta, construida a propósito para que no resistiera, se hundió antes de que los primeros del grupo que gritaba enloquecido hubieran alcanzado lo más alto. Quedaron amontonados alborotadamente sobre las mesas, llenando la sala de un clamor monstruoso.

Pero por encima de sus alaridos se seguía alzando el sonido estridente del ímpetu de agua, y ningún sonido provocaría más miedo y horror. En algún punto durante su camino tortuoso desde el desembarcadero hasta la sala donde entraría, el agua debía de haber encontrado algún obstáculo momentáneo, pues pasaron varios minutos después de que se detectara el sonido y antes de que el primer chorro de agua portadora de muerte alcanzara los rostros de los condenados ocupantes de la sala.

Con la ferocidad de un león que se lanza a la arena de un anfiteatro romano para devorar a los gladiadores dispuestos para su disfrute, las negras aguas se precipitaron dentro. Se alzaban furiosas sobre el suelo de la sala, llevándose por delante mesas antes de provocar en sus víctimas, ya enfrentadas a su angustioso destino, una histeria de terror. En un momento aquellas gélidas aguas negras les llegaban a las rodillas, aunque la sala era enorme. Algunos murieron instantáneamente debido al sobresalto, o fueron pisoteados por el ímpetu desesperado de la multitud. Las mesas quedaron cubiertas por las aguas. Antorchas y velas se apagaron. La brillante luz disminuyó rápidamente volviéndose crepúsculo, y una penumbra mortecina se impuso en la sala mientras sólo permanecían encendidos los fanales colgados. ¡Y qué escena de caótico y espantosos horror habría contemplado un espectador! ¡La magnificencia de oropel del banquete invadida por unas aullantes aguas de muerte! ¡Juerguistas vistosamente vestidos atrapados de repente por la garra del terror! ¡Jadeos y alaridos de moribundos en la oscuridad tumultuosa y espesa!

¿Qué venganza más horrible podría haber concebido la reina Nitocris que aquel banquete de muerte? Ni el propio demonio sería capaz de algo más desalmadamente artístico. Allí, en el templo de Osiris, aquellos nobles y sacerdotes que habían dado muerte al faraón para expiar su sacrilegio contra Osiris acababan de encontrarse con la muerte. Y era en las aguas del Nilo, símbolo material del dios Osiris, en las que habían muerto. ¡La ironía de aquello resultaba incomparable!

Estaría contento con terminar este relato aquí si sólo fuera un relato. Sin embargo, no es solamente un relato, como habrá apreciado anteriormente cualquier estudiante de la historia de Egipto. La reina Nitocris no es un personaje literario. En los anales del antiguo Egipto no es una figura que deje de llamar la atención. Principalmente responsable de su fama es su venganza monstruosa de los asesinos de su hermano, la narración que acabo de concluir. Me alegraría terminar este relato aquí; pues probablemente cualquiera de las cosas que sigan vaya a tener el carácter de un anticlímax.

Con todo, al no ser yo un mero narrador, sino asumiendo también la responsabilidad de un historiador, me siento obligado a continuar la exposición hasta el punto en que la dejó Heródoto, el gran historiador griego. Y en consecuencia, añado esta postdata; un anticlímax quizá.

La mañana del día siguiente a la matanza del templo, como los invitados de la reina no habían vuelto, los ciudadanos de Tebas empezaron a albergar oscuras sospechas. Les habían llegado rumores por distintos canales de que durante la noche algo de lo más extraordinario y funesto había sucedido en el lugar del banquete. Algunos incluso decían que el templo se había hundido sobre los asistentes al festejo y que todos habían muerto. Sin embargo, esta teoría fue descartada rápidamente cuando uno que viajaba río abajo informó de que había pasado por delante del templo y que éste se encontraba en perfectas condiciones, aunque declaró que no había visto señales de vida en sus alrededores; sólo las vistosas barcas tapizadas, sujetas a sus amarraderos.

La inquietud aumentó de modo constante en el transcurso del día. Algunos más sagaces recordaron la gran devoción de la reina hacia su hermano muerto, e hicieron notar que casi todos los invitados al banquete de la noche pasada eran quienes habían participado en el asesinato del faraón.

Cuando por la tarde la reina llegó a la ciudad, pálida, callada y evidentemente nerviosa, multitudes amenazadoras bloquearon el paso de su carruaje, exigiendo bruscamente una explicación de la desaparición de sus invitados. Ella los desdeñó altaneramente e incitó hacia delante a los caballos de su carruaje, apartando a un lado a la apretada masa de gente. Ella sabía perfectamente, con todo, que su vida estaba condenada en cuanto la gente confirmara sus sospechas. Decidió encarar su inevitable muerte de un modo que correspondiera a su categoría, y no en manos de la sucia multitud.

Así pues, en cuanto hizo su entrada en el palacio, ordenó a sus esclavos que llenaran de inmediato sus aposentos privados de cenizas ardientes y humeantes. Cuando se hubo hecho esto, fue a su habitación, entró, cerró la puerta y la aseguró, y luego se dejó caer en el centro de la habitación. En breve tiempo el ardiente calor y los espesos humos asfixiantes hicieron presa de ella. Sólo su hermoso cuerpo muerto permaneció para que pasara a manos de la multitud.

[1928]

32. Ray Bradbury (1920)[134]

Este escritor norteamericano comenzó su actividad literaria como autor de narraciones cortas publicadas en diversas revistas, y pronto fue conocido como «el poeta de la ciencia-ficción», autor de algunas obras clásicas en la historia de este subgénero narrativo. «Todo lo que imaginen —ha escrito Narciso Ibáñez Serrador—, por absurdo que sea, es posible que el futuro lo convierta en realidad. Por eso, den rienda suelta a su fantasía, imaginen extrañas naves interplanetarias, imaginen visitas a las más apartadas galaxias, emborráchense de estrellas…, porque es posible que algún día las alcancemos.»[135].

Sin embargo, a Bradbury no le interesan tanto «los corredores de estrellas y exploradores del tiempo», la técnica fría, los antropoides o los robots mecanizados. Lo que en él destaca es la imaginación, la sensibilidad y los valores humanos en las situaciones más fantásticas, y, por esta razón, su tratamiento de la realidad extraterrestre de los mundos futuros es más poético que científico.

Farenheit 451 (1953) es su novela más conocida, una fábula aleccionadora en la que los bomberos tienen como misión quemar los libros por peligrosos, y los exiliados de ese mundo tecnificado y totalitario, refugiados en los bosques, conservan en su memoria las obras maestras de la literatura universal.

Entre sus numerosos libros de relatos señalamos, *Las maquinarias de la alegría (The Machineries of Joy,* 1949), *El hombre ilustrado (The Illustrated Man,* 1951), *Las doradas manzanas del sol (The Golden Apples of the Sun,* 1952), *El País de Octubre (The October Country,* 1955), *El vino del estío (Daudelion Wine,* 1957) y *Remedio para melancólicos (A Medicine for Melancholy,* 1959).

La obra más famosa, un verdadero clásico de ciencia-ficción, en el sentido arriba apuntado, es la titulada *Crónicas marcianas (The Martian Chronicles,* 1950), cuyo tema es la conquista y colonización del planeta rojo. Los marcianos, que al principio aparecen como seres sutilmente maléficos, son aniquilados, y los hombres, con su soledad y sus problemas de siempre, se asientan en el nuevo universo. «La tercera expedición» es, en palabras de J. L. Borges, «la historia más alarmante de este volumen. Su horror es metafísico; la incertidumbre sobre la identidad de los huéspedes del capitán Black insinúa incómodamente que tampoco nosotros sabemos quiénes somos ni cómo es, para Dios, nuestra cara».

LA TERCERA EXPEDICIÓN

La nave vino del espacio. Vino de las estrellas, y las velocidades negras, y los movimientos brillantes, y los silenciosos abismos del espacio. Era una nave nueva, con fuego en las entrañas y hombres en las celdas de metal, y se movía en un silencio limpio, vehemente y cálido. Llevaba diecisiete hombres, incluyendo un capitán. En la pista de Ohio la muchedumbre había gritado agitando las manos a la luz del sol, y el cohete había florecido en ardientes capullos de color y había escapado alejándose en el espacio ¡en el *tercer* viaje a Marte!

Ahora estaba desacelerando con una eficiencia metálica en las atmósferas superiores de Marte. Era todavía hermoso y fuerte. Había avanzado como un pálido leviatán[136] marino por las aguas de medianoche del espacio; había dejado atrás la luna antigua y se había precipitado al interior de una nada que seguía a otra nada. Los hombres de la tripulación se habían golpeado, enfermado y curado, alternadamente. Uno había muerto, pero los dieciséis sobrevivientes, con los ojos claros y las caras apretadas contra las ventanas de gruesos vidrios, observaban ahora cómo Marte oscilaba subiendo debajo de ellos.

—¡Marte! —exclamó el navegante Lustig.

—¡El viejo y simpático Marte! —dijo Samuel Hinkston, arqueólogo.

—Bien —dijo el capitán John Black.

El cohete se posó en un prado verde. Afuera, en el prado, había un ciervo de hierro. Más allá, se alzaba una alta casa victoriana, silenciosa a la luz del sol, toda cubierta de volutas y molduras rococó, con ventanas de vidrios coloreados: azules y rosas y verdes y amarillos. En el porche crecían unos geranios, y una vieja hamaca colgaba del techo y se balanceaba, hacia atrás, hacia delante, hacia atrás, hacia delante, mecida por la brisa. La casa estaba coronada por una cúpula, con ventanas de vidrios rectangulares y un techo de caperuza. Por la ventana se podía ver una pieza de música titulada *Hermoso Ohio*, en un atril.

Alrededor del cohete y en las cuatro direcciones se extendía el pueblo, verde y tranquilo bajo el cielo primaveral de Marte. Había casas blancas y de ladrillos rojos, y álamos altos que se movían en el viento, y arces y castaños, todos altos. En el campanario de la iglesia dormían unas campanas doradas.

Los hombres del cohete miraron fuera y vieron todo esto. Luego se miraron unos a otros y miraron otra vez fuera, pálidos, tomándose de los codos, como si no pudieran respirar.

—Demonios —dijo Lustig en voz baja, frotándose torpemente los ojos—. Demonios.

—No puede ser —dijo Samuel Hinkston.

Se oyó la voz del químico. —Atmósfera enrarecida, señor, pero segura. Hay suficiente oxígeno.

—Entonces saldremos —dijo Lustig.

—Esperen —replicó el capitán John Black—. ¿Qué es esto en realidad?

—Es un pueblo, con aire enrarecido, pero respirable, señor.

—Y es un pueblo idéntico a los pueblos de la Tierra —dijo Hinkston, el arqueólogo—. Increíble. No puede ser, pero *es*.

El capitán John Black lo miró inexpresivamente.

—¿Cree usted posible que las civilizaciones de dos planetas marchen y evolucionen de la misma manera, Hinkston?

—Nunca lo hubiera pensado, capitán.

El capitán se acercó a la ventana.

—Miren. Geranios. Una planta de cultivo. Esa variedad específica se conoce en la Tierra sólo desde hace cincuenta años. Piensen cómo evolucionan las plantas, durante miles de años. Y luego díganme si es lógico que los marcianos tengan: primero, ventanas con vidrios emplomados; segundo, cúpulas; tercero, columpios en los porches; cuarto, un instrumento que parece un piano y que probablemente *es* un piano; y quinto, si miran ustedes detenidamente por la lente telescópica, ¿es lógico que un compositor marciano haya compuesto una pieza de música titulada, aunque parezca mentira, *Hermoso Ohio*? ¡Esto querría decir que hay un río Ohio en Marte!

—¡El capitán Williams, por supuesto! —exclamó Hinkston.

—¿Qué?

—El capitán Williams y su tripulación de tres hombres. O Nathaniel York y su compañero. ¡Eso lo explica todo!

—Eso no explica nada. Según parece, el cohete de York estalló el día que llegó a Marte, y York y su compañero murieron. En cuanto a Williams y sus tres hombres, el cohete fue destruido al día siguiente de haber llegado. Al menos las pulsaciones de los transmisores cesaron entonces. Si hubieran sobrevivido, se habrían comunicado con nosotros. De todos modos, desde la expedición de York sólo ha pasado un año, y el capitán Williams y sus hombres llegaron aquí en el mes de agosto. Suponiendo que estén vivos, ¿hubieran podido construir un pueblo como éste y *envejecerlo* en tan poco tiempo, aun con la ayuda de una brillante raza marciana? Miren el pueblo; está ahí desde hace por lo menos setenta años. Miren la madera de ese porche; miren esos árboles, ¡todos centenarios! No, esto no es obra de York o

Williams. Es otra cosa, y no me gusta. Y no saldré de la nave antes de aclararlo.

—Además —dijo Lustig—, Williams y sus hombres, y también York, descendieron en el lado *opuesto* de Marte. Nosotros hemos tenido la precaución de descender en *este* lado.

—Excelente argumento. Como es posible que una tribu marciana hostil haya matado a York y a Williams, nos ordenaron que descendiéramos en una región lejana, para evitar otro desastre. Estamos por lo tanto, o así parece, en un lugar que Williams y York *no* conocieron.

—Maldita sea —dijo Hinkston—. Yo quiero ir al pueblo, capitán, con el permiso de usted. Es posible que en todos los planetas de nuestro sistema solar haya pautas similares de ideas, diagramas de civilización. ¡Quizás estemos en el umbral del descubrimiento psicológico y metafísico más importante de nuestra época!

—Yo quisiera esperar un rato —dijo el capitán John Black.

—Es posible, señor, que estemos en presencia de un fenómeno que demuestra por vez primera, y plenamente, la existencia de Dios, señor.

—Muchos buenos creyentes no han necesitado esa prueba, señor Hinkston.

—Yo soy uno de ellos, capitán. Pero es evidente que un pueblo como éste no puede existir sin intervención divina. ¡Esos *detalles*! No sé si reír o llorar.

—No haga ni una cosa ni otra, por lo menos hasta saber con qué nos enfrentamos.

—¿Con qué nos enfrentamos? —dijo Lustig—. Con nada, capitán. Es un pueblo agradable, verde y tranquilo, un poco anticuado como el pueblo donde *nací*. Me gusta el aspecto que tiene.

—¿Cuándo nació usted, Lustig?

—En mil novecientos cincuenta.

—¿Y usted, Hinkston?

—En mil novecientos cincuenta y cinco. En Grinnell, Iowa. Y este pueblo se parece al mío.

—Hinkston, Lustig, yo podría ser el padre de cualquiera de ustedes. Tengo ochenta años cumplidos. Nací en mil novecientos veinte, en Illinois, y con la ayuda de Dios y de la ciencia, que en los últimos cincuenta años ha logrado rejuvenecer a los viejos, aquí estoy, en Marte, no más cansado que los demás, pero infinitamente más receloso. Este pueblo, quizá pacífico y acogedor, se parece tanto a Green Bluff, Illinois, que me espanta. Se parece *demasiado* a Green Bluff. —Y volviéndose hacia el radiotelegrafista, añadió

—: Comuníquese con la Tierra. Dígales que hemos llegado. Nada más. Dígales que mañana enviaremos un informe completo.

—Bien, capitán.

El capitán acercó al ojo de buey una cara que tenía que haber sido la de un octogenario, pero que parecía la de un hombre de unos cuarenta años.

—Le diré lo que vamos a hacer, Lustig. Usted, Hinkston y yo daremos una vuelta por el pueblo. Los demás se quedan a bordo. Si ocurre algo, se irán en seguida. Es mejor perder tres hombres que toda una nave. Si ocurre algo malo, nuestra tripulación puede avisar al próximo cohete. Creo que será el de capitán Wilder, que saldrá en la próxima Navidad. Si en Marte hay algo hostil, queremos que el próximo cohete venga bien armado.

—También lo estamos nosotros. Disponemos de un verdadero arsenal.

—Entonces, dígales a los hombres que se queden al pie del cañón. Vamos, Lustig, Hinkston.

Los tres hombres salieron juntos por las rampas de la nave.

Era un hermoso día de primavera. Un petirrojo posado en un manzano en flor cantaba continuamente. Cuando el viento rozaba las ramas verdes, caía una lluvia de pétalos de nieve, y el aroma de los capullos flotaba en el aire. En alguna parte del pueblo alguien tocaba el piano, y la música iba y venía y venía e iba, dulcemente, lánguidamente. La canción era *Hermosa soñadora*. En alguna otra parte, en un gramófono, chirriante y apagado, siseaba un disco de *Vagando al anochecer*, cantado por Harry Lauder.

Los tres hombres estaban fuera del cohete. Jadearon aspirando el aire enrarecido, y luego echaron a andar, lentamente, como para no fatigarse.

Ahora el disco del gramófono cantaba:

Oh, give me a June night,
The moonlight and you…[137]

Lustig se echó a temblar. Samuel Hinkston hizo lo mismo.

El cielo estaba sereno y tranquilo, y en alguna parte corría un arroyo, a la sombra de un barranco con árboles. En alguna parte trotó un caballo, y traqueteó una carreta.

—Señor —dijo Samuel Hinkston—, tiene que ser, no puede ser de otro modo, ¡los viajes a Marte empezaron antes de la primera guerra mundial!

—No.

—¿De qué otro modo puede usted explicar esas casas, el ciervo de hierro, los pianos, la música? —Y Hinkston tomó persuasivamente de un codo al

capitán y lo miró a los ojos—. Si usted admite que en mil novecientos cinco había gente que odiaba la guerra, y que uniéndose en secreto con algunos hombres de ciencia construyeron un cohete y vinieron a Marte…

—No, no, Hinkston.

—¿Por qué no? El hombre era muy distinto en mil novecientos cinco. Era fácil guardar un secreto.

—Pero algo tan complicado como un cohete no, no puede ocultarse.

—Y vinieron a vivir aquí, y naturalmente, las casas que construyeron fueron similares a las casas de la Tierra, pues, junto con ellos trajeron la civilización terrestre.

—¿Y han vivido aquí todos estos años? —preguntó el capitán.

—En paz y tranquilidad, sí. Quizás hicieron unos pocos viajes, bastantes como para traer aquí a la gente de un pueblo pequeño, y luego no volvieron a viajar, pues no querían que los descubrieran. Por eso este pueblo parece tan anticuado. No veo nada posterior a mil novecientos veintisiete, ¿no es cierto? Es posible, también, que los viajes en cohete sean aún más antiguos de lo que pensamos. Quizá comenzaron hace siglos en alguna parte del mundo, y las pocas personas que vinieron a Marte y viajaron de vez en cuando a la Tierra supieron guardar el secreto.

—Tal como usted lo dice, parece razonable.

—Lo es. Tenemos la prueba ante nosotros; sólo nos falta encontrar a alguien y verificarlo.

La hierba verde y espesa apagaba el sonido de las botas. En el aire había un olor a césped recién cortado. A pesar de sí mismo, el capitán John Black se sintió inundado por una gran paz. Durante los últimos treinta años no había estado nunca en un pueblo pequeño, y el zumbido de las abejas primaverales lo acunaba y tranquilizaba, y el aspecto fresco de las cosas era como un bálsamo para él.

Los tres hombres entraron en el porche y fueron hacia la puerta de tela de alambre. Los pasos resonaron en las tablas del piso. En el interior de la casa se veía una araña de cristal, una cortina de abalorios que colgaba a la entrada del vestíbulo, y en una pared, sobre un cómodo sillón Morris, un cuadro de Maxfield Parrish. La casa olía a desván, a vieja, e infinitamente cómoda. Se alcanzaba a oír el tintineo de unos trozos de hielo en una jarra de limonada. Hacía mucho calor, y en la cocina distante alguien preparaba un almuerzo frío. Alguien tarareaba entre dientes, con una voz dulce y aguda.

El capitán John Black hizo sonar la campanilla.

Unas pisadas leves y rápidas se acercaron por el vestíbulo, y una señora de unos cuarenta años, de cara bondadosa, vestida a la moda que se podía esperar en 1909, asomó la cabeza y los miró.

—¿Puedo ayudarlos? —preguntó.

—Disculpe —dijo el capitán, indeciso—, pero buscamos…, es decir, deseábamos…

La mujer lo miró con ojos oscuros y perplejos.

—Si venden algo…

—No, espere. ¿Qué pueblo es éste?

La mujer lo miró de arriba abajo.

—¿Cómo qué pueblo es éste? ¿Cómo pueden estar en un pueblo y no saber cómo se llama?

El capitán tenía el aspecto de querer ir a sentarse debajo de un árbol, a la sombra.

—Somos forasteros. Queremos saber cómo llegó este pueblo aquí y cómo usted llegó aquí.

—¿Son ustedes del censo?

—No.

—Todo el mundo sabe —dijo la mujer— que este pueblo fue construido en mil ochocientos sesenta y ocho. ¿Se trata de un juego?

—No, no es un juego —exclamó el capitán—. Venimos de la Tierra.

—¿Quieren decir *de debajo de la tierra*?

—No. Venimos del tercer planeta, la Tierra, en una nave. Y hemos descendido aquí, en el cuarto planeta, Marte…

—Esto —explicó la mujer como si le hablara a un niño— es Green Bluff, Illinois, en el continente americano, entre el océano Pacífico y el océano Atlántico, en un lugar llamado el mundo y a veces la Tierra. Ahora, váyanse. Adiós.

La mujer trotó vestíbulo abajo, pasando los dedos por entre las cortinas de abalorios.

Los tres hombres se miraron.

—Propongo que rompamos la puerta de alambre —dijo Lustig.

—No podemos hacerlo. Es propiedad privada. ¡Dios santo!

Fueron a sentarse en el escalón del porche.

—¿Se le ha ocurrido pensar, Hinkston, que quizá nos salimos de la trayectoria, de alguna manera, y que por accidente descendimos en la Tierra?

—¿Y cómo lo hicimos?

—No lo sé, no lo sé. Déjeme pensar, por Dios.

—Comprobamos cada kilómetro de la trayectoria —dijo Hinkston—. Nuestros cronómetros dijeron tantos kilómetros. Dejamos atrás la Luna y salimos al espacio, y aquí estamos. Estoy *seguro* de que estamos en Marte.

—¿Y si por accidente nos hubiésemos perdido en las dimensiones del espacio y el tiempo, y hubiéramos aterrizado en Una Tierra de hace treinta o cuarenta años?

—¡Oh, por favor, Lustig!

Lustig se acercó a la puerta, hizo sonar la campanilla y gritó a las habitaciones frescas y oscuras:

—¿En qué año estamos?

—En mil novecientos veintiséis, por supuesto —contestó la mujer, sentada en una mecedora, tomando un sorbo de limonada.

Lustig se volvió muy excitado.

—¿Lo oyeron? Mil novecientos veintiséis. ¡Hemos retrocedido en el tiempo! ¡Estamos en la Tierra!

Lustig se sentó, y los tres hombres se abandonaron al asombro y el terror, acariciándose de vez en cuando las rodillas.

—Nunca esperé nada semejante —dijo el capitán—. Confieso que tengo un susto de todos los diablos. ¿Cómo puede ocurrir una cosa así? Ojalá hubiéramos traído a Einstein con nosotros.

—¿Nos creerá alguien en este pueblo? —preguntó Hinkston—. ¿Estaremos jugando con algo peligroso? Me refiero al tiempo. ¿No tendríamos que elevarnos simplemente y volver a la Tierra?

—No. No hasta probar en otra casa.

Pasaron por delante de tres casas hasta un pequeño *cottage*[138] blanco, debajo de un roble.

—Me gusta ser lógico y quisiera atenerme a la lógica —dijo el capitán—. Yo no creo que hayamos puesto el dedo en la llaga. Admitamos, Hinkston, como usted sugirió antes, que se viaje en cohete desde hace muchos años. Y que los terrestres, después de vivir aquí algunos años, comenzaron a sentir nostalgias de la Tierra. Primero una leve neurosis, después una psicosis, y por fin la amenaza de la locura. ¿Qué haría usted, como psiquiatra, frente a un problema de esas dimensiones?

Hinkston reflexionó. —Bueno, pienso que reordenaría la civilización de Marte, de modo que se pareciera, cada día más, a la Tierra. Si fuese posible reproducir las plantas, las carreteras, los lagos, y aun los océanos, los reproduciría. Luego, mediante una vasta hipnosis colectiva, convencería a

todos en un pueblo de este tamaño que esto era realmente la Tierra, y no Marte.

—Bien pensado, Hinkston. Creo que estamos en la pista correcta. La mujer de aquella casa *piensa* que vive en la Tierra. Ese pensamiento protege su cordura. Ella y los demás de este pueblo son los sujetos del mayor experimento en migración e hipnosis que hayamos podido encontrar.

—¡Eso es! —exclamó Lustig.

—Tiene razón —dijo Hinkston.

El capitán suspiró.

—Bien. Hemos llegado a alguna parte. Me siento mejor. Todo es un poco más lógico. Ese asunto de las dimensiones, de ir hacia atrás y hacia adelante viajando por el tiempo, me revuelve el estómago. Pero de esta manera… —El capitán sonrió—: Bien. Bien, parece que seremos bastante populares aquí.

—¿Cree usted? —dijo Lustig—. Al fin y al cabo, esta gente vino para huir de la Tierra, como los Peregrinos[139]. Quizá vernos no les haga demasiado felices. Quizás intenten echarnos o matarnos.

—Tenenos mejores armas. Ahora a la casa siguiente. ¡Andando!

Apenas habían cruzado el césped de la acera, cuando Lustig se detuvo y miró a lo largo de la calle que atravesaba el pueblo en la soñadora paz de la tarde.

—Señor —dijo.

—¿Qué pasa, Lustig?

—Capitán, capitán, lo que *veo…*

Lustig se echó a llorar. Alzó unos dedos que se le retorcían y temblaban, y en su cara hubo asombro, incredulidad y dicha. Parecía como si en cualquier momento fuese a enloquecer de alegría. Miró calle abajo y empezó a correr, tropezando torpemente, cayéndose y levantándose, y corriendo otra vez.

—¡Miren! ¡Miren!

—¡No dejen que se vaya! —El capitán echó también a correr.

Lustig se alejaba rápidamente, gritando. Cruzó uno de los jardines que bordeaban la calle sombreada y entró de un salto en el porche de una gran casa verde con un gallo de hierro en el tejado.

Gritaba y lloraba golpeando la puerta cuando Hinkston y el capitán llegaron corriendo detrás de él. Todos jadeaban y resoplaban, extenuados por la carrera y el aire enrarecido.

—¡Abuelo! ¡Abuela! —gritaba Lustig.

Dos ancianos, un hombre y una mujer, estaban de pie en el porche.

—¡David! —exclamaron con voz aflautada y se apresuraron a abrazarlo y a palmearle la espalda, moviéndose alrededor—. ¡Oh, David, David, han pasado tantos años! ¡Cuánto has crecido, muchacho! Oh, David, muchacho, ¿cómo te encuentras?

—¡Abuelo! ¡Abuela! —sollozaba David Lustig—. ¡Qué buena cara tenéis!

Retrocedió, los hizo gritar, los besó, los abrazó. Lloró sobre ellos y volvió a retroceder mirándolos con ojos parpadeantes. El sol brillaba en el cielo, el viento soplaba, el césped era verde, las puertas de tela de alambre estaban abiertas de par en par.

—Entra, muchacho, entra. Hay té helado, mucho té.

—Estoy con unos amigos —Lustig se dio vuelta e hizo señas al capitán, excitado, riéndose—. Capitán, suban.

—¿Cómo están ustedes? —dijeron los viejos—. Pasen. Los amigos de David son también nuestros amigos. ¡No se queden ahí!

La sala de la vieja casa era muy fresca, y se oía el sonoro tictac de un reloj de abuelo, alto y largo, de molduras de bronce. Había almohadones blandos sobre largos divanes y paredes cubiertas de libros y una gruesa alfombra de arabescos rosados, y las manos sudorosas sostenía los vasos de té, helado y fresco en las bocas sedientas.

—Salud. —La abuela se llevó el vaso a los dientes de porcelana.

—¿Desde cuándo estáis aquí, abuela? —preguntó Lustig.

—Desde que nos morimos —replicó la mujer.

El capitán John Black puso el vaso en la mesa.

—¿Desde cuándo?

—Ah, sí. —Lustig asintió—. Murieron hace treinta años.

—¡Y usted ahí tan tranquilo! —gritó el capitán.

—Silencio. —La vieja guiñó un ojo brillante—. ¿Quién es usted para discutir lo que pasa? Aquí estamos. ¿Qué es la vida, de todos modos? ¿Quién decide por qué, para qué o dónde? Sólo sabemos que estamos aquí, vivos otra vez, y no hacemos preguntas. Una segunda oportunidad. —Se inclinó y mostró una muñeca delgada—. Toque. —El capitán tocó—. Sólida, ¿eh? —El capitán asintió—. Bueno, entonces —concluyó con aire de triunfo—, ¡para qué hacer preguntas?

—Bueno —replicó el capitán—, nunca imaginamos que encontraríamos una cosa como ésta en Marte.

—Pues la han encontrado. Me atrevería a decirle que hay muchas cosas en todos los planetas que le revelarían los infinitos designios de Dios.

—¿Esto es el cielo? —preguntón Hinkston.

—Tonterías, no. Es un mundo y tenemos aquí una segunda oportunidad. Nadie nos dijo por qué. Pero tampoco nadie nos dijo por qué estábamos en la Tierra. Me refiero a la otra Tierra, esa de donde vienen ustedes. ¿Cómo sabemos que no había todavía *otra* además de *ésa*?

—Buena pregunta —dijo el capitán.

Lustig no dejaba de sonreír mirando a sus abuelos.

—Qué alegría veros, qué alegría.

El capitán se incorporó y se palmeó una pierna con aire de descuido.

—Tenemos que irnos. Muchas gracias por las bebidas.

—Volverán, por supuesto —dijeron los viejos—. Vengan esta noche a cenar.

—Trataremos de venir, gracias. Hay mucho que hacer. Mis hombres me esperan en el cohete y…

Se interrumpió. Se volvió hacia la puerta, sobresaltado.

Muy lejos a la luz del sol había un sonido de voces y grandes gritos de bienvenida.

—¿Qué pasa? —preguntó Hinkston.

—Pronto lo sabremos. —El capitán John Black cruzó abruptamente la puerta, corrió por la hierba verde y salió a la calle del pueblo marciano.

Se detuvo mirando el cohete. Las portezuelas estaban abiertas y la tripulación salía y saludaba, y se mezclaba con la muchedumbre que se había reunido, hablando, riendo, estrechando manos. La gente bailaba alrededor. La gente se arremolinaba. El cohete yacía vacío y abandonado.

Una banda de música rompió a tocar a la luz del sol, lanzando una alegre melodía desde tubas y trompetas que apuntaban al cielo. Hubo un redoble de tambores y un chillido de gaitas. Niñas de cabellos de oro saltaban sobre la hierba. Niños gritaban: «¡Hurra!». Hombres gordos repartían cigarros. El alcalde del pueblo pronunció un discurso. Luego, los miembros de la tripulación, dando un brazo a una madre, y el otro a un padre o una hermana, se fueron muy animados calle abajo y entraron en casas pequeñas y en grandes mansiones.

—¡Deténganse! —gritó el capitán Black.

Las puertas se cerraron de golpe.

El calor creció en el claro cielo de primavera, y todo quedó en silencio. La banda de música desapareció detrás de una esquina, alejándose del cohete, que brillaba y centelleaba a la luz del sol.

—¡Lo han abandonado! —dijo el capitán—. ¡Han abandonado la nave! ¡Les arrancaría la piel! ¡Tenían órdenes precisas!

—Capitán, no sea duro con ellos —dijo Lustig—. Se han encontrado con parientes y amigos.

—¡No es una excusa!

—Piense en lo que habrán sentido con todas esas caras familiares alrededor de la nave —dijo Lustig.

—Tenían órdenes, maldita sea.

—¿Qué hubiera sentido usted, capitán?

—Hubiera cumplido las órdenes… —comenzó a decir el capitán, y se quedó boquiabierto.

Por la acera, bajo el sol de Marte, venía caminando un joven de unos veintiséis años, alto, sonriente, de ojos asombrosamente claros y azules.

—¡John! —gritó el joven, y trotó hacia ellos.

—¿Qué? —El capitán Black se tambaleó.

El joven llegó corriendo, le tomó la mano y le palmeó la espalda.

—¡John, bandido!

—Eres tú —dijo el capitán John Black.

—¡Claro que soy yo! ¿Quién *creías* que era?

—¡Edward!

El capitán, reteniendo la mano del joven desconocido, se volvió a Lustig y a Hinkston.

—Éste es mi hermano Edward. Ed, te presento a mis hombres: Lustig, Hinkston. ¡Mi hermano!

John y Edward se daban la mano y se apretaban los brazos. Al fin se abrazaron.

—¡Ed!

—¡John, sinvergüenza!

—Tienes muy buena cara, Ed, pero ¿cómo? No has cambiado nada en todo este tiempo. Moriste, recuerdo, cuando tenías veintiséis años y yo diecinueve. ¡Dios mío! Hace tanto tiempo, y aquí estás. Señor, ¿qué pasa aquí?

—Mamá está esperándonos —dijo Edward Black sonriendo.

—Y papá también.

—¿Papá?

El capitán casi cayó al suelo como si lo hubieran golpeado con un arma poderosa. Echó a caminar rígidamente, con pasos desmañados.

—¿Papá y mamá vivos? ¿Dónde están?

—En la vieja casa de Oak Knoll Avenue.

—¡En la vieja casa! —El capitán miraba fijamente con un deleitado asombro—. ¿Han oído ustedes. Lustig, Hinkston?

Hinkston se había ido. Había visto su propia casa en el fondo de la calle y corría hacia ella. Lustig se reía.

—¿Ve usted, capitán, qué les ha ocurrido a los del cohete? No han podido impedirlo.

—Sí, sí. —El capitán cerró los ojos—. Cuando vuelva a mirar habrás desaparecido. —Parpadeó—. Todavía estás aquí. Oh, Dios, ¡pero qué buen aspecto tienes, Ed!

—Vamos, nos espera el almuerzo. Ya he avisado a mamá.

Lustig dijo: —Señor, estaré en casa de mis abuelos si me necesita.

—¿Qué? Ah, muy bien, Lustig. Nos veremos más tarde.

Edward tomó de un brazo al capitán.

—Ahí está la casa. ¿La recuerdas?

—¡Claro que la recuerdo! Vamos. A ver quién llega el primero al porche.

Corrieron. Los árboles rugieron sobre la cabeza del capitán Black; el suelo rugió bajo sus pies. Delante de él, en un asombroso sueño real, veía la figura dorada de Edward Black y la vieja casa, que se precipitaba hacia ellos, con las puertas de tela de alambre abiertas de par en par.

—¡Te he ganado! —exclamó Edward.

—Soy un hombre viejo —jadeó el capitán— y tú eres joven todavía. Además *siempre* me ganabas, me acuerdo muy bien.

En el umbral, mamá, sonrosada, rolliza y alegre. Detrás, papá, con canas amarillas y la pipa en la mano.

—¡Mamá! ¡Papá!

El capitán subió las escaleras corriendo como un niño.

Fue una hermosa y larga tarde de primavera. Después de una prolongada sobremesa se sentaron en la sala y el capitán les habló del cohete, y ellos asintieron, y mamá no había cambiado nada y papá cortó con los dientes la punta de un cigarro y lo encendió pensativamente como acostumbraba antes. A la noche comieron un gran pavo y el tiempo fue pasando. Cuando los huesos quedaron tan limpios como palillos de tambor, el capitán se echó hacia atrás en su silla y suspiró satisfecho. La noche estaba en todos los árboles y coloreaba el cielo, y las lámparas eran aureolas de luz rosada en la casa tranquila. De todas las otras casas, a lo largo de la calle, venían sonidos de músicas, de pianos, y de puertas que se cerraban.

Mamá puso un disco en el gramófono y bailó con el capitán John Black. Llevaba el mismo perfume de aquel verano, cuando ella y papá murieron en el accidente de tren. El capitán la sintió muy real entre los brazos, mientras bailaban con pasos ligeros.

—No todos los días se vuelve a vivir —dijo ella.

—Me despertaré por la mañana —replicó el capitán—, y me encontraré en el cohete, en el espacio, y todo esto habrá desaparecido.

—No, no pienses eso —lloró ella dulcemente—. No dudes. Dios es bueno con nosotros. Seamos felices.

—Perdón, mamá.

El disco terminó con un siseo circular.

Estás cansado, hijo mío —le dijo papá señalándolo con la pipa—. Tu antiguo dormitorio te espera; con la cama de bronce y todas tus cosas.

—Pero tendría que llamar a mis hombres.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Bueno, no lo sé. En realidad, creo que no hay ninguna razón. No, ninguna. Estarán comiendo o en la cama. Una buena noche de descanso no les hará daño.

—Buenas noches, hijo. —Mamá le besó la mejilla—. Qué bueno es tenerte en casa.

—Es bueno *estar* en casa.

El capitán dejó aquel país de humo de cigarros y perfume y libros y luz y subió las escaleras charlando, charlando con Edward. Edward abrió la puerta, y allí estaba la cama de bronce amarillo, y los viejos banderines de la universidad, y un muy gastado abrigo de castor que el capitán acarició cariñosamente, en silencio.

—No puedo más, de veras —murmuró—. Estoy entumecido y cansado. Hoy han ocurrido demasiadas cosas. Me siento como si hubiera pasado cuarenta y ocho horas bajo una lluvia torrencial, sin paraguas ni impermeable. Estoy empapado hasta los huesos de emoción.

Edward estiró con una mano las sábanas de nieve y ahuecó las almohadas. Levantó un poco la ventana y el aroma nocturno de jazmín entró flotando en la habitación. Había luna y sonidos de músicas y voces distantes.

—De modo que esto es Marte. Dijo el capitán, desnudándose.

—Así es.

Edward se desvistió con movimientos perezosos y lentos, sacándose la camisa por la cabeza y descubriendo unos hombros dorados y un cuello fuerte y musculoso.

Habían apagado las luces, y ahora estaban en la cama, uno al lado del otro, como ¿hacía cuántos años? El aroma de jazmín que empujaba las cortinas de encaje hacia el aire oscuro del dormitorio acunó y alimentó al capitán. Entre los árboles, sobre el césped, alguien había dado cuerda a un gramófono portátil que ahora susurraba una canción: *Siempre*.

Se acordó de Marilyn.

—¿Está Marilyn aquí?

Edward, estirado allí a la luz de la luna, esperó unos instantes y luego contestó: —Sí. No está en el pueblo, pero volverá por la mañana.

El capitán cerró los ojos: —Tengo muchas ganas de verla.

En la habitación rectangular y silenciosa, sólo se oía la respiración de los dos hombres.

—Buenas noches, Ed.

Una pausa. —Buenas noches, John.

El capitán permaneció tendido y en paz, abandonándose a sus propios pensamientos. Por primera vez consiguió hacer a un lado las tensiones del día, y ahora podía pensar lógicamente. Todo había sido emocionante: las bandas de música, las caras familiares. Pero ahora…

¿Cómo?, se preguntó. ¿Cómo se hizo todo esto? ¿Y por qué? ¿Con qué propósito? ¿Por la mera bondad de alguna intervención divina? ¿Entonces Dios se preocupa realmente por sus criaturas? ¿Cómo y por qué y para qué?

Consideró las distintas teorías que habían adelantado Hinkston y Lustig en el primer calor de la tarde. Dejó que otras muchas teorías nuevas le bajaran a través de la mente como perezosos guijarros que giraban echando alrededor unas luces mortecinas. Mamá. Papá. Edward. Tierra. Marte. Marcianos.

¿Quién había vivido aquí hacía mil años en Marte? ¿Marcianos? ¿O había sido siempre como ahora?

Marcianos. El capitán repitió la palabra ociosamente, interiormente.

Casi se echó a reír en voz alta. De pronto se le había ocurrido la más ridícula de las teorías. Se estremeció. Por supuesto, no tenía ningún sentido. Era muy improbable. Estúpida. Olvídala. Es ridícula.

Sin embargo, pensó, *supongamos…* Supongamos que Marte esté habitado por marcianos que vieron llegar nuestra nave y nos vieron dentro y nos odiaron. Supongamos ahora, sólo como algo terrible, que quieran destruir a esos invasores indeseables, y del modo más inteligente, tomándonos desprevenidos. Bien, ¿qué arma podrían usar los marcianos contra las armas atómicas de los terrestres?

La respuesta era interesante. Telepatía, hipnosis, memoria e imaginación.

Supongamos que ninguna de estas casas sea real, que esta cama no sea real sino un invento de mi propia imaginación, materializada por los poderes telepáticos e hipnóticos de los marcianos, pensó el capitán John Black. Supongamos que estas casas tengan realmente otra *forma*, una forma marciana, y que conociendo mis deseos y mis anhelos, estos marcianos hayan hecho que se parezcan a mi viejo pueblo y mi vieja casa, para que yo no sospeche. ¿Qué mejor modo de engañar a un hombre que utilizar a sus padres como cebo?

Y este pueblo, tan antiguo, del año mil novecientos veintiséis, muy anterior al nacimiento de mis hombres… Yo tenía seis años entonces, y *había* discos de Harry Lauder, y cortinas de abalorios, y *Hermoso Ohio*, y cuadros de Maxfield Parrish que colgaban *todavía* de las paredes, y arquitectura de principios de siglo. ¿Y si los marcianos hubieran sacado este pueblo de los recuerdos de *mi* mente? Dicen que los recuerdos de la niñez son los más claros. Y después de construir el pueblo, sacándolo de *mi* mente, ¡lo poblaron con las gentes más queridas, sacándolas de las mentes de los tripulantes!

Y supongamos que esa pareja que duerme en la habitación contigua no sea mi padre y mi madre, sino dos marcianos increíblemente hábiles y capaces de mantenerme todo el tiempo en un sueño hipnótico.

¿Y aquella banda de música? ¡Qué plan más sorprendente y admirable! Primero, engañar a Lustig, después a Hinkston, y después reunir una muchedumbre; y todos los hombres del cohete, como es natural, desobedecen las órdenes y abandonan la nave al ver a madres, tías, tíos y novias, muertos hace diez, veinte años. ¿Qué más natural? ¿Qué más inocente? ¿Qué más sencillo? Un hombre no hace muchas preguntas cuando su madre vuelve de pronto a la vida. Está demasiado contento. Y aquí estamos todos esta noche, en distintas casas, distintas camas, sin armas que nos protejan. Y el cohete vacío a la luz de la luna. ¿Y no sería espantoso y terrible descubrir que todo esto es parte de un inteligente plan de los marcianos para dividirnos y vencernos, y matarnos? En algún momento de esta noche, quizá, mi hermano, que está en esta cama, cambiará de forma, se fundirá y se transformará en otra cosa, en una cosa terrible, un marciano. Sería tan fácil para él volverse en la cama y clavarme un cuchillo en el corazón… Y en todas esas casas, a lo largo de la calle, una docena de otros hermanos o padres, fundiéndose de pronto y sacando cuchillos, se abalanzarán sobre los confiados y dormidos terrestres.

Le temblaban las manos bajo las mantas. Tenía el cuerpo helado. De pronto la teoría no fue una teoría. De pronto tuvo mucho miedo.

Se incorporo en la cama y escuchó. Todo estaba en silencio. La música había cesado. El viento había muerto. Su hermano dormía junto a él.

Levantó con mucho cuidado las mantas y salió de la cama. Había dado unos pocos pasos por el cuarto cuando oyó la voz de su hermano.

—¿Adónde vas?

—¿Qué?

La voz de su hermano sonó otra vez fríamente:

—He dicho que adónde piensas que vas.

—A beber un trago de agua.

—Pero no tienes sed.

—Sí, sí, tengo sed.

—No, no tienes sed.

El capitán John Black echó a correr por el cuarto. Gritó, gritó dos veces.

Nunca llegó a la puerta.

A la mañana siguiente, la banda de música tocó una marcha fúnebre. De todas las casas de la calle salieron solemnes y reducidos cortejos llevando largos cajones, y por la calle soleada, llorando, marcharon las abuelas, las madres, las hermanas, los hermanos, los tíos y los padres, y caminaron hasta el cementerio, donde había fosas nuevas recién abiertas y nuevas lápidas instaladas, Dieciséis fosas en total, y dieciséis lápidas.

El alcalde pronunció un discurso breve y triste, con una cara que a veces parecía la cara del alcalde y a veces alguna otra cosa.

El padre y la madre del capitán John Black estaban allí, con el hermano Edward, llorando, y sus caras antes familiares, se fundieron y transformaron en alguna otra cosa.

El abuelo y la abuela de Lustig estaban allí, sollozando, y sus caras brillantes, con ese brillo que tienen las cosas en los días de calor, se derritieron como la cera.

Bajaron los ataúdes. Alguien habló de «la inesperada muerte durante la noche de dieciséis hombres dignos…».

La tierra golpeó las tapas de los cajones.

La banda de música volvió de prisa al pueblo, con paso marcial, tocando *Columbia, la perla del océano,* y ya nadie trabajó ese día.

33. Raymond Carver (1939-1988)

Este narrador norteamericano tuvo una breve, difícil e intensa vida de vagabundeo por el país, en los más heterogéneos y precarios trabajos y durante muchos años acorralado por la necesidad, la soledad y el alcohol. Después, en un cambio vital sorprendente, fue profesor en diferentes universidades, recibió numerosos galardones literarios, y la Academia de Artes y Letras de Estados Unidos le concedió una generosa beca para que, durante cinco años, se pudiese dedicar exclusivamente a la creación literaria.

Además de varios poemarios, es autor de cuatro libros de relatos: *¿Quieres hacer el favor de callarte, por favor? (Will You Please Be Quiet, Please?*, 1976*), De qué hablamos cuando hablamos de amor (What we Talk about When we Talk about Love,* 1981*), Catedral (Cathedral,* 1983) y *Elefhant and Other Stories*, 1988, en el que se incluye el relato «Tres rosas amarillas», genial e imaginativa reconstrucción de los últimos momentos de Chéjov.

Carver está considerado como uno de los principales renovadores del cuento norteamericano dentro de lo que se ha denominado «realismo sucio» —*dirty realism*— o «minimalismo». Una literatura apegada a la cotidianidad, a los sucesos nimios y triviales de la gente común, a una realidad sin sustancia aparente; pequeñas historias domésticas que dejan entrever vidas oscuras y grisáceas de seres anónimos y fracasados, la otra cara de la moneda, la desolada y gris, del *american way of life* del éxito y del triunfo.

Como sucedía en muchos relatos de Chéjov, de Mansfield y de otros autores modernos, se produce el descubrimiento de atribuladas y complejas existencias, de comportamientos muy humanos en pequeños fragmentos de la realidad a los que apenas solemos prestar atención. Pero lo verdaderamente sorprendente es que estos trozos de vida, tan fragmentarios y anodinos, pueden provocar en el lector, inesperadamente, un ligero sobresalto, una pequeña conmoción, como si algo importante estallara en un relato tan banal y tan banalmente contado.

El estilo de Carver, acorde con esa cotidianidad narrada, es directo, desprovisto de adornos, engañosamente simple y coloquial, porque lo que en verdad consigue es una prosa límpida y transparente, precisa y escueta, gracias a un difícil proceso de depuración.

El relato «Bolsas» es una clara muestra del minimalismo de Carver, del que venimos hablando. Se narra escuetamente el encuentro-desencuentro de un padre con el hijo, la incomunicación de dos personas definitivamente separadas, cada una cargada con sus propios fracasos y sus propias miserias.

La bolsa abandonada en la cafetería del anodino aeropuerto es la metáfora de esas dos vidas rotas y olvidadas.

BOLSAS

Es octubre, un día húmedo. Desde la ventana del hotel veo demasiadas cosas de esta ciudad del Medio Oeste. Veo cómo se encienden las luces de algunos edificios, veo cómo el humo de las altas chimeneas se alza en columnas espesas. Me gustaría no tener que mirar.

Quiero contarles una historia que me contó mi padre cuando el año pasado pasé unas horas en Sacramento. Se refiere a ciertos hechos que le acontecieron dos años antes de aquel tiempo, entendiendo por aquel tiempo el inmediatamente anterior a que mi madre y él se divorciaran.

Soy vendedor de libros. Represento a una firma muy conocida. Publicamos libros de texto, y tenemos la sede en Chicago. Mi zona es Illinois, y partes de Iowa y de Wisconsin. Había asistido en Los Ángeles a la convención de la Western Book Publishers Association cuando se me ocurrió visitar a mi padre unas cuantas horas. No lo había vuelto a ver desde el divorcio, ¿comprenden? Así que saqué su dirección de la cartera y le envié un telegrama. A la mañana siguiente facturé mis cosas hasta Chicago y me embarqué en un avión con destino a Sacramento.

Tardé un minuto en verle. Estaba donde todo el mundo, es decir, detrás de la puerta de salida. Pelo blanco, gafas, pantalones marrones de tela indeformable.

—Papá, ¿cómo estás? —pregunté.

Él sólo dijo:

—Les.

Nos dimos un apretón de manos y fuimos hacia la terminal.

—¿Cómo están Mary y los chicos? —quiso saber.

—Todos estupendamente —respondí, y no era cierto.

Abrió una bolsa blanca de confitería. Explicó:

—He comprado algo que quizá quieras llevarte. No es gran cosa. Unos Almond Roca para Mary y unos caramelos blandos para los chicos.

—Gracias —dije.

—No olvides la bolsa cuando te vayas —me advirtió.

Dejamos pasar a unas monjas que corrían hacia las puertas de embarque.

—¿Una copa o un café? —le pregunté.

—Lo que tú quieras —contestó—. Pero no tengo coche —precisó.

Encontramos el bar, nos trajeron las bebidas, encendimos los cigarrillos.

—Bueno, aquí estamos —dije.

—Sí —asintió.

Me encogí de hombros y repetí:

—Sí.

Me eché hacia atrás en mi asiento y aspiré profundamente, inhalando —me pareció— el aire de infortunio que rodeaba su cabeza.

Dijo:

—Calculo que el aeropuerto de Chicago es cuatro veces más grande que éste.

—Es aún mayor —le aseguré.

—Creía que era grande —dijo.

—¿Desde cuándo usas gafas? —le pregunté.

—Desde hace poco.

Tomó un trago largo, y acto seguido fue al grano.

—Me hubiera gustado morirme —dijo. Puso sus grandes brazos a ambos lados del vaso—. Eres un hombre educado, Les. La persona idónea para comprenderlo.

Levanté un costado del cenicero para leer lo que había escrito dentro: CLUB HARRAH / RENO Y LAKE TAHOE / BUENOS LUGARES DE DIVERSIÓN.

—Era una vendedora de productos Stanley. Una mujer menuda, con pequeños pies y pequeñas manos y pelo negro como el carbón. No era la mujer más bella del mundo. Pero sus modales eran muy delicados. Tenía treinta años y tenía hijos. Pero, aunque pasó lo que pasó, era una mujer decente.

»Tu madre le compraba siempre cosas: una escoba, una fregona, algún relleno de pastel… Ya conoces a tu madre. Era sábado y me había quedado en casa. Tu madre se había ido a no sé dónde. No sé dónde estaba. Pero no estaba trabajando. Yo leía el periódico y tomaba una taza de café en la sala cuando llamaron a la puerta. Era esa mujer menuda. Sally Wain. Me dijo que tenía unas cosas para la señora Palmer. “Soy el señor Palmer”, digo yo. “La señora Palmer no está en este momento”, le explico. La invito a pasar, ya sabes, con intención de pagarle las cosas que traía. Se quedó allí, vacilante. Allí de pie, sosteniendo la pequeña bolsa de papel y el recibo.

»—Vamos, démela —le sugiero—. ¿Por qué no pasa y se sienta un momento mientras veo si encuentro algo de dinero?

»—No se preocupe —responde ella—. Puede dejarlo a deber. Hay mucha gente que lo hace. No hay problema. —Sonríe para darme a entender que no hay problema, ya sabes.

»—No, no —insisto yo—. Prefiero pagarlo ahora. Así le ahorro un viaje y me ahorro tener deudas. Pase —digo, y mantengo abierta la puerta de tela metálica. No era cortés tenerla allí de pie en la puerta.

Mi padre tosió y cogió uno de mis cigarrillos. Al fondo del bar una mujer reía. La miré, y luego volví a leer la leyenda del cenicero.

—Así que pasa, y yo digo: “Un momento, por favor”, y entro en el dormitorio a buscar mi cartera. Miro en el tocador, pero no la encuentro. Hay algo de cambio y cerillas y mi peine, pero no logro dar con mi cartera. Tu madre se había pasado la mañana limpiando, ya sabes. Así que vuelvo a la sala y comento: “Bueno, ya encontraré algo”.

»—Por favor, no se moleste —dice ella.

»—No es molestia —insisto—. Tengo que encontrar mi cartera, de todas formas. Póngase cómoda.

»—Oh, estoy bien —contesta.

»—Mire —digo—. ¿Ha oído lo del gran atraco en el Este? Estaba leyéndolo ahora.

»—Lo vi en la televisión anoche —responde.

»—Huyeron sin ningún problema —explico.

»—Lo hicieron muy inteligentemente —asiente.

»—El crimen perfecto —digo.

»—A muy pocos les sale bien —sentencia.

»Yo ya no sabía cómo continuar. Estábamos allí de pie, mirándonos. Así que salí al porche y busqué mis pantalones en la cesta, donde supuse que los había puesto tu madre. Encontré la cartera en el bolsillo trasero y volví a la sala y le pregunté cuánto le debía.

»Eran tres o cuatro dólares. Le pagué. Entonces, no sé por qué, le pregunté qué haría con el dinero si lo hubiera conseguido ella, con todo aquel dinero que se habían llevado los atracadores.

»Se rió y vi sus dientes.

»Y entonces no sé lo que me pasó, Les. Cincuenta y cinco años. Hijos ya mayores. Me daba perfecta cuenta de que no debía. Aquella mujer tenía la mitad de años que yo, y chiquillos en el colegio. Vendía para Stanley durante el horario escolar, sólo para ocuparse en algo. No tenía necesidad de trabajar. Tenían lo suficiente para salir adelante. Su marido, Larry, era chófer en la Consolidated Freight. Ganaba un buen sueldo. Camionero, ya sabes.

Calló y se pasó el pañuelo por la cara.

—Todos nos equivocamos alguna vez —dije.

Sacudió la cabeza.

—Tenía dos chicos, Hank y Freddy. Se llevaban como un año. Me enseñó unas fotos. En fin, se ríe cuando digo lo del dinero, asegura que dejaría de vender productos Stanley y que se iría a Dago y compraría una casa. Comentó que tenía parientes en Dago.

Encendí otro cigarrillo. Miré el reloj. El barman levantó las cejas y yo levanté el vaso.

—Estaba sentada en el sofá y me preguntó si tenía un cigarrillo. Dijo que se los había dejado en el otro bolso, y que no fumaba desde que había salido de casa. Dijo que odiaba comprar un paquete en una máquina teniendo un cartón en casa. Le doy un cigarrillo y sostengo una cerilla para que lo encienda. Pero, créeme, Les, me temblaban los dedos.

Calló y examinó las botellas unos instantes. La mujer que había reído antes ceñía con ambos brazos los de los hombres que tenía a los lados.

—Lo que vino después lo recuerdo vagamente. Recuerdo que le pregunté si quería un café. Dije que acababa de hacerlo. Ella dijo que tenía que irse. Que quizá tenía tiempo para tomar una taza. Fui a la cocina y esperé a que el café se calentara. Te lo aseguro, Les, te lo juro por Dios: jamás le había sido infiel a tu madre en todo el tiempo en que fuimos marido y mujer. Ni una sola vez. Hubo veces en que me apetecía y se me presentaba la ocasión. Créeme, tú no conoces a tu madre como la conozco yo.

Le corté:

—No tienes por qué darme explicaciones.

—Le llevé el café. Para entonces se había quitado el abrigo. Me siento en el otro extremo del sofá y empezamos a hablar de cosas más personales. Me dice que tiene dos chicos en la escuela primaria Roosevelt y que Larry es camionero y que a veces está fuera una o dos semanas. En Seattle, o en Los Ángeles, o incluso en Phoenix. Siempre por ahí. Me cuenta que conoció a Larry en la escuela secundaria. Dice que se siente orgullosa de haber llevado esa vida desde entonces. En fin, al poco suelta una risita por algo que yo he dicho. Era algo con doble sentido. Entonces me pregunta si conozco el del viajante de zapatos que llama a la puerta de la viuda. Nos reímos, y entonces le cuento uno un poco más picante. Ahora se ríe con ganas, y se fuma otro cigarrillo. Una cosa lleva a la otra, eso es lo que pasaba, ¿entiendes?

»Bien, entonces la besé. Le incliné la cabeza sobre el respaldo del sofá y la besé, y aún siento su lengua moviéndose inquieta para meterse dentro de mi boca. ¿Comprendes lo que digo? Uno puede vivir obedeciendo todas las normas y un buen día, de pronto, nada importa un pimiento. Se te acaba la buena estrella, ¿entiendes?

»Pero todo pasó en un abrir y cerrar de ojos. Y luego me espeta: “Creerás que soy una puta o algo así”, y luego se marchó sin más.

»Estaba tan excitado, ¿sabes? Ordené el sofá y di la vuelta a los cojines. Doblé todos los periódicos y hasta lavé las tazas que habíamos usado. Todo el tiempo pensaba en cómo iba a mirar cara a cara a tu madre. Estaba asustado.

»Bien, así es como empezó. Tu madre y yo seguimos como siempre. Pero empecé a ver a esa mujer con asiduidad.

La mujer del fondo del bar se bajó del taburete. Avanzó hacia el centro del local y se puso a bailar. Echaba la cabeza de un lado para otro y hacía chasquear los dedos. El barman dejó de preparar bebidas. La mujer levantó los brazos por encima de la cabeza y se movió describiendo un pequeño círculo sobre el piso. Pero luego dejó de hacerlo y el barman volvió a sus cosas.

—¿Has visto eso? —preguntó mi padre.

Pero yo no dije ni una palabra.

—Así es como funcionó la cosa —prosiguió—. Larry tenía su calendario de viajes, y yo iba a verla siempre que podía. A tu madre le decía que iba a algún sitio.

Se quitó las gafas y cerró los ojos.

—No se lo había contado a nadie.

¿Había algo que comentar a esto? Miré hacia las pistas y luego mi reloj.

—Escucha, ¿a qué hora sale tu avión? ¿No podrías coger otro? Deja que invite a otra copa, Les. Pide dos más. Me daré prisa. Acabaré de contártelo en un minuto. *Escucha*.

»Tenía la foto de Larry en el cuarto, al lado de la cama. Al principio me molestaba; ver su fotografía allí y todo eso. Pero al cabo de un tiempo me acostumbré a ella. ¿Te das cuenta de cómo nos habituamos a las cosas? —Sacudió la cabeza—. Es increíble. Bueno, pues, todo acabó mal. Ya lo sabes. Lo sabes todo perfectamente.

—Sólo sé lo que me cuentas —dije.

—Escucha, Les. Déjame explicarte lo realmente importante de este asunto. ¿Sabes?, hay cosas. Hay cosas más importantes que el hecho de que tu madre me dejara. Verás, escucha esto. Estábamos en la cama un día. Debía de ser sobre el mediodía. Estábamos allí acostados, charlando. Puede que yo estuviera dando una cabezada. Esa especie de duermevela extraña, como con sueños, ya sabes. Pero al mismo tiempo me digo que no debo olvidar que tengo que levantarme e irme. Y en eso estoy cuando el coche entra en el jardín y alguien se baja y cierra de golpe la puerta.

»—Dios mío —chilla ella—. ¡Es Larry!

»Debí de enloquecer. Me parece recordar que pensé que si salía corriendo por la puerta de atrás, él me iba a aplastar contra la gran valla del jardín, y quizás hasta me matara. Sally hacía un ruido extraño con la boca. Como si no pudiera respirar. Tenía puesta la bata, pero la llevaba abierta, y estaba en la cocina sacudiendo la cabeza. Todo está sucediendo a un tiempo, ya entiendes. Y allí estoy yo, casi desnudo, con las ropas en la mano, y Larry abriendo la puerta principal. Bien, salto. Salto contra el ventanal, así, a través del cristal.

—¿Conseguiste escapar? —pregunté—. ¿No te persiguió?

Mi padre me miró como si me hubiera vuelto loco. Fijó la mirada en un vaso vacío. Yo miré el reloj, me estiré. Tenía un ligero dolor de cabeza a la altura de los ojos.

Comenté:

—Creo que tendré que ir para allí en seguida. —Me pasé la mano por la barbilla y me ajusté bien el cuello de la camisa—. ¿Sigue en Redding esa mujer?

—¿No entiendes nada, verdad? —dijo mi padre—. No entiendes nada de nada. Sólo sabes vender libros.

Era casi la hora de marcharme.

—Oh, Dios, lo siento —exclamó—. El hombre se derrumbó, eso es lo que pasó. Se dejó caer en el suelo y se echó a llorar. Ella se quedó en la cocina. Se quedó allí, llorando. Se puso de rodillas y empezó a implorar a Dios, a voz en grito para que su marido la oyera.

Mi padre empezó a decir algo más. Pero en lugar de seguir movió la cabeza. Puede que quisiera que fuera yo quien me pusiera a hablar.

Y al cabo añadió:

—No, tienes que coger el avión.

Le ayudé a ponerse el abrigo; luego lo conduje por el codo.

—Te dejaré en un taxi —propuse.

Él dijo:

—Quiero verte despegar.

—De acuerdo —asentí—. Quizá la próxima vez.

Nos dimos la mano. Y no lo he vuelto a ver. Camino de Chicago, caí en la cuenta de que había olvidado la bolsa de los regalos en el bar. Mejor. Mary no necesitaba dulces, ni Almond Roca ni nada parecido.

Esto fue el año pasado. Ahora lo necesita aún menos.

V

Historias Mínimas

1. Círculo Cultural Faroni

BREVE ANTOLOGÍA DE LA LITERATURA UNIVERSAL

Canta, oh diosa, no sólo la cólera de Aquiles, sino cómo al principio creó Dios los cielos y la tierra y cómo luego, durante más de mil noches, alguien contó la historia abreviada del hombre, y así supimos que a mitad del andar de la vida, uno despertó una mañana convertido en un enorme insecto, otro probó una magdalena y recuperó de golpe el paraíso de la infancia, otro dudó ante la calavera, otro se proclamó melibeo, otro lloró las prendas mal halladas, otro quedó ciego tras las nupcias, otro soñó despierto y otro nació y murió en un lugar de cuyo nombre no me acuerdo. Y canta, oh diosa, con tu canto general, a la ballena blanca, a la noche oscura, al olmo seco, a la dulce Rita de los Andes, a las ilusiones perdidas y al verde viento y a las sirenas y a mí mismo.

2. Augusto Monterroso[140]
(Guatemala, 1921)

LA TELA DE PENÉLOPE, O QUIÉN ENGAÑA A QUIÉN

Hace muchos años vivía en Grecia un hombre llamado Ulises (quien a pesar de ser bastante sabio era muy astuto), casado con Penélope, mujer bella y singularmente dotada cuyo único defecto era su desmedida afición a tejer, costumbre gracias a la cual pudo pasar sola largas temporadas.

Dice la leyenda que en cada ocasión en que Ulises con su astucia observaba que a pesar de sus prohibiciones ella se disponía una vez más a iniciar uno de sus interminables tejidos, se le podía ver por las noches preparando a hurtadillas sus botas y una buena barca, hasta que sin decirle nada se iba a recorrer el mundo y a buscarse a sí mismo.

De esta manera ella conseguía mantenerlo alejado mientras coqueteaba con sus pretendientes, haciéndoles creer que tejía mientras Ulises viajaba y no que Ulises viajaba mientras ella tejía, como pudo haber imaginado Homero, que, como se sabe, a veces dormía y no se daba cuenta de nada.

3. Salvador Elizondo[141]
(México, 1932)

AVISO

I. M. Julio Torri.

La isla prodigiosa surgió en el horizonte como una crátera colmada de lirios y de rosas. Hacia el mediodía comencé a escuchar las notas inquietantes de aquel canto mágico.

Había desoído los prudentes consejos de la diosa y deseaba con toda mi alma descender allí. No sellé con panal los laberintos de mis orejas ni dejé que mis esforzados compañeros me amarraran al mástil.

Hice virar hacia la isla y pronto pude distinguir sus voces con toda claridad. No decían nada; solamente cantaban. Sus cuerpos relucientes se nos mostraban como una presa magnífica.

Entonces decidí saltar sobre la borda y nadar hasta la playa.

Y yo, oh dioses, que he bajado a las cavernas de Hades y que he cruzado el campo de asfodelos dos veces, me vi deparado a este destino de un viaje lleno de peligros.

Cuando desperté en brazos de aquellos seres que el deseo había hecho aparecer tantas veces de este lado de mis párpados durante las largas vigías del asedio, era presa del más agudo espanto. Lancé un grito afilado como una jabalina.

Oh dioses, yo que iba dispuesto a naufragar en un jardín de delicias, cambié libertad y patria por el prestigio de la isla infame y legendaria.

Sabedlo, navegantes: el canto de las sirenas es estúpido y monótono, su conversación aburrida e incesante; sus cuerpos están cubiertos de escamas, erizados de algas y sargazo. Su carne huele a pescado.

4. Las mil y una noches

EL ÁNGEL DE LA MUERTE Y EL REY DE ISRAEL

Se cuenta de un rey de Israel que fue un tirano. Cierto día, mientras estaba sentado en el trono de su reino, vio que entraba un hombre por la puerta de palacio; tenía un aspecto asqueroso, un semblante aterrador. Indignado por su aparición, asustado por el aspecto, se puso en pie de un salto y preguntó:

—¿Quién eres, oh hombre? ¿Quién te ha permitido entrar? ¿Quién te ha mandado venir a mi casa?

—Me lo ha mandado el Dueño de la casa. A mí no me anuncian los chambelanes ni necesito permiso para presentarme ante los reyes ni me asusta la autoridad de los sultanes ni sus múltiples soldados. Yo soy aquel que no respeta a los tiranos. Nadie puede escapar a mi abrazo: soy el destructor de las dulzuras, el separador de los amigos.

El rey cayó por el suelo al oír estas palabras y un estremecimiento recorrió todo su cuerpo, quedándose sin sentido. Al volver en sí, dijo:

—¡Tú eres el Ángel de la Muerte!

—Sí.

—¡Te ruego, por Dios, que me concedas el aplazamiento de un día tan sólo para que pueda pedir perdón por mis culpas, buscar la absolución de mi Señor y devolver las riquezas que encierra mi tesoro a sus legítimos dueños; así no tendré que pasar las angustias del juicio ni el dolor del castigo!

—¡Ay! ¡Ay! No tienes medio de hacerlo. ¿Cómo te he de conceder un día si los días de tu vida están contados, si tus respiros están inventariados, si tu plazo de vida está predeterminado y registrado?

—¡Concédeme una hora!

—La hora también está en la cuenta. Ha transcurrido mientras tú te mantenías en la ignorancia y no te dabas cuenta. Has terminado ya con tus respiros: sólo te queda uno.

—¿Quién estará conmigo mientras sea llevado a la tumba?

—Únicamente tus obras.

—¡No tengo buenas obras!

—No cabe duda de que tu morada estará en el fuego, de que en el porvenir te espera la cólera del Todopoderoso.

A continuación le arrebató el alma y el rey se cayó del trono al suelo.

Los clamores de sus súbditos se dejaron oír; se elevaron voces, gritos y llantos; si hubieran sabido lo que le preparaba la ira de su Señor, los lamentos y sollozos aún hubiesen sido mayores y más y más fuertes los llantos.

5. Yalal al-Din Rumi[142]
(Persia, t 1273)

SALOMÓN Y AZRAEL

Un hombre vino muy temprano a presentarse en el palacio del profeta Salomón, con el rostro pálido y los labios descoloridos.

Salomón le preguntó:

—¿Por qué estás en ese estado?

Y el hombre le respondió:

—Azrael, el ángel de la muerte, me ha dirigido una mirada impresionante, llena de cólera. ¡Manda al viento, por favor te lo suplico, que me lleve a la India para poner a salvo mi cuerpo y mi alma!

Salomón mandó, pues, al viento que hiciera lo que pedía el hombre. Y, al día siguiente, el profeta preguntó a Azrael:

—¿Por qué has echado una mirada tan inquietante a ese hombre, que es un fiel? Le has causado tanto miedo que ha abandonado su patria.

Azrael respondió:

—Ha interpretado mal mi mirada. No lo miré con cólera, sino con asombro. Dios, en efecto, me había ordenado que fuese a tomar su vida en la India y me dije:

¿Cómo podría, a menos que tuviese alas, trasladarse a la India?

6. A. Koestler
(Hungría, 1905-1983)

[EL VERDUGO WANG LUN]

Cuenta la historia que había una vez un verdugo llamado Wang Lun, que vivía en el reino del segundo emperador de la dinastía Ming. Era famoso por su habilidad y rapidez al decapitar a sus víctimas, pero toda su vida había tenido una secreta aspiración jamás realizada todavía: cortar tan rápidamente el cuello de una persona que la cabeza quedara sobre el cuello, posada sobre él. Practicó y practicó y finalmente, en su año sesenta y seis, realizó su ambición.

Era un atareado día de ejecuciones y él despachaba cada hombre con graciosa velocidad; las cabezas rodaban en el polvo. Llegó el duodécimo hombre, empezó a subir el patíbulo y Wang Lun, con un golpe de su espada, lo decapitó con tal celeridad que la víctima continuó subiendo. Cuando llegó arriba, se dirigió airadamente al verdugo:

—¿Por qué prolongáis mi agonía? —le preguntó—. ¡Habíais sido tan misericordiosamente rápido con los otros!

Fue el gran momento de Wang Lun; había coronado el trabajo de toda su vida. En su rostro apareció una serena sonrisa; se volvió hacia su víctima y le dijo:

—Tened la bondad de inclinar la cabeza, por favor.

7. PETRONIO
(Escritor latino, principios del s. 1-66)

EPITAFIO DE UNA PERRA DE CAZA

La Galia me vio nacer, la Conca me dio el nombre de su manantial fecundo, nombre del cual soy digna por mi belleza. Sabía correr, sin temor a nada, a través de los más espesos bosques, y perseguir por las colinas al erizado jabalí. Nunca las sólidas ataduras cautivaron mi libertad; nunca mi cuerpo, blanco como la nieve, fue señalado por la huella de los golpes. Descansaba mullidamente en el regazo de mi dueño o de mi dueña; un lecho preparado para mí daba descanso a mis miembros fatigados. Aunque sin el don de la palabra, sabía hacerme comprender mejor que ningún otro de mis semejantes; y, sin embargo, ninguna persona tuvo temor a mis ladridos. ¡Madre desdichada! La muerte me alcanzó al dar a luz a mis hijos. Y, ahora, un estrecho mármol cubre la tierra donde yo descanso.

8. ITALO CALVINO
(Italia, 1923-1985)

[LA LEYENDA DE CARLOMAGNO]

El emperador Carlomagno se enamoró, siendo ya viejo, de una muchacha alemana. Los nobles de la corte estaban muy preocupados porque el soberano, poseído de ardor amoroso y olvidado de la dignidad real, descuidaba los asuntos del Imperio. Cuando la muchacha murió repentinamente, los dignatarios respiraron aliviados, pero por poco tiempo, porque el amor de Carlomagno no había muerto con ella. El Emperador, que había hecho llevar a su aposento el cadáver embalsamado, no quería separarse de él. El arzobispo Turpín, asustado de esta macabra pasión, sospechó un encantamiento y quiso examinar el cadáver. Escondido debajo de la lengua muerta encontró un anillo con una piedra preciosa. No bien el anillo estuvo en manos de Turpín, Carlomagno se apresuró a dar sepultura al cadáver y volcó su amor en la persona del arzobispo. Para escapar de la embarazosa situación, Turpín arrojó el anillo al lago Constanza. Carlomagno se enamoró del lago Constanza y no quiso alejarse nunca más de sus orillas.

9. ITALO CALVINO

LAS CIUDADES Y LOS CAMBIOS. 1.

A ochenta millas de proa al viento maestral el hombre llega a la ciudad de Eufamia, donde los mercaderes de siete naciones se reúnen en cada solsticio y en cada equinoccio.

La barca que fondea con una carga de jengibre y algodón en rama volverá a zarpar con la estiba llena de pistacho y semilla de amapola, y la caravana que acaba de descargar costales de nuez moscada y de pasas de uva ya lía sus enjalmas para la vuelta con rollos de muselina dorada. Pero lo que impulsa a remontar ríos y atravesar desiertos para venir hasta aquí no es sólo el trueque de mercancías que encuentras siempre iguales en todos los bazares dentro y fuera del imperio del Gran Kan, desparramadas a tus pies en las mismas esteras amarillas, a la sombra de los mismos toldos espantamoscas, ofrecidas con las mismas engañosas rebajas de precio. No sólo a vender y a comprar se viene a Eufamia, sino también porque de noche, junto a las hogueras que rodean el mercado, sentados sobre sacos o barriles o tendidos en montones de

alfombras, a cada palabra que uno dice —como «lobo», «hermana», «tesoro escondido», «batalla», «sarna», «amantes»— los otros cuentan cada uno su historia de lobos, de hermanas, de tesoros, de sarna, de amantes, de batallas. Y tú sabes que en el largo viaje que te espera, cuando para permanecer despierto en el balanceo del camello o del junco se empiezan a evocar todos los recuerdos propios uno por uno, tu lobo se habrá convertido en otro lobo, tu hermana en una hermana diferente, tu batalla en otra batalla, al regresar de Eufamia, la ciudad donde se cambia la memoria en cada solsticio y en cada equinoccio.

10. Óscar Acosta[143]

(Honduras, 1933)

EL VENGADOR

El cacique Huantepeque asesinó a su hermano en la selva, lo quemó y guardó sus cenizas calientes en una vasija. Los dioses mayas le presagiaron que su hermano saldría de la tumba a vengarse y el fratricida, temeroso, abrió dos años después el recipiente para asegurarse que los restos estaban allí. Un fuerte viento levantó las cenizas cegándole los ojos para siempre.

11. Óscar Acosta

LA ESPADA

Al príncipe Ricardo, hermano del rey Harold, una bruja le dijo que iba a morir victimado por su propia espada. En la noche la harpía fue quemada viva en la hoguera para que no revelara este secreto y Ricardo, protegido por las sombras, arrojó su espada al río. Veinte años después y recordando el funesto presagio desvió la ruta de sus soldados y prefirió pasar por un puente situado tres millas abajo del sitio en el cual había arrojado su arma. Fue derribado en el puente por su propio caballo y cayó al río en donde la espada le atravesó el corazón. En veinte años la espada había sido arrastrada por las aguas tres millas.

12. Marco Denevi
(Argentina, 1922-1998)

EL PRECURSOR DE CERVANTES

Vivía en El Toboso una moza llamada Aldonza Lorenzo, hija de Lorenzo Corchelo, sastre, y de su mujer Francisca Nogales. Como hubiese leído numerosísimas novelas de estas de caballería, acabó perdiendo la razón. Se hacía llamar Doña Dulcinea del Toboso, mandaba que en su presencia las gentes se arrodillasen, la tratasen de Su Grandeza y le besasen la mano. Se creía joven y hermosa, aunque tenía no menos de treinta años y las señales de la viruela en la cara. También inventó un galán, al que dio el nombre de don Quijote de la Mancha. Decía que don Quijote había partido hacia lejanos reinos en busca de aventuras, lances y peligros, al modo de Amadís de Gaula y Tirante el Blanco. Se pasaba todo el día asomada a la ventana de su casa, esperando la vuelta de su enamorado. Un hidalgüelo de los alrededores, que la amaba, pensó hacerse pasar por don Quijote. Vistió una vieja armadura, montó en un rocín y salió a los caminos a repetir las hazañas del imaginario caballero. Cuando, seguro del éxito de su ardid, volvió al Toboso, Aldonza Lorenzo había muerto de tercianas.

13. Pedro Gómez Valderrama[144]
(Colombia, 1923)

EL TAPIZ DEL VIRREY

Cuando el virrey subió a su coche con la virreina, para dirigirse al baile en casa del marqués, el criado mulato se quedó escondido en un rincón del patio, hasta que cesaron todos los ruidos del palacio. Sacó entonces una inmensa llave, y abrió la puerta del salón central. Encendió una antorcha y se situó ante el gran tapiz que adornaba el fondo del salón, y que representaba una hermosa escena de bacantes y caballeros desnudos.

El mulato extendió las manos y acarició el cuerpo de una Diana que se adelantaba sobre el tapiz. Murmuraba en voz baja, hasta que de pronto gritó:

—¡Venid! ¡Danzad!

Los personajes tomaron movimiento y fueron descendiendo al salón. Comenzó la música del sabbat, y la danza de los cuerpos en medio de las

antorchas. Ante el mulato, los personajes del tapiz iban cumpliendo el rito de adoración al macho cabrío.

Diana permanecía a su lado, besándole de vez en cuando con golosa codicia.

Después de consumidas las viandas del banquete, vino el momento de la fornicación, hasta que sonó el canto del gallo y los personajes se fueron metiendo uno tras otro en el tejido. Sólo quedaron, trenzados en el suelo, Diana y el mulato, al cual encontraron a la mañana siguiente desnudo y muerto en el suelo con unos desconocidos pámpanos manchados de sangre en la mano. Diana no estaba en el tapiz.

14. Jean-Claude Carriére[145]
(Francia)

EL ESPEJO CHINO

Un campesino chino se fue a la ciudad para vender su arroz. Su mujer le dijo:

—Por favor, tráeme un peine.

En la ciudad, vendió su arroz y bebió con unos compañeros. En el momento de regresar se acordó de su mujer. Ella le había pedido algo, pero ¿qué? No podía recordarlo. Compró un espejo en una tienda para mujeres y regresó al pueblo.

Entregó el espejo a su mujer y salió de la habitación para volver a los campos. Su mujer se miró en el espejo y se echó a llorar. Su madre, que la vio llorando, le preguntó la razón de aquellas lágrimas.

La mujer le dio el espejo diciéndole:

—Mi marido ha traído a otra mujer.

La madre cogió el espejo, lo miró y le dijo a su hija:

—No tienes de qué preocuparte, es muy vieja.

15. Lev N. Tolstói
(Rusia, 1828-1910)

LA RAMA

Por Semana Santa, un campesino salió a ver si la tierra empezaba a deshelarse. Con una estaca tocó la tierra del huerto. Estaba blanda. Entonces se dirigió al bosque. Las ramas estaban ya cubiertas de brotes. El campesino pensó: «Plantaré unas cuantas ramas en torno al huerto; eso lo resguardará». Cogió el hacha, cortó diez ramas y las plantó, alrededor del huerto.

Todas echaron hojas; y, algunas, arraigaron.

En otoño, el campesino estaba muy satisfecho de las ramas que había plantado: habían prendido seis. Pero, al llegar la primavera, los rebaños royeron las ramas y sólo se salvaron dos. Y a la primavera siguiente, volvieron a roer las dos que quedaban. Una se echó a perder; la otra revivió, convirtiéndose en un auténtico árbol. En las épocas de enjambrazón, se posaban en él enjambres de abejas, y los hombres las cazaban. Los campesinos solían echar un sueñecito, al pie del árbol, después de comer; y los niños trepaban por el tronco, para arrancar ramitas.

Hacía mucho que había muerto el campesino que lo plantó; pero el árbol seguía creciendo. El hijo mayor lo había podado ya dos veces aprovechando las ramas para la lumbre. Lo había dejado completamente sin ramas, pero en primavera volvieron a brotar, aunque salieron más finas y dos más largas que las anteriores, como suele ocurrir con las crines de los potros, cuando se los esquila.

El hijo mayor del campesino abandonó aquellas tierras. Ya la aldea fue trasladada de allí. El árbol quedó en campo raso. Llegaron otros campesinos, y también cortaron algunas ramas; sin embargo, el árbol siguió creciendo. Una vez, un rayo resquebrajó el tronco del árbol; a pesar de eso, volvió a florecer. Un hombre que pasaba por allí, quiso talarlo, para aprovechar la madera; pero estaba tan podrido, que tuvo que renunciar. El árbol se había inclinado mucho hacia un lado. No obstante, cada año acudían enjambres de abejas a libar en sus flores.

Cierta primavera, unos muchachos, que cuidaban caballos, se reunieron al pie del árbol. Tenían frío y quisieron encender una hoguera. Uno de ellos trepó al árbol y arrancó algunas ramas. Las colocaron en el hueco de éste y prendieron fuego. Pronto crepitaron las llamas, chisporroteó la savia, se elevó una columna de humo y el fuego se comunicó de un lado a otro. El hueco del árbol se ennegreció; se ajaron los brotes jóvenes; y las flores se marchitaron. Los muchachos volvieron a la aldea con los caballos. El árbol quemado quedó solo, en medio del campo. Entonces, llegó un cuervo y, posándose en él, graznó:

—¡Ya era hora de que acabaras!

16. Rabindranath T. Tagore
(India, 1861-1941)

[EL GRANO DE ORO]

Andaba yo mendigando de puerta en puerta por el sendero del pueblo cuando apareció en la lejanía tu carroza dorada como un brillante sueño. Me quedé maravillado preguntándome quién sería ese rey de reyes.

Crecieron muy altas mis esperanzas y pensé para mis adentros que mis días malos habían tocado a su fin; y me quedé aguardando esas limosnas que se dan sin pedirlas y un montón de riquezas derramadas por el polvo.

La carroza se detuvo a mi lado. Me miraste y descendiste con una sonrisa en los labios. Sentí que por fin había llegado la suerte de mi vida. De pronto me tendiste tu mano derecha diciéndome: «¿Tienes algo que darme?».

¡Qué gesto de realeza tan extraño el tuyo de extender la palma para pedirle a un mendigo! Yo estaba confuso y me quedé indeciso. Saqué después lentamente de mi zurrón un granito de maíz y te lo di.

Pero qué grande fue mi sorpresa cuando al final del día vacié mi saco en el suelo y encontré un granito de oro en medio del pobre montón. ¡Qué amargamente lloré y cuánto deseé haber tenido corazón para darte todo lo que soy!

17. Rabindranath T. Tagore

[LA VENIDA DEL REY]

Cayó la noche. Nuestras faenas diarias habían tocado a su fin. Creíamos que había llegado ya el último huésped de la noche y todas las puertas del pueblo se hallaban cerradas. Alguien dijo que iba a venir el rey. Pero nos reíamos y dijimos: «No, no puede ser».

Parecía que hubieran llamado a la puerta, pero dijimos que no era más que el viento. Apagamos las lámparas y nos acostamos a dormir. Alguien dijo: «¡Es el mensajero!». Pero nos reímos y dijimos: «¡No: debe de ser el viento!».

Se oyó un ruido en medio de la quietud de la noche. Adormilados, reímos que era un trueno y nos sobresaltamos en nuestro sueño. Alguien dijo que era un sonar de ruedas. Y susurramos somnolientos: «¡No: debe ser que las nubes retumban!».

Cuando sonó el tambor aún era noche oscura. Se oyó una voz: «¡Despertad! ¡Daos prisa!». Nos cogíamos el corazón con las manos y temblábamos de miedo. Alguien dijo: «¡Mirad, es el estandarte del rey!». Nos pusimos en pie y gritamos: «¡No hay tiempo que perder!».

Ha venido el rey: pero ¿dónde están las antorchas, dónde están las guirnaldas? ¿Y su trono? ¡Qué vergüenza! ¡Qué bochorno! ¿Dónde está el salón? ¿Y las colgaduras? Alguien dijo: «¿De qué vale lamentarse? ¡Saludadle con las manos vacías! ¡Que entre en vuestros cuartos sin adornar!».

Abrid las puertas y que suenen las caracolas marinas. En lo más profundo de la noche ha venido el rey a nuestra oscura y triste casa. Truena el cielo. La oscuridad se estremece con el relámpago. Saca tu mísera esterilla y extiéndela en el patio. Nuestro rey de la noche terrible ha venido de pronto en medio de la tormenta.

18. Alfonso Rodríguez Castelao
(España, 1886-1950)

EN LA NOCHE DE LA ÚLTIMA NOVENA DE DIFUNTOS

En la noche de la última novena de difuntos la iglesia estaba poblada de miedos.

En cada vela brillaba un ánima, y las ánimas que no cabían en las velas encendidas se escondían en los sombríos rincones y desde allí miraban a los chiquillos y les hacían carantoñas.

Cada luz que el sacristán mataba era un ánima encendida que se deshacía en hilos de humo, y todos sentíamos el olor de las ánimas en cada vela que moría.

Desde entonces, el olor a cera me trae el recuerdo de los miedos de aquella noche.

El abad cantaba un responso delante de la caja llena de huesos, y en el momento de terminar el *paternóster* daba comienzo el llanto.

Cuatro hombres se adelantaban apartando a las mujeres enloquecidas de dolor y con una mano agarraban el ataúd y con la otra empuñaban una antorcha encendida.

La procesión se terminaba en el osario del atrio. Los cuatro hombres llevaban el ataúd rozando el suelo, y la antorcha inclinada rociaba cera

encima de los huesos. Detrás seguía un enjambre de mujeres soltando gritos lastimeros, mucho más horripilantes que los de un llanto en un entierro de ahogados. Y si las mujeres plañían, los hombres lloraban en silencio.

En aquella procesión todos tenían por qué llorar y todos lloraban.

Y también lloraba Baltasara, una chiquilla criada por la caridad pública que apareciera dentro de una cesta, al lado de un crucero, que no tenía ni padre ni madre ni por quién llorar; pero la epidemia del llanto la contagió, y también se deshacía en gemidos con todas sus fuerzas.

Camino de la casa una vecina le preguntó a la chiquilla:

—¿Por quién llorabas, Baltasara?

Y ella le respondió, gimoteando:

—¿No le parece una buena desgracia no tener por quién llorar, señora?

19. Alfonso Rodríguez Castelao

EL RETRATO

Para tranquilizar la conciencia eché mi título de médico en el fondo de la gaveta y busqué otro tipo de trabajo para vivir. Las gentes ya no sabían que yo era dueño de tan terrible licencia oficial; pero una noche fueron solicitados mis servicios.

Era domingo. Melchor, el tabernero, me esperaba junto a la puerta. Me dio las «buenas noches» y rompió a llorar, y por entre los sollozos le salían las palabras tan estrujadas, que solamente logró decirme que tenía un hijo a punto de morir.

El pobre padre tiraba de mí, y yo me dejaba llevar, cautivado por su dolor. ¡En realidad, yo era médico titulado y no podía negarme! Y tuve tan fuertes ansias de complacerlo, que sentí brotar en mis adentros una gran ciencia…

Cuando llegamos a la casa de Melchor, conseguí desprenderme de sus manos, y con disimulada pena le confesé que sabía poco de la carrera…

—Piensa que hace muchos años que no visito enfermos.

Y entonces Melchor, haciendo un esfuerzo, me dijo pausadamente:

—Mi hijo ya no necesita médicos. Yo ya sé que el pobre no sale de esta noche. ¡Y se me va, señor; se me va y no tengo ningún retrato suyo!

¡Ay!, yo no había sido llamado como médico, yo había sido llamado como retratista, y al instante sentí ganas amargas de echarme a reír.

Y por verme libre de trabajo tan macabro le dije que una fotografía era mejor que un dibujo, le aseguré que por la noche pueden hacerse fotografías, y echando mano de muchos razonamientos logré que Melchor se apartase de mí en busca de un fotógrafo.

La cosa quedaba arreglada, y me fui a dormir con mil ideas enredadas en la cabeza.

Cuando estaba cogiendo el sueño llamaron a mi puerta. Era Melchor.

—¡Los fotógrafos dicen que no tienen magnesio!

Y me lo dijo temblando de angustia. La cara muy pálida y los ojos como dos pezones de carne roja de tanto llorar.

Jamás vi un hombre tan deshecho por el dolor.

Suplicaba, suplicaba, y me cogía las manos, y tiraba de mí, y el desdichado decía cosas que me abrían las entrañas:

—Tenga consideración, señor. Dos trazos de usted en un papel y ya podré mirar siempre la carita de mi niño. ¡No me deje en la oscuridad, señor!

¡Quién tendría corazón para negarse! Cogí papel y lápiz y allá me fui con Melchor dispuesto a hacer un retrato del muchacho moribundo.

Todo estaba en calma y todo estaba silencioso. Una luz mortecina alumbraba, en amarillo, dos caras estremecedoras que olfateaban la muerte. El niño era el centro de aquella pobreza de la materia.

Sin decir nada, me senté a dibujar lo que contemplan mis ojos de tierra, y solamente al cabo de algún tiempo conseguí acostumbrarme al drama que presenciaba y aun olvidarlo un poco, para poder trabajar, entusiasmado, como un artista. Y cuando el dibujo estaba ya en su punto, la voz de Melchor, agrandada por tanto silencio, me hirió con estas palabras:

—Por el alma de sus difuntos, no me lo retrate así. ¡No le ponga esa cara tan cadavérica y tan triste!

Confieso que al volver a la realidad no supe qué hacer y me puse a repasar las líneas ya trazadas del retrato. El silencio fue roto nuevamente por Melchor:

—Usted bien sabe cómo era mi niño. Haga memoria, señor, y dibújemelo riendo.

De repente surgió en mí una gran idea. Rompí el trabajo, concentré mi mirada en un nuevo papel blanco y dibujé un niño imaginario. Inventé un niño muy bonito, muy bonito: un ángel de retablo barroco sonriendo.

Entregué el dibujo y salí huyendo, y, en el momento de poner el pie en la calle, oí que lloraban dentro de la casa. La muerte había llegado.

Ahora Melchor se consuela mirando mi obra, que está colgada encima de la cómoda, y siempre dice con la mejor fe del mundo:

—He tenido muchos hijos, pero el más bonito de todos fue el que se me murió. Ahí está el retrato, que no miente.

[Pontevedra, 1922]

20. Ramón Gómez de la Serna
(España, 1888-1963)

LA MANO

El doctor Alejo murió asesinado. Indudablemente murió estrangulado.

Nadie había entrado en la casa, indudablemente nadie, y aunque el doctor dormía con el balcón abierto, por higiene, era tan alto su piso que no era de suponer que por allí hubiese entrado el asesino.

La policía no encontraba la pista de aquel crimen, y ya iba a abandonar el asunto, cuando la esposa y la criada del muerto acudieron despavoridas a la Jefatura. Saltando de lo alto de un armario había caído sobre la mesa, las había *mirado*, las había *visto*, y después había huido por la habitación, una mano solitaria y viva como una araña. Allí la habían dejado encerrada con llave en el cuarto.

Llena de terror, acudió la policía y el juez. Era su deber. Trabajo les costó cazar la mano, pero la cazaron y todos le agarraron un dedo, porque era vigorosa como si en ella radicase junta toda la fuerza de un hombre fuerte.

¿Qué hacer con ella? ¿Qué luz iba a arrojar sobre el suceso? ¿Cómo sentenciarla? ¿De quién era aquella mano?

Después de una larga pausa, al juez se le ocurrió darle la pluma para que declarase por escrito. La mano entonces escribió: «Soy la mano de Ramiro Ruiz, asesinado vilmente por el doctor en el hospital y destrozado con ensañamiento en la sala de disección. He hecho justicia».

21. Rafael Dieste
(España, 1899-1981)

ACERCA DE LA MUERTE DE BIEITO

Fue cerca del camposanto cuando sentí removerse dentro de la caja al pobre Bieito. (De los cuatro portadores del ataúd yo era uno). ¿Lo sentí o fue aprensión mía? Entonces no podría asegurarlo. ¡Fue un rebullir tan suave!… Como la tenaz carcoma que roe, roe en la noche, roe desde entonces en mi magín enfervorizado aquel suave rebullir.

Pero es que yo, amigos míos, no estaba seguro, y por tanto —comprendedme, escuchadme—, por tanto no podía, no debía decir nada.

Imaginaos por un instante que yo hubiera dicho:

—Bieito está vivo.

Todas las cabezas de los viejos que portaban cirios se alzarían con un pasmado asombro. Todos los chiquillos que iban extendiendo la palma de la mano bajo el gotear de la cera, vendrían en remolino a mi alrededor. Se apiñarían las mujeres junto al ataúd. Resbalaría por todos los labios un murmullo sobrecogido, insólito:

—¡Bieito está vivo. Bieito está vivo!…

Callaría el lamento de la madre y de las hermanas, y en seguida también, descompasándose, la circunspecta marcha que plañía en los bronces de la charanga. Y yo sería el gran revelador, el salvador, eje de todos los asombros y de todas las gratitudes. Y el sol en mi rostro cobraría una importancia imprevista.

¡Ah! ¿Y si entonces, al ser abierto el ataúd, mi sospecha resultara falsa? Todo aquel magno asombro se volvería inconmensurable y macabro ridículo. Toda la anhelante gratitud de la madre y de las hermanas, se convertiría en despecho. El martillo clavando de nuevo la caja tendría un son siniestro y único en la tarde atónita. ¿Comprendéis? Por eso no dije nada.

Hubo un instante en que por el rostro de uno de los compañeros de fúnebre carga pasó la leve insinuación de un sobresalto, como si él también estuviese sintiendo el tenue rebullir. Pero no fue más que un lampo. En seguida se serenó. Y no dije nada.

Hubo un instante en que casi me decido. Me dirigí al de mi lado y, encubriendo la pregunta en una sonrisa de humor, deslicé:

—¿Y si Bieito fuese vivo?

El otro rió pícaramente como quien dice: «Qué ocurrencias tenemos», y yo amplié adrede mi falsa sonrisa de broma.

También me encontré a punto de decirlo en el camposanto, cuando ya habíamos posado la caja y el cura rezongaba los réquienes.

«Cuando el cura acabe», pensé. Pero el cura terminó y la caja descendió al hoyo sin que yo pudiese decir nada.

Cuando el primer terrón de tierra, besado por un niño, golpeó dentro de la fosa contra las tablas del ataúd, me subieron hasta la garganta las palabras salvadoras… Estuvieron a punto de surgir. Pero entonces acudió nuevamente a mi imaginación la casi seguridad del horripilante ridículo, de la rabia de la familia defraudada, si Bieito se encontraba muerto y bien muerto. Además de decirlo tan tarde acrecentaba el absurdo desorbitadamente. ¿Cómo justificar no haberlo dicho antes? ¡Ya sé, ya sé, siempre se puede uno explicar! ¡Sí, sí, sí, todo lo que queráis! Pues bien… ¿Y si hubiese muerto después, después de sentirlo yo remecerse, como quizá se pudiera adivinar por alguna señal? ¡Un crimen, sí, un crimen el haberme callado! Oíd ya el griterío de la gente…

—Pidió auxilio y no se lo dieron, desgraciado…

—Él sentía llorar, se quiso levantar, no pudo…

—Murió de espanto, le saltó el corazón al sentirse bajar a la sepultura.

—¡Ahí lo tenéis, con la cara torcida por el esfuerzo!

—¡Y ése que lo sabía, tan campante, ahí sonriendo como un payaso!

—¿Es tonto o qué?

Todo el día, amigos míos, anduve loco de remordimientos. Veía al pobre Bieito arañando las tablas en ese espanto absoluto, más allá de todo consuelo y de toda conformidad, de los enterrados en vida. Llegó a parecerme que todos leían en mis ojos adormilados y lejanos la obsesión del delito.

Y allá por la alta noche —no lo pude evitar— me fui camino del camposanto, con la solapa subida, al arrimo de los muros.

Llegué. El cerco por un lado era bajo: unas piedras mal puestas sujetas por hiedras y zarzas. Lo salté y fui derecho al lugar… Me eché en el suelo, arrimé la oreja, y pronto lo que oí me heló la sangre. En el seno de la tierra unas uñas desesperadas arañaban las tablas. ¿Arañaban? No sé, no sé. Allí cerca había una azada… Iba ya hacia ella cuando quedé perplejo. Por el camino que pasa junto al camposanto se sentían pasos y rumor de habla. Venía gente. Entonces sí que sería absurda, loca, mi presencia allí, a aquellas horas y con una azada en la mano.

¿Iba a decir que lo había dejado enterrar sabiendo que estaba vivo?

Y huí con la solapa subida, pegándome a los muros.

La luna era llena y los perros ladraban a lo lejos.

22. Max Aub
(España, 1903-1970)

ESE OLOR

Ese olor. Ese olor que me acongoja, ese olor que me sigue, ese olor que me persigue. Ese olor…

Lo vi, estaba allí: quieto, repugnante, alrededor de la cosa. Podrido. De un salto se me agarró desesperadamente, y, ahora, por más que hago, no hallo manera de deshacerme de él. Me lavo, me restriego, me hundo en el agua, ando bajo la lluvia, en el mar. Me alejo. —Ya lo perdí. Sonrío—: Ya lo engañé. Me desespero: —Pude con él.

Y ahí vuelve, solapado, leve, lento, tenue, hediondo, persistente, quieto, fijo, horrible.

—¿Usted no sabe cómo podría deshacerme de él? Me persigue. Me estoy quieto sin respirar. Atento, mirando, convenciéndome de que se va, de que se fue. Pero no. Está ahí, aguardándome taimado. ¿De dónde?

Cambio de ropa. Hago las más diversas abluciones; me perfumo. Yo, ¡que no me perfumo nunca! Vuelve el tufo, peste ligera, no por ello menos peste. Me persigue, le aseguro que me persigue. Mugre lenta, despaciosa, socarrona.

De connivencia, ¿con quién?, ¿con qué?, ¿qué me quiere?, ¿por qué me sigue?, ¿qué engaño?, ¿qué astucia?

Me escondo tras la primera esquina, espero. Sé que me busca. Pasa de largo, me pierde. Respiro.

Pero está ahí, por lo bajo disimulando, a lo zaino. Callado. ¡Oh, si gritara!

Me envuelve, penetra sinuoso, espía, me acaba.

¿Qué es un mal olor? Nada. ¿Quién se fija? Un tufo. Un hedor. ¡A quién le importa! ¿A quién le digo que me atosiga? Creerán que no sé lo que digo. ¡Sí! ¡Sí!

Pero ahí está esta basura mugrienta. Nada me libra. ¡Si tuviese color!

Lo tiene. Es rojo, rojo pardo, rojo sucio, rojo verde, rojo oscuro, rojo negro, rojo, rojo corrupto, rojo carroñoso, rojo basura, rojo fétido, rojo mugre, rojo sinuoso, rojo disimulado, ¡ahí!, en mi pecho, subiendo por la garganta, saltando por encima de la boca, metiéndose por las alas de la nariz, revolcándose con el moco, llenándome todo.

¡Llevadlo! ¡Llevadme! ¡Ese olor, ese olor muerto! ¡Ese olor de muerte! ¡Ese olor putrefacto, que me carcome! Ese olor vivo de la muerte.

23. MAX AUB

[HABLABA, Y HABLABA…]

Hablaba, y hablaba, y hablaba, y hablaba, y hablaba, y hablaba, y hablaba. Y venga hablar. Yo soy una mujer de mi casa. Pero aquella criada gorda no hacía más que hablar, y hablar, y hablar. Estuviera yo donde estuviera, venía y empezaba a hablar. Hablaba de todo y de cualquier cosa, lo mismo le daba. ¿Despedirla por eso? Hubiera tenido que pagarle sus tres meses. Además hubiese sido muy capaz de echarme mal de ojo. Hasta en el baño: que si esto, que si aquello, que si lo de más allá. Le metí la toalla en la boca para que se callara. No murió de eso, sino de no hablar: se le reventaron las palabras por dentro.

24. Camilo José Cela
(España, 1916-2002)

[EL OLOR A CEBOLLA]

Estaba enfermo y sin un real, pero se suicidó porque olía a cebolla.

—Huele a cebolla que apesta, huele un horror a cebolla.

—Cállate, hombre, yo no huelo nada, ¿quieres que abra la ventana?

—No, me es igual. El olor no se iría, son las paredes las que huelen a cebolla, las manos me huelen a cebolla.

La mujer era la imagen de la paciencia.

—¿Quieres lavarte las manos?

—No, no quiero, el corazón también me huele a cebolla.

—Tranquilízate.

—No puedo, huele a cebolla.

—Anda, procura dormir un poco.

—No podría, todo me huele a cebolla.

—¿Quieres un vaso de leche?

—No quiero un vaso de leche. Quisiera morirme, nada más que morirme, morirme muy de prisa, cada vez huele más a cebolla.

—No digas tonterías.

—¡Digo lo que me da la gana! ¡Huele a cebolla!

El hombre se echó a llorar.

—¡Huele a cebolla!

—Bueno, hombre, bueno, huele a cebolla.

—¡Claro que huele a cebolla! ¡Una peste!

La mujer abrió la ventana. El hombre, con los ojos llenos de lágrimas, empezó a gritar.

—¡Cierra la ventana! ¡No quiero que se vaya el olor a cebolla!

—Como quieras.

La mujer cerró la ventana.

—Quiero agua en una taza; en un vaso, no.

La mujer fue a la cocina, a prepararle una taza de agua a su marido.

La mujer estaba lavando la taza cuando se oyó un berrido infernal, como si a un hombre se le hubieran roto los dos pulmones de repente.

El golpe del cuerpo contra las losetas del patio, la mujer no lo oyó. En vez sintió un dolor en las sienes, un dolor frío y agudo como el de un pinchazo con una aguja muy larga.

—¡Ay!

El grito de la mujer salió por la ventana abierta; nadie le contestó, la cama estaba vacía.

Algunos vecinos se asomaron a las ventanas del patio.

—¿Qué pasa?

La mujer no podía hablar. De haber podido hacerlo, hubiera dicho:

—Nada, que olía un poco a cebolla.

25. Ciro Alegría
(Perú, 1909-1967)

MUERTE DEL CABO CHEO LÓPEZ

Perdóneme, don Pedro… Claro que ésta no es manera de presentarme… Pero, le diré… ¿Cómo podría explicarle?… Ha muerto Eusebio López… Ya sé que usted no lo conoce y muy pocos lo conocían… ¿Quién se va a fijar en un hombre que vive entre tablas viejas?… Por eso no fui a traer los ladrillos… Eramos amigos. ¿Me entiende?

Yo estaba pasando en el camión y me crucé con Pancho Torres. Él me gritó: «¡Ha muerto Cheo López!». Entonces enderezo para la casa de Cheo y ahí me encuentro con la mujer, llorando como es natural; el hijito de dos años junto a la madre, y a Cheo López tendido entre cuatro velas… Comenzaba a oler a muerto Cheo López, y eso me hizo recordar más, eso me hizo pensar más en Cheo López. Entonces me fui a comprar dos botellas de ron, para ayudar con algo, y también porque necesitaba beber.

¡Ese olor! Usted comprende, don Pedro… Lo olíamos allá en el Pacífico… el olor de los muertos, los boricuas, los japoneses… Los muertos son lo mismo… Sólo que como nosotros, allá, íbamos avanzando… a nuestros heridos y muertos los recogían, y encontrábamos muertos japoneses de días, pudriéndose… Ahora Cheo López comenzaba a oler así… Con los ojos fijos miraba Cheo López. No sé por qué no se los habían cerrado bien… Miraba con una raya de brillo, muerta… Se veía que en su frente ya no había pensamiento. Así miraban allá en el Pacífico… Todos lo mismo…

Y yo me he puesto a beber el ron, durante un buen rato, y han llegado tres o cuatro al velorio… Entonces su mujer ha contado… Que Cheo estaba tranquilo, sentado, como si nada le pasara, y de repente algo se la ha roto dentro, aquí en la cabeza… Y se ha caído… Eso fue un derrame en el cerebro, dijeron… Yo no he querido saber más, y me puse a beber duro. Yo estaba pensando, recordando. Porque es cosa de pensar… La muerte se ríe.

Luego vine a buscar a mi mujer para llevarla al velorio y creía que debía pasar a explicarle a usted, don Pedro… Yo no volví con los ladrillos por eso. Mañana será…

Ahora que si usted quiere ir al velorio, entrada por salida aunque sea… Usted era capitán, ¿no es eso?, y no se acuerda de Cheo López… Pero si usted viene, a hacerle nada más que un saludo, yo le diré: «Es un capitán»…

¿Quién se va a acordar de Cheo López? No recibió ninguna medalla, aunque merecía… Nunca fue herido, que de ser así le habrían dado algo que ponerse en el pecho… Pero qué importa eso… ¡Salvarse! Le digo que la muerte se ríe…

Yo fui herido tres veces, pero no de cuidado. Las balas pasaban zumbando, pasaban aullando, tronaban como truenos, y nunca tocaron a Cheo López… Una vez, me acuerdo, él iba adelante, con bayoneta calada y ramas en el casco… Siempre iba adelante el cabo Cheo López… Cuando viene una ráfaga de ametralladora, el casco le sonó como una campana y se cayó… Todos nos tendimos y corría la sangre entre nosotros… No sabíamos quién estaba vivo y quizá muerto… Al rato, el cabo Cheo López comenzó a arrastrarse, tiró una granada y el nido de ametralladoras voló allá lejos… Entonces hizo una señal con el brazo y seguimos avanzando… Los que pudimos, claro… Muchos se quedaron allí en el suelo… Algunos se quejaban… Otros estaban ya callados…

Habíamos peleado día y medio y comenzamos a encontrar muertos viejos… ¡El olor, ese olor del muerto!… Igual que ahora ha comenzado a oler Cheo López.

Allá en el Pacífico, yo me decía: «Quién sabe, de valiente que es, la muerte lo respeta». Es un decir de soldados. Pero ahora, viendo la forma en que cayó, como alcanzado por una bala que estaba suspendida en el aire, o en sus venas, o en sus sesos, creo que la muerte nos acompaña siempre. Está a nuestro lado y cuando pensamos que va a llegar, se ríe… Y ella dice: «Espera». Por eso el aguacero de balas lo respetó. Parecía que no iba a morir nunca Cheo López.

Pero ya está entre cuatro velas, muerto… Es como si lo oliera desde aquí… ¿No será que yo tengo en la cabeza el olor de la muerte? ¿No huele así el mundo?…

Vamos, don Pedro, acompáñeme al velorio… Cheo era pobre y no hay casi gente… Vamos, capitán… Hágale siquiera un saludo…

[Puerto Rico, entre 1950 y 1952]

26. Enrique Anderson Imbert
(Argentina, 1910-2000)

LA MONTAÑA

El niño empezó a treparse por el corpachón de su padre, que estaba amodorrado en la butaca, en medio de la gran siesta, en medio del gran patio. Al sentirlo, el padre, sin abrir los ojos y sotorriéndose, se puso todo duro para ofrecer al juego del hijo una solidez de montaña. Y el niño lo fue escalando: se apoyaba en las estribaciones de las piernas, en el talud del pecho, en los brazos, en los hombros, inmóviles como rocas. Cuando llegó a la cima nevada de la cabeza, el niño no vio a nadie.

—¡Papá, papá! —llamó a punto de llorar.

Un viento frío soplaba allá en lo alto, y el niño, hundido en la nieve, quería caminar y no podía.

—¡Papá, papá!

El niño se echó a llorar, solo sobre el desolado pico de la montaña.

27. Enrique Anderson Imbert

LAS ESTATUAS

En el jardín de Brighton, colegio de señoritas, hay dos estatuas: la de la fundadora y la del profesor más famoso. Cierta noche —todo el colegio, dormido— una estudiante traviesa salió a escondidas de su dormitorio y pintó sobre el suelo, entre ambos pedestales, huellas de pasos: leves pasos de mujer, decididos pasos de hombre que se encuentran en la glorieta y se hacen el amor a la hora de los fantasmas. Después se retiró con el mismo sigilo, regodeándose por adelantado. A esperar que el jardín se llene de gente. ¡Las caras que pondrán! Cuando al día siguiente fue a gozar la broma vio que las huellas habían sido lavadas y restregadas: algo sucias de pintura le quedaron las manos a la estatua de la señorita fundadora.

28. Augusto Monterroso[146]
(Guatemala, 1921)

LA HONDA DE DAVID

Había una vez un niño llamado David N., cuya puntería y habilidad en el manejo de la resortera despertaba tanta envidia y admiración en sus amigos de la vecindad y de la escuela, que veían en él —y así lo comentaban entre ellos cuando sus padres no podían escucharlos— un nuevo David.

Pasó el tiempo.

Cansado del tedioso tiro al blanco que practicaba disparando sus guijarros contra latas vacías o pedazos de botella, David descubrió que era mucho más divertido ejercer contra los pájaros la habilidad con que Dios lo había dotado, de modo que de ahí en adelante la emprendió con todos los que se ponían a su alcance, en especial contra Pardillos, Alondras, Ruiseñores y Jilgueros, cuyos cuerpecitos sangrantes caían suavemente sobre la hierba, con el corazón agitado aún por el susto y la violencia de la pedrada.

David corría jubiloso hacia ellos y los enterraba cristianamente.

Cuando los padres de David se enteraron de esta costumbre de su buen hijo se alarmaron mucho, le dijeron que qué era aquello, y afearon su conducta en términos tan ásperos y convincentes que, con lágrimas en los ojos, él reconoció su culpa, se arrepintió sincero y durante mucho tiempo se aplicó a disparar exclusivamente sobre los otros niños.

Dedicado años después a la milicia, en la Segunda Guerra Mundial David fue ascendido a general y condecorado con las cruces más altas por matar él

solo a treinta y seis hombres, y más tarde degradado y fusilado por dejar escapar con vida una Paloma mensajera del enemigo.

29. MARCO DENEVI
(Argentina, 1922-1998)

EL PORVENIR DE LA HUMANIDAD

De golpe se le despertaron recuerdos y hechos que no había vivido (recuerdos quizá heredados de sus padres y abuelos) o que había vivido y después olvidado. Esas bruscas, extrañas, maravillosas iluminaciones de la memoria la colmaron de azoramiento y de terror. No podía dar un paso. Debió tenderse en tierra y cerrar los ojos. Pero las imágenes seguían desfilando por su cerebro. ¿Estaré volviéndome loca?, pensó.

Recordaba nítidamente unas casitas pintadas de azul, cada una con su jardín y su chimenea, avenidas arboladas, el movimiento de los transeúntes, la animación del tránsito de carruajes, niños que jugaban (¡que jugaban!) en una plaza, los cafés con mesitas en las veredas y, alrededor de cada mesa, los parroquianos alegres que bebían y cantaban.

Luego —un recuerdo arrastraba otro— evocó una fiesta de boda, una fiesta de cumpleaños, veranos a la orilla del mar, bailes populares alrededor de la fogatas, los días en que las personas mayores se reunían para, ¿para qué?, para elegir a los gobernantes (¡Dios mío, los elegían!), la noche en que los más jóvenes se rebelaron, una noche en que hubo luchas callejeras y aparecieron los soldados y después vino alguien, alguien que…

Un capataz se le acercó, látigo en mano:

—¿Qué haces ahí, haraganeando como una cigarra?

Al oír esa voz ruda, se le borraron instantáneamente los recuerdos.

Entonces se puso de pie y caminó en fila india junto a las demás hormigas.

30. JULIO CORTÁZAR
(Argentina, 1914-1984)

LAS LÍNEAS DE LA MANO

De una carta tirada sobre la mesa sale una línea que corre por la plancha de pino y baja por una pata. Basta mirar bien para descubrir que la línea continúa por el piso de parqué, remonta el muro, entra en una lámina que reproduce un cuadro de Boucher, dibuja la espalda de una mujer reclinada en un diván, y por fin escapa de la habitación por el techo y desciende en la cadena del pararrayos hasta la calle. Ahí es difícil seguirla a causa del tránsito pero con atención se la verá subir por la rueda del autobús estacionado en la esquina y que lleva al puerto. Allí baja por la media de nilón cristal de la pasajera más rubia, entra en el territorio hostil de las aduanas, rampa y repta y zigzaguea hasta el muelle mayor, y allí (pero es difícil verla, sólo las ratas la siguen para trepar a bordo) sube al barco de turbinas sonoras, corre por las planchas de la cubierta de primera clase, salva con dificultad la escotilla mayor, y en una cabina donde un hombre triste bebe coñac y escucha la sirena de partida, remonta por la costura del pantalón, por el chaleco de punto, se desliza hasta el codo, y con un último esfuerzo se guarece en la palma de la mano derecha, que en ese instante empieza a cerrarse sobre la culata de una pistola.

31. Julio Cortázar

CONTINUIDAD DE LOS PARQUES

Había empezado a leer la novela unos días antes. La abandonó por negocios urgentes, volvió a abrirla cuando regresaba en tren a la finca; se dejaba interesar lentamente por la trama, por el dibujo de los personajes. Esa tarde, después de escribir una carta a su apoderado, y discutir con el mayordomo una cuestión de aparcerías, volvió al libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles. Arrellanado en su sillón favorito, de espaldas a la puerta que lo hubiera molestado como una irritante posibilidad de intrusiones, dejó que su mano izquierda acariciara una y otra vez el terciopelo verde y se puso a leer los últimos capítulos. Su memoria retenía sin esfuerzo los nombres y las imágenes de los protagonistas; la ilusión novelesca lo ganó casi en seguida. Gozaba del placer casi perverso de irse desgajando línea a línea de lo que lo rodeaba, y sentir a la vez que su cabeza descansaba cómodamente en el terciopelo del alto respaldo, que los cigarrillos seguían al alcance de la mano, que más allá de los ventanales danzaba el aire del atardecer bajo los robles. Palabra a palabra, absorbido por

la sórdida disyuntiva de los héroes, dejándose ir hacia las imágenes que se concertaban y adquirían color y movimiento, fue testigo del último encuentro en la cabaña del monte. Primero entraba la mujer, recelosa; ahora llegaba el amante, lastimada la cara por el chicotazo de una rama. Admirablemente restañaba ella la sangre con sus besos, pero él rechazaba las caricias, no había venido para repetir las ceremonias de una pasión secreta, protegida por un mundo de hojas secas y senderos furtivos. El puñal se entibiaba contra su pecho, y debajo latía la libertad agazapada. Un diálogo anhelante corría por las páginas como un arroyo de serpientes, y se sentía que todo estaba decidido desde siempre. Hasta esas caricias que enredaban el cuerpo del amante como queriendo retenerlo y disuadirlo, dibujaban abominablemente la figura de otro cuerpo que era necesario destruir. Nada había sido olvidado: coartadas, azares, posibles errores. A partir de esa hora cada instante tenía su empleo minuciosamente atribuido. El doble repaso despiadado se interrumpía apenas para que una mano acariciara una mejilla. Empezaba a anochecer.

Sin mirarse ya, atados rígidamente a la tarea que los esperaba, se separaron en la puerta de la cabaña. Ella debía seguir por la senda que iba al norte. Desde la senda opuesta él se volvió un instante para verla correr con el pelo suelto. Corrió a su vez, parapetándose en los árboles y los setos, hasta distinguir en la bruma malva del crepúsculo la alameda que llevaba a la casa. Los perros no debían ladrar, y no ladraron. El mayordomo no estaría a esa hora, y no estaba. Subió los tres peldaños del porche y entró. Desde la sangre galopando en sus oídos le llegaban las palabras de la mujer: primero una sala azul, después una galería, una escalera alfombrada. En lo alto, dos puertas. Nadie en la primera habitación, nadie en la segunda. La puerta del salón, y entonces el puñal en la mano, la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela.

32. Juan José Arreola[147]

(México, 1918)

LA MIGALA

La migala discurre libremente por la casa, pero mi capacidad de horror no disminuye.

El día en que Beatriz y yo entramos en aquella barraca inmunda de la feria callejera, me di cuenta de que la repulsiva alimaña era lo más atroz que podía depararme el destino. Peor que el desprecio y la conmiseración brillando de pronto en una clara mirada.

Unos días más tarde volví para comprar la migala, y el sorprendido saltimbanqui me dio algunos informes acerca de sus costumbres y su alimentación extraña. Entonces comprendí que tenía en las manos, de una vez por todas, la amenaza total, la máxima dosis de terror que mi espíritu podía soportar. Recuerdo mi paso tembloroso, vacilante, cuando de regreso a la casa sentía el peso leve y denso de la araña, ese peso del cual podía descontar, con seguridad, el de la caja de madera en que la llevaba, como si fueran dos pesos totalmente diferentes: el de la madera inocente y el del impuro y ponzoñoso animal que tiraba de mí como un lastre definitivo. Dentro de aquella caja iba el infierno personal que instalaría en mi casa para destruir, para anular al otro, el descomunal infierno de los hombres.

La noche memorable en que solté a la migala en mi departamento y la vi correr como un cangrejo y ocultarse bajo un mueble, ha sido el principio de una vida indescriptible. Desde entonces, cada uno de los instantes de que dispongo ha sido recorrido por los pasos de la araña, que llena la casa con su presencia invisible.

Todas las noches tiemblo en espera de la picadura mortal. Muchas veces despierto con el cuerpo helado, tenso, inmóvil, porque el sueño ha creado para mí, con precisión, el paso cosquilleante de la araña sobre mi piel, su peso indefinible, su consistencia de entraña. Sin embargo, siempre amanece. Estoy vivo y mi alma inútilmente se apresta y se perfecciona.

Hay días en que pienso que la migala ha desaparecido, que se ha extraviado o que ha muerto. Pero no hago nada para comprobarlo. Dejo siempre que el azar me vuelva a poner frente a ella, al salir del baño, o mientras me desvisto para echarme en la cama. A veces el silencio de la noche me trae el eco de sus pasos, que he aprendido a oír, aunque sé que son imperceptibles.

Muchos días encuentro intacto el alimento que he dejado la víspera. Cuando desaparece, no sé si lo ha devorado la migala o algún otro inocente huésped de la casa. He llegado a pensar también que acaso estoy siendo víctima de una superchería y que me hallo a merced de una falsa migala. Tal vez el saltimbanqui me ha engañado, haciéndome pagar un alto precio por un inofensivo y repugnante escarabajo.

Pero en realidad esto no tiene importancia, porque yo he consagrado a la migala con la certeza de mi muerte aplazada. En las horas más agudas del insomnio, cuando me pierdo en conjeturas y nada me tranquiliza, suele visitarme la migala. Se pasea embrolladamente por el cuarto y trata de subir con torpeza a las paredes. Se detiene, levanta su cabeza y mueve los palpos. Parece husmear, agitada, un invisible compañero.

Entonces, estremecido en mi soledad, acorralado por el pequeño monstruo, recuerdo que en otro tiempo yo soñaba en Beatriz y en su compañía imposible.

33. Consuelo Garrido[148]

LADRÓN DE SÁBADO

Hugo, un ladrón que sólo roba los fines de semana, entra en una casa un sábado por la noche. Ana, la dueña, una treintañera guapa e insomne empedernida, lo descubre *in fraganti*. Amenazada con la pistola, la mujer le entrega todas las joyas y cosas de valor, y le pide que no se acerque a Pauli, su niña de tres años. Sin embargo, la niña lo ve, y él la conquista con algunos trucos de magia. Hugo piensa: «¿Por qué irse tan pronto, si se está tan bien aquí?» Podría quedarse todo el fin de semana y gozar plenamente la situación, pues el marido —lo sabe porque los ha espiado— no regresa de su viaje de negocios hasta el domingo en la noche. El ladrón no lo piensa mucho, se pone los pantalones del señor de la casa y le pide a Ana que cocine para él, que saque el vino de la cava y que ponga algo de música para cenar, porque sin música no puede vivir.

A Ana, preocupada por Pauli, mientras prepara la cena se le ocurre algo para sacar al tipo de su casa. Pero no puede hacer gran cosa porque Hugo cortó los cables del teléfono, la casa está muy alejada, es de noche y nadie va a llegar. Ana decide poner una pastilla para dormir en la copa de Hugo. Durante la cena, el ladrón, que entre semana es velador de un banco, descubre que Ana es la conductora de su programa favorito de radio, el programa de música popular que oye todas las noches, sin falta. Hugo es su gran admirador y, mientras escuchan al gran Benny cantando *Cómo fue* en un casete, hablan sobre música y músicos. Ana se arrepiente de dormirlo, pues Hugo se comporta tranquilamente y no tiene intenciones de lastimarla ni violentarla, pero ya es tarde porque el somnífero ya está en la copa y el ladrón la bebe

toda muy contento. Sin embargo, ha habido una equivocación, y quien ha tomado la copa con la pastilla es ella. Ana se queda dormida en un dos por tres.

A la mañana siguiente Ana despierta completamente vestida y muy bien tapada con una cobija, en su recámara. En el jardín, Hugo y Pauli juegan, ya que han terminado de hacer el desayuno. Ana se sorprende de lo bien que se llevan. Además, le encanta cómo cocina ese ladrón que, a fin de cuentas, es bastante atractivo. Ana empieza a sentir una extraña felicidad.

En esos momentos una amiga pasa para invitarla a comer. Hugo se pone nervioso, pero Ana inventa que la niña está enferma y la despide de inmediato. Así los tres se quedan juntitos en casa a disfrutar del domingo. Hugo repara las ventanas y el teléfono que descompuso la noche anterior, mientras silba. Ana se entera de que él baila muy bien el danzón, baile que a ella le encanta pero que nunca puede practicar con nadie. Él le propone que bailen una pieza y se acoplan de tal manera que bailan hasta ya entrada la tarde. Pauli los observa, aplaude y, finalmente se queda dormida. Rendidos, terminan tirados en un sillón de la sala.

Para entonces ya se les fue el santo al cielo, pues es hora de que el marido regrese. Aunque Ana se resiste, Hugo le devuelve casi todo lo que había robado, le da algunos consejos para que no se metan en su casa los ladrones, y se despide de las dos mujeres con no poca tristeza. Ana lo mira alejarse. Hugo está por desaparecer y ella lo llama a voces. Cuando regresa le dice, mirándole muy fijo a los ojos, que el próximo fin de semana su esposo va a volver a salir de viaje. El ladrón de sábado se va feliz, bailando por las calles del barrio, mientras anochece.

34. Ana María Matute[149]

(España, 1926)

EL NIÑO AL QUE SE LE MURIÓ EL AMIGO

Una mañana se levantó y fue a buscar al amigo, al otro lado de la valla. Pero el amigo no estaba, y, cuando volvió, le dijo la madre: «El amigo se murió. Niño, no pienses más en él y busca otros para jugar». El niño se sentó en el quicio de la puerta, con la cara entre las manos y los codos en las rodillas. «Él volverá», pensó. Porque no podía ser que allí estuviesen las canicas, el camión y la pistola de hojalata, y el reloj aquel que ya no andaba, y

el amigo no viniese a buscarlos. Vino la noche, con una estrella muy grande, y el niño no quería entrar a cenar. «Entra, niño, que llega el frío», dijo la madre. Pero, en lugar de entrar, el niño se levantó del quicio y se fue en busca del amigo, con las canicas, el camión, la pistola de hojalata y el reloj que no andaba. Al llegar a la cerca, la voz del amigo no le llamó, ni le oyó en el árbol, ni en el pozo. Pasó buscándole toda la noche. Y fue una larga noche casi blanca, que le llenó de polvo el traje y los zapatos. Cuando llegó el sol, el niño, que tenía sueño y sed, estiró los brazos, y pensó: «Que tontos y pequeños son esos juguetes. Y ese reloj que no anda, no sirve para nada». Lo tiró todo al pozo, y volvió a la casa, con mucha hambre. La madre le abrió la puerta, y le dijo: «Cuánto ha crecido este niño, Dios mío, cuánto ha crecido». Y le compró un traje de hombre, porque el que llevaba le venía muy corto.

35. Alfonso Sastre[150]
(España, 1926)

NAGASAKI

Me llamo Yanajido. Trabajo en Nagasaki y había venido a ver a mis padres en Hiroshima[151]. Ahora ellos han muerto. Yo sufro mucho por esta pérdida y también por mis horribles quemaduras. Ya sólo deseo volver a Nagasaki con mi mujer y con mis hijos.

Dada la confusión de estos momentos, no creo que pueda llegar a Nagasaki enseguida, como sería mi deseo; pero sea como sea, yo camino hacia allá.

No quisiera morir en el camino. ¡Ojalá llegue a tiempo de abrazarlos!

36. Juan Eduardo Zúñiga[152]
(España, 1929)

LA PRISIONERA

Estoy en el jardín de un antiguo palacio que no sé de quién fue ni cuál es hoy su dueño. La tarde es húmeda y otoñal el ocaso; en el blanco suelo las hojas mueren adheridas al barro. No hace viento, no oigo ningún ruido entre

los árboles que forman paseos en los que mudas estatuas, sobre pedestales de hiedra, alzan su desnudez.

Quisiera recorrer este extraño jardín, pero estoy quieto. Nadie lo visita, nadie hace crujir el puentecillo de madera sobre el constante arroyo. Nadie se apoya en las balaustradas del parterre ante la fila de bustos que la intemperie enmascaró con manchas verdinegras.

Estoy ante la gran fachada cubierta de ventanas que termina en altas chimeneas sobre el oscuro alero del tejado. Todo en ella muestra haber sufrido los ataques del tiempo, pero estos rigores no dañaron a la única ventana que yo miro. Cada día, tras los cristales, aparece ella, su delicada silueta, y aparta la cortina de tul y largamente pasea su mirada por los senderos que se alejan hacia el río. Vestida de color violeta, siempre seria, eternamente bella, conserva su rostro juvenil, su gesto de candor, atenta a la llegada de alguien que ella espera. Inmóvil, tras el cristal, no habla, no muestra si acepta mi presencia, acaso no me ve. Resignada se dobla mi cabeza sobre el hombro mordido por las lluvias; desearía que sus dedos la rozasen antes de que su mano se haga transparencia. Desfallece mi cabeza enamorada; tras mis ojos vacíos atesoré palabras y palabras de amor dedicadas a ella. Acaso un día logren mover mis labios de durísima piedra.

37. José Jiménez Lozano[153]
(España, 1930)

LA ESTEPA RUSA

Cuando yo fui monaguillo, anduve un día por la estepa rusa; aunque yo la estepa rusa sólo la he visto en una lámina de la enciclopedia de la escuela y en un libro muy grande de estampas que había allí, y, otra vez, en un cine que pusieron: una gran extensión de tierra, blanca y dura por la helada, y como con cristalillos incrustados; o como una sábana inmensa, cuando estaba nevada, que no se acababa nunca, y, no se veían más que de vez en cuando unos árboles y un pueblo, o una iglesia con las torres redondas. Y, así, también era, cuando íbamos aquel cura, don Agustín, y nosotros, Alipio y yo, que éramos los monaguillos y le acompañábamos: que andábamos y andábamos, nosotros montados en la burra, y a pie don Agustín, y todo estaba blanco de la escarcha, como si hubiera nevado o más; y, aunque sólo eran dos kilómetros hasta el otro pueblo, parecía una estepa, y era muy bonito; que

sólo cuando estábamos ya encima vimos el humo de alguna chimenea, y nos parecía el pueblo blanco un barco, o como el chorro de una ballena dijo Alipio, a ver si don Agustín nos contaba lo de la ballena de Jonás que tanto nos gustaba. Pero don Agustín no hablaba. Íbamos a enterrar a un hombre pobre, que era muy joven y se había caído de un andamio, y cuando ya llegó el médico estaba agonizando, que no se podía haber salvado, dijo. Y su mujer no quería enterrarle, porque no se quería separar de aquel cuerpo. Se había casado en noviembre, y ese día de los Santos Inocentes ya estaba allí muerto. Habían sido los vecinos los que habían avisado a don Agustín a nuestro pueblo, porque el otro pueblo era sólo una alquería con seis o siete casas, y fuimos también nosotros porque allí los chicos eran todavía muy pequeños y no podían hacer de monaguillos.

Pero cuando llegamos, la mujer comenzó a gritar como una loca, y luego ya, a llorar muy despacio que es lo que te da más tristeza, y tuvieron que sujetarla unos hombres mientras don Agustín comenzó a cantar las cosas tan tristes del entierro, y nosotros contestábamos. El ataúd iba en un carro, porque no había más hombres para llevarlo, y así fuimos hasta el camposanto que estaba todo blanco también, como en el libro de estampas de la escuela donde se veía también una tumba, sólo que allí junto a unos árboles que la cobijaban, y aquí era como un cuchitril con yerbajos y diez o doce cruces viejas. Así que ya le enterramos al hombre pobre, y nos volvimos: nosotros otra vez en la burra y a pie don Agustín, como a la ida. Y, como ya estaba casi anocheciendo, se parecía más a que íbamos por la estepa rusa, y era muy bonito. Pero que si era verdad, don Agustín, decía Alipio y le decía yo que le preguntase, que a Jonás se le había tragado una ballena, y, luego, le había devuelto sano y salvo. Pero don Agustín no hablaba. Y, entonces, le decía yo a Alipio que le preguntase si era verdad, don Agustín, que la burra de Balaán vio una vez un ángel. Pero don Agustín no hablaba: y sólo ya, cuando estábamos llegando al pueblo de vuelta, aunque todavía parecía muy lejos, dijo de repente don Agustín: «¡Pobrecilla la mujer! ¿no?», y ya nos callamos también nosotros, arropándonos bien con la manta y continuamos andando; todavía mucho tiempo, nos pareció a nosotros.

38. Robert Fox[154]

(Estados Unidos)

FÁBULA

El joven iba perfectamente afeitado y pulcramente vestido. Era un lunes muy de mañana, y se metió en el metro. Era el primer día de su primer empleo, estaba un poco nervioso. No sabía con exactitud en qué iba a consistir su trabajo. Aparte de esto, se encontraba perfectamente bien. Toda la gente le veía bien. Le caían bien los transeúntes, los que se metían en el metro, y le caía bien el mundo, porque el día era claro y bueno, y él iba a empezar su primer empleo.

El joven consiguió encontrar un asiento en el metro que iba a Manhattan sin tener que dar codazos ni patadas a nadie. El vagón se llenó rápidamente, y él miraba a los que estaban de pie en torno a él y le envidiaban el asiento. Entre esta gente había una madre y su hija, que iban de compras. La hija era una bella muchacha rubia cuya piel parecía muy suave, y el joven se sintió atraído por ella inmediatamente.

—Te está mirando —susurró la madre a la hija.

—Sí, madre, y me molesta mucho. ¿Qué *hago*?

—Está enamorado de ti.

—¿Enamorado de mí? ¿Cómo puedes saberlo?

—Pues porque soy tu madre.

—Pero ¿qué hago?

—Nada. Intentará hablar contigo. Si lo hace tienes que contestarle. Sé amable con él. No es más que un muchacho.

El tren llegó al barrio de las oficinas comerciales y mucha gente se bajó. La chica y su madre encontraron asiento enfrente del joven, que seguía mirando a la chica, la cual, de vez en cuando, le miraba para ver si la estaba mirando.

El joven cedió su sitio a un hombre mayor como pretexto para ponerse de pie. Se quedó de pie junto a la chica y su madre. En otra parada quedó libre el asiento que había junto al de la chica, y el joven se sonrojó, pero lo ocupó inmediatamente.

—Lo sabía —dijo la madre, entre dientes—, lo sabía. Lo *sabía*.

El joven carraspeó y tocó a la chica en el hombro, haciéndola sobresaltarse.

—Dispénseme —le dijo—, pero es usted una chica muy bonita.

—Gracias —dijo ella.

—No hables con él —dijo la madre—, no le contestes. Te lo advierto. Hazme caso.

—Estoy enamorado de usted —dijo él a la chica.

—No le creo —dijo la chica.

—No le contestes —dijo la madre.

—De verdad que sí —dijo él—; más aún: estoy tan enamorado de usted que quiero casarme con usted.

—¿Tiene usted empleo? —dijo ella.

—Sí, hoy es el primer día. Voy a Manhattan a empezar mi primer día de trabajo.

—¿Y qué clase de trabajo es el que va a hacer? —preguntó ella.

—No lo sé con exactitud —dijo él—, ya le dije que todavía no he empezado.

—Parece interesante —dijo ella.

—Es mi primer empleo, pero tendré mesa propia, y manejaré un montón de papeles y tendré que llevarlos por ahí en una cartera, y me pagarán bien, y ascenderé a fuerza de trabajo.

—Te amo —dijo ella.

—¿Te casarás conmigo?

—No lo sé. Tendrás que preguntárselo a mi madre.

El joven se levantó de su asiento y se situó de pie ante la madre de la chica. Esta vez carraspeó con gran cuidado.

—Tengo el honor de pedirle la mano de su hija —dijo, pero el ruido que hacía el vagón ahogó completamente su voz.

La madre le miró y dijo:

—¿Cómo?

Él tampoco la podía oír, pero por el movimiento de sus labios y por su manera de arrugar el rostro comprendió lo que había dicho: cómo.

El metro llegó a una estación.

—¡Que tengo el honor de pedirle la mano de su hija! —gritó él, sin darse cuenta de que el metro ya no hacía ruido.

Todos los que estaban en el vagón se le quedaron mirando, sonrieron, y luego se pusieron a aplaudir.

—¿Está usted loco? —preguntó la madre.

El tren volvió a ponerse en marcha.

—¿Cómo? —dijo él.

—¿Por qué quiere casarse con ella? —preguntó la madre.

—En primer lugar porque es bonita. Quiero decir que estoy enamorado de ella.

—¿Y nada más?

—Pues no —dijo él—, ¿es que tiene que haber algo más?

—No, de ordinario no —dijo la madre—. ¿Trabaja usted?

—Sí, y, por cierto, ésa es la razón de que vaya ahora a Manhattan tan temprano. Es que hoy es mi primer día de trabajo.

—Pues felicidades —dijo la madre.

—Gracias. ¿Puedo casarme con su hija?

—¿Tiene usted coche? —preguntó ella.

—Todavía no —dijo él—, pero probablemente tendré uno dentro de muy poco. Y también casa.

—¿Casa?

—Sí con muchas habitaciones.

—Bueno, sí, ya me figuré que iba a decir eso —dijo ella. Se volvió a su hija—: ¿Le quieres?

—Sí, madre le quiero.

—¿Por qué?

—Pues porque es bueno, y dulce, y amable.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Entonces es que le quieres de verdad.

—Sí.

—¿Estás segura de que no hay ningún otro al que pudieras amar y con quien desearas casarte?

—No, madre —dijo la chica.

—Bueno, pues entonces —dijo la madre al joven— está visto que no puedo hacer nada. Pregúnteselo usted otra vez.

El metro se paró.

Queridísima mía —dijo él—, ¿quieres casarte conmigo?

—Sí —dijo ella.

Todos los del vagón sonrieron y se pusieron a aplaudir.

—¿No es cierto que la vida es maravillosa? —preguntó el joven a la madre.

—Maravillosa —dijo la madre.

El revisor se bajó de entre los vagones al arrancar de nuevo el tren y, poniéndose bien la corbata oscura, se acercó a ellos con un solemne libro negro en la mano.

39. Manuel Vicent
(España, 1936)

EL MENDIGO

Al centro comercial se accede por una amplia galería llena de lujosos escaparates y allí hay un mendigo tocando la flauta. Una señora con visón y bolso de Prada pasa por delante. El mendigo interrumpe la melodía y le tiende la mano para pedirle una limosna. La señora dice: lo siento, llevo prisa, y apresurando instintivamente el paso entra en el establecimiento. El mendigo no pide limosna a cambio de nada. Con la flauta toca, del *Himno de la alegría*, la única pieza que sabe. La señora compra algunas cosas en el centro comercial, toma el aperitivo en la cafetería y luego decide salir a la calle. Un guarda jurado de enormes bíceps le abre la puerta de cristal que da a la amplia galería, donde la flauta del mendigo aún está sonando. Allí mismo se le acerca a la señora por detrás un tipo patilludo con bambas y anorak, la derriba con una llave de yudo, le arrebata el bolso y huye a toda velocidad a lo largo del corredor, sin que nadie de cuantos circulan a su lado haga nada para detenerlo. Todo el mundo queda paralizado. También el guarda jurado, que ha contemplado el atraco a través del cristal, permanece impasible. A él le pagan para proteger únicamente a los clientes dentro del establecimiento. Sólo el mendigo reacciona mientras la señora está gritando en el suelo. Interrumpe el *Himno a la alegría*, suelta la flauta y sale detrás del atracador. Al parecer, el mendigo tiene bajo los harapos un cuerpo de atleta, porque no sólo lo alcanza, sino que además se faja con él, lo inmoviliza y recupera el bolso que contenía, entre otras cosas, cuarenta y dos mil pesetas y un Dupont de oro. El mendigo se lo entrega a la señora y a continuación comienza a tocar la flauta de nuevo. La señora trata de recompensarle de su heroísmo, pero el mendigo se niega a aceptar nada que no sea una limosna ordinaria. Cree que se la merece por el simple hecho de tocar el *Himno a la alegría*. La señora rebusca en el bolso una moneda de cien pesetas, la echa en el estuche que hay en el suelo y el mendigo inclina la cabeza y se lo agradece. La señora se pierde en la calle.

40. Luis Mateo Díez
(España, 1942)

AMORES

Cuando Amparo me dijo que no me quería, después de seis meses de tenaz noviazgo, me recluí en casa de mi tía Eredia por espacio de tres meses.

El amor de Luisina un año más tarde vino a curar aquella herida que seguía sin cerrarse. Fue un tiempo corto, eso sí, de felicidad e ilusiones. Entender la decisión de Luisina de abandonar el mundo para profesar en las Esclavas me costó una úlcera de duodeno. A mi natural melancolía se unió esa tristeza sin fondo que ni los auxilios espirituales logran paliar.

Irene llegó a mi vida en un baile de verano al que mi amigo Aurelio me llevó como quien dice a punta de pistola. Que dos años más tarde aquella tierna seductora se fuese precisamente con Aurelio, yugulando a un tiempo amor y amistad, fue lo que provocó, en el abismo de la desgracia sentimental, mi hospitalización.

Antonia era una enfermera compadecida que me sacó a flote usando todos los atributos que una mujer puede poseer. El amor del enfermo es un amor sudoroso y lleno de pesares, más frágil que ninguno. Cuando una tarde vi a Antonia y al doctor Simarro besándose en el jardín me metí para el cuerpo un tubo de aspirinas. Gracias como siempre a mi tía Eredia, culminé tras la crisis la desolada convalecencia y, cuando definitivamente me sentí repuesto, comencé a considerar la posibilidad de retirarme del mundo, habida cuenta de que mis convicciones religiosas se habían fortalecido.

Fue entonces cuando me escribió Amparo reclamando mi perdón y reconociendo la interpretación errónea que había hecho de su amor por mí. Nos casamos en seguida y todo iba bien hasta que Luisina, que colgó los hábitos, volvió para recuperar mi amor e Irene y Antonia, bastante desgraciadas en sus respectivos derroteros sentimentales, regresaron para restablecer aquella fidelidad herida convencidas, cada una por razones distintas, de que el único amor verdadero era el mío.

Mi tía Eredia anda la mujer muy preocupada y yo, como dice mi amigo Gonzalo, sobrellevo con astucia y aplomo desconocidos mi destino, trabajando en tantos frentes a la vez. Y me voy convenciendo de que existe una rara justicia amorosa que nos hace cobrar los abandonos, aunque su aplicación puede acabar resultando perjudicial para la salud.

41. Concha Fernández González[155]

(España)

ÁSPERO ABRAZO

Me dormí a la orilla de un lago junto a un árbol de tronco retorcido. De pronto, sus raíces comenzaron a salir de la tierra como manos sarmentosas y a recorrer mi cuerpo. Exploraban mis rincones con la misma avidez que un animal hambriento. Molesto por aquella insistente caricia que no deseaba, las retiré entre sueños, pero ellas volvían. Aquellas extremidades leñosas persistían en su obstinado recorrido, aprisionando mi cintura cada vez con más fuerza. Inquieto, las sacudí de nuevo, esta vez con saña, intentando librarme de su asfixiante abrazo. No lo conseguí. De repente me encontré entre las manos un objeto cortante. Sin pensarlo, golpeé con él las raíces hasta que, soltándome, cayeron al suelo. Un líquido caliente brotó de su interior y me mojó la cara. Me limpié con la hierba, que parecía un lienzo, y continué durmiendo.

Cuando desperté, ella yacía ensangrentada a mi lado. Le faltaban las manos.

42. Jean-Claude Carriére[156]
(Francia)

DE CARA AL OCÉANO

Una anécdota persa muy antigua muestra al narrador como un hombre aislado, de pie en una roca cara al océano. Cuenta sin descanso una historia tras otra, deteniéndose apenas un momento para beber, de vez en cuando, un vaso de agua.

El océano, fascinado, lo escucha en calma.

Y el autor anónimo añade:

—Si un día el narrador callase, o si alguien lo hiciese callar, nadie puede decir lo que haría el océano.

ÍNDICE ALFABÉTICO DE AUTORES Y PROCEDENCIA DE LOS TEXTOS

ÓSCAR ACOSTA. «El vengador», *El arca*, Talleres Gráficos Mercagraph, Lima, 1956, pág. 15. «La espada», *El arca*, Talleres Gráficos Mercagraph, Lima, 1956, págs. 31-32. © Oscar Acosta, 1956.

IGNACIO ALDECOA. «La despedida», *Caballo de Pica* (1961), en *Cuentos completos*, 1949-1968, pról. de Josefina R. Aldecoa, Alfaguara, Madrid, 1995, páginas 534-538. © Josefina Aldecoa.

CIRO ALEGRÍA. «Muerte del cabo Cheo López», *Relatos*, Alianza, Madrid, 1983, págs. 276-278. © Ciro Alegría, y Herederos de Ciro Alegría.

ENRIQUE ANDERSON IMBERT. «La montaña», *El gato de Cheshire* (1965), en *El leve Pedro. Antología de cuentos*, Alianza, Madrid, 1976, pág. 66. «Las estatuas», *El gato de Cheshire* (1965), en *El leve Pedro. Antología de cuentos*, Alianza, Madrid, 1976, pág. 63. © Enrique Anderson Imbert, 1965, y Herederos de Enrique Anderson Imbert.

JUAN JOSÉ ARREOLA. «La migala», *Confabularía* (1952) en *Obras*, antol. y pról. de Saúl Yurkievich, Fondo de Cultura Económica, México, 1995, págs. 62-63. © Juan José Arreola, 1952.

MAX AUB. «La gabardina», *Ciertos cuentos* (1955), en *Escribir lo que imagino. Cuentos fantásticos y maravillosos*, ed. Ignacio Soldevilla y Franklin B. García Sánchez, Alba, Barcelona, 1997, págs. 139-152. «Ese olor», *Algunas prosas* (1954), en *Enero sin nombre. Los relatos completos del Laberinto Mágico*, presen. de Francisco Ayala, selecc. y pról. de Javier Quiñones, Alba, Madrid, 1995, págs. 173-174. [«Hablaba, y hablaba…»], *Crímenes ejemplares*, Lumen, Barcelona, 1972, pág. 48. © Max Aub, 1955, 1954 y 1957, y Herederos de Max Aub.

MARIO BENEDETTI. «Cleopatra», *Despistes y franquezas* (1990), en *Cuentos completos*, Alfaguara, Madrid, 1994, págs. 537-539. © Mario Benedetti, 1990.

JORGE LUIS BORGES. «El fin», *Ficciones* (1944), en *Obras completas*, 2, Círculo de Lectores/Emecé, Barcelona, 1984, págs. 221-224. © Jorge Luis Borges, 1944, y Herederos de Jorge Luis Borges.

JUAN BOSCH. «La nochebuena de Encarnación Mendoza», *Cuentos escritos en el exilio* (1962), [Amigo del hogar], Santo Domingo, 1978, págs. 67-81. © Juan Bosch, 1962.

RAY BRADBURY. «La tercera expedición», *Crónicas Marcianas*, trad. Francisco Abelenda, Minotauro, Barcelona, 1995, págs. 58-79. © Ray Bradbury. De la traducción, Francisco Abelenda.

DINO BUZZATI. «El colombre» [«Il colombre», 1966], *Los siete mensajeros y otros relatos*, selec. y trad. Javier Setó, Alianza, Madrid, 1995, págs. 173-180. © Dino Buzzati, 1966, y Herederos de Dino Buzzati. De la traducción, Javier Setó.

ITALO CALVINO. [«La leyenda de Carlomagno»], *Seis propuestas para el próximo milenio*, trad. Aurora Bernárdez, Siruela, Madrid, 1989, pág. 46. «Las ciudades y los cambios. 1.», *Las ciudades invisibles (Le cittá invisibili,* 1972), trad. Aurora Bernárdez, Minotauro, Barcelona, 1983, págs. 44-49. © Italo Calvino, 1972; Palomar S.r.l., 1990. De la traducción, Aurora Bernárdez.

JEAN-CLAUDE CARRIÉRE. «El espejo chino», *El círculo de los mentirosos. Cuentos filosóficos del mundo*, trad. Néstor Busquéts, Lumen, Barcelona, 2000, pág. 84. «De cara al océano», *El círculo de los mentirosos. Cuentos filosóficos del mundo entero*, trad. de Néstor Busquéis, Lumen, Barcelona 2000, pág. 452. ©Pión, 1998.

RAYMOND CARVER. «Bolsas», *De qué hablamos cuando hablamos de amor*, trad. Jesús Zulaica, Anagrama, Barcelona, 1993, págs. 41-49. © Raymond Carver, y Herederos de Raymond Carver. De la traducción: Jesús Zulaica.

CAMILO JOSÉ CELA. [«El olor a cebolla»], *La Colmena* (1951), Castalia, Madrid, 1988, págs. 363-364. © Camilo José Cela, 1951.

CÍRCULO CULTURAL FARONI (ed.). «Breve antología de la literatura universal», *Quince líneas. Relatos hiperbreves*, Tusquets, Barcelona, 1996, pág. 51. © Círculo Cultural Faroni. (www.literaturas.com/faroni).

ANTÓN CHÉJOV. «La tristeza», *Los campesinos y otros cuentos*, trad. N. Tasin, Espasa Calpe, Madrid, 1967, págs. 79-84.

JULIO CORTÁZAR. «La noche boca arriba», *Final de Juego* (1956,1964), ed. Jaime Alazraki, Anaya-Mario Muchnik, Madrid, 1995, págs. 147-155.

«Las líneas de la mano», *Historias de Cronopios y de Famas* (1962), Edhasa, Barcelona, 1976, pág. 96. «Continuidad de los parques», *Final de juego* (1956, 1964), ed. Jaime Alazraki, Anaya-Mario Muchnik, Madrid, 1995, págs. 23-24. © Julio Cortázar, 1965, 1964, 1962, y Herederos de Julio Cortázar.

MARCO DENEVI. «El precursor de Cervantes», en *La mano de la hormiga. Los cuentos más breves del mundo y de las literaturas hispánicas*, ed. Antonio Fernández Ferrer, Fugaz Ediciones, Alcalá, 1990, pág. 160. «El porvenir de la humanidad», *Ejercicios de la literatura menor*, en *La mano de la hormiga. Los cuentos más breves del mundo y de las literaturas hispánicas*, pról. y selecc. ed. Antonio Fernández Ferrer, Fugaz Ediciones, Madrid, 1990, pág. 161. © Marco Denevi, y Herederos de Marco Denevi.

RAFAEL DIESTE. «Acerca de la muerte de Bieito», *De los archivos del trasgo (Dos arquivos do trasno,* 1926), pról. y trad. de César Antonio Molina, Espasa, Madrid, 1989, págs. 47-51. © Rafael Dieste, 1926. De la traducción: César Antonio Molina.

LUIS MATEO DÍEZ. «El puñal florentino», *Los males menores*, Alfaguara, Madrid, 1993, págs. 31-36. «Amores», *Los males menores*, Alfaguara, Madrid, 1993, págs. 100-101. © Luis Mateo Díez, 1993.

LORD DUNSANY. «El pobre Bill», *Cuentos de un soñador* (1910), Alianza, Madrid, 1987, págs. 107-113. © Lord Dunsany, 1910, y Herederos de Lord Dunsany.

SALVADOR ELIZONDO. «Aviso», en *El Grafógrafo*, Joaquín Mortiz, México, 1972, páginas. 10-11. © Salvador Elizondo, 1972.

CONCHA FERNÁNDEZ GONZÁLEZ. «Áspero abrazo», *Quince líneas. Relatos hiperbreves*, edición del Círculo Cultural Faroni, Tusquest, Barcelona,

1996, pág. 103. © Concha Fernández González; Círculo Cultural Faroni. (www.literaturas.com/faroni).

ÁNXEL FOLE. «¡Venía del Alén!» [«Viña do alén»], *A la luz del candil (A lús do candil,* 1953), en *Cuentos para leer en invierno*, trad. y pról. Juan Soto, Espasa Calpe, Madrid, 1986, págs. 29-33. © Ánxel Fole, 1953, y Herederos de Ánxel Fole. De la trad. Juan Soto.

ROBERT FOX. «Fábula», *Ficción súbita. Relatos ultracortos norteamericanos*, ed. Robert Shapard y James Thomas, Anagrama, Barcelona, 1989, págs. 51-53. © Robert Fox.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ. «La siesta del martes», *Los funerales de la Mamá Grande* (1962), Alfaguara, Madrid, 1982, págs. 11-24. © Gabriel García Márquez, 1962.

CONSUELO GARRIDO. «Ladrón de sábado», taller de guión de Gabriel García Márquez, *Cómo se cuenta un cuento*, Ollero Ramos, Madrid, 1996, págs. 14-15.

MIGUEL GILA. «El niño rey», *La Jaleo, el Bizco y los demás*, Dima Ediciones, Barcelona, 1966, págs. 84-89. © Miguel Gila; y Herederos de Miguel Gila.

JOSÉ MARÍA GIRONELLA. «La muerte del mar», *Todos somos fugitivos*, Planeta, Barcelona, 1961, págs. 83-100. © José M.ª Gironella, 1962. Autorización concedida por Planeta, S.A.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA. «La mano», *Caprichos* (1925), editorial AHR, Barcelona, 1956, páginas 116-117. © Ramón Gómez de la Sema, 1925, y Herederos de Ramón Gómez de la Sema.

PEDRO GÓMEZ VALDERRAMA. «El tapiz del virrey», *La nave de los locos y otros relatos*, Alianza, Madrid, 1984, págs. 127-128. © Pedro Gómez Valderrama.

MÁXIMO GORKI. «El khan y su hijo», *Cuentos de Rusia* (1912-1913), en *Antología de cuentos y leyendas* (2.ª selección), selecc. Carlos González Castresaña, Acervo, Barcelona, 1969, págs. 401-409. © Cuentos y leyendas. Editorial Acervo, 1969.

GIOVANNI GUARESCHI. «Primera historia», *Don Camilo. Un mundo pequeño,* trad. Fernando Anselmi, Planeta, Barcelona, 1993, págs. 9-13. © Herederos de Giovanni Guareschi. De la traducción, Fernando Anselmi.

JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO. «La estepa rusa», *Los grandes relatos*, Antropos, Barcelona, 1991, págs. 98-100. © José Jiménez Lozano, 1991.

RUDYARD KIPLING. «Rikki-tikki-tavi», *El libro de la selva [The Jungle Book*, 1888], traducción y notas Gabriela Bustelo, apén. Juan Tébar, Madrid, Anaya, 1995, págs. 141-163. © De la traducción, Gabriela Bustelo.

A. KOESTLER. [El verdugo Wang Lun], *Flecha en azul*, en Peter Gay, *La cultura de Weimar*, Argos Vergara, Barcelona, 1984. págs. 159. © A. Koestler, y Herederos de A. Koestler.

H. P. LOVECRAFT. «La nave blanca» [«The white ship», 1939], *La sombra sobre Innsmouth*, trad. M.ª Teresa Segur, Bruguera, Barcelona, 1980, págs. 55-62. © H. P. Lovecraft, 1939, y Herederos de H. P. Lovecraft. De la traducción, M.ª Teresa Segur.

KATHERINE MANSFIELD. «La mosca» [«The Fly», París, 1922], *El nido de la paloma y otros cuentos* (1923), en *Preludio y otros relatos*, pról. y selec. Duristan Ward, trad. Lucía Graves y Elena Lambea, Alianza, Madrid, 1993, págs. 343-350. © De la traducción: Genoveva Dieterich.

ANA MARÍA MATUTE. «El Árbol de oro», *Historias de la Artámila* (1961), Destino, Barcelona, 1993, págs. 153-157. «El niño al que se le murió el amigo», *Los niños tontos* (1956), Destino, Barcelona, 1986, págs. 73-74. © Ana María Matute, 1961, 1956.

GUY DE MAUPASSANT. «El collar» [«La Parure», *Le Gaulois*, 17 de febrero de 1884], *Mi tío Jules y otros seres marginales*, trad. Esther Benítez, Alianza, Madrid, 1987. págs. 109-118. © De la traducción, Esther Benítez.

JOSÉ MARÍA MERINO. «Celina y N.E.L.I.M.A», [Inédito]. © José María Merino.

LAS MIL Y UNA NOCHES. «El ángel de la muerte y el rey de Israel», *Las mil y una noches*, t. I, ed. Juan Vernet, Planeta, Barcelona, 1990, págs. 1420-1421.

AUGUSTO MONTERROSO. «La tela de Penélope, o quién engaña a quién», *La oveja negra y demás fábulas* (1969), Alfaguara, Madrid, 1998, pág. 23. «La honda de David», *La oveja negra y demás fábulas* (1969), Alfaguara, Madrid, 1998, págs. 83-84. ©Augusto Monterroso, 1969.

PETRONIO. «Epitafio de una perra de caza», *El Satiricón y otros escritos*, trad. y not. Enrique Palau, pról. Emiliano M. Aguilera, Iberia, Barcelona, 1972, págs. 246. © De la traducción: Enrique Palau.

EDGAR ALLAN POE. «El tonel de amontillado» [«The Cast of Amontillado», *Godey's Lady's Book*, noviembre, 1846], en *Cuentos 1*, traducción de Julio Cortázar, Alianza, Madrid, 1989, págs. 158-165. © De la traducción, Julio Cortázar.

HORACIO QUIROGA. «A la deriva» *[Magazine Fray Mocho*, 7-VI-1912], *Cuentos de amor, de locura y de muerte* (1917), en *Los desterrados y otros textos*, ed. de Jorge Lafforgue, Castalia, Madrid, págs. 136-140. © Horacio Quiroga, 1917, y Herederos de Horacio Quiroga.

ALFONSO RODRÍGUEZ CASTELAO. «En la noche de la última novena de difuntos», *Cousas* (1926-1929), en *Cosas. Los dos de siempre*, trad. Alberto Míguez, Alianza, Madrid, 1967, págs. 22-24. «El retrato», *Retrincos* (1934), en *Cuatro obras*, ed. de Xesús Alonso Montero, Cátedra, Madrid, 1990, págs. 200-202. © Herederos de Alfonso Rodríguez Castelao. De la traducción: Alberto Míguez.

JUAN RULFO. «Luvina», *El llano en llamas* (1953), ed. Carlos Blanco Aguinaga, Cátedra, Madrid, 1993, págs. 119-128. © Juan Rulfo, 1993, y Herederos de Juan Rulfo.

ALFONSO SASTRE. «Nagasaki», *Las noches lúgubres*, Horizonte, Madrid, 1964, pág. 128. © Alfonso Sastre.

VARLAM SHALÁMOV. «La cruz» (1959), *Relatos de Kolyma*, traduc. Ricardo San Vicente, epíl. y cron. de I. P. Sirotínskaya, Mondadori, Barcelona, 1997, págs. 374-381. © Varlam Shalámov, 1959, y Herederos de Varlam Shalámov. De la traducción, Ricardo San Vicente.

RABINDRANATH T. TAGORE. [«El Grano de Oro»], *Ofrenda lírica (Gitánjali*, 1907-1910), trad. Enrique López Castellón, M. E. Editores, Madrid, 1997, pág. 70. [«La venida del Rey»], *Ofrenda lírica (Gitánjali*, 1907-1910), trad. Enrique López Castellón, M. E. Editores, Madrid, 1997, págs. 71-72. © Rabindranath T. Tagore, 1987, y Herederos de Rabindranath T. Tagore. De la traducción, Enrique López Castejón.

HERNANDO TÉLLEZ. «Espuma y nada más», *Cenizas para el viento y otras historias* (1950), en *Antología del cuento hispanoamericano*, de

Fernando Burgos, Porrúa, México, 1991, págs. 396-400. © Hernando Téllez, 1950, y Herederos de Hernando Téllez.

LEV. N. TOLSTÓI. «La Rama», *Obras selectas*, Tomo III, Cuentos, trad. Irene y Laura Andresco, Aguilar, México, 1991, págs. 1020-1021. © De la traducción, Irene y Laura Andresco.

MIGUEL TORGA. «El cavaco», *Cuentos de la montaña* (1941), trad. Eloísa Álvarez, Alfaguara, Madrid, 1987, págs. 50-54. © Miguel Torga, 1941, y Herederos de Miguel Torga. De la traducción, Eloísa Álvarez.

RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN. «El miedo» [*El Imparcial*, 27 de enero de 1902], en *Jardín Umbrío*, ed. Miguel Diez Rodríguez, col. Austral, Espasa Calpe, Madrid, 1996. págs. 75-78. © Herederos de Ramón del Valle-Inclán.

MANUEL VICENT. «El mendigo», *Las horas paganas*, Alfaguara, Madrid, 1998, págs. 69-70. © Manuel Vicent, 1998.

TENNESSEE WILLIAMS. «La venganza de Nitocris» (1928) *[Collected Stories*, 1939], en *La noche de la iguana y otros relatos*, trad. Mariano Antolín Rato, Alba, Barcelona, 1998, págs. 11-26. © De la traducción, Mariano Antolín Rato.

YALAL AL-DIN RUMI. «Salomón y Azrael», *150 Cuentos sufíes*, extraídos de Al-Matnawi y selec. por Ahmed Kudsi Erguner y Pierre Maniez, trad. Antonio López Ruiz, Ediciones Paidós, Barcelona, 1991, págs. 32-33. © De la traducción, Antonio López Ruiz.

JUAN EDUARDO ZÚÑIGA. «La prisionera», *Misterios de las noches y los días*, Alfaguara, Madrid, 1992, págs. 163-164. © Juan Eduardo Zúñiga, 1992.

STEFAN ZWEIG. «La estrella sobre el bosque» [«Der stern über dem Walde», 1904], *Los sueños olvidados y otros relatos*, trad. Genoveva Dieterich, Alba, Barcelona, 2000, págs. 23-35. © Stefan Zweig, 1904, y Herederos de Stefan Zweig. De la traducción, Genoveva Dieterich.

Notas

[1] Véase *La experiencia literaria*, Losada, Buenos Aires, 1961, págs. 55-56. <<

[2] Véase estudio preliminar de J. Alcina Franch a *El conde Lucanor y otros cuentos medievales*, Bruguera, Barcelona, 1978, pág. 9. <<

[3] Véase Jorge Rivera, *El cuento popular*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1985, pág. 7. <<

[4] Véase *Cuentos al amor de la lumbre*, I, Anaya, Madrid, 1984, pág. 21. <<

[5] Véase Bruno Bettelheim, *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*, Critica, Barcelona, 1994, pág. 69. <<

[6] Para un tratamiento más amplio de este punto, véase Diez R., Miguel, y Díez-Taboada, Paz: *La memoria de los cuentos. Un viaje por los cuentos populares del mundo*, Espasa Calpe, Austral, núm. 151, Madrid, 1998, páginas 21-22, 115-119 y 176-183. <<

[7] Véase introducciones a estos tres autores y obras en *La memoria de los cuentos…, ed. cit.*, págs. 310-312, 317-319 y 328-330. <<

[8] Véase Stith Thompson, *El cuento folklórico* (1946), Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1972, pág. 27. <<

[9] Véase *Obras completas*, I, Aguilar, Madrid, 1958^{4}, pág. 1046. <<

[10] Véase *Qué es la novela. Qué es el cuento*, Universidad de Murcia, 1988, pág. 150. <<

[11] Véase «Del cuento breve y sus alrededores», en *Último round*. Siglo XXI, México, 1969, pág. 109. <<

[12] «El final es una imagen que hace estallar el cuento en las últimas palabras, después de henchirlo poderosamente» (véase *De los archivos del trasgo*, Espasa Calpe, Madrid, 1989, pág. 44). <<

[13] En reseña de *Twce-Told Tales* (Boston, 1842) de Nathaniel Hawthorne (véase *Ensayos críticos*, trad. Julio Cortázar, Alianza, Madrid, 1987, págs. 135-136). <<

[14] Véase Julio Cortázar, «Algunos aspectos del cuento», en *La casilla de los Morelli*, ed. Julio Ortega, Tusquets, Barcelona, 1981, págs. 138-140. <<

[15] Véase Horacio Quiroga, «La retórica del cuento», en *Los desterrados y otros textos*, ed. Jorge Lafforgue, Castalia, Madrid, 1990, pág. 412. **<<**

[16] Véase *Ficción súbita. Relatos ultracortos norteamericanos*, ed. Robert Shaphard y James Thomas, Anagrama, Barcelona, 1989, págs. 255-256. <<

[17] Véase Irene Andrés-Suárez, «El micro-relato. Intento de caracterización teórica y deslinde de otras formas literarias afines», en *Teoría e interpretación del cuento*, ed. Peter Fröhlicher y Georges Günter, Peter Lang, Berna, 1995, pág. 89. <<

[18] Véase «Sobre el micro-relato latinoamericano: Cuando la brevedad noquea…». en *Lucanor* (Pamplona), núm. 8, 1992, págs. 117-133. <<

[19] Véase *Ruleta rusa y otros cuentos*, trad. Joaquín Lordá. Anagrama, Barcelona, 1984, págs. 289 y 291. <<

[20] Véase «Elogio del cuento de fantasmas», en *Despierta y lee*. Alfaguara, Madrid, 1998, pág. 239. <<

[21] Véase *Obras completas (y otros cuentos).* Seix Barral, Barcelona, 1981, pág. 77. <<

[22] Véase *El País Semanal*, núm. 1.245, 6 agosto 2000. <<

[23] Véase *Los males menores*, Espasa Calpe, Madrid, 2002, pág. 135. <<

[24] Véase *La oveja negra y demás fábulas* (1969), Alfaguara, Madrid, 1998, pág. 51. <<

[25] De John L’Hereux, en *Ficción súbita…*, *ed. cit.*, pág. 243. <<

[26] *Amontillado*: una clase de vino de Jerez fino, de color oscuro y de bastante graduación. <<

[27] *Connaisseur*: en francés en el original. Entendido, experto. **<<**

[28] *Criptas*: lugares subterráneos de enterramiento. **<<**

[29] *Roquelaure*: en francés en el original. Especie de capa antigua que llegaba hasta las rodillas y que llevaban los hombres en tiempos de Luis XIV. Su nombre procede del duque de Roquelaure. <<

[30] *Palazzo*: en italiano en el original. Palacio, casa suntuosa. <<

[31] *Medoc*: región francesa del departamento de Gironde, famosa por sus vinos. <<

[32] *Azur*: en heráldica el azul oscuro. <<

[33] *Nemo me impune lacessit*: en latín en el original. «Nadie me hostiga impunemente». Es la divisa de Escocia. <<

[34] *¡Requiescat in pace!*: En latín en el original. «¡Descanse en paz!», de la liturgia católica de difuntos. <<

[35] Vladimir Nabokob, *Curso de literatura rusa*, Bruguera, Barcelona, 1984, Págs. 376-378. <<

[36] *Cendal*: tela muy delgada y transparente. **<<**

[37] *Estafermo*: persona parada, como embobada. <<

[38] *Bungalow* (bungaló): palabra de origen angloindio. En la India se refiere a una casa baja, de madera, rodeada de un porche. **<<**

[39] *Mangosta*: mamífero carnívoro, de cabeza larga, cuerpo alargado, patas cortas y cola larga. Es famoso porque ataca a las serpientes, aunque no esté inmunizado contra su veneno. <<

[40] *Parafina*: sustancia sólida y blanca, obtenida a partir del petróleo, que se emplea para fabricar bujías. <<

[41] *Brahma*: dios de la India, es el creador; asociado a Visnú, conservador, y a Siva, destructor del mundo. Se le representa con cuatro cabezas y cuatro brazos. <<

[42] *Banten*: ciudad y sultanato de Indonesia, en la isla de Java. <<

[43] *Herrerillo*: pájaro insectívoro, en cuyo pelaje alternan el azul, el blanco, el amarillo y el negro. <<

[44] *Mayorazgos*: institución antigua que perpetúa en una familia la propiedad de ciertos bienes, recayendo éstos en el hijo mayor, también llamado mayorazgo. <<

[45] *Bozo*: vello que apunta sobre el labio superior de los jóvenes, antes de nacer la barba. <<

[46] *Alén*: allende, del más allá, del otro mundo. <<

[47] *Simón*: coche de alquiler. <<

[48] *Reps*: voz francesa; tela de seda o de lana, fuerte y bien tejida. <<

[49] *Gólgota*: lugar donde fue crucificado Jesucristo. **<<**

[50] Prólogo a Ignacio Aldecoa, *Cuentos completos 1949-1969*, Madrid. Alfaguara. 1995, pág. 18. <<

[51] *Paniegas*: tierras en las que crece el trigo (pan). <<

[52] *Gredal*: tierra con greda, arcilla arenosa. <<

[53] *Almagre*: óxido rojo de hierro arcilloso. <<

[54] *Quepis*: gorra cilíndrica, con visera horizontal. **<<**

[55] *Sarro*: substancia amarillenta oscura y de naturaleza calcárea. <<

[56] *Limacos*: babosas. <<

[57] *Buchona*: con el pecho hinchado. <<

[58] Ana María Matute falleció en Barcelona el 25 de junio de 2014. *(N. del E. d.)* <<

[59] *Médicis*: famosa familia noble que dominó la vida político-social de Florencia en los siglos XV y XVI. **<<**

[60] *Galería Salesiana*: famosa colección de obras dramáticas moralizantes, orientada a la representación en los colegios, por lo que los personajes de dichas obras eran siempre de un mismo sexo, ya que en aquella época no existía educación mixta. <<

[61] «Ante el tribunal», en *Sobre literatura*, Prólogo de Roberto Ibáñez, notas de Jorge Ruffinelli, Arca, Montevideo, 1970, Pág. 137. <<

[62] *Yararacusú*: víbora venenosa de color negro aterciopelado cruzado oblicuamente por bandas doradas. Habita en las zonas ribereñas de muchos ríos tropicales de América y suele medir más de un metro y medio. <<

[63] *Picada*: senda estrecha abierta en el monte. <<

[64] *Trapiche*: molino para extraer el jugo de algunos frutos. <<

[65] *Paraná*: río de América del Sur, de más de 4.500 km. Nace en Brasil, sirve de límite entre Paraguay y Argentina y desemboca en el Río de la Plata formando un amplio delta. <<

[66] *Iguazú*: afluente del Paraná de 1.300 km y que en la frontera argentina, cerca de su desembocadura, forma las célebres cataratas de su nombre. <<

[67] *Tacurú-Pucú*: localidad uruguaya a orillas del Paraná. <<

[68] *Guacamayo*: especie de papagayo de cola muy larga y plumaje multicolor, preferentemente rojo, azul y amarillo. <<

[69] J. L. Borges, *El hacedor* (1960), Alianza, Madrid, págs. 155-156. <<

[70] *Payada de contrapunto*: certamen poético y musical de dos payadores, cantores populares errantes. <<

[71] *Pulpería*: en América del Sur especie de tienda o cantina donde se venden bebidas y diferentes géneros. <<

[72] *Chambergo*: sombrero. **<<**

[73] *Facón*: cuchillo grande. <<

[74] *Badana*: piel curtida en la que se suaviza y templa el filo de la navaja de afeitar. <<

[75] *Kepis*: gorra militar. <<

[76] Juan Bosch falleció el 1 de noviembre de 2001, en Santo Domingo, República Dominicana. *(N. del E. d.)* **<<**

[77] Juan Bosch, «Apuntes sobre el arte de escribir cuentos», en *Cuentos escritos en el exilio*, Amigo del hogar, Santo Domingo, 1978, pág. 13. <<

[78] *Trocha*: camino o vereda estrecha. <<

[79] *Yuca*: planta de la América tropical de cuya raíz se obtiene una harina básica en la alimentación de esa zona. <<

[80] *Bohío*: choza o cabaña hecha de madera y ramas, cañas o pajas, vivienda rural de las Antillas. <<

[81] *Bastimentos*: víveres. <<

[82] *Batey*: lugar donde se concentran las casas, calderas, almacenes, etc., en los ingenios (explotaciones de caña de azúcar) de las Antillas. <<

[83] *Yagua*: palma con la que se techan las chozas. <<

[84] *Zafra*: cosecha y recolección de la caña de azúcar. <<

[85] *Ta*: está. <<

[86] *Rodiemo*: rodeemos. <<

[87] *Guerra florida*: en la cultura azteca significaba la persecución entre guerreros de tribus distintas, a fin de conseguir prisioneros para sacrificarlos en las ceremonias rituales. <<

[88] *Chicoteaba*: azotaba. <<

[89] *Tembladerales*: terrenos pantanosos. <<

[90] *Vivac*: campamento. <<

[91] *Opalino*: de color entre blanco y azulado. <<

[92] *Estaqueado*: atado a una estaca. <<

[93] *Atabales*: tambores. <<

[94] *Teocalli*: templo de los Aztecas donde se realizaban los sacrificios humanos. <<

[95] *Carrizo*: caña. <<

[96] *Chicalote*: planta de tallo espinoso cuyo jugo se usa contra el veneno de las víboras. <<

[97] *De petate*: de paja. **<<**

[98] *Tecatas*: cuajos, trozos. <<

[99] *Camichines*: árboles grandes. <<

[100] *Comejenes*: mosquitos nocturnos que son atraídos por la luz. <<

[101] *Calín*: aire. <<

[102] *Tepetate*: pedazo de tierra seca, con algo de yerba. <<

[103] *Cobija*: manta. <<

[104] *Mezcal*: aguardiente que se saca de las pitas, cactus o de otras plantas. <<

[105] *Chacamotearan*: lo zarandearan. <<

[106] *Se fregarían*: se fastidiarían, se pondrían peor. <<

[107] *Jacalón*: barracón. <<

[108] *Mezquite*: árbol parecido a la acacia. <<

[109] *Rebozo*: mantilla. <<

[110] *Costal de bastimento*: Saco de víveres. <<

[111] *Molenques*: destartalados. <<

[112] *Maromas*: vueltas. <<

[113] Mario Benedetti falleció el 17 de mayo de 2009, en Montevideo, Uruguay. *(N. del E. d.)* **<<**

[114] Gabriel García Márquez falleció el 17 de abril de 2014, en Ciudad de México, México *(N. del E. d.)* **<<**

[115] H. P. Lovecraft, *El horror en la literatura*. Alianza, Madrid, 1992, pág. 98. <<

[116] *Entena*: palo encorvado al cual va asegurada la vela latina. <<

[117] *Vergas*: perchas especiales en las que se sujetan las velas de los barcos. <<

[118] *City*: zona de la ciudad de Londres donde se encuentran las oficinas comerciales. **<<**

[119] *El horror en la literatura*, trad. De Francisco Torres Oliver. Alianza. Madrid, 1992, págs. 10-11. <<

[120] *Áloe*: planta de hojas largas y carnosas, que arranca de la parte baja del tallo, el cual termina en una espiga de flores rojas y blancas. <<

[121] *Sándalo*: árbol parecido al nogal, de hojas gruesas y muy verdes, flores pequeñas, fruto parecido a la cereza y madera de excelente olor. Es propio de la India y de varias islas de Oceanía. <<

[122] *Pórfido*: roca compacta y dura de color oscuro y con cristales de feldespato y cuarzo. <<

[123] *Azur*: azul oscuro. <<

[124] *Olimpo*: monte de Grecia en el que la mitología griega situaba la morada de los dioses. <<

[125] *Colodra*: vasija de madera en forma de barreño. <<

[126] *Muñía*: aquí, ordeñaba. <<

[127] *Iván el Terrible*: (1530-1584), zar de Rusia que realizó importantes reformas administrativas y jurídicas y ensanchó considerablemente su Imperio. <<

[128] *Daguerrotipos*: fotografías obtenidas sobre una plancha de cobre por medio de un aparato fotográfico denominado daguerrotipo. <<

[129] *Torgsin*: lugar en el que había tiendas donde los productos se vendían a cambio de plata u oro. <<

[130] *Samovar*: recipiente muy usado en Rusia para calentar el agua del té. <<

[131] El título original es «O Cavaquinho»: pequeño instrumento musical popular, de cuatro cuerdas. <<

[132] *Borona*: harina de maíz para amasar el pan en las zonas rurales de Portugal y Galicia. **<<**

[133] *Ansarón*: ganso. <<

[134] Ray Bradbury falleció el 5 de junio de 2012, en Los Ángeles, California, Estados Unidos. *(N. del E. d.)* <<

[135] Presentación de *Los mejores relatos de ciencia-ficción*, selecc. de Groff Conklin, Bruguera, Barcelona, 1972, pág. 10. <<

[136] *Leviatán*: monstruo marino descrito en el bíblico Libro de Job y que se suele entender como el demonio. <<

[137] *Oh, dame una noche de junio, / la luz de la luna y tú…* <<

[138] *Cottage*: construcción de techo bajo, especie de refugio o pequeña casa de campo. <<

[139] *Peregrinos*: «Los Padres Peregrinos», colonos puritanos ingleses que en 1620, a bordo del barco *Mayflower*, llegaron a las costas de América del Norte (Massachussetts) y formaron el primer y principal núcleo histórico del pueblo norteamericano. <<

[140] Augusto Monterroso falleció el 7 de febrero de 2003, en Ciudad de México, México. *(N. del E. d.)* <<

[141] Salvador Elizondo falleció el 29 de marzo de 2006, en Ciudad de México, México. *(N. del E. d.)* <<

[142] Más conocido como Yalal ad-Din Muhammad Rumí o simplemente Rumí (30 de septiembre de 1207, Balj, actual Afganistán - 17 de diciembre de 1273, Konya, actual Turquía) *(N. del E. d.)* <<

[143] Óscar Acosta falleció el 15 de julio de 2014, en Tegucigalpa, Honduras. *(N. del E. d.)* <<

[144] Pedro Gómez Valderrama falleció el 7 de mayo de 1992, en Bogotá, Colombia. *(N. del E. d.)* **<<**

[145] Jean-Claude Carrière (17 de septiembre de 1931, Colombières-sur-Orb, Francia - 8 de febrero de 2021, París, Francia) *(N. del E. d.)* **<<**

[146] Augusto Monterroso falleció el 7 de febrero de 2003, en Ciudad de México, México. *(N. del E. d.)* <<

[147] Juan José Arreola falleció el 3 de diciembre de 2001, en Guadalajara, México. *(N. del E. d.)* <<

[148] Consuelo Garrido nació en México, D. F., en 1951. *(N. del E. d.)* <<

[149] Ana María Matute falleció en Barcelona el 25 de junio de 2014. *(N. del E. d.)* <<

[150] Alfonso Sastre falleció el 17 de septiembre de 2021, en Hondarribia, España. *(N. del E. d.)* **<<**

[151] La primera bomba atómica se arrojó sobre Hiroshima (Japón) el 6 de agosto 1945 a las 8,15 de una soleada mañana de verano. La segunda bomba atómica cayó, tres días más tarde, en Nagasaki. <<

[152] Juan Eduardo Zúñiga falleció el 24 de febrero de 2020, en Madrid, España. *(N. del E. d.)* **<<**

[153] José Jiménez Lozano falleció el 9 de marzo de 2020, en Valladolid, España. *(N. del E. d.)* **<<**

[154] Robert Fox nació en los Estados Unidos en 1952. *(N. del E. d.)* <<

[155] Concha Fernández González, nació en Ciudad Rodrigo, Salamanca, en 1953. *(N. del E. d.)* <<

[156] Jean-Claude Carrière (17 de septiembre de 1931, Colombières-sur-Orb, Francia - 8 de febrero de 2021, París, Francia) *(N. del E. d.)* **<<**